

Imperio oscuro
Plaga divina

Guy Haley

minotauro

Índice

PORTADA
PORTADILLA
CAPÍTULO UNO. VUELTA A CASA
CAPÍTULO DOS. HUÉSPED DEMONÍACO
CAPÍTULO TRES. UN GRAN CAMBIO
CAPÍTULO CUATRO. EL PRIMERO EN RECIBIR EL FAVOR DE NURGLE
CAPÍTULO CINCO. SOBRE LA NATURALEZA DE LOS DIOSES
CAPÍTULO SEIS. LA BABOSA DELATORA
CAPÍTULO SIETE. IAX ALIVIADO
CAPÍTULO OCHO. SUPUESTO TEÓRICO, SUPUESTO PRÁCTICO
CAPÍTULO NUEVE. UN PRIMARCA DESATADO
CAPÍTULO DIEZ. LA LUZ DE LA FE
CAPÍTULO ONCE. LA PETICIÓN DE UN HISTORIADOR
CAPÍTULO DOCE. DESCENSO A IAX
CAPÍTULO TRECE. UNA ORACIÓN POR EL PRIMARCA
CAPÍTULO CATORCE. ATAQUE A HERA
CAPÍTULO QUINCE. GUILLIMAN HABLA
CAPÍTULO DIECISÉIS. UNA ESTRATEGIA TRAICIONADA
CAPÍTULO DIECISIETE. EL TRIUNFO DE KU'GATH
CAPÍTULO DIECIOCHO. LA CRUZADA DE LOS TESTIGOS
CAPÍTULO DIECINUEVE. LAS DÁDIVAS DE KU'GATH
CAPÍTULO VEINTE. TESTIMONIOS
CAPÍTULO VEINTIUNO. ESCUADRÓN DE LA MUERTE
CAPÍTULO VEINTIDÓS. MONTAÑA DE CARNE
CAPÍTULO VEINTITRÉS. UN MOMENTO DE REFLEXIÓN
CAPÍTULO VEINTICUATRO. DAÑO COLATERAL
CAPÍTULO VEINTICINCO. ASALTO A PRIMER DESEMBARCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS. EL MOLINO DE LA PLAGA
CAPÍTULO VEINTISIETE. COMIENZA LA BATALLA
CAPÍTULO VEINTIOCHO. PTOLOMEO SE ABRE
CAPÍTULO VEINTINUEVE. APLASTADOR DE ALMAS

CAPÍTULO TREINTA. LA ÚLTIMA CARGA DEL 4021º
CAPÍTULO TREINTA Y UNO. EL DEBER DE UN BIBLIOTECARIO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS. DOS HERMANOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES. EXTERMINATUS
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO. UN DIOS PARA COMBATIR A UN DIOS
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO. UNA LUZ EN EL JARDÍN
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS. LA LLAMADA DE HONOURUM
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE. EL CALDERO DE NURGLE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO. POR EL EMPERADOR
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE. EL GAMBITO DEL PADRE DE LA LLUVIA
CAPÍTULO CUARENTA. SAN MATHIEU
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO. REMEMBRANZA
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS. OTRAS FORMAS
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES. CUESTIONES PARA EL MAGOS
CRÉDITOS



IMPERIO OSCURO

PLAGA DIVINA

UNA NOVELA DE LA ERA INDOMITUS

GUY HALEY

minotauro



Milenio 41

Han pasado diez mil años desde que el Primarca Horus se convirtió al Caos y traicionó a su padre, el Emperador de la Humanidad, para sumir la galaxia en una cruenta guerra civil.

Durante cien siglos, el Imperio ha hecho frente a la invasión de los xenos, a las disidencias internas y a las manipulaciones de los dioses oscuros de la Disformidad. El Emperador permanece inmóvil en el Trono Dorado de Terra, un baluarte que se yergue contra los poderes del infierno. Tan solo Su voluntad ilumina el Astronomicón y mantiene unido el Imperio, incluso si de Su boca no ha salido palabra alguna en todo este tiempo. Sin Su guía, la humanidad se habría apartado del sendero de la luz hace mucho. Los ideales inmaculados de la Edad de las Maravillas se han marchitado y yacen muertos. Vivir en esta era es un destino indeseable en el que una existencia de agotadora servidumbre es lo mejor a lo que se puede aspirar, y una muerte rápida, la mayor de las misericordias.

Conforme el Imperio perece inexorablemente, Abaddon, último hijo legítimo del Primarca Horus y ahora Señor de la

Guerra en ausencia de su padre, ha llegado a la fase culminante del plan que ha urdido durante mil años: rasgar el velo de realidad que se extiende a lo ancho de la galaxia para liberar fuerzas hasta ahora desconocidas. Después de siglos de lucha y valentía, la extinción de la humanidad parece, por fin, al alcance de la mano.

No obstante, en medio de toda esta oscuridad, un tenue resplandor se abre camino. El Primarca Roboute Guilliman se ha despertado de su letargo de muerte gracias a la brujería alienígena y la ciencia arcana. De nuevo en Terra, ha decidido devolver el equilibrio a la locura imperante, desafiar al Caos de una vez por todas y restaurar el gran plan que el Emperador tiene reservado para la humanidad.

Pero primero hay que salvar el Imperio. La galaxia se ha dividido.
En un frente se extiende el Imperium Sanctus, asediado pero desafiante.
En el otro, el Imperium Nihilus, perdido ya en la oscuridad.
Se ha organizado una cruzada en la que lucharán las tropas más poderosas para recuperar el Imperio y devolverle su antigua gloria. Toda la humanidad está preparada para enfrentarse al mayor conflicto que ha vivido en milenios.
Fracasar significa la extinción.
El camino hacia la victoria no lleva sino a la guerra.

Esto es la Era Indomitus.

CAPÍTULO UNO

VUELTA A CASA

Las rampas de asalto de la Overlord se estrellaron contra la cubierta del hangar Palatino con un estallido de presión ecualizadora. Aquellas seguían bloqueadas en la configuración de combate: caída brusca, sin amortiguadores. No era lo habitual cuando uno se presentaba ante el último primarca leal, pero el Tetrarca Decimus Androdinus Felix no estaba de humor para sutilezas.

Felix fue el primero en salir de la nave de combate, seguido de cerca por los Elegidos de Vespator. Eran su guardia de honor diez Space Marines ataviados con ropajes variados, uno por cada uno de los Capítulos Escudo de Ultramar. Conformaban una multitud variopinta, discordante para ciertas sensibilidades, aunada únicamente por el distintivo dorado del tetrarca que adornaba las hombreras izquierdas de sus armaduras. Sus botas resonaron con fuerza mientras se desplegaban con las armas en ristre. Incluso estando a bordo de la nave insignia del primarca, escudriñaron los alrededores en busca de amenazas. Todos eran señores de batalla, por lo que les resultaba difícil dejar de lado la guerra.

Una pequeña delegación de humanos no modificados aguardaba la llegada de Felix. Un chambelán salió a toda prisa de entre los estandartes y los servocráneos flotantes. Aunque era

pequeño y débil, el hombre se interpuso con valentía en el camino de los gigantes de Ultramar, obligándolos a detenerse.

—Mi señor Felix, bienvenido de nuevo a la *Honor de Macragge*. —El chambelán le dedicó una rápida, si bien perfecta, reverencia. —Si me lo permitís, os dirigiré a los aposentos que el primarca ha preparado para vos, donde podréis refrescaros. —La mirada crítica del oficial se paseó por los daños visibles en las armaduras de todos y cada uno de los marines—. ¿Y, tal vez, poneros un poco más presentables?

Un comentario quisquilloso de un hombrecillo quisquilloso. Felix no pretendía gruñir, pero el sonido irritado que salió por el altavoz de su casco sonó como uno.

—No será necesario. El asunto que me trae aquí es urgente. Veré al primarca ahora.

—Os ruega que esperéis un poco. Está al corriente de vuestros esfuerzos en Alveiro y le complace sobremanera que hayáis venido a verle, pero solicita que esperéis a que os convoque para una audiencia como es debido.

—Ahora —declaró Felix con firmeza—. Soy el comandante de Tetra Oriental de Ultramar. La tarea que me ha sido encomendada no puede esperar.

—Mi señor —empezó a decir el humano, pero Felix lo interrumpió.

—Has dicho «solicita».

—Sí, mi señor —respondió el chambelán.

—Entonces, dime algo, ¿el Regente Imperial me ordena ir a mis aposentos? —le preguntó—. ¿Lo que me transmites es una orden o una sugerencia?

El oficial titubeó.

—Vuestra comodidad y bienestar están siempre presentes en la mente del Regente Imperial…

—Entonces no es una orden —intervino el sargento Cominus, jefe de la guardia de honor de Felix. Lucía los colores rojos y blancos de los Sons of Orar—. ¿No es así, chambelán?

El hombre no perdió la compostura.

—No es una orden —admitió.

—Entonces llévame hasta él. Ahora. —Felix se inclinó hacia delante. Era una masa de armadura y carne genéticamente modificada con cristales glaciales por ojos. Las articulaciones de la armadura Gravis ronronearon de forma amenazante. Aún apestaba a guerra, sangre, aceite y fuego. Pocos hombres se mantendrían firmes ante semejante imagen.

El chambelán tenía un corazón de hierro, por lo que aceptó la derrota con elegancia. Hizo otra reverencia, más lenta esta vez, y se hizo a un lado.

—Os escoltaré, mi señor. Yo…

—No te preocupes, chambelán, conozco el camino.

—En ese caso, enviaré heraldos delante de vos para anunciar vuestra llegada.

—Si insistes —accedió Felix—. Siempre y cuando puedan seguirnos el ritmo. —Para entonces ya se estaba moviendo.

Los heraldos se echaron a correr para igualar el paso de los marines y empezaron a gritar el nombre y rango del tetrarca en cada sala y pasillo por el que pasaban mientras recorrían el camino que llevaba del hangar Palatino a la Torre Palacial, dominio personal de Roboute Guilliman.

Habían pasado varios meses desde la Liberación de Parmenio y la batalla de Hecatone. La Flota Primus había hecho grandes progresos en el desalojo de las fuerzas de Mortarion de Ultramar, pero aún restaba una campaña crucial. El mundo jardín de Iax, epicentro de la corrupción, seguía estando en manos enemigas. A Felix no se le había pedido tomar parte en la invasión y, aunque eso podría haber explicado su rabia, no era la causa. Su ira respondía a una razón mucho más oscura.

—¡Abrid paso a Decimus Felix! ¡Abrid paso al Tetrarca de Vespator, señor de las Marcas Orientales! —gritaban los heraldos entre jadeos. Sus anuncios causaron cierta consternación, ya que los pasillos estaban muy transitados y los Elegidos avanzaban con la sutileza de un toro grox, por lo que sus pasos retumbaban por la *Honor de Macragge* como artillería. Guilliman acostumbraba a mantener su palacio vacío siempre que podía; incluso un ser tan singular como el primarca necesitaba espacio para recluirse, como

cualquier persona. Sin embargo, con motivo de la visita de Felix, el palacio estaba atestado de escribas y potentados apresurados. Los hombres y mujeres con los que se topaban los Elegidos no parecían estar familiarizados con los marines y se apartaban de su camino en cuanto los veían pese al rango que ostentaban. Todos eran señores y damas de algún adepto, para entonces Felix y su grupo ya se encontraban en las entrañas de la torre a donde solo podían acceder los exaltados y sus sirvientes.

—¿Son cosas mías, o este sitio está infestado de burócratas? —le dijo Cominus a Felix a través del comunicador.

—«Infestado» no es la palabra que habría usado para referirme a tan preciados servidores imperiales —respondió el tetrarca con sorna—. Pero, en esencia, tu observación es correcta. Esta no es la única guerra del primarca. Más allá de los Quinientos Mundos, la Cruzada Indomitus continúa. Pronto dará por concluida su labor en Ultramar. Se está preparando para seguir adelante, una vez haya asestado el golpe final en Iax.

Se dirigieron directamente al scriptorium personal del primarca, pues, dada su larga asociación con Guilliman, Felix sabía que era su lugar predilecto. Era evidente que los heraldos también esperaban que el Regente Imperial estuviera allí porque no tuvieron nada que objetar. Sin embargo, al consultar a los historiadores que se encontraban allí, les comunicaron que el primarca estaba en otra parte y los remitieron a los niveles superiores, a la Cámara Imperius.

Tomaron varios ascensores hasta el pináculo de la Torre Palacial de Guilliman. Era una cúpula de cristal blindado, un lugar de reunión donde se trataban los asuntos más importantes. Felix lo conocía muy bien.

Guio a sus hombres por un corredor de acceso abovedado, tan ornamentado y alto como la nave de una catedral. Conforme se acercaban a las grandes puertas que conducían a la Cámara Imperius, veinte miembros de la Guardia Victrix de Guilliman salieron en tropel de las habitaciones situadas a ambos lados y se colocaron delante de las puertas, donde formaron un semicírculo perfecto y detuvieron el avance de Felix. Dieron un pisotón en el suelo, bajaron los escudos con un golpe y los juntaron, erigiendo un muro de

ceramita azul adornado con calaveras y alas ante el tetrarca. En el centro dejaron un hueco lo bastante ancho para permitir el paso de un solo Space Marine. Por él apareció Sicarius, antiguo capitán de la Segunda Compañía de Ultramarines y actual comandante de la guardia personal de Guilliman. Compareció sin casco y se detuvo ante Felix.

—Saludos, tetrarca Felix —dijo Sicarius con una leve inclinación de cabeza. Asía la empuñadura de la espalda. Nunca tenía la mano lejos del arma, ya fuera apoyada en el pomo o acariciando los adornos. Siempre le había disgustado tenerla enfundada y, visto lo visto, nada había cambiado desde su regreso de la disformidad—. ¿A qué debemos el honor de vuestra presencia?

—Creo que ya sabes a qué.

El marine miró fijamente a Felix.

—¿Eso creéis, tetrarca? Iluminadme.

Felix lo miró con superioridad. Era inusual que un marine de rango tan alto como el que ostentaba Sicarius no se hubiera sometido al Rubicón Primaris. Era mayor que Felix, al menos en lo relativo a años de servicio activo, aunque, si computaban las fechas de nacimiento, Felix tenía más años que casi todos los humanos vivos.

—El primarca tiene a mi prisionero. Déjame pasar.

—Así es —admitió Sicarius, pero no cedió terreno. Los Elegidos de Vespator y la Guardia Victrix se observaban mutuamente. La tensión se respiraba en el aire. La violencia seguía de cerca a los Adeptus Astartes dondequiera que iban. No había odio entre ellos, pero sí una curiosidad agresiva. Ambos grupos deseaban medirse contra el otro.

Felix echó un vistazo detrás del guerrero más bajo, hacia las puertas de la cámara.

—¿El Regente me esperaba?

Sicarius inclinó la cabeza.

—¿Vos qué creéis, hermano? Es un primarca.

—Entonces anticipa todo lo que hago.

—No es defecto vuestro, os lo aseguro —replicó el marine.

—¿Alguna vez te hace sentir estúpido, capitán? —le preguntó Felix.

Sicarius resopló.

—Comparados con él, tetrarca, todos somos estúpidos. A veces me pregunto cómo nos aguanta. Debemos parecerle muy limitados.

Felix levantó el brazo y abrió los cierres del casco, se lo quitó y lo sacó de debajo de la capucha de la armadura Gravis. Tenía la cara cubierta de sudor seco. Llevaba días sin quitarse la armadura. Había pensado darse un baño antes de llegar, ya que, según los parámetros habituales, Alveiro se encontraba a seis días de distancia de Iax. Sin embargo, lejos de la presencia apaciguadora que el primarca ejercía sobre sus tormentas, la disformidad era impredecible, y habían acabado completando el trayecto en cuestión de minutos.

Cosa del destino, quizá. Felix había asumido que llegaría cuando todo hubiera acabado y descargaría toda su furia a posteriori. No se había preparado para esto. Sospechaba que la mano socarrona de los dioses había intervenido en el curso de los acontecimientos, abocándolos a él y a su señor a una confrontación.

—Nunca lo cuestionéis —aseveró Sicarius—. Cabría pensar que fuisteis su edecán tiempo más que suficiente para saberlo.

—Lo fui. Pero es algo que también juega en mi contra, pues a veces olvido que no es un hombre.

El semblante severo de Sicarius no se alteró.

—Nosotros tampoco lo somos.

—Va a interrogar a mi prisionero. Esa es su intención, ¿no?

—Eso le corresponde decirlo a él, hermano —respondió el marine. Desvió la mirada hacia los Elegidos, que empuñaban las armas con firmeza pese a mantenerlas apuntadas hacia el suelo—. Pedid a vuestros hombres que se retiren. Pueden esperar en la antecámara de babor. Allí hay espacio suficiente para todos. Por lo que veo, contáis con algunos guerreros hábiles. Deberíamos ponernos a prueba, nosotros y nuestros hombres. Os habéis labrado una excelente reputación. —Hubo un deje de desesperación en la propuesta de Sicarius. No era un acto de hermandad, sino algo que

nacía de la necesidad de probarse a sí mismo frente a cualquier contendiente.

Felix ignoró la invitación.

—Entonces, ¿vas a dejar que entre a verle? —Otra eventualidad inesperada. Creyó que tendría que ejercer su autoridad, dado que superaba en rango al marine. Luchar, incluso, estaba dispuesto a hacerlo.

Sin embargo, Sicarius se mostró mucho más flemático de lo esperado y simplemente se encogió de hombros. Su armadura chirrió con el movimiento de las hombreras.

—Yo no tengo que dejaros hacer nada, tetrarca. Se os permite el paso por orden expresa del primarca. —El rostro aguerrido de Sicarius perdió parte de su hosquedad; había incluso un atisbo de sonrisa en el rabillo de sus ojos. —Estabais en lo cierto. Os espera.

Las puertas de la Cámara Imperius se abrieron de par en par hacia la oscuridad. Los lúmenes estaban apagados, pero las contraventanas estaban abiertas, lo que permitía que la luz pálida de las estrellas se filtrara por los altos ventanales que conformaban las paredes. Al igual que la cúpula superior, los muros eran, en su mayoría, de cristal blindado, lo bastante numerosos como para ofrecer una panorámica casi completa de la nave, desde el gigantesco ariete enrejado hasta los márgenes exteriores de la matriz de motores del tamaño de una ciudad. Se detuvo momentáneamente sorprendido. No había mejor forma de ver la *Honor de Macragge*, una de las últimas naves de combate de clase Gloriana que quedaban en la galaxia, que contemplarla desde aquella Cámara, y no pudo evitar quedar prendado de su majestuosidad. Era inmensa, de una magnitud que desafiaba cualquier descripción. Estaba rodeada de muchas otras embarcaciones imponentes, el núcleo del Grupo de Batalla Alphus, punta de lanza principal de la Flota Primus de la Cruzada Indomitus. Pero esas otras aeronaves, aunque también eran descomunales, no eran más que trozos de metal frente a la *Honor de Macragge*. Ya no había mujeres ni hombres capaces de construir estructuras semejantes. La ciencia se había perdido y se carecía de voluntad para reencontrarla. La *Honor de Macragge* era una reliquia de una

época mejor, un arma monstruosa de una era superior, y en eso era idéntica a su señor.

Roboute Guilliman estaba en el extremo opuesto de la sala, cerca de la platea elevada donde se sentaban los miembros del Consejo Exterra cuando se reunían, aunque en ese momento no había nadie más presente. La cámara estaba completamente vacía, salvo por el primarca, lo que la hacía parecer más grande de lo habitual pese a las numerosas sillas y tronos que ocupaban su espacio.

La figura solitaria de Guilliman contrastaba con el manto de estrellas y aeronaves. Pero el primarca no contemplaba el paisaje. Frente a él había un entramado de luz hololítica en el que se mostraba un planeta, y a él le prestaba toda su atención. El hololito le iluminaba el rostro con una luz tenue que le daba un aspecto ceniciento. Incluso desde el otro lado de la sala, Felix reconoció los rasgos de Iax. Los síntomas de un planeta aquejado de los males de Nurgle eran claros y parecían infectar al primarca solo con su reflejo.

No era la primera vez que Felix pensaba que Roboute Guilliman se veía cansado.

Cuando el primarca apartó la vista de la imagen, las sombras se cernieron sobre sus ojos.

—Decimus —dijo. El nombre de Felix resonó por la Cámara Imperius, como si buscara un lugar donde asentarse. Al no encontrar acogida, murió en silencio, perdido en lo alto de la cúpula —. Me alegro de verte. —Sonaba sincero.

El tetrarca se acercó a su señor. El cuerpo de Felix albergaba numerosos órganos adicionales y cadenas suplementarias de código genético, todos ellos heredados del primarca. Guilliman no era su padre, no realmente, pero era lo más cercano a un pariente que tenía. Su sangre estaba mezclada.

Felix se arrodilló con dificultad, obstaculizado por la pesada armadura, e inclinó la cabeza. Esperó a que Guilliman hablara. Cuando no lo hizo, el tetrarca tomó la palabra en su lugar.

—¿No te molesta que haya venido? —preguntó en voz baja, esperando una reprimenda.

—¿Debería hacerlo? —respondió el primarca con suavidad.

—He venido a recomendarte que no hagas lo que creo que estás a punto de hacer.

La sonrisa de Guilliman fue audible en su voz.

—¿Es tanto lo que desapruebas que evitas mencionar acciones específicas? ¿Cómo puedo saber que ambos hacemos referencia a la misma cuestión?

—Cosas como las que te propones no deberían mencionarse en voz alta —replicó Felix.

—Tal vez —concedió Guilliman—. Pero no tienes que estar de acuerdo con todo lo que hago, hijo mío. Cumple con tu deber como mejor consideres. No eres un hombre irreflexivo y no temes desafiarme, por eso te nombré tetrarca. En cualquier caso, me complace que hayas venido.

—¿Y si me hubiera quedado en Alveiro?

—También me habría complacido —aseveró el primarca—. Pero estás aquí. Tienes buen instinto. Lo que nos proponemos supone un riesgo. Comprendes ese riesgo y por eso vienes a advertirme. Las buenas intenciones no deben castigarse.

Felix alzó la vista. Estaba perplejo. Por mucho que creyera entender al primarca, en ese momento se dio cuenta de que nunca llegaría a hacerlo. Si alguno de sus hombres se comportara como él lo estaba haciendo ahora, no dudaría en censurarlo. En ocasiones, Felix sentía que había dejado atrás su humanidad, pero Guilliman nunca había sido humano, no verdaderamente.

—Piensas interrogarlo. Por eso pediste que lo trajeran de vuelta en lugar de permitirme destruirlo cuando lo encontraron. ¿Me equivoco?

El primarca no respondió, sino que bajó la vista hacia él, prestándole toda su atención por primera vez. Felix sintió el peso de su mirada en el alma.

—No hay necesidad de arrodillarse, Decimus. Levántate, por favor.

El tetrarca se puso en pie. En la cámara, los ruidos más insignificantes se magnificaban. Poseía una acústica perfecta, concebida para amplificar hasta la voz más aflautada del más venerable de los sabios, y confería gran pomposidad a los sonidos

más leves de su panoplia, incluso al roce de una capa sobre los mosaicos del suelo.

—Así está mejor —dijo Guilliman. Apretó el puño en el corazón del hololito y lo hizo desaparecer. Examinó a Felix de arriba abajo y le dirigió una mirada de aprobación.

—Te ves bien. Fuerte. El cargo te sienta bien, hijo mío —comentó—. ¿Qué te parece tu nuevo dominio?

Felix seguía enfadado y no pudo evitar que se reflejara en su respuesta, de modo que sus palabras fueron escuetas.

—Estuve en Vespator un total de veintitrés horas antes de tener que desplazarme para continuar mi inspección de la provincia, mi señor. No podría asegurarlo tras una visita tan breve, pero parece defendible.

Guilliman volvió a sonreír. Su sonrisa estaba llena de tristeza, marcada por el dolor que traía consigo la comprensión. Su melancolía sofocó el fuego que ardía en el corazón del tetrarca.

—Me refería a la gente, Felix, al mundo.

—Ambos parecen bastante agradables —respondió algo menos enfadado—. Pero nada de eso tiene demasiado valor si no se puede proteger. Todo tu reino se encuentra bajo amenaza. Las hordas de Mortarion no son el único peligro.

El primarca asintió. Estaba distraído. Las luces de navegación de las naves de vacío próximas a la *Honor de Macragge* le colmaban los ojos de estrellas.

—¿Qué me dices del resto de Tetra Oriental? ¿Podrás someterlo a nuestro control?

—¿Puedo hablar con franqueza?

—¿Cuándo te he pedido lo contrario?

—Es un desastre —admitió Felix. Al recordar su recorrido por los mundos que ahora le correspondía gobernar, saboreó la carga del primarca—. Casi todos los planetas están sumidos en el caos. Los ejércitos de Mortarion no han causado demasiados estragos en el sector este, pero la Liga Sotharana sufrió un duro golpe a manos de los tiránidos. Además, se han producido varias incursiones de los orkos y, más recientemente, de los necrones. Los piratas humanos también son un problema. Pero lo peor son las flotas colmena. Hay

al menos una docena de mundos habitados donde han arrasado con todo hasta los cimientos. Ignoro cuántos planetas desconocidos habrán sufrido el mismo destino. Y, por si los xenos no eran lo bastante codiciosos, los años de corrupción han esquilmado la vieja Liga. No he visitado un solo planeta en el que las defensas, o cualquier otro activo, militar o de otra naturaleza, se correspondan con los registros. Han falsificado los diezmos, han malversado una parte importante de las finanzas del sector… En definitiva, han robado mucho, en ocasiones abiertamente. Allí no temen a la autoridad imperial, pero lo harán. He iniciado una inquisición. Los agentes de la Ordo Hereticus y del Adeptus Arbites me asisten en mi cometido. Habrá ejecuciones. Muchas.

El rostro del primarca era inescrutable, lo que indujo a Felix a disculparse.

—Lo siento, mi señor. No tengo tiempo para gentilezas. Hay que dar ejemplo.

El primarca negó con la cabeza.

—No, no, haces bien, la Liga era el peor de todos los sistemas políticos —apuntó Guilliman—. Suficiente poder centralizado para envalentonar a la élite, pero insuficiente para mantenerla bajo control. El flujo ilimitado de dinero amplifica la codicia. Favorece el afán adquisitivo y posibilita la elusión de responsabilidades, por lo que siempre acaban sufriendo los más débiles. Debe rectificarse con el máximo rigor. Una vez más, mis errores me confrontan. Vuelvo a reiterar que Ultramar nunca debió dividirse.

—Las cosas cambiarán —aseveró el tetrarca—. La Liga Sotharana se ha disuelto. El pueblo hallará una solución más justa en el gobierno directo de Ultramar. —Hizo una pausa. —No he podido dejar de preguntarme en qué estarían pensando los Scythes of the Emperor para dejar que las cosas empeoraran de esa manera.

—Tenían sus propias guerras que librar —señaló el primarca— y pagaron un alto precio por cumplir con sus obligaciones. No les incumbía interferir en el gobierno civil. Eso también cambiará.

Felix no podía disentir. Los tiránidos habían arrasado Sotha, capital de la Liga y mundo natal de los Scythes of the Emperor, y habían estado a punto de aniquilar a los propios Scythes en el

proceso. Había intercambiado algunos mensajes con el reducido capítulo para retomar las negociaciones destinadas a proporcionarles refuerzos Primaris que les permitieran recobrar toda su fuerza, pero eran una hermandad deshecha, y cada mensaje que le enviaban evidenciaba la vergüenza que sentían.

—Un aspecto positivo es que la gente se alegró de vernos —apuntó Felix—. No opondrán demasiada resistencia a la reimposición del gobierno directo, no si las clases dirigentes saben lo que les conviene.

—De acuerdo con tu experiencia, ¿dirías que la gente suele saber lo que le conviene? —le preguntó Guilliman.

Felix guardó silencio un segundo.

—Sinceramente, no lo sé. Cuando los agentes de Cawl me capturaron era solo un crío. He estado activo solo doce años desde que desperté de la animación suspendida y durante ese tiempo solo he conocido la guerra. En su momento, me dijiste que aún conservaba gran parte de mi humanidad, aun cuando muchos de los Primaris primogénitos carecían de ella, pero he tenido que fiarme de ello. No conozco a la gente, mi señor. ¿Cómo podría saberlo?

—Te equivocas, Decimus. Sí conoces a la gente. Posees una gran capacidad para la empatía. ¿Qué te dice tu instinto?

—Me dice que la gente no sabe lo que le conviene —dijo con vacilación.

—¿Y?

—Y que, como individuos, las personas son criaturas inteligentes, pero como grupo son animales, y los animales necesitan mano dura.

—Ya veo —dijo el primarca. Entre las dos palabras cupo todo un océano de decepción.

—La filosofía carece de importancia—se apresuró a añadir Felix —. Lo importante es la acción. De momento, no he tenido grandes problemas con los gobernadores imperiales y, si alguno llegara a oponerse, el pueblo está dispuesto a sublevarse. Están hartos de la codicia humana y del terror xeno.

—Entonces confío en que rectifiques la situación en mi lugar, hijo mío —respondió Guilliman. Miró por la ventana—. Esta guerra

nunca acabará. Solo podemos luchar por disfrutar de breves momentos de paz. Cuando expulsemos a Mortarion, habrá otros enemigos. Los tiránidos, los necrones, los t'au… Debo dejaros a ti y a los otros para lidiar con ellos aquí. Tengo una galaxia que salvar.

El primarca parecía más preocupado que de costumbre. Se quedó mirando el espacio y luego pareció volver en sí.

—Ultramar ya casi es nuestra —dijo abruptamente—. Por fin. Esta guerra ha supuesto una peligrosa distracción de la Cruzada Indomitus y, aunque he intentado prescindir de la mayoría de sus activos en el cumplimiento de mis tareas aquí y he recurrido en su lugar a fuerzas procedentes de los sectores circundantes, varios grupos de batalla de la Flota Primus siguen ocupadas en Ultramar cuando podrían estar liberando otros mundos.

—Todo es parte de la misma lucha —aseveró Felix—. Debemos combatir el Caos dondequiera que se encuentre. Es una zona de guerra importante.

—Lo es —coincidió el primarca—. Ultramar es importante por muchas razones. Pero debemos tomar en cuenta la política, y la política no habla el mismo lenguaje que la lógica. Hay quienes utilizan mi deseo de salvar Ultramar como arma contra mí y lo consideran un signo de favoritismo hacia mi propio pueblo. En Terra sigue reinando el descontento. Los agentes del enemigo están por todas partes. La codicia de la humanidad no se limita a la difunta liga de Sotha, está presente allá donde va la humanidad. La avaricia nubla la visión de los hombres, los ciega ante todo lo ajeno al beneficio propio y a corto plazo.

»El Consejo Exterra hace lo que está en su mano para refutar estas acusaciones, pero sus miembros no son Altos Señores. Su mera existencia es otro hecho que algunos utilizan para intentar acreditar mi deseo de convertirme en Emperador. Los políticos del Palacio Imperial los llaman perros falderos. En Terra ha habido una rebelión mientras nosotros luchamos por la supervivencia —dijo en referencia al complot ideado por varios Altos Señores, tanto depuestos como noveles, para usurparlo. Guilliman miró a su hijo genético—. Dispongo de tiempo limitado para salvar al Imperio de las amenazas externas del Caos y los xenos antes de que toda esa

estructura podrida colapse. Debo triunfar aquí, arrancar el corazón de la obra de Mortarion de una vez por todas. La travesía por la Brecha Attilana hacia el Imperium Nihilus no puede demorarse más. Abaddon ejerce una fuerte presión en el Guantelete Nachmund y alrededor de los restos de la Puerta de Cadia. Marneus Calgar debe regresar pronto a Vigilus. He pasado demasiado tiempo aquí. Sin duda, esto es parte del plan del Señor de la Guerra. Ataca lo que más aprecio para distraerme y me avergüenza admitir que ha funcionado.

—¿Crees que Mortarion está trabajando con el Señor de la Guerra?

Guilliman soltó una carcajada irónica.

—No trabaja para nadie más que para sí mismo. Esto no es la Herejía. No existe un mando central, solo el capricho de la locura. No, Mortarion solo desea humillarme a mí. No le interesa lo que haga Abaddon, pero sus acciones juegan a favor de otros planes. No es consciente de que, al seguir su supuesta voluntad indomable, no es más que una marioneta en manos de otros, como todos los seguidores del Caos. Lo han manipulado para que actúe de esta manera. Necesito una solución rápida. Necesito saber qué está pasando en Iax antes de atacar y necesito saberlo ahora. Asumo un gran riesgo. No puedo ir a ciegas.

—¿Por eso quieres hablar con el esclavo del inquisidor?

Guilliman apretó los labios.

—Llegamos al núcleo de nuestro desacuerdo. Lo desapruebas. Por eso sabía que vendrías.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque, sinceramente, hijo mío, preví tu reacción y me di cuenta de que sería más sencillo gestionar tu ira en esta situación, en lugar de hacerte llegar con el esclavo. Imaginé que intentarías destruirlo en el acto, aun cuando habría supuesto un terrible riesgo para ti, para impedir que yo cometiera un error.

—Estás cometiendo un error.

—No es un imposible. Si te tranquiliza, la destrucción del esclavo solo se ha pospuesto. Morirá.

—Pero no antes de usarlo. Esa criatura pertenece al enemigo, mi señor. El inquisidor Tjejren fue demasiado lejos. Es un radical peligroso que ha traicionado su cargo.

—Sus acciones te enfurecen y, sin embargo, ha logrado eludirte —comentó el primarca. Felix notó el sabor amargo de la crítica.

—Lamento tener que decir que sigue prófugo —admitió avergonzado.

—No tiene importancia —aseveró Guilliman—. Tjejren fue servidor del Emperador una vez. Sigue creyendo que lo es. Aún puede servir.

—Me temo que es un caso perdido. Todo lo que toca la disformidad se corrompe.

Guilliman lo miró.

—Entonces todos estamos corrompidos, ya que en la existencia misma de todas nuestras almas se aloja un fragmento de la disformidad. —Cambió de posición. La Armadura del Destino rezongó.

—¿Has visto al esclavo? —le preguntó el tetrarca con dureza—. ¿Ya has visto lo que Tjejren le hizo a ese interrogador?

—No, admito que no —respondió el primarca—. Hay muchos asuntos que me ocupan.

—Puede que tu discurso cambie cuando lo hayas hecho, mi señor. Remo y su parásito no te traerán más que desgracias —aseveró Felix.

—Subestimas la fuerza de voluntad de los servidores del Emperador. Me han asegurado que el interrogador Remo sigue aguantando. Es esclavo del ser que lo posee, pero desea realizar un último servicio, por lo que confío en que eso fuerce a la criatura a hablar con franqueza mientras se la interroga. Es una oportunidad, Felix. Quiero que entiendas que no adopto esta línea de acción a la ligera, pero solo una criatura de la disformidad puede decirnos lo que ocurre en Iax. Está al borde del abismo. Un solo empujón podría convertirlo en un mundo demoníaco o propiciar que el empíreo lo engulla por completo. Si eso sucediera, podría arrastrar muchos otros mundos con él, independientemente de cuánto perjuicio hayamos causado a los planes de Mortarion. Es una oportunidad que

no puedo dejar pasar. Salvará millones de vidas. Podría incluso salvar mi vida. No puedo ganar esta guerra si estoy muerto.

Felix guardó silencio un momento.

—¿Juras que lo matarás después? —le preguntó—. Mi señor, perdona mi atrevimiento, pero si hubieras sido testigo de lo que le hizo al grupo de combate enviado a capturar a Tjejren… —Felix dejó la frase en el aire. No tenía valor para plasmar con palabras lo que recordaba.

—Al menos será un acto de misericordia para el interrogador. —Guilliman se apartó de la ventana. —Ahora que estás aquí, ¿deseas asistir al interrogatorio? Tal vez presenciar el interrogatorio y la ejecución te tranquilice. No quiero que surjan diferencias entre nosotros.

—¿Lo matarás después? —insistió el tetrarca.

—Lo juro —respondió Guilliman—. No temas, no puede hacerle daño a nadie. La Concilia Psykana lo custodia bajo la dirección del Hermano Capitán Ionan Grud.

—¿El Grey Knight? —preguntó Felix—. ¿El que venció a Typhus en Galatan sobre Parmenio?

—El mismo. Es fuerte e incorruptible. ¿Quién mejor que los Knights de Titán para encadenar a un demonio?

CAPÍTULO DOS

HUÉSPED DEMONÍACO

El Librarius de los Space Marine ocupaba la torre ubicada detrás del palacio. Fue allí a donde se dirigieron Guilliman y Felix, utilizando ascensores rápidos y vías privadas hasta perderse de vista en pasillos de adamantio alejados del casco de la nave. La estructura estaba fuertemente blindada. De hecho, dada su fragilidad, solo el reactor estaba más protegido que las barreras interiores del Librarius, y era necesario que lo estuvieran.

La mayoría de las naves capitales que pertenecían al Adeptus Astartes portaban réplicas en miniatura de los diversos subdominios que se encontraban en sus fortalezas monasterio: forja, reclusium, apotecarion y demás, todos ellos necesarios para que las fuerzas de los Space Marine pudieran actuar de forma independiente durante periodos prolongados. Una de las secciones de esas naves siempre se reservaba para los psíquicos, con el fin de atender a las necesidades de las batallas esotéricas que libraban. El Imperio debía hacer frente a muy diversas formas de enemigos sobrenaturales, por lo que las celdas blindadas y los lugares rituales eran tan necesarios como lo eran las armas y los tanques para sus ejércitos más selectos.

La diferencia entre el Librarius de la *Honor de Macragge* y los de otras naves de los Space Marine no residía únicamente en su escala,

aunque sin duda superaba en tamaño a la mayoría. La principal diferencia radicaba en la función que desempeñaba. Más que a los místicos de un capítulo, el Librarius de la *Honor de Macragge* acogía a bibliotecarios de muchas hermandades y a otros ajenos al Adeptus Astartes, ya que albergaba a psíquicos humanos no aumentados, además de a unos pocos que no eran humanos en absoluto. Fuera cual fuera su procedencia, sus ocupantes eran poderosos en la disformidad. Los líderes de este grupo conformaban la llamada Concilia Psykana de Guilliman, que no era otra cosa que su consejo de videntes. En otro tiempo, el primarca habría considerado ridícula la idea de constituir un consejo así, algo sacado de los cuentos infantiles, una cábala de magos para guiar a un rey. Ahora, no obstante, los consideraba indispensables.

La nómina de la Concilia Psykana era fluida, ya que los miembros iban y venían de otras misiones o caían en combate. Nunca había más de cien ni menos de una docena. Aunque los miembros de la Concilia cambiaban con el tiempo, había un puñado de ellos en los que Guilliman había llegado a confiar especialmente y representaban una valiosa constante para él en su guerra contra los dioses.

Guilliman y Felix llegaron a una celda hecha enteramente de hierro que se había oxidado hasta adquirir el color de la sangre vieja. Era pequeña, de apenas quince metros de ancho, con forma de colmena, más alta que ancha y con tantas runas de protección grabadas en el metal que no había una sola superficie lisa en la habitación. El solitario lumen que colgaba del vértice del techo apenas bastaba para iluminar el lugar. Unos anillos de plata deslustrada yacían en el suelo, sujetos por unos ganchos enterrados a gran profundidad en la cubierta. Unas estrechas rendijas de observación recorrían la estancia a la altura de la cabeza de un marine. Unos fragmentos de cristal negro brillaban en su interior rodeados de marcos y travesaños de plomo santificado, también repleto de emblemas. Era un lugar de extremo peligro espiritual, uno que era mejor contemplar desde fuera, pero al que Guilliman y Felix se aventuraron a entrar.

—Veamos lo que veamos, debemos verlo de primera mano— aseveró el primarca antes de que cruzaran el umbral.

La gruesa puerta chirrió al hacerse a un lado. Guilliman se puso el casco, le dijo a Felix que hiciera lo mismo y se inclinó para acceder al interior. Una vez dentro, no se detuvo, sino que cruzó la estancia y se situó junto a la pared del fondo. Felix, en cambio, titubeó. Podía oler la sangre, percibir el sufrimiento. En el suelo había una gran escotilla tipo iris, de la que emanaba un presagio de terror tan intenso que hizo que se le erizara la piel de la nuca.

—Este sitio es perverso —afirmó el tetrarca.

—Hay distintos grados de perversidad —replicó Guilliman. La voz del primarca, proyectada a través del sistema de comunicación de la armadura, parecía desprovista de fuerza, apagada por la malicia, como una campana con el badajo amortiguado—. En un universo perfecto, nunca habría tenido nada que ver con esto, pero el universo en el que vivimos no lo es y es por eso que debemos recurrir a ciertas perversidades por peligrosas que sean. Entra, Felix, no te pasará nada, tienes mi palabra.

Felix se unió al primarca a regañadientes y se volvió hacia la puerta. Dos codiciarios y un epistolario de los Space Marine entraron a la sala. El tetrarca reconoció a Donas Maxim, del capítulo Aurora. A los otros no los había visto antes. Llevaban los cascos puestos, con las lentes oculares resplandecientes como resultado del poder psíquico que empezaba a acumularse a su alrededor. Se dispusieron de manera equidistante, sumidos en un silencio que agregó una sensación de pesadumbre a la maldad que impregnaba el metal.

La presencia de la siguiente persona en entrar habría sorprendido a algunos en la flota, puesto que no era un marine, ni siquiera un humano, sino un eldar ataviado con los ropajes negros y el equipamiento místico de un vidente de Ulthwé. Llevaba un casco alto y curvado que casi rozó el umbral de la puerta cuando entró.

Se trataba de Illiyanne Natasé, emisario de Eldrad Ulthran, aliado de Guilliman.

Felix había nacido en una época más tolerante, por lo que los xenos despertaban en él más curiosidad que odio. Natasé era un valioso consejero de Guilliman, pero su presencia en la Concilia era

poco conocida. Además, había pasado algún tiempo alejado de la nave insignia ocupándose de los suyos, que habían venido a prestar su ayuda en la lucha en el sector oeste de Ultramar. Pese a la estrecha relación que Felix mantenía con Guilliman, su contacto con Natasé había sido mínimo. Natasé era un secreto, como lo era también lo que estaba a punto de suceder. Ambos eran secretos de la índole más perniciosa.

Natasé le dedicó un elaborado saludo al primarca, algo más parecido a un baile que a una reverencia. Si un humano hubiera actuado de la misma manera, habría resultado absurdo, pero el eldar era grácil, sus movimientos eran refinados y los delicados amuletos que llevaba por toda su persona no hacían sino acentuar su elegancia al mecerse al compás de sus movimientos.

—Mi señor Roboute Guilliman.

—¿Estás listo? —le preguntó el primarca.

—Lo estoy —respondió el vidente—. He consultado la madeja, por difícil que resulte hacerlo rodeado de tantas mentes rudimentarias. Podréis interrogar al demonio. Os responderá. —El xenos era difícil de leer; su lenguaje corporal era suntuoso, pero ajeno. Era evidente que Guilliman lo entendía mejor que Felix.

—Opinas lo mismo que Decimus. Tampoco crees que debamos seguir adelante con el interrogatorio —comentó el primarca.

—No creo que debamos, no —dijo Natasé con rotundidad—. El demonio ligado a este hombre es un fragmento del Gran Mutador. Nada de lo que oigáis de su boca será verdad, aun cuando esté diciendo la verdad. Aunque provenís de un linaje humano, poseéis una gran inteligencia, Lord Guilliman, pero, si decidís seguir adelante, mucho me temo que solo os haréis daño a vos mismo.

El primarca miró fijamente al xenos. Felix no pudo evitar pensar que Natasé era tan delgado como un manojo de juncos vestido y presentado para parecer un hombre, tan frágil que solo el peso de la mirada de Guilliman debería haber bastado para aplastarlo, pero se mantuvo firme.

—¿Es eso lo que dicen tus pronosticaciones? —le preguntó el primarca.

—Eldrad Ulthran me ordenó que fuera lo más franco posible con vos, ya que la vuestra no es una especie dada a la sutileza, y hay muchas cosas que nunca llegaréis a entender —afirmó—. Lo cierto es que no puedo ver lo que os sobrevendrá. Los caminos creados por El Que Cambia las Cosas son enrevesados y nunca conducen a donde uno imagina antes de llegar a su inevitable destino.

—Corrupción. Locura. Condenación —dijo Guilliman.

—Escueto, poco poético, pero acertado —comentó el eldar. Hubo un matiz de burla en la forma en que imitó el modo de hablar del primarca—. El consejo que os doy está dictado en parte por esta incertidumbre, pero también porque conozco a estos demonios de antaño. Cada palabra que pronuncian es una trampa.

—Entonces, ¿te niegas a ayudarme a encontrar respuestas?

—No, no voy a negarme —aseveró Natasé, y su arrogancia se vio atenuada por el remordimiento—. Estoy obligado por juramento a asistiros en todo lo que pueda. Eldrad Ulthran me dijo que debía escucharos, que sois… —El xenos sopesó sus palabras con cuidado. —Superior incluso a nosotros, en algunos aspectos. —Era evidente que la sola idea le resultaba desagradable.

—Te agradezco tu consejo, vidente. Seguiremos adelante. No hay tiempo que perder. No permitiré que Remo sufra más de lo necesario. Traed al prisionero —ordenó.

En cuanto pronunció las palabras, la temperatura de la habitación bajó de manera considerable. La escotilla tipo iris se abrió. Las ruedas del elevador chirriaron mientras un haz de luz plateada se proyectaba hacia arriba desde el hueco y una capa de escarcha se extendía por las paredes oxidadas. Las runas fueron cobrando vida entre un coro de crujidos audibles a medida que el poder psíquico entraba en contacto con el metal. Alrededor de la escotilla empezó a brillar un círculo con forma de hexagrama, hasta entonces invisible, y luego se iluminó con tanta intensidad que el casco de Felix reaccionó oscureciendo sus lentes oculares.

El hombre poseído y su guardia ascendieron sobre una plataforma.

A pesar de la prisión atemporal del campo de estasis en el que se encontraba el huésped demoníaco, el Caos se había incrustado

profundamente en la arcilla del cuerpo de Remo. Su piel había adquirido un enfermizo color rosa moteado y estaba cubierta de llagas. Se encontraba macilento y se le notaban los huesos retorcidos; claramente en proceso de transformarse en algo nuevo. De las articulaciones le sobresalían bultos y espolones. Varios cuernos le brotaban de un lado de la cara y le cubrían por completo los rasgos faciales del lado izquierdo, a excepción de la boca, donde unos colmillos curvados hacia abajo hacían que se contrajera en una mueca permanente y babeante. Unos dientes negros y afilados como el pedernal se agolpaban en unas encías sanguinolentas. Aunque esos rasgos deberían haber hecho que el huésped demoníaco pareciese un ser simplón y estúpido, de algún modo su expresión transmitía una sagacidad y una diversión peligrosas.

Del hombre que había sido el interrogador Remo quedaba poco más que su sufrimiento. Tenía los brazos atados al travesaño de un crucifijo en forma de T fabricado en metal reluciente y las manos esposadas a la espalda con cadenas estampadas con runas del mismo acero azulado. Los codos y la cintura los tenía atados con lazos de alambre de espino. De su cuerpo colgaban varios manojos de amuletos que emitían una luz brillante y feroz. Tenía los pies clavados al poste metálico por un único clavo plateado, en cuya cabeza había grabado un complejo sello. Ese, y todos los demás símbolos arcanos que lo rodeaban, refulgían con un calor antinatural. Unas llamas negras recorrían las ataduras y le quemaban la carne donde entraban en contacto con ella. Aunque permanecer en aquella posición durante cualquier intervalo de tiempo debía de ser atroz, Remo se mantenía totalmente inmóvil, con el solitario ojo amarillo mirando al frente. Se encontró con la mirada de Felix. «Una mirada profunda», pensó el tetrarca. Dos pupilas nadaban alrededor del iris y se movían siguiendo patrones cambiantes, como los que seguía la Gran Fisura que dividía la galaxia. Tras ellas se escondía el infinito.

Un recuerdo asaltó a Felix antes de que pudiera apartar los ojos de él.

Recordó el día en que había descubierto el complot de Tjejren. Un presunto ritual de adivinación para dar con la red de corrupción

de Mortarion. No se había percatado de que el inquisidor se proponía ligar a un demonio a su sirviente hasta el último momento. Entonces había intervenido y Tjejren había huido. Remo se había quedado allí, ya sentenciado. Ese día, Felix perdió a seis buenos hombres antes de conseguir refrenar a Remo. Habían necesitado una combinación de estasis y bloqueos psíquicos para contenerlo y, aun así, casi no lo habían conseguido.

El recelo de Felix se redobló. Una sensación de frialdad le acarició los dos corazones. Había enviado a Remo de vuelta a Vespator para que sus psíquicos se ocuparan de él de forma segura, temiendo que el mero hecho de matarlo pudiera desatar al demonio atrapado en su carne, pues ¿qué sabía él de esos asuntos, incluso ahora? Sin embargo, al regresar de Alveiro había descubierto que el huésped demoníaco no solo no estaba muerto, sino que estaba a bordo de una nave de vacío de la Anathema Psykana y se disponía a abandonar el sistema. Le había horrorizado descubrir que la orden había venido directamente del primarca. Las dudas lo habían asaltado. Quería a Guilliman como a un padre, pero eso, sin duda, constituía un paso en la dirección equivocada. Remo estaba poseído por el Caos y, por ende, no debía recibir trato alguno. El recuerdo de su enfrentamiento con la criatura se derrumbó entre llamas para dar paso a la visión de un futuro sangriento en el que una parodia siniestra de Guilliman presidía un Imperio de desesperación y sufrimiento. Así comenzaba la perdición, a partir de una única mala acción hecha de buena fe. La historia giraba en torno a la punta de una lanza.

«Si tan solo pudiera detenerse», pensó. Un simple espadazo. Un esfuerzo momentáneo. Él moriría, pero el futuro sería…

Felix apartó la mirada del demonio. Bajo la armadura estaba empapado de sudor. Tenía la mano alrededor de la empuñadura de la espada, listo para desenfundarla.

Guilliman lo miró de reojo.

—Ten cuidado, Decimus —le dijo—. No respondas a sus tentaciones.

Felix asintió y recuperó la compostura.

—Sí, mi señor. —A partir de entonces, evito volver a mirar a la criatura.

Alrededor del cuello de Remo había un collar, también iluminado con sellos de protección, del que salía una cadena. El extremo de la cadena lo sujetaba un guardia, un guerrero ataviado con una inusual armadura de exterminador que, a su manera, también resultaba aterrador.

Donde Remo destilaba calor, Ionan Grud irradiaba un frío más profundo que el del propio vacío. Fue en ese momento cuando Felix se dio cuenta de que era su influjo el que provocaba la escarcha y congelaba el aire. Felix estaba familiarizado con las cuestiones psíquicas. Entre sus propios asesores habían muchos psíquicos poderosos, y además, él mismo había luchado contra todo tipo de abominaciones y hechiceros de la disformidad desde que había despertado, pero la sensación de poder que emanaba de Grud era de una magnitud totalmente distinta. Imaginó que eso era lo que uno debía de sentir al estar cerca del mismísimo Emperador. Su sola presencia hacía que le temblara el alma. Aunque el tetrarca era un guerrero poderoso, sabía sin lugar a dudas que, si el capitán de los Grey Knights se volviera contra él, moriría en un abrir y cerrar de ojos, y su alma acabaría aniquilada junto con su cuerpo.

A Guilliman no le afectaban ni el demonio ni el guerrero místico.

—Capitán Grud —dijo—, ¿estás preparado?

—Lo estoy —respondió el capitán. Hubo un tono condenatorio en su voz, acentuado por la dureza de su altavoz.

—Natasé —dijo el primarca—, comienza.

El eldar estaba temblando, profundamente afectado por la contundente presencia de Grud. Los videntes eran psíquicos de un poder inmenso, pero sus habilidades eran menos agresivas que las que poseían los Grey Knights y la sensibilidad de su raza era mucho más delicada que la de los humanos. Se aproximó con cautela, como si se acercara a un fuego voraz, y metió la mano en una bolsa que llevaba a un lado mientras lo hacía. Empezó a hablar a toda velocidad en su propia lengua y sacó varios objetos pequeños; runas angulares, a juzgar por su aspecto. Con sumo cuidado, las hizo girar una a una en la palma de la mano y las lanzó al aire, donde

comenzaron orbitar alrededor del demonio y su carcelero, dejando una estela de luz plateada a su paso, hasta que Grud y Remo quedaron envueltos en un complejo patrón entrecruzado. Felix distinguió los nombres de varias deidades eldar en el lenguaje fluido que salía del casco del vidente, pero no logró captar nada más.

Cuando terminó de tejer la jaula, el vidente dio un paso atrás. Las runas siguieron orbitando en el aire.

—Está ligado —dijo Natasé con voz ronca.

El huésped demoníaco seguía mirando al frente, únicamente a Felix. El tetrarca sintió que la cosa intentaba compartir una especie de broma privada con él.

—Interrogador Remo —dijo Guilliman—. Háblame.

Al instante, la cabeza de la criatura empezó a moverse de un lado a otro con tanta rapidez que se volvió borrosa. El hombre poseído profirió un profundo gruñido felino.

—Remo, lucha —le ordenó el primarca—. Aún queda algo de voluntad en ti.

La cabeza del huésped demoníaco dejó de sacudirse y se quedó totalmente inmóvil. La criatura se rio.

—*Vuestro siervo ha dejado de existir, lo he consumido, es parte de mí. Es parte del Señor del Cambio, como fueron, son y serán todas las cosas* —dijo el huésped demoníaco—. *No hay esperanza para él, ni para vos, mi baladí señor mortal*.

Guilliman miró de reojo a Grud. El Grey Knight tiró con fuerza de la cadena, arrastrando a la criatura hacia delante. Unas llamas azules se propagaron por los eslabones y empezaron a abrasar la piel de la criatura, que dejó escapar un rugido iracundo.

—Deja paso al espíritu de Remo para que pueda hablar con nosotros —dijo el primarca.

—*No* —respondió el huésped—. *Este cuerpo me pertenece. Su alma me pertenece. No le dejaré hablar*.

—Con eso demuestras tu debilidad y tus mentiras. ¿Cómo puede haberse ido y aún ser capaz de hablar? Suéltalo —le ordenó Guilliman. Volvió a mirar a Grud.

Las runas empezaron a resplandecer por toda la armadura del Grey Knight mientras recitaba una letanía de gótico antiguo, que

concluyó con una serie de sonidos que martirizaron el oído de todos los presentes y reverberaron en espacios invisibles. El demonio encadenado gritó al oír su nombre y se retorció en sus ataduras. Natasé se tambaleó hacia atrás. Los bibliotecarios de los Space Marine se aprestaron con las lentes oculares brillantes mientras ejercían su formidable voluntad para contener al demonio. El Grey Knight dejó de hablar y las palabras se extinguieron lentamente. Quedaron suspendidas en el aire, dejando un rastro de sonidos sibilantes que parecían lo bastante afilados como para hacer correr la sangre.

Remo colgaba con apatía del poste y el travesaño. Ahora parecía más humano, afligido en lugar de peligroso. Los cables le mellaban la carne y la sangre, del rojo brillante de los mortales, le resbalaba por el cuerpo.

—Conozco tu verdadero nombre, demonio —dijo Guilliman—. ¿Crees que voy a suplicarte como un vulgar hechicero, que estoy dispuesto a venderte mi alma por unas cuantas migajas de conocimiento? Soy el último hijo del Emperador de Terra. ¡Me prestarás atención y me obedecerás!

—*Hablad, pues, con vuestro sumiso vasallo* —dijo la voz del demonio. La cabeza de Remo se irguió y ahora el único ojo superviviente volvía a ser humano, marrón claro y lleno de dolor.

—Mi señor, sabe que lo destruiréis. Yo… —Hizo una mueca de dolor y apretó los dientes negros. —No os dirá lo que deseáis saber. No puedo obligarlo a… —Se sacudió con violencia. Le salió sangre por la boca y el pecho se le contrajo en un espasmo. Dejó escapar un quejido y recobró la compostura. —Mi señor, ayudadme, deseo serviros, pero no podré resistir esto mucho más tiempo. Matadme, os lo ruego.

—Me lo dirá —aseveró el primarca con frialdad—. Conocemos su nombre. No tiene elección. ¿Me equivoco?

Remo sacudió la cabeza con brusquedad. Su ojo se deslizó hacia atrás y dio una vuelta completa hasta que el iris amarillo de pupila doble apareció de nuevo.

—*¡Maldito seáis, hijo del Anatema!* —exclamó—. *¡Malditos seáis vos y todos los de vuestra endeble especie! El Gran Tzeentch está*

resurgiendo y vos no sois más que su peón. ¿Acaso no lo veis?¡No os diré nada!

—Hablarás. —Guilliman apoyó la mano en el pomo de la *Espada del Emperador*. —Hablarás en este instante y, cuando lo hagas, arrancaré tu esencia de la existencia con esta espada. No hay nada que puedas hacer al respecto. Te aborrezco. Abjuro de ti. Pero antes de eliminar tu maldad de la realidad para toda la eternidad, ¡hablarás y condenarás a tu señor!

El demonio se retorció.

—*¡Nunca!* —declaró, aunque con voz afligida.

—Dime, ¿qué planea mi hermano Mortarion?

—*No hablaré*.

—¡Habla! —gritó Guilliman. La vehemencia de la palabra sacudió a Felix. La escena en la estancia era bastante horrorosa de por sí, pero bajo el tejido de la realidad circulaban corrientes opuestas, grandes mareas de energía psíquica que envolvían al tetrarca. Todos los presentes, el vidente, el Grey Knight y los bibliotecarios de los Space Marine, padecían sus efectos, pero no Roboute Guilliman—. Eres un urdidor de planes, tu señor es el peor enemigo de mi hermano. Cuéntame qué planea y al menos morirás sirviendo a tu retorcido señor, quien además podría saborear una pequeña victoria cuando yo destruya a mi hermano.

—*¡No!*

El demonio volvió a retorcerse. El alambre de púas se hundió en la carne robada y arrancó varias tiras de piel ensangrentada del cuerpo de Remo. Las llamas negras que se deslizaban alrededor de sus manos y pies se avivaron y empezaron a consumir al huésped. La habitación se llenó de un humo acre. Felix oía los gritos de Remo, demasiado humanos, bajo los aullidos del demonio. Grud volvió a entonar el nombre del demonio, que dejó escapar un chillido. Uno de los bibliotecarios se desplomó y la armadura resonó de manera estrepitosa contra el suelo. Las runas de Natasé giraban cada vez más rápido alrededor del huésped demoníaco.

—Habla —le ordenó el primarca.

El demonio se inclinó hacia delante de repente. La corriente de energía contradictoria disminuyó y se hizo un silencio cálido.

Natasé dijo algo en su lengua alienígena.

—Ahora viene el momento más peligroso. Tened cuidado —añadió en gótico.

El huésped demoníaco levantó la cabeza. Habló con voces gemelas; ahora la voz del no nacido estaba subordinada a la de Remo. Unas lágrimas negras le corrían por el rostro.

—Haced vuestras preguntas, oh, hijo del Anatema. Tendréis nueve, pues esa es la dádiva de Tzeentch.

Guilliman estaba preparado.

—¿Dónde está Mortarion?

El huésped se estremeció.

—Os espera en Iax, como os dijo él mismo. Quedan ocho preguntas.

—¿Qué se propone?

—Mataros. Os quedan siete preguntas.

—¿Cómo? —continuó el primarca.

—Mediante una enfermedad, en honor a su dios, Nurgle, señor de las plagas, maestro del siete y el tres. Podéis preguntar seis más.

Guilliman se detuvo a pensar. El demonio se mantenía fiel a las argucias de sus congéneres y respondía de la forma más limitada posible. Todas sus respuestas serían engañosas, por lo que el primarca debía tener cuidado.

—Soy un primarca, creado por el Emperador. Soy inmune a todas las enfermedades. Si Mortarion se propone matarme con una enfermedad, debe ser de naturaleza extraña. ¿Qué es lo que la hace posible?

El demonio siseó mientras Remo sollozaba al escupir las palabras.

—En Iax se encuentra Ku'Gath, Padre de la Plaga, Gran Inmundicia tres veces maldita, primero en recibir el favor de Nurgle. Allí agita el caldero del mismísimo Dios de la Plaga. Es con la pestilencia que se cuece en su interior que pretende mataros, mortal necio. Tiene vuestra sangre. Cinco más.

—Ha sido una respuesta completa, mi señor, y susceptible de estar plagada de perfidia —le advirtió Natasé.

—No lo subestimaré —lo tranquilizó Guilliman—. Dime, demonio. He leído acerca de ese caldero. Mis señores del saber conocen su existencia. ¿Está relacionado de alguna forma con la red de corrupción que Mortarion ha proyectado sobre mi reino?

El demonio aulló.

—*¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!* —Se revolvió y gritó, maldiciendo sus propias palabras en cuanto salían de su boca. —*Es la fuente, el pozo negro, el dador de corrupción, el corazón que bombea inmundicia por todo vuestro reino. Os daré cuatro respuestas, ¡ninguna más!*

—Y, si se destruyera, ¿su influencia sobre Ultramar se acabaría?

—*Como hijo de la plaga e hijo del Anatema que es, recibiría un duro golpe. Quedan tres*.

—¿Dónde está? —prosiguió Guilliman.

El demonio recurrió a la socarronería.

—*En la disformidad. En el Jardín de Nurgle. Dos*.

El primarca cambió de posición, molesto. No había formulado bien la pregunta.

—¿En qué zona de Iax está?

—*En todas partes. En ninguna parte. En Iax* —respondió la criatura—. *Una*.

—¡No juegues conmigo! —le advirtió Guilliman dando un paso adelante. Sacó un palmo de la *Espada del Emperador* de la funda. Un fuego brillante ardía a lo largo de la hoja expuesta—. Conoces esta espada. La usaré para acabar contigo en un momento.

Se oyó una risa gorgoteante. Aunque provenía del demonio, parecía llegar de todos los rincones de la estancia, corroyendo el alma de Felix como si de ácido se tratara.

—*Me amenazáis con la aniquilación, ¿por qué debería contaros nada?*

—¡Porque estás atado! Dime, ¿en qué lugar de Iax puedo encontrar el caldero a fin de destruirlo?

—*No está en ninguna parte, está en todas partes. Iax se ha convertido en Pestiliax. Ya no es vuestro, ni de este reino*.

—¡Habla! ¿Cuéntame más!

El huésped demoníaco se retorció. La voz de Remo se hizo más fuerte, más urgente.

—Arrastrará todo vuestro reino a la disformidad, vos sois la clave. Se convertirá en el maloliente patio de recreo del Dios de la Plaga. Os precipitáis hacia ese fin y vuestra imprudencia hará que sus planes se cumplan.

—Eso no responde a mi pregunta. ¿Dónde está el caldero? ¡Te lo ordeno!

El demonio se sacudió, intentando resistir la compulsión que pesaba sobre él mientras el conflicto interno lo hacía levantarse de la cruz. Una luz oscura formó un halo en torno a su cabeza retorcida y un fuerte olor a especias quemadas ahogó a los ocupantes de la cámara.

—Un lugar vital hecho enfermedad, donde ni la tierra ni el agua prevalecen, pero ambos son señores. El jardín de la muerte, donde juegan los señores de la plaga. Aherrojado, el rey de las calamidades vierte su designio mortal sobre vuestra mundanidad.

El demonio se arqueó y escupió varias espirales de fuego fatuo que dieron vida a monstruos efímeros. Rugieron, lucharon y desplegaron un manto venenoso sobre todos los presentes antes de disolverse entre gritos suplicantes.

—No responderé a más preguntas, sino que me liberaré y completaré la tarea que se me ha encomendado. —La voz retumbó desde todos los rincones, haciendo que Felix cayera de rodillas. El lumen desfalleció. — *Vuestra cabeza no será de Nurgle, isino del multiforme Tzeentch!*

Felix había empezado a sangrar profusamente por los ojos y apenas pudo ver lo que sucedió a continuación, pero lo vivió como una serie de viñetas grabadas en su memoria por una luz psíquica fulgurante. Las runas de Natasé estallaron en una lluvia de hueso espectral y el vidente salió despedido contra la pared. La jaula de luz colapsó hacia dentro y dejó varias muescas en la armadura del capitán Grud. El alambre de púas se hizo pedazos, liberando al demonio de sus ataduras. La cadena que le rodeaba el cuello refulgió y se derritió hasta evaporarse. Una iridiscencia centelleante envolvió el cuerpo maltrecho de Remo al tiempo que empezaba a convulsionar y a transformarse. Le brotaron plumas de los brazos y la espalda. El cuerpo se le elongó y se le llenó de carúnculas

mientras la cabeza se le alargaba y adquiría rasgos aviares. Unas garras sangrientas le brotaron de los dedos de los pies. De repente, una uña plateada salió disparada de la carne y se hundió en la pared. Un instante después, el demonio descendió.

Grud, con la armadura todavía humeante por los cortes de la jaula de Natasé, se dispuso a detenerlo, pero la bestia, que ya medía seis metros y seguía creciendo, lo apartó de un manotazo y lo lanzó contra uno de los bibliotecarios. Felix intentó levantarse, pero la cabeza de la criatura no dejaba de dar vueltas alrededor de su propio cuello. Una sola mirada de sus ojos pequeños y brillantes bastó para congelarlo en su sitio. Sentía como si tuviera el cuerpo envuelto en llamas y no pudo evitar dejar escapar un grito de dolor.

Entonces se hizo la luz, una llama reconfortante que lo envolvió como un bálsamo. Giró la cabeza a tiempo para ver a Guilliman, el último hijo leal, con la espada de su padre alzada sobre la cabeza. El demonio la rehuyó un instante y luego atacó, moviéndose más rápido de lo que podía seguir la vista. Un momento después, hubo una explosión y un grito que pareció eterno. Las llamas de la espada estallaron hacia afuera y se arremolinaron. El demonio dejó escapar un grito mientras un humo blanco emanaba de él. Sus gritos se convirtieron en un montón de chillidos patéticos. Empezó a encogerse de repente y volvió a quedar reducido a tamaño humano. Felix vio cómo Remo, envuelto en llamas, se quedaba absorto mirando la punta de la *Espada del Emperador* y luego caía al suelo.

Los gritos se apagaron. El fuego se extinguió. La habitación se sumió en la oscuridad.

Felix fue incapaz de moverse en lo que pareció una eternidad. Ni siquiera había conseguido posar la mano sobre la espada.

El silencio cesó. Felix se movió. Le dolía todo el cuerpo, pero podía mantenerse en pie. Divisó las lentes oculares brillantes de Grud, las de los bibliotecarios y, finalmente, para su alivio, las de la Armadura del Destino de Roboute Guilliman, inconfundibles por su tamaño y por cuánto se elevaban por encima de él.

—Lumen —ordenó el primarca.

La única luz que había en el techo de la cámara chisporroteó antes de volver lentamente a la vida.

Los bibliotecarios de los Space Marine estaban en guardia y con las armas preparadas. Los nimbos de energía psíquica volvían a flotar alrededor de las cabezas de todos los psíquicos. Natasé estaba al fondo de la estancia, con el elaborado casco quitado. Tenía la cara más pálida que el alabastro y los ojos negros rasgados. Tiritaba en silencio. Felix tuvo la impresión de que estaba más afectado por el poder de la *Espada del Emperador* que por la manifestación del demonio

De Remo solo quedaba un cadáver carbonizado con las extremidades encogidas por los tendones abrasados y los dientes blancos en la boca vociferante. Grud se acercó al hombre muerto y bajó la mirada mientras la luz de sus lentes oculares se teñía de un azul furioso. Fue él quien habló primero y lo hizo dirigiéndose al primarca:

—Sois el señor del Imperio, el Regente Imperial, Lord Comandante, el último hijo leal del mismísimo Emperador, mi señor y mi general —dijo el Grey Knight—, pero nunca volveré a hacer algo así por vos. Recordad bien mis palabras, primarca: con lo que ha pasado aquí, os habéis adentrado en aguas peligrosas.

Más tarde, Felix se enteró de que la hermandad de Grud al completo había abandonado la Flota Primus ese mismo día, sin tener siquiera en cuenta dónde se encontraban sus grupos de combate, y que no volverían a estar al servicio de Guilliman durante algún tiempo.

El primarca vio partir a Grud mientras la *Espada del Emperador* descansaba a su lado, como si nunca hubiera salido de su funda.

—Un rumbo peligroso, sin duda, y un alto precio. Este hombre entregó su vida y su alma para brindarnos esta información —dijo Guilliman—. Pero ahora sé lo que ha de hacerse para expulsar a Mortarion de Ultramar.

CAPÍTULO TRES

UN GRAN CAMBIO

—Aquí antes había ciudades —dijo Cherala. Tosió y escupió un poco de flema. Volvía a dolerle la cadera y no podía dejar de arrastrar el pie. Otro regalo discutible del jovial Abuelo.

—Cierra el pico, Cherala. Nunca las hubo. —Odifus tenía voz de pito, herencia de los gusanos auditivos que se le habían metido en la cabeza cuando era un crío. Sus trinos apenas lo dejaban oír nada, por lo que gritaba todo el tiempo.

Cherala se encogió. El grito de Odifus levantó nubes de moscas biliares de los montículos. Los hongos gigantes temblaron y se retorcieron sobre sus tallos para verlos pasar.

—¡Sí había! Me lo dijo el Abuelo —insistió Cherala. Se apartó el pelo grasiento del ojo bueno. El otro lo tenía medio cerrado por culpa de unas bubas palpitantes. La gente bruja del pueblo decía que los tumores podían desaparecer o no, que dependía de cuánto le rezara a su otro abuelo, al obeso, al jocundo señor Nurgle—. Había una ciudad aquí mismo, en el Bosque Apestoso.

—¡Mentira cochina! —atronó Odifus—. En Noxia nunca ha habido ciudades. Ninguna. —Aunque ninguno de los dos tenía la más remota idea de lo que era una ciudad, sabían que solía haber mucha gente en ellas. —Aglomerarse así es una estupidez. La manera más rápida de hacer que se extienda la peste.

Utilizaban la palabra «peste» como abreviatura para todo, para cualquier enfermedad, dolencia o mal, aunque cuando se requería una descripción precisa, cuando importaba, disponían de una miríada de palabras, una para cada uno de los regalos del Abuelo.

—Es verdad —aseveró ella. El rechazo de Odifus a su historia la contrarió y, por una vez, se defendió. Señaló los imponentes árboles del sapo y los miles de capuchones moteados de babaza que crecían en cada uno de ellos—. Esto eran edificios, grandes como el cielo, y esto… —dijo señalando los musgos acolchados sobre los que caminaban. —Esto eran carreteras, todas duras.

—Primero que nada, esto es musgo. Segundo, las carreteras son barro y mugre —puntualizó Odifus—. Esto es un bosque, siempre ha sido un bosque. Árboles, babaza y moscas. Ni edificios ni nada duro.

—Ah, ¿sí? —refunfuñó Cherala en voz baja. Por una vez, Odifus la oyó sin problema.

—Así es —declaró él.

Llegaron al límite de los terrenos de búsqueda. Bajo la profusión de enredaderas y árboles se distinguían unas estructuras cuadradas y regulares, apiladas de cinco en cinco. Las puertas oxidadas colgaban entreabiertas, dejando entrever las tinieblas fétidas del interior. Desde la distancia, parecían piedras con forma de bloque y, aunque un niño pequeño podría confundirlas, Cherala tenía doce años, el ecuador de su vida, y era sabia como pocos. Los bloques eran de metal. Casi todos estaban podridos y en algunos lugares estaban medio hundidos en el pantano, pero cuando su abuelo —el humano— contaba la historia de la ciudad que había sido, ella lo creía, porque había visto las cajas.

—Entonces, ¿qué son esas cosas? —preguntó.

—Cajas divinas —gritó Odifus—. Regalos de las despensas de la Mansión Negra del Abuelo. En lo más alto del Jardín.

El chico se volvió para mirarla. Tenía la cara hinchada por el bocio, por lo que tenía la piel muy estirada, y una papada que le colgaba hasta el pecho. Tenía la ropa enmohecida manchada de sudor. Aunque solo tenía la edad de Cherala, aparentaba cincuenta años.

—Eso es lo que dicen los charlatanes divinos —bramó—. Dicen que si sigues caminando por aquí, adentrándote cada vez más en el Bosque Apestoso, acabas llegando al otro lado, y ahí encontrarás el más glorioso de los lugares: ¡el Jardín de Nurgle! Qué bonito es el lugar a donde nos lleva la putrefacción sin siquiera darnos cuenta. — De repente, le rugió el estómago y se tiró un pedo acre.

Pasaron entre las cajas divinas. Al encontrarse a tan poca distancia de la aldea, la gente se había llevado todo lo de valor hacía una generación. El abuelo de Cherala le había dicho que habían pasado cien años de la llegada del bosque y, aunque no le faltaba razón, también se equivocaba, ya que, fuera de los tres sistemas de las Estrellas del Azote, solo habían pasado doce años. Allí, en el imperio mortal de Mortarion, el tiempo enfermaba tanto como la carne.

—No —dijo—. Qué va. Eran… —Trató de recordar las palabras desconocidas. Al abuelo se le había podrido la boca y había perdido el velo del paladar, por lo que no hablaba muy bien. —Tenedores de carga —exclamó—. Esto era un… un… puerto. Dice que estas cajas venían de otros lugares, llenas de todas las cosas buenas que ahora sacamos de ellas, en el gran Perio, antes de conocer al jovial Abuelo, cuando todavía adorábamos a otro dios.

Había empezado a hablar en voz alta, molesta. Aquella blasfemia abandono sus labios con la misma facilidad que un eructo y le supo igual de ácida. Los chillidos de los insectos que estaban en los árboles se atenuaron y los pájaros sarnosos dejaron de cacarear. La observaron con atención, emitiendo su juicio.

Odifus no pareció darse cuenta; estaba ocupado dándose un manotazo en el cuello para aplastar un chupasangre. Se limpió el pringue de la mano.

—¿Te lo dijo tu abuelo? —se carcajeó—. A tu abuelo no se le entiende ni papa. Es el más viejo del pueblo y tiene el cerebro igual de blando que la boca.

Los sonidos de los animales del bosque irrumpieron de nuevo tras reiniciar sus frenéticos ciclos de vida y muerte. Cherala se mordió la lengua llena de llagas. No deseaba ofender al jovial Abuelo con los relatos de su abuelo, porque a quienes lo hacían les pasaban

cosas malas, pero sabía que eran verdad. Le había contado que su tatarabuelo había trabajado ahí y no rebuscando comida debajo de los troncos podridos precisamente.

En aquella parte del bosque, las raíces de los árboles eran gruesas. Cada día, los brotes crecían medio metro, se desplomaban en un montón de ruinas negras y luego volvían a crecer, formando una red de obstáculos traicionera donde solía haber musgo. Se metieron entre las pilas de tenedores de carga, o cajas divinas, si eras de la opinión de Odifus. Formaban una especie de desfiladero verde coronado de árboles y barbas de líquenes colgantes. A veces los animales echaban a correr delante de ellos, todos bendecidos, ni uno sano. Cherala se estremeció solo de pensarlo. Tales eran los joviales regalos del Abuelo.

Golpearon algunos de los tenedores; cuando los lados no se desmoronaban, retumbaban como cráneos vacíos. Todos estaban vacíos. Lo que quiera que hubiera dentro había sido saqueado hacía tiempo o se había descompuesto hasta convertirse en papilla. Muchos servían de guarida a las abundantes formas de vida de Noxia. Cada vez que abrían las puertas, había ratas siseantes que saltaban de sus nidos o enjambres de escarabajos repugnantes que salían volando con sus alas relucientes, asustando a Cherala y haciendo reír a Odifus con la fuerza de una de las campanas del templo.

El bosque perdió densidad. «El puerto debía de ser tan grande como el mundo entero», pensó Cherala. Los árboles del sapo y su multitud de capuchones viscosos fueron retrocediendo de forma progresiva. Las cajas divinas se extendían hasta casi perderse de vista, miles y miles de ellas. Millones, quizá. A lo lejos, hacia el norte, convergían entre sí donde comenzaban los grandes pantanos. Incluso allí, cerca de la orilla, bajo las alfombras verdes y negras, seguía apreciándose el orden por el que alguna vez se rigieron.

Pese a todas las cajas que había, Cherala y Odifus no encontraron nada. Todos los golpes retumbaron de vuelta y todas las puertas se abrieron al vacío. Se comieron un par de ratas cada uno, crudas y chorreantes, para no malograr los regalos que el jovial

Abuelo pudiera haber ocultado en su interior a fin de que los padecieran.

El dosel del bosque se abrió ante ellos. Las bases de los árboles que crecían sobre las cajas divinas se volvieron más delgadas. Poco después, pudieron ver bien las cajas, herrumbrosas y brillantes, pero sin duda fabricadas. Al recorrer los contornos de las letras descoloridas con los dedos, Cherala encontró unas calaveras fundidas en metal en una de ellas.

—¡Ves! —exclamó el chico—. Esa es la marca del jovial Abuelo, el cráneo de Nurgle. Él fue quien nos las dio, no el Perio ese —se mofó.

—Que te mejores pronto —lo maldijo ella. Empezó a trepar por el lateral de una de las cajas divinas, utilizando las lianas para subirse a ella. Se puso de pie y oteó el horizonte escabroso, más allá de la discordancia organizativa y el caos del paisaje.

El cielo de Noxia estaba lleno de color, morado como un hematoma desvanecido, con pinceladas de verdes y amarillos, morados y marrones. Era precioso. Se quedó absorta un rato mirando cómo las nubes se arremolinaban, olvidándose de su dolor. Un velo de lluvia la hizo desviar la mirada hacia abajo. Un haz de luz lo atravesó e iluminó algo que la hizo dar un grito triunfal.

—¿Qué me dices de eso? —dijo señalándolo.

Odifus levantó la vista del suelo, donde había estado hurgando con un palo.

—¿De qué? —No lo veía. Un poco más adelante, una de las cajas se había caído de las pilas entre las hileras y le bloqueaba la vista.

—Por aquí. —Empezó a cojear lo más rápido que le permitía la rigidez de su cadera a lo largo de la larga cresta cuadrada que formaban las cajas divinas mientras Odifus la seguía por el camino que había entre las cajas. Desde su posición, resultaba evidente que era un camino, porque había parches de piedra plana y húmeda con pequeños pernos de metal incrustados y rejillas llenas de hojas.

En este sendero estaba lo que ella había visto. Odifus se aupó a la caja divina caída que le bloqueaba la vista y soltó una carcajada sibilante y triunfal.

—¡Mira ahí abajo! ¡Eso tiene que ser algo!

—Eso no es nada —aseguró el chico mientras se acercaba a la silueta cubierta de maleza que señalaba Cherala.

—¡Mentiroso! ¡La estás viendo! Es una máquina. ¡Una máquina! Eso no es algo que crezca en un bosque. Una ciudad. Aquí. ¡Ja! —Se apeó de la cresta y arrancó la capa de musgo y tela putrefacta, dejando al descubierto una cosa pesada y de aspecto brutal, algo de líneas cuadradas en medio de todas las curvas y ondas de la selva, con una jaula encima en la que podía sentarse un humano y un largo brazo con una mano dentada para levantar cosas pesadas. «Como los tenedores», pensó.

Odifus levantó varias marañas de vegetación muerta y olfateó con desdén. El metal estaba tan oxidado que era del grosor del papel y las escamas de pintura se desprendían de él como costras.

—Algo de los hombres del Abuelo. La Death Guard. Tienen tanques y cosas de esas.

—¿Alguna vez has visto uno? —chilló Cherala—. ¡Ninguno cabría ahí! Eso es para humanos normales, como mi abuelo.

—Salud para tu abuelo —espetó Odifus malhumorado mientras se alejaba de la máquina—. Mira, doña bocazas, parece que esas cajas divinas siguen intactas.

—Tenedores de carga —insistió ella y le sacó la lengua.

En efecto, Odifus tenía razón. Las cajas estaban llenas. Algunas contenían cosas que se habían ido descomponiendo hasta volverse inservibles, unos bloques sólidos de pasta de madera desconchada que podrían haber sido cajas de embalaje y contenían objetos que habían quedado reducidos a un montón de bultos misteriosos. En otras, sin embargo, el contenido estaba protegido por plástico quebradizo y metales robustos, así que cuando Odifus abrió a golpes la cerradura de una de las cajas divinas y se produjo una avalancha de metal, resolló de alegría.

—¡Acero del bueno! —exclamó mientras levantaba un perno de gran tamaño—. ¡Hierro del bueno!

Eran piezas de maquinaria de algún tipo que en su día habían estado protegidas por bolsas llenas de aceite. Aunque las bolsas se habían deteriorado y los aceites se habían resecado hasta

convertirse en alquitranes pegajosos, el metal apenas tenía manchas. Odifus recogió una pieza, luego otra y las dejó caer cuando vio otra mejor. Se adentró en ella y empezó a rebuscar entre el contenido, haciendo que más piezas se derramaran hacia el exterior.

—¡Riqueza! —gritó—. ¡Cuánta riqueza! ¿Cuántas espadas podemos hacer con esto? ¿Cuántos arados de estiércol?

Cherala no lo estaba escuchando. Un ruido extraño había captado su atención, casi inaudible bajo el trasiego de Odifus entre el metal desparramado: un repique agudo, puro, el sonido más pulcro que había oído nunca. Se sintió tan cautivada que no pudo evitar acercarse.

—¡Cherala! —gritó Odifus. Al ver que no le hacía caso, se volvió hacia su tesoro murmurando por lo bajo.

La chica avanzó cojeando y, cuando quiso darse cuenta, ya se encontraba a ochocientos metros de su amigo. Más que intensificarse, el ruido se volvió más nítido, una melodía resonante de campanadas que no era exactamente música —era demasiado aleatoria para serlo—, pero casi.

Entonces vio las luces.

La hilera de cajas divinas o tenedores, o lo que quiera que fueran, llegó a su fin. Un poco más adelante había un amplio espacio delimitado por círculos que se elevaban del suelo sobre pilares de metal. Un resplandor rosa y azul centelleaba y giraba en círculos encima de uno de ellos. En cierto modo, fue como si estuviera viendo a unos bailarines danzando en el cielo. Vio que unas escaleras plagadas de enredaderas llegaban hasta el círculo y, sin pensarlo siquiera, subió por ellas, embelesada por la luz y la música.

Cuando llegó a lo alto, descubrió que el círculo estaba cubierto de enredaderas retorcidas, todas llenas de nudos y hongos. Parecían aletargadas en su desarrollo, obesas y apáticas. Habían engullido a medias otra máquina que descansaba sobre la plataforma, algo grande, como un ave gorda con ventanas rotas en la parte delantera. La fuente de luz y ruido venía de detrás.

—Ave de vacío —dijo en voz alta. La reconocía de otra de las historias que le había contado su abuelo, una sobre las naves que

bajaban las cajas divinas del cielo. La rodeó con sigilo y dejó escapar un grito ahogado.

Todo lo que había en el centro del círculo se había convertido en cristal transparente: raíces, plantas, metal y demás. Allí se originaba la luz. El cristal se extendía hacia fuera con lentitud, pero cada centímetro que avanzaba, transformaba más partes de su entorno en la misma sustancia clara y cristalina. Allí el aire era seco y soplaba un viento fresco que traía consigo aromas que Cherala solo podía describir como limpios. Mientras observaba la escena, se dio cuenta de que los repiques sonaban cada vez que una raíz o seta se transformaba y el cristal se movía o contraía de algún modo para reproducir los tonos. La luz se fue haciendo más brillante, pasando del dorado al verde y de nuevo al rosa. Dio un gritito de emoción. Nunca había visto semejante belleza. Un pensamiento la asaltó de repente, uno procedente de algún lugar fuera de su cabeza. Le habló y le dijo que, hasta ese momento, había ignorado lo que era la belleza de verdad, convencida de que la disformidad y la enfermedad eran las cosas más bonitas cuando, en realidad, era esto en lo que consistía la verdadera belleza, limpia, encantadora y en constante cambio.

Las luces brillaron con más intensidad, se espesaron y ralentizaron hasta convertirse en pájaros brillantes que emergían de la luz y salían volando. Tenían un plumaje exquisito y estaban libres de toda enfermedad. Sus voces entonaban una delicada melodía que se fundía con los repiques de los cristales. Unos orbes radiantes brotaron del resplandor y empezaron a danzar de un lado a otro dejando caer gotas de oro. Cuando estas tocaban el suelo, aparecía más cristal y se extendía mientras el sonido de la música y el brillo de la luz se intensificaban, impregnando las nubes enfermizas y colmándolas de nuevas glorias.

Por un instante fue feliz. Solo por un instante.

La luz empezó a oscilar mientras una silueta se movía en su interior. Tenía los brazos y las piernas de un hombre, pero en lugar de cabeza tenía una luna maliciosa, de un amarillo tan vibrante que le resultaba imposible mirarla. Emergió de la luz y comenzó a pavonearse mientras agitaba a su alrededor un báculo de cristal del

que pendían otros cristales. Empezó a balbucear en una lengua desconocida mientras lanzaba rayos de magia efervescente que impactaron contra el suelo y también contra el ave de vacío, transformando la piel metálica y las plantas pestilentes que la atestaban en una escultura gigante y brillante. A Cherala no le gustaron ni el recién llegado ni su báculo, pero sus movimientos la tenían anonadada y fue incapaz de marcharse.

La luz se volvió aún más intensa. Cuando la criatura se percató de su presencia, su mirada maliciosa se acentuó. Bajó el báculo sin decir nada y, de repente, emitió un destello.

La joven apenas sintió el roce de la magia. Intentó moverse, pero no pudo. Al bajar la mirada, vio que sus pies se habían convertido en cristal que se le extendía por las piernas produciéndole una sensación de tirantez insoportable. Notaba cómo su nueva piel de cristal vibraba con las energías del cambio.

Unas cosas chillonas con alas que batían a cámara lenta salieron volando en bandadas desde la luz, y no eran bonitas precisamente. Las esferas oscilantes aterrizaron en las plataformas y en el suelo circundante, estallaron con un suave estertor y de ellas brotaron unas criaturas larguiruchas de color rosa chillón que se escabulleron entre los árboles mientras saltaban y se reían a carcajadas. Ululaban y aullaban a la vez que lanzaban llamas de muchos colores desde las palmas de las manos y prendían fuego a los árboles húmedos.

Lo último que vio Cherala fue un gigante espantoso: una criatura de piel costrosa, olor polvoriento, con una cabeza de ave tan larga como el cuerpo de un humano. Se apartó de la luz y desplegó unas alas cubiertas de ojos que giraban enloquecidos.

El cristal le cubrió la cara y luego la parte superior de la cabeza y, aun así, siguió viendo.

Su alma pedía a gritos que la liberaran de su prisión. Mientras su mente se sumía en una locura fractal, unas bestias demoníacas emergían a toda velocidad de la brecha creciente. Para entonces, Odifus ya se había dado cuenta de lo que ocurría en las antiguas plataformas de aterrizaje e intentaba huir, desperdigando sus tesoros mientras corría presa del terror. No llegó muy lejos antes de que lo hicieran pedazos y su sangre diluida se derramara sobre la

selva. La proliferación de cristales se extendió cada vez más rápido y, con ella, fueron cada vez más los demonios de Tzeentch que irrumpieron en Noxia.

Los dioses se batían en duelo.

La guerra en la Fisura había comenzado.

CAPÍTULO CUATRO

EL PRIMERO EN RECIBIR EL FAVOR DE NURGLE

En el horarium de Mortarion, todos los relojes se habían detenido. El primarca demonio de la Death Guard estaba envuelto en filamentos negros que se le hundían en la piel y los ojos. Gracias al oscuro milagro del Mycota Profundis, comulgaba con Typhus, su distanciado hijo genético, y al primarca no le gustaba lo que estaba oyendo.

—No puedo ir a Iax, Mortarion, respondo a las órdenes de un poder superior —decía Typhus—. La Primera, la Tercera y la Cuarta Compañía de la Plaga están conmigo. Regresamos a las Estrellas del Azote. —La voz sepulcral emanaba de una recreación perfecta de su cabeza y sus hombros, cual busto viviente, presentado en sección transversal como un espécimen anatómico diseccionado. Una serie de tubos y órganos se movían bajo las capas de hueso, grasa y armadura. Aunque habían pasado meses desde la batalla por Galatan, la herida que le habían infligido entonces los hermanos brujos del Emperador aún le preocupaba. En su cuerpo había áreas ennegrecidas que eran nuevas, lesiones que ni siquiera los poderes regenerativos de Nurgle habían logrado sanar del todo. El corte que le había hecho la espada del capitán Grud había sido profundo, tanto

que el zumbido incesante del enjambre destructor del que era anfitrión se había acallado.

—*Estás herido. Atenazado por el miedo* —aseveró Mortarion. Las palabras del primarca evidenciaron el placer que sentía por el revés que había sufrido su hijo. Typhus tuvo que hacer un esfuerzo por controlarse.

—El miedo no tiene nada que ver con esto, padre mío —replicó Typhus—. Soy el Heraldo Mortal de Nurgle. Nuestro dios me ha ordenado regresar. Debo obedecerlo y tú también. Tus pertenencias materiales están siendo atacadas en este mismo momento. La Gran Guerra entre los dioses ha comenzado.

—*¡No!* —exclamó el primarca—. *No abandonaré mi campaña. Estamos cerca. Mataré a Guilliman y su reino será nuestro. Entonces no habrá tres mundos dedicados a la corrupción, ¡sino cientos! Hay miles de millones de almas esperando ser cosechadas. Mi hermano ya viene. La trampa está preparada. Lo atraparé*.

—Escúchame, Mortarion —dijo Typhus con suma paciencia, enfureciendo aún más al primarca—. Debes acatar estas noticias. No vengo a ti como tu hijo, ni como tu primer capitán, sino como heraldo del Abuelo Nurgle. Debes regresar. No es una petición. A él no le importa tu disputa con tu hermano. El cambio perturba el ciclo de muerte y renacimiento. Esta es la verdadera guerra. Deja de lado esta rivalidad absurda, así lo ordena tu dios.

—*¿Cómo te atreves?* —espetó Mortarion—. *¿Cómo te atreves a hablarme de esta manera, como si fuera un niño al que puedes regañar?*

—Cumplo mi cometido, como lo decreta nuestro señor —respondió Typhus—. Harías bien en cumplir el tuyo como su campeón.

—*¿De dónde vienen esas órdenes, Typhus?* —La expresión de Mortarion se torció tanto que la filigrana negra de los micelios se deshizo y rehízo en su rostro. —*¿Ha bajado el propio Nurgle de su oscura morada para decírtelo? Yo no he oído nada, ni de boca del guardián de la mansión, ni de las Grandes Inmundicias ni de ningún otro de sus príncipes, por tanto, su orden no me atañe a mí. Me niego a permitir que me manipules de nuevo*.

—Él me manifiesta su voluntad a su manera, padre —insistió Typhus—. Hay presagios, impulsos. He tenido visiones, he recibido señales.

—*¿Ni siquiera una visita?* —se burló el primarca—. *En ese caso, debo renunciar a mi victoria de inmediato* —dijo en tono sarcástico.

—No debería hacer falta ningún heraldo, mi señor. Si escucharas a la disformidad, tú también lo oirías —respondió Typhus con tranquilidad—. Me alzo a su favor. La orden es clara e imperativa. Debes partir de inmediato.

—*Ya estoy bastante ocupado aquí* —le espetó Mortarion—. *Largo de aquí. Soy hijo de su enemigo más poderoso y uno de sus principales sirvientes. Si desea darme órdenes, que lo haga él mismo*.

—Padre, tú mismo lo has dicho, eres un sirviente. No lo olvides. Eres un primarca, pero sirves a un dios. Te lo advierto. Existe una jerarquía. El Abuelo no se deja ver. Él lo es todo, está en todas partes. Sabrá que lo estás desafiando. La que te doy es la orden más clara que recibirás. Tómala como una advertencia.

—*No acepto órdenes tuyas, primer capitán*. —Mortarion batió las alas una sola vez, dispersando los vapores nocivos de su horarium. — *Me lo debes todo*.

—Lo has entendido al revés, mi señor. Soy yo quien te ha conducido a la situación en la que te encuentras. Una vez más, cumplo con mis obligaciones como mensajero en tu beneficio.

—*Eres una serpiente, Typhus. Siempre lo has sido y siempre lo serás*.

—Allá tú —respondió el primer capitán—. Sobrestimas tu valor. La arrogancia te ciega. Desafiaste la voluntad de Nurgle para iniciar esta guerra y vuelves a desafiarla para permanecer aquí. Nurgle es un abuelo indulgente. Se deleita en las actividades de sus hijos, por muy obstinados que sean, pero tiene sus límites, y tú te acercas peligrosamente a ellos. Si los transgredes, solo habrá una consecuencia, Mortarion. Disgustarás al Abuelo. No olvides que la ira más poderosa nace del mejor de los humores. No hagas que…

Mortarion soltó un gruñido lleno de rabia. Unos vapores verdes y púrpuras brotaron del respirador que llevaba en el rostro. Blandió

su enorme guadaña, *Silencio*, y cortó el tallo del hongo que portaba la imagen de Typhus. El heraldo gruñó cuando una ola de dolor fantasma lo alcanzó a través de la disformidad. La imagen se tambaleó, ya disolviéndose, y cayó al suelo envuelta en una masa de materia negra, donde desapareció. La estructura micelial que sustentaba el Mycota Profundis se marchitó. Mortarion se zafó de su abrazo antes de que se hubiera descompuesto por completo, haciendo que el hongo alimentado por la disformidad plañera con voz humana.

—*Soy Mortarion, señor de la Death Guard. Portador de la plaga, el poderoso, el indomable* —declaró. En la prisión de cristal que se erigía sobre el gran reloj central, el alma alienígena de su padre adoptivo daba vueltas de un lado a otro aterrorizada—. *¡Nadie me da órdenes!*

La ira de Mortarion se manifestó como una explosión de energía psíquica que surgió de él y atravesó sus miles de relojes. En cuanto los tocó, se pusieron en movimiento y empezaron a sonar. Las horas perdidas repiquetearon en el horarium.

—*Nadie* —repitió—. *¿Me oís? ¡Nadie!*

La rebelión de Mortarion no pasó inadvertida.

En una casa tan grande como la eternidad misma, en un jardín de repugnante fecundidad, algo monstruoso despertó. Un ojo capaz de abarcar todo un universo giró en la órbita pegajosa y posó su mirada en Ultramar.

Ku'Gath estaba ocupado removiendo el caldero cuando se desató la tormenta. Miró al cielo, donde unas nubes púrpuras y verdes tapaban el sol. Unos relámpagos de colores enfermizos centelleaban en su interior y, cuando restallaban, emitían un ruido similar al de las ramas podridas de un árbol al quebrarse.

—*Va a llover* —dijo desconsolado. No le gustaba la lluvia. Le recordaba a su rival, Rotigus. Se volvió para decírselo a Septicus, pero su lugarteniente había muerto, asesinado a manos de Roboute

Guilliman. No había sido un simple destierro, sino la muerte verdadera. Había borrado su existencia de la realidad. Los demonios eran criaturas atemporales y llegaría el día en que volverían a encontrarse. Sin embargo, esos momentos ya habían pasado y, aunque seguirían frescos en la memoria de Ku'Gath, no podrían fabricar nuevos. Septicus estaba muerto.

Todos estaban tristes. Los nurgletes que alimentaban las llamas con leña húmeda cumplían sus tareas con desánimo. No cantaban ni chillaban. Su silencio habría complacido enormemente a Ku'Gath si no fuera porque le hacía recordar su pérdida. Los portadores de plaga murmuraban sus recuentos deprimidos. Tras eones de miseria absoluta, Ku'Gath por fin estaba rodeado de otros que sentían lo mismo que él, y no le gustaba lo más mínimo.

—*Echo de menos hasta su gaita* —gimió el señor de las plagas. Una lágrima gorda y grasienta se le deslizó lentamente por la mejilla. Tras ella cayó su ojo suelto, que se hundió en el caldero con un *plof*.

—*¡Porras!* —murmuró. Un trueno retumbó en lo alto. Volvió a levantar la vista—. *Y ahora vendrá la lluvia y diluirá mis pociones. ¡Qué fastidio, qué fastidio!*

Metió la mano en el líquido en búsqueda del ojo.

El caldero de Nurgle estaba lleno a rebosar y la poción que había en su interior era del color verde más brillante. Su resplandor iluminaba el rostro putrefacto de Ku'Gath. Los relámpagos jugueteaban con el brillo, atenuándolo con picardía, haciendo que Ku'Gath pareciera una estatua efímera moldeada en blancos y negros.

Ku'Gath siguió rebuscando, metiendo el brazo cada vez más adentro. La mezcla era potente, peligrosa incluso, tanto que empezó a arrancarle la carne sobrenatural del brazo mientras lo hacía girar una y otra vez. Pero hizo un esfuerzo por extraer un poco más de energía de la disformidad e ir rehaciendo la carne con la misma rapidez con la que se derretía. Disfrutaba del dolor. Le escocía y le hacía cosquillas de la forma más efervescente.

—*¿Dónde está? ¿Dónde está?* —musitó—. *Necesito mi ojo para… ¿Qué?*

Agarró algo duro y espinoso con la mano. Tiró de él, pero no se movió.

—*¿Qué es esto?* —gruñó, antes de rugir—: *¿¡Qué es esto!?*

Tiró con fuerza. La barriga le chocó contra el caldero, haciendo que se balanceara sobre las patas rechonchas. Una marea de baba espesa se derramó por el borde e hizo que los nurgletes salieran corriendo despavoridos. Aunque la pequeña estampida le pasó desapercibida, cientos de ellos murieron bajo los pies llenos de garras de sus hermanos. El fuego empezó a humear. El olor que despedía era francamente abominable, pero Ku'Gath estaba demasiado indignado para disfrutarlo.

—*¡Hay algo en mi guiso! ¡Algo en mi caldero!* —rugió—. *¡Fuera, fuera, fuera, ingrediente extraño!*

Tiró una vez más. Lo que quiera que fuera no se movió. Tiró más fuerte, y esta vez hubo movimiento. Demasiado movimiento. Ku'Gath perdió el equilibrio. Soltó el objeto, rociando el apestoso elixir por todas partes mientras se caía hacia atrás, llevándose consigo buena parte de las ruinas del hospital y de lo que había más allá hasta aterrizar sobre su trasero esponjoso en medio de una nube de polvo, donde los escombros húmedos se convirtieron en su asiento.

El objeto empezó a ascender. Una cornamenta rompió la superficie. Tras ella asomó una capucha mugrienta, luego unos ojos malvados, una nariz y una boca curvada hacia arriba en una sonrisa de superioridad. Una mano verrugosa golpeó uno de los lados del caldero y empujó hacia abajo para sacar los hombros del brebaje.

De los venenos que Ku'Gath había elaborado con tanto esmero surgió otra Gran Inmundicia, una a la que conocía muy bien.

—*Rotigus, Padre de la Lluvia, segundo en recibir el favor de Nurgle* —exclamó.

Rotigus emergió de las profundidades, derramando el preciado mejunje por los lados del caldero en oleadas pringosas.

—*¡No! ¡No! ¡Para!* —gritó Ku'Gath. Se puso de pie, tropezándose con sus propias lorzas de grasa mientras corría hacia la mezcla. Aunque se desgarró las tripas y la piel con sus propias garras,

estaba demasiado enfadado para darse cuenta—. *¡El Abuelo me prestó el caldero a mí! ¡Para usarlo yo, no tú!*

Rotigus tosió y un chorro del preciado elixir de Ku'Gath salió disparado de su boca. Intentó hablar, pero se atragantó, luego carraspeó y escupió un montón de gusanos y baba, aclarándose la garganta.

La lluvia caía cada vez más fuerte.

Tosió una y otra vez, sin dejar de escupir en la mezcla. Cuando el contenido rancio de su boca estuvo por fin en el guiso, sonrió ampliamente y habló.

—*Bien hallado, mi supurante pariente*. —Extendió una mano. En ella giraba un orbe reluciente. —*Se te ha caído el ojo*.

Ku'Gath le arrancó el ojo de la mano y volvió a ponerlo en su sitio.

—*Nada de esta reunión está bien. Ahora sal de mi caldero*.

—*No, no, no* —lo reprendió Rotigus—. *No es tu caldero, hermano putrefacto, es el caldero del Abuelo*.

—*¡Me lo dio para que lo usara!* —espetó Ku'Gath.

—*Bueno, a mí me permitió manifestarme en él. ¿Qué te parece?* —Rotigus sonrió, metió un dedo en el mejunje y lo chupó. —*Sumamente asqueroso y sumamente contagioso. ¿Qué es?*

—*Nada que te interese, precipitador de precipitaciones* —gruñó Ku'Gath.

—*Es la plaga, ¿verdad? Esto es con lo que tú y el hijo mestizo pretendéis matar a Guilliman.* —Probó otro poco. —*Agrio* —dijo.

La ira de Ku'Gath hizo que le hirvieran los sesos, hasta el punto de que empezó a salirle vapor por las orejas y la boca.

—*¡Sal de ahí ya! ¡Lo estás estropeando!*

—*Mejorándolo, querrás decir* —replicó Rotigus mientras se reclinaba en el caldero y suspiraba con satisfacción—. *He de admitir que es bastante vigorizante*.

—*¡No me digas!* —respondió el Padre de la Plaga. Cogió la pala y la asió con fuerza, como si fuera una alabarda o una lanza, más que un utensilio de medicina—. *Permanece mucho tiempo en contacto con él y morirás. Bébetelo y morirás. Es la enfermedad más potente jamás concebida*.

—*¿En serio?* —Rotigus sorbió otro poco del brebaje y lo escupió hacia arriba, creando una pequeña fuente verde. Los gusanos que le brotaban de la boca sin cesar flotaban en lo alto del chorro.

—*Esta enfermedad es la Plaga Divina. Matará al primarca. Mataría a cualquiera de los hombrecillos del Anatema. Hubo uno, enemigo de todos, que soñó con algo parecido hace mucho tiempo. Yo culminaré lo que él no tuvo la capacidad de desencadenar. La mía es mejor. Más refinada. Y lo mejor de todo es que yo mismo la desataré*.

—*Maravilloso* —dijo el Padre de la Lluvia—*. ¿Mataría a Mortarion?*

—*Sí, también mataría a Mortarion. ¡Lo mataría bien muerto!* —gritó Ku'Gath indignado—. *Esta enfermedad pudre el cuerpo y el alma, ¡por dentro y por fuera! Nada es inmune a ella. ¡Hasta tú morirías! Y no hablo de la muerte fugaz del destierro, ¡sino de la muerte verdadera! Corroería tu ser, tu esencia serviría de festín a los bacilos del alma. Nutrirías a la próxima generación de viruela espiritual y te convertirías en un ser munificente. Pero Rotigus, el Padre de la Lluvia, dejaría de existir* —se regodeó Ku'Gath—. *¡Muerto!* —enfatizó.

—*Muerto, dices. ¿Pero lo estaría? ¿Lo estaría de verdad?* —dijo Rotigus. Dejó caer los brazos fofos sobre los lados del caldero como si estuviera tomando un baño refrescante. La piel siseaba sobre el hierro caliente, aunque eso no parecía incomodarlo demasiado, y los tentáculos que le bordeaban la mano izquierda se movían con un deleite indolente mientras la boca que tenía justo encima, en la muñeca, lamía la pócima—. *La cuestión, Ku'Gath, viejo amigo…* —Esbozó una sonrisa amplia, amarillenta y horrible. —*es que sigo vivito y coleando, ¿o no? De hecho, ¡me siento renovado!*

Sus palabras desmoralizaron un poco a Ku'Gath, que empezó a retorcer las manos ansiosamente alrededor de la pala.

—*Todavía no está terminada* —señaló—. *Pero será…*

—*Sí, sí, sí* —lo interrumpió Rotigus—. *Seguro que hará todas esas cosas. Matará al primarca y podrá matarme a mí, pero ahora mismo, pues…* —Chapoteó en el caldero con la mano. —*Ahora*

mismo no me hará nada, ¿verdad? Ahora mismo, estoy sentado en ella y sigo vivo, ¿o no?

—Pero…

—Por eso estoy aquí. —Lo miró con malicia—. *Te estás quedando sin tiempo. El Transmutador prepara su asalto a los terrenos del Abuelo. Se librará una batalla en los parterres. Habrá una guerra en los invernaderos de los condenados. Empieza ahora, en las Estrellas del Azote*.

Ku'Gath se quedó de piedra.

—Pero los acuerdos… ¿Por qué iba a…?

Rotigus apoyó la cabeza en el borde de hierro del caldero.

—Ku'Gath, permíteme ser franco contigo. Entiendo por qué el Abuelo Nurgle que quiere más que a todos los demás. Tus quejas constantes son encantadoras. Le agradas. ¡Me agradas incluso a mí! Puede que no lo sepas, porque eres un viejo pusilánime y probablemente piensas que todo el mundo te odia por lo egocéntrico que eres. Todos piensan en mí, todos me odian —dijo Rotigus imitando la voz de Ku'Gath mientras ponía los ojos en blanco—. *Pero a nadie le importa. Nadie piensa en ti y, cuando lo hacen, lo hacen con estima.* —Se golpeó el pecho con una mano húmeda y tan grande como un hombre. *—Sin embargo, eres un poco ingenuo. La guerra de los dioses es infinita. Los acuerdos pactados entre hermanos no durarán, nunca lo hacen. Habrá otro acuerdo, sin duda, pero de momento nos enfrentamos a una nueva guerra. Tú lo sabes, yo lo sé.* —Sonrió con suficiencia. *—¡Todos lo sabemos! Se han puesto en marcha. Khorne y Tzeentch se han aliado. Sienten envidia de los logros del Abuelo, obran para arrebatarnos las Estrellas del Azote. Personalmente, culpo a Mortarion. Es un error permitir que los mortales jueguen al gran juego, incluso los mortales como él*.

—¿Qué?

—Ya me has oído —aseveró Rotigus—. *Si yo fuera tú, cambiaría un poco el orden de mis prioridades. El Abuelo no verá con buenos ojos a quienes no estén preparados para la asamblea. Ya sabes, la clase de demonios que andan por ahí ocupándose de sus cosas, por así decirlo. Cosas como esta.* —Miró de manera significativa el

caldero en el que se bañaba. Bizqueó ligeramente. Dejó escapar varias flatulencias que estallaron formando grandes burbujas marrones en la superficie. —*Ah, así está mejor*.

—*¿Quieres… quieres decir que debería irme?* —le preguntó Ku'Gath.

Rotigus recogió un poco de líquido, lo vertió sobre sus tentáculos y se encogió de hombros.

—*Pero… ¡Esto es una catástrofe!* —exclamó Ku'Gath—. *¡Mi plaga está casi acabada! Yo… Yo… he elaborado algo especial, algo delicioso que matará al hijo del Anatema en cuerpo y alma. Es tan buena como la plaga que me vio nacer. ¡Es incluso mejor!*

—*A nadie le importa* —replicó Rotigus mientras mojaba los dedos en el mejunje—. *El hijo del Anatema* —repitió en tono burlón —. *Cierra el pico. ¿Qué es? ¿Un hombre? ¿Un semidiós falso? ¡Este juego es el juego de los verdaderos dioses! Esta realidad está condenada, Ku'Gath. Los mortales que habitan este plano están acabados. Al final siempre pierden y este grupo ya ha perdido, aunque todavía no sean capaces de verlo. Los dioses se disputan el botín, antes de que la siguiente corrupción dé comienzo. Nuevos reinos aguardan.* —Miró al Padre de la Plaga con picardía. —*¿Acaso no te hace feliz, desdichado hermano?*

Ku'Gath hinchó el pecho flácido.

—*Trabajo para alcanzar los objetivos del Abuelo. Bueno, todo nuestro plan aquí se basa en llevar estos mundos asquerosamente limpios al jardín y cultivarlos como nuevos lechos de putrefacción y gloria. Yo…*

Una vez más, Rotigus lo interrumpió:

—*No te mientas a ti mismo. Admite que sigues el plan de Mortarion porque quieres que el Abuelo te perdone por haber nacido, cuando, en realidad, lo único que ha ocurrido es que te has dejado arrastrar por las obsesiones de un mortal*.

—*¡Es un demonio!*

—*Uf* —dijo Rotigus con desdén—. *Medio demonio. Has perdido la perspectiva. Deberías tener cuidado. Todas las plagas van y vienen, Padre de la Plaga. ¿Será que tu hora llega a su fin y la mía está comenzando? Me siento de lo más contagioso*.

Ku'Gath frunció el ceño.

—*Si tan poderoso eres, ¿por qué no pones tu fuerza a nuestra disposición?*

El Padre de la Lluvia se examinó las uñas, torció el gesto al mirarlas, se arrancó una, se la metió en la boca y la mordisqueó.

—*Podría, podría. Pero estoy ocupado en otros mundos, en otros planos, en otros lugares. En muchos, de hecho. No puedo dedicar ninguna parte de mi ser a este conflicto. Además, ¿por qué querría robarte el protagonismo?*

—*Entonces, si tan ocupado estás, ¿qué haces aquí, querido Rotigus?* —inquirió Ku'Gath con una gran, e insincera, sonrisa —. *Mejor vete, no te molestes por nuestra pequeña guerra*.

—*No es ninguna molestia* —afirmó Rotigus—. *Siempre es un placer sacar tiempo para el primero en recibir el favor de Nurgle. Aunque será mejor que te esfuerces un poco más si quieres mantener tu posición actual.* —Meneó el dedo con gesto admonitorio. —*Todas las cosas crecen y mueren, Ku'Gath. La reputación y el amor del Abuelo también. Soy el segundo en recibir su favor. ¿Cuánto tiempo más seguirás siendo el primero? Nunca se sabe, podría conseguir un ascenso*.

El cielo retumbó como una tripa dispéptica. Unos goterones de lluvia cayeron en el caldero.

—*Lluvia, ¿eh?* —dijo Rotigus con una sonrisa—. *Creía que ese era mi sello personal. Dicen que la imitación es la forma más sincera de adulación*. —Desvió la mirada hacia el pantano apestoso. —*Supongo que debería sentirme muy halagado.* —Guiñó un ojo. —*Hasta pronto, Ku'Gath, por ahora primero en recibir su favor*.

Dicho esto, Rotigus se hundió bajo la superficie. Unas enormes burbujas de grasa emergieron y estallaron en el caldero. Ku'Gath metió la mano en la mezcla en busca de su rival, pero Rotigus ya se había ido.

—*Adulación* —repitió Ku'Gath—. *¡Ya lo creo!* —Su humor empeoró aún más cuando se dio un lametón experimental en la mano y constató que Rotigus tenía razón: la viruela era mejor.

Refunfuñando por las iniquidades de la vida, Ku'Gath, Padre de la Plaga, cogió la pala y empezó a remover de nuevo. Al principio, se

movió con brusquedad, impulsado por el enojo, pero mientras removía, pensaba, y mientras pensaba, sus movimientos se ralentizaron.

—*Mmm…* —dijo para sí—. *Me pregunto si Mortarion lo sabrá. Seguro que sí*.

Lo cierto era que no deseaba hablar con el primarca, pero eran aliados. En ese momento, se dio cuenta de que no podía asumir que lo sabía.

—*Ah*, *qué fastidio* —murmuró. De mala gana, se hizo cosquillas en la infestación fúngica del muslo para invocar el Mycota Profundis.

Poco después, se reunió con el antiguo mortal, el medio hijo, el maldito Mortarion, y descubrió que sabía todo lo de la invasión y que estaba bastante ofendido por todo ello. Pero las noticias que le dio empeoraron aún más las cosas.

Typhus, el truculento lugarteniente de Mortarion, había abandonado su guerra y partía de Ultramar.

CAPÍTULO CINCO

SOBRE LA NATURALEZA DE LOS DIOSES

—Lo que hicimos no fue prudente —dijo Donas Maxim.

Guilliman lo miró con dureza.

—No —admitió el primarca—. Pero era necesario.

—Interrogar a los demonios es invitarlos a entrar. No importa que después destruyerais a la bestia. No creáis que la espada que lleváis os protegerá de los lentos venenos de la disformidad, mi señor. En nuestro Librarius se nos enseña a base de repetición y correctivos de acuerdo a los textos que vos mismo escribisteis. ¿Por qué nos pedisteis que lleváramos a cabo este acto de demonología? No somos hechiceros. ¿Nos haréis como ellos?

Hablaban en la biblioteca de Guilliman, su santuario más sagrado. El primarca se había quitado la Armadura del Destino, pese a que le causaba dolor físico hacerlo. Vestía túnica y pantalones, al igual que Maxim. Su ropa era del color azul ultramarino, en contraste con el verde bosque de la de Maxim. A diferencia del atuendo ricamente bordado del codiciario, Guilliman no lucía más adorno que la hebilla estampada de la Ultima que le ceñía el cinturón. Como de costumbre, estaba sentado en su escritorio, trabajando mientras conversaban.

Maxim observó al primarca con detenimiento. Podía sentir el dolor que lo atenazaba. No solo por la herida del cuello, que seguía doliéndole, ni por el corte que le había dejado en el espíritu, sino por una pena más profunda, enterrada bajo el pragmatismo y el deber; una sensación de pérdida, una sensación de soledad, proyectada con tanta intensidad desde aquella alma de ingeniería genérica que oprimía la conciencia de Maxim con la fuerza de un dedo enguantado rechinando contra una pared. Mantener una conversación con el primarca era tan agotador como una batalla metafísica.

—No os convertiré en hechiceros —le aseguró Guilliman—. Aproveché la oportunidad. Se nos acaba el tiempo. El huésped demoníaco de Tjejren estaba ahí, a nuestra disposición.

—La conveniencia ha condenado a muchos espíritus nobles, mi señor.

—¿Te ha condenado a ti, Donas? Tu conocimiento de lo esotérico te trajo a mi servicio. Has estado a punto de censurarte a ti mismo.

—Todos estamos condenados, mi señor —respondió el codiciario —. Pero si yo me perdiera en la disformidad, supondría un golpe menor para el Imperio que si lo hicierais vos. Os lo ruego, tened cuidado.

—Como siempre, valoro tu franqueza, Codiciario Maxim —dijo el primarca—. Es por eso que te mantengo en la Concilia, pero el asunto está zanjado. Tengo lo que necesito. No repetiré el mismo plan de acción, si eso te tranquiliza.

—Un poco —admitió Maxim—. He conocido a otros que han asumido riesgos similares. Ninguno ha salido totalmente ileso.

—Tienes motivos para estar preocupado. He perdido a más de un hermano que creyó poder controlar a esos seres. Ellos no pudieron y sé que yo tampoco puedo. Ahora, debo tratar otras cuestiones contigo.

—Con mucho gusto.

Guilliman hizo una pausa.

—También debo pedirte máxima discreción. Lo que me dispongo a contarte te sorprenderá.

—Admito que estoy intrigado, aunque no me sorprendo con facilidad.

—Créeme, lo harás —aseveró el primarca—. Hay otro cuyo consejo requiero en este asunto. Toma asiento, por favor.

Señaló una silla adecuada a la estatura de un transhumano junto a una mesa lo bastante baja como para que pudiera usarla un mortal. Maxim se sentó. Guilliman llamó a una construcción cibernética y le pidió que trajera algunos refrigerios antes de activar una unidad de comunicación instalada en la pared que había junto a su escritorio.

—Que pase nuestro invitado.

Illiyanne Natasé entró. Vestía una suave túnica negra de cuello alto, guantes largos y sus sempiternos amuletos, aunque él tampoco llevaba armadura física. El primarca también lo invitó a sentarse. Maxim había matado a varios psíquicos eldar en su época. Aunque los videntes eran poderosos en el manejo de la disformidad, carecían del poder marcial bruto de un bibliotecario de los Space Marine.

Natasé lo miró con altanería mientras tomaba asiendo, dándole a entender a Maxim que sabía lo que estaba pensando.

—Mi señor primarca, bibliotecario —saludó—. ¿En qué clase de peligro desaconsejable me veré involucrado hoy?

—Para ser un vidente solitario flanqueado por el poder de la humanidad, eres insolente, xenos —comentó Maxim.

—¿Esperas que sea amigable, asesino de mis parientes, o que esté asustado? —replicó Natasé, sin dignarse a mirar al codiciario. —Ni lo uno, ni lo otro.

—Eres nuestro aliado —aseveró Guilliman—. Por favor, Donas, muéstrale respeto.

—No era mi intención faltarle al respeto —argumentó Maxim—. Solo quería saber por qué nuestro embajador cree conveniente mostrar abiertamente su hostilidad. Una acción imprudente, para tratarse de alguien tan sabio.

—Parece que en este momento tenemos un exceso de ese tipo de acciones —apuntó el primarca de manera significativa.

Natasé se encorvó hacia delante y entrelazó los dedos, adoptando una postura impropia de un eldar. Clavó los ojos negros

en el suelo, como si estuviera a punto de hacerle una confesión.

—Te diré por qué. Si le preguntaras a mi gente, te dirían que soy amargo, como un vino joven.

—¿Eso es un cumplido o un insulto? —preguntó Maxim.

—Ninguna de las dos y ambas cosas. Vuestro lenguaje es increíblemente ordinario — dijo sonriendo con crueldad. —Pongamos por ejemplo la palabra «increíblemente», que acabo de utilizar. Es una palabra que no significa lo que de verdad significa cuando la utilizo, y no como una metáfora elegante, sino como una vulgar hipérbole con la que reforzar una afirmación obvia y darle algo de fuerza. Vuestro discurso es insípido. Para poder transmitir en vuestra lengua el significado de que se me considere un «vino joven» harían falta docenas de vuestras palabras. A nosotros nos basta con dos y ambas poseen una riqueza de significado que tú no podrías comprender.

Maxim fingió sentirse ofendido.

—¿Habéis llamado al alienígena para que nos dé una clase de lingüística, mi señor?

—Te burlas, pero tu agudeza es tan obtusa como tu mente —respondió Natasé dejando escapar un suspiro. Parecía algo retraído —. Seré franco. Pasar tiempo con vuestra gente es complicado para alguien con mis sensibilidades. El olor, para empezar, ¡y la comida! En comparación, haber pasado unos meses con el Príncipe Yriel, el Renacido, fue un bendito alivio. —Levantó la mirada del suelo. —Son vuestras mentes las que mayor presión ejercen sobre mí. Ineptas, abiertas a la corrupción. No sois un pueblo estúpido, pero sois poco sofisticados, tan semejantes a nosotros los eldar como los orkos lo son a vosotros. Así que os pido disculpas si mis modales os parecen bruscos, pero vuestra compañía me resulta casi intolerable.

—Parece que Eldrad Ulthran escogió al más diplomático de sus camaradas para asesorarnos —comentó Maxim.

—¿Lo veis? —dijo el vidente, apelando a Guilliman.

—Te comprendo —aseveró el primarca con voz serena—. Si te tranquiliza, puedo eximirte de tu misión y enviarte de vuelta a tu hogar. Me has prestado tu ayuda en muchas ocasiones y, por ello, partirás con todos los honores.

—No me tentéis —le advirtió Natasé—. Llevo con vos una década de vuestros años y me han parecido una eternidad. Cada momento trae consigo un poco más de tedio. —Frunció el ceño. —Es un milagro que haya mantenido la cordura. No obstante, debo permanecer a vuestro lado. Esa fue la orden que recibí de Eldrad Ulthran, una orden que juré obedecer. Puede que sea un vino joven, pero soy fiel a mi palabra.

—Si es tan insoportable como dices, entiendo por qué no ha venido personalmente —replicó el codiciario.

Natasé sonrió, adoptando una expresión salvaje.

—Ahora empiezas a entenderlo. En cualquier caso, Ulthwé está al otro lado de la Fisura. Cuando la crucemos, tal vez os deje y regrese.

—Podrías permitirnos acceder a tu telaraña, maestro vidente —propuso Maxim—. El camino de regreso sería mucho más rápido.

—Imposible —declaró el eldar—. La guerra afecta a toda la red. Desde que despertaron, los necrontyr se han infiltrado en ella y el Caos reina supremo en muchas de sus ramificaciones. Incluso si no fuera así, atravesar la red con una fuerza de este tamaño es imposible en esta era decadente. En los días de mis antepasados, tal vez, pero no en la actualidad.

—No estamos aquí para debatir el tránsito a través de la Fisura —apuntó Guilliman—. Eso forma parte de nuestro futuro.

En ese momento llegaron algunos de los sirvientes del primarca, llamados por la construcción cibernética, portando carne y bebidas. Las dejaron sobre la mesa.

—Marchaos, atenderé a mis invitados personalmente —les dijo el primarca cuando empezaron a servir el vino—. No deseo que se me moleste.

Los sirvientes se retiraron.

—Activa el campo de privacidad —ordenó Guilliman en voz alta. En algún lugar bajo la biblioteca, un nuevo zumbido se unió al murmullo incesante de las máquinas. Se fue apagando poco a poco, llevándose consigo todos los murmullos de la nave. La biblioteca quedó en absoluto silencio. Incluso las vibraciones de los motores parecían haberse detenido, hasta el punto de que Maxim tuvo la

sensación de que flotaban, totalmente solos, en una bóveda de conocimiento que vagaba a la deriva entre las estrellas. Por un momento, pensó en el Librarius de la Tormenta de Fuego y se preguntó cómo irían las cosas en el planeta del capítulo.

Sobre el escritorio de Guilliman había una caja. La cogió y se reunió con sus invitados en la mesa de menor altura, donde la depositó y abrió la tapa, revelando el resplandor azul pálido de un campo de estasis. Empujó la caja hacia ellos. En el interior había un libro en cuya cubierta aparecía el título «*Lectitio Divinitatus*».

Guilliman sirvió el vino mientras el codiciario y el vidente lo miraban.

—¿El texto fundamental del Culto Imperial? —preguntó Maxim.

—Sí —confirmó el primarca—. Eso es.

—Es viejo —señaló Natasé—. Más allá de eso, no veo qué relevancia puede tener este libro. Como dice el bibliotecario, es el texto de la religión de tu pueblo, la misma religión que vos no solo no seguís, sino que despreciáis.

—Correcto —afirmó Guilliman—. Pero solo en parte.

Les entregó las copas a Maxim y Natasé. El codiciario se bebió el contenido de la suya de un trago. El vidente se limitó a olfatear la suya con desdén.

—¿Un vino joven? —preguntó Maxim.

—Uno malo —respondió el eldar. Se lo bebió de todos modos.

—¿Puedo? —preguntó Maxim señalando el libro—. Más que viejo, parece antiguo.

—Intuyo que tiene varios miles años. Para mí, eso es sinónimo de vejez, no de antigüedad. La edad es una cuestión de perspectiva —replicó Natasé con altanería.

El codiciario desactivó el campo de estasis y sacó el libro de la caja. La cubierta era de cuero marrón claro descamado. La esquina inferior derecha estaba manchada de un tono más oscuro debido a los aceites de la piel. Abrió la cubierta y examinó las primeras líneas.

—Muy antiguo. Apenas puedo leer lo que dice. Es Gótico, pero arcaico en extremo.

—¿Has leído los textos fundamentales del Adeptus Ministorum? —le preguntó Guilliman. Bebió un sorbo de vino. La copa que

utilizaba era de tamaño épico, una cornucopia mítica.

—Por supuesto —respondió el Maxim—. La mayoría son tonterías, o al menos eso dice nuestro culto capitular.

—Hay algo de verdad en ellos —aseveró el primarca—. Fragmentos de historia en una época en la que la historia se ha suprimido. Las escrituras actuales son fruto del trabajo de miles de manos. No hay nada en esta carcasa imperial que se haya mantenido intacto a lo largo de los años, mucho menos la verdad, y la *Lectitio Divinitatus* no es una excepción. La han manipulado, editado, ampliado y recontado tantas veces que resulta imposible distinguir lo que es real de lo que no lo es. Pero este volumen en particular es diferente. Es una copia de la primera escritura. —Miró a Maxim con solemnidad. La información que estaba a punto de impartir era, sin duda, conocida por Natasé, pero desconocida para cualquier humano. —La escribió mi hermano Lorgar.

—¿Qué? —exclamó el codiciario—. ¿El primarca traidor?

Guilliman asintió.

—El creador del Culto Imperial fue uno de mis hermanos. De hecho, fue el desprecio del Emperador al culto de Lorgar lo que lo empujó a buscar otros dioses más condescendientes. Terrible, ¿verdad? —dijo. Se sirvió más vino.

—No pareces sorprendido. Lo sabías —le dijo Maxim a Natasé.

El eldar asintió sutilmente con la cabeza; un simple gesto con el que logró expresar todas las posibles variantes de la autosatisfacción.

—La identidad del autor es de sobra conocida por mi pueblo.

—A falta de una expresión más apropiada, podría decirse que esta es la versión más pura de la *Lectitio Divinitatus*, o al menos la más parecida —señaló Guilliman—. He mandado datar y leer psíquicamente el material. El libro en concreto tiene unos ocho mil años, por lo que fue impreso menos de un milenio después de la Herejía.

El primarca hizo una pausa y bebió un poco más de vino. Maxim pensó que parecía perturbado.

—Yo mismo lo he leído recientemente. En mi vida anterior no llegué a hacerlo. De hecho, me empeñé en no leerlo como muestra

de mi desprecio e hice todo lo posible por quemar todos los ejemplares. Fui demasiado ingenuo para darme cuenta de que ya era demasiado tarde. El culto no hacía más que crecer. La fe había arraigado en un suelo infértil, o eso pensé.

Volvió a llenar la copa de Maxim. Natasé colocó una mano elegante sobre la suya cuando le ofreció más.

—El Emperador destruyó todos los ídolos con los que se topó. Derribó iglesias y templos, incluso la cabaña del más humilde de los chamanes acabó reducida a cenizas. Se nos ordenó destruir cualquier símbolo religioso que encontráramos. Los iteradores se erigieron sobre las cenizas de la fe y difundieron la Verdad Imperial. El Emperador nunca toleró más culto que el de la razón. —Guilliman se rio. —Y pensar que lo creí todo.

—¿Mi señor? —inquirió Maxim, mostrándose cauto ante el rencor de su señor.

—No te preocupes, Donas —lo tranquilizó el primarca—. Me refiero a que la razón es, en sí misma, una clase de fe, una con sus propias trampas y herejías. No me he entregado a la adoración. Los argumentos de Lorgar son persuasivos, pero, a pesar de todo, se basan en varias falacias. El propio Emperador dijo que no era un dios, lo repitió una y otra vez. Deberíais haberlo visto cuando me ordenó castigar a Lorgar. Su ira no era fingida. No concibo ninguna situación en la que se mostraría complacido con el rumbo que ha tomado el Imperio.

—Entonces, ¿por qué me lo mostráis? —le preguntó Maxim—. ¿Por qué me hacéis cargar con este secreto? ¿Por qué no a lord Tigurius o a otra mente superior?

—Tú estás aquí. Yo deseo discutirlo ahora. Eres el más indicado —argumentó el primarca—. ¿Necesitas otra razón que justifique mi confianza?

El codiciario inclinó la cabeza asombrado y dejó el libro sobre la mesa.

—Esta información es incendiaria. Si consiguierais que alguien la creyera.

—Vuestra especie es díscola por naturaleza. Alguien la creería —comentó Natasé—. Pero tienes razón, es dañina.

—En tal caso, mi pregunta es aún más apremiante —insistió Maxim—: ¿Por qué?

—Desde mi regreso se han producido muchos acontecimientos que me hacen cuestionar mis suposiciones. Me gustaría conversar con vosotros sobre la naturaleza de la divinidad —confesó el primarca.

—¿No deberíais consultarlo con un sacerdote? —dijo Maxim medio en broma, intentando disimular la incomodidad que sentía.

—Ya me he cansado de tanto sacerdote —afirmó Guilliman—. No poseo habilidades psíquicas. Este mundo que nos rodea… —Señaló la sala en la que se encontraban. —es el único que pudo percibir. Soy consciente de la existencia de la disformidad, respeto su poder y la comprendo mejor de lo que lo hice nunca, pero no está en mi naturaleza comprenderla por completo. Tú posees muchas habilidades, Maxim. Natasé, tu pueblo es mucho más antiguo que el nuestro y tú posees un gran conocimiento, si decides compartirlo.

—Preguntad y veremos lo que decido contaros —respondió Natasé.

Guilliman guardó silencio un momento.

—¿Qué es un dios? —preguntó finalmente—. ¿Qué se entiende por divinidad?

—Todos los autoproclamados dioses que he conocido han sido mis enemigos —declaró Maxim—. Eso es todo lo que necesito saber.

—¿Eso no convertiría también a tu señor en tu enemigo? —señaló el eldar.

—El Emperador siempre ha negado ser un dios —replicó el codiciario.

—Lo ha negado, pero, ¿sigue haciéndolo ahora? Creo que ese es el quid de la cuestión que nos ocupa —expuso Natasé—. ¿No es así, lord regente?

Guilliman ignoró la insinuación del eldar.

—Explícate mejor, codiciario —le pidió el primarca.

—El poder define a los dioses, pero todos son falsos —arguyó—. La esencia de la divinidad es la falsedad. Son una mentira. A las mentes más primitivas pueden parecerles divinos por su capacidad para dispensar favores, pero son adversos a la vida de los mortales.

Los dioses del Caos solo traen consigo el horror. Nos ven como simples juguetes y, al final, acabarían destruyéndonos a todos. Son seres malvados, todos ellos. El hombre no necesita ningún dios. El Emperador tenía razón.

—¿Natasé? —inquirió Guilliman.

—No todos los dioses son malvados —argumentó el vidente—. Te equivocas, Donas Maxim. Además, solo hablas de los dioses nacidos del immaterium. Olvidas a los C'tan, o Yngir, como los llamábamos nosotros. Ellos también eran dioses.

Suspiró y se sosegó, como si fuera un profesor que se dispone a impartir una lección muy simplificada a unos niños incapaces de comprenderla.

—Tienes razón cuando dices que el poder define a un dios —concedió—. Temporal, espiritual, físico… no importa. —Guardó silencio un instante. —Mi pueblo define la divinidad de varias maneras, pero hay dos grandes categorías. Los dioses del otromar, que son reflejos de lo que vosotros llamáis materium, y los dioses del propio materium, que vosotros conocéis como C'tan, aunque existen seres más antiguos e incluso más terribles que ellos. Los dioses del materium son una parte esencial de su tejido; están conectados tan íntimamente a él que tienen la capacidad de influir en su estructura, pero eso los obliga a regirse por las leyes de esta realidad. Los dioses de la disformidad son más efímeros y más diversos en su tipología. Muchos de ellos son simples manifestaciones de sentimientos, otros fueron seres mortales en el pasado, antes de que las creencias de otros los cambiaran. Creo que los dioses de mis antepasados eran de ambos tipos, aunque he de decir que esta filosofía no es la única que propugnan los de mi especie y que he presenciado muchos debates acalorados al respecto. Ahora es imposible saberlo, ya que nuestros dioses fueron asesinados cuando nosotros caímos. Y, aunque fuera posible preguntarles, no sabrían la verdad, porque esa verdad cambiaría irremediablemente, como es lógico, a tenor de las creencias de quienes tenían fe en ellos.

»Otro tipo son las aglomeraciones de las almas de quienes estuvieron vivos alguna vez, o al menos eso dicen los Ynnari, cuya

«deidad», Ynnead, surgió de la fractura de Biel-Tan. Pero, ¿quién puede saberlo a ciencia cierta? Una, dos, todas o varias de estas cosas pueden ser ciertas en un momento dado y cambiar en otro. Hay dioses que devoran dioses, dioses que son eternos, dioses que existieron y ahora nunca existieron, y dioses que nacen para haber existido siempre. El origen de los dioses es, por tanto, incatalogable. No cuentan con más historia que la que la gente les impone. Hasta cierto punto, coincido con vuestro hechicero. El poder es el aspecto que los define. —Una expresión grave le cruzó el rostro. —La fe es otro, aunque no es aplicable a todos. Algunos seres no requieren de fe, pero la falsedad no es inherente a todos ellos.

—Explícate —le pidió Guilliman.

—Los C'tan, según atestiguan nuestras leyendas, fueron componentes esenciales de la creación; voraces y malignos a ojos de los mortales, pero parte de ella. No requieren ninguna creencia para vivir, del mismo modo en que los soles que devoraron no requieren ningún observador para existir. Tampoco los cuatro grandes dioses del Caos, que se han vuelto tan omnipotentes que, en esencia, se sustentan a sí mismos, aunque la fe de sus seguidores los hace más fuertes. Tampoco el Gran Devorador, la mente de los tiránidos, un ser engendrado por las acciones irreflexivas de sus componentes físicos y que, posiblemente, sea más grande que todos los demás. ¿Podría considerarse un dios? Algunos de nuestros filósofos argumentan que sí. Otros discrepan de manera rotunda. Pero para otros dioses, dioses menores, la fe es un aspecto vital. Sin fe, caen en la informidad y acaban convertidos en vórtices insensibles de emoción. Y esa inestabilidad los lleva a la muerte.

—Pero si la gente del Imperio dejara de creer en el Emperador, Él no desaparecería —argumentó el primarca—. Sigue teniendo presencia física, incluso ahora. Ocupa el Trono. En ese sentido, no es un dios.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? ¿Solo porque ya existía antes de ocupar el trono? Basáis vuestra suposición en la idea de que, efectivamente, era un hombre y de que no mintió al respecto. Suponéis también que lo que ocupa el Trono Dorado continúa siendo un ser mortal, un ser que persistiría incluso si su culto cesara —

explicó Natasé—. ¿Recordáis que dije que hay dioses que una vez fueron mortales? Estos seres se convierten en puntos focales de creencia, y la creencia engendra la fe, como hacen los dioses puros de la disformidad, las consciencias que emergen del otromar. La diferencia estriba en que los dioses que fueron algo antes de ser dioses…

Guilliman enarcó una ceja.

—Hipotéticamente hablando —matizó Natasé con suavidad—, sin presuponer que eso fue lo que le sucedió a vuestro padre. En tales casos, hay un ser ya existente que debe amoldarse. La fe pende de ellos, los cambia, los eleva, por así decirlo. —El eldar esbozó una sonrisita cruel. —Llegamos a una verdad desagradable. Para muchos de los vuestros, primarca, hijo del Emperador, vos sois un dios. ¿Que sea una creencia compartida por miles de millones no lo convierte en verdad?

—Un estatus que rechazo —dijo Guilliman con frialdad—. No soy ningún dios.

—Rechazadlo todo lo que queráis —insistió el vidente—. Allá donde vais, os sigue la victoria. Vuestra presencia inspira a vuestro pueblo. En esta época tormentosa, la mismísima disformidad se sosiega ante vos. ¿Cuánto creéis que tardará en proclamarse el primer milagro en vuestro nombre? Y, cuando eso suceda, ¿cómo demostraréis que no ha sido obra vuestra? El incidente de Parmenio con la chica, la forma en que su poder os liberó de las garras del enemigo y ahuyentó a los demonios, son acciones que ya se atribuyen a vuestro creador. —Hizo una pausa. —Pero, si fueron acciones divinas, ¿fue Él realmente?

—¿Insinúas que fui yo?

—Solo os pido que lo consideréis.

—No poseo ningún don psíquico —recalcó Guilliman.

—No importa —replicó Natasé—. No estamos hablando de hechicería, ni de lo que vos entendéis como poder psíquico, sino de fe. La fe es la fuerza más poderosa de la galaxia. No precisa pruebas para convencer. Otorga convicción a quienes creen. Brinda esperanza a los desesperados y, allí donde florece, la realidad cambia. Una sola mente estrechamente vinculada a la disformidad

puede alterar las leyes de nuestro un universo, pero, ¿mil millones de mentes, un billón de mentes, todas creyendo lo mismo? Poco importa sin son psíquicos o no. La influencia de tantas almas tiene un efecto profundo. Mi especie engendró a un dios. Quizá ahora sea vuestro turno.

»La fe es el mayor poder de vuestra raza. También es el mayor peligro al que nos enfrentamos todos. Es la fe de cada ser humano la que moldea la realidad. El poder psíquico impregna nuestra existencia, realzándolo todo. Es su desesperanza lo que representa una amenaza para nosotros. En varias ocasiones, vos, Roboute Guilliman, me habéis asegurado que salvaréis a mi pueblo, pero es vuestro pueblo el que nos condena a todos. Y también os condena a vos. A pesar de vuestra determinación, ¿cómo puede una sola alma enfrentarse a la creencia colectiva de vuestra especie? Nos habéis hecho venir para preguntarnos si el Emperador es un dios, ya que es ahí a donde se dirige esta conversación, pero las preguntas que deberíais haceros son: «¿Soy un dios?» y «Si soy un dios, ¿soy libre?».

—No es eso lo que deseo saber —dijo el primarca—. A mis ojos, mi estatus no admite duda.

—No obstante, deberíais considerarlo —insistió el eldar.

—No podéis contemplar esta idea, mi señor —intervino Maxim.

Guilliman frunció el ceño.

—Entonces, ¿crees que el Emperador es un dios?

—Lo que yo crea no tiene ninguna incidencia en el cómputo de creencias —respondió Natasé—. Se refleja de manera proporcional en lo que vos conocéis como el empíreo. Es esto precisamente lo que intento explicaros.

—Al estudiar la disformidad, ¿cómo percibes al Emperador?

—No veo ni a un dios ni a un hombre. Veo la vasta luz de vuestro faro. Irradia dolor y sufrimiento —admitió el vidente. Por una vez, parecía incómodo—. ¿Quién puede decir si lo que veo en la luz es cierto? Nuestro saber popular nos dice que vuestro señor siempre ha sido camaleónico. Tal vez esté muerto de verdad. Tal vez, si decidierais apagar sus máquinas, su luz se extinguiría. Es imposible saberlo. Cada hilo de la madeja que nos lleva a Él acaba reducido a

cenizas. Su camino es impredecible. No puede observarse directamente. Algunos de mis congéneres sostienen que Él es el gran obstáculo de vuestra especie y, a la vez, su único escudo; que Él es el veneno de la galaxia que podría salvarnos a todos, que no está entero, sino roto, fracturado y que, sanado como es debido y reunido de nuevo su poder, podría superar a los mismísimos grandes dioses. Otros dicen que no es nada, que la luz que arde de forma tan dolorosa sobre Terra no es más que el eco de un ser luminoso desaparecido hace mucho tiempo. Debemos juzgar su valía para nuestra especie solo por inferencia.

—¿Maxim?

—Es una luz, mi señor, una demasiado brillante para mirarla, como afirma Natasé. Es un faro rugiente. Un pilar de almas. Su sola presencia incendia el espíritu. Es un ser singular y evidente y, sin embargo, demasiado intenso para poder percibirlo. En las contadas ocasiones en las que me he atrevido a acercar mi visión bruja a Él, yo también he sentido su dolor. Y me ha marcado. Pero creo que sigue ahí. He sentido su mirada sobre mí.

—No es una acción común entre los bibliotecarios de los Space Marine —comentó Guilliman.

—Según tengo entendido, no, no lo es. Todos estamos entrenados para localizar el faro, ya que, en ocasiones, debemos servir como navegantes cuando los mutantes del capítulo no son capaces de hacerlo, pero la luz que irradia es tan intensa que nos resulta imposible contemplarla durante mucho tiempo. Pocos se atreven a mirarla de cerca. Yo lo he hecho.

—Ya he escuchado lo que opina Natasé sobre este asunto, pero ahora te pido a ti, Donas Maxim, que dejes a un lado tus creencias capitulares y que me digas: ¿es el Emperador un dios?

Donas sacudió la cabeza y se encogió de hombros. Parecía perplejo, como si no entendiera la pregunta.

—Es el Emperador, mi señor.

Guilliman miró el libro.

—Lorgar estaba equivocado con nuestro creador. Cuando yo lo conocí, no era un dios, pero ahora… —Se le quebró la voz. —Si de verdad es un dios, con independencia del significado que decidamos

atribuirle a esa palabra, ¿qué implicaría para nuestra estrategia? No puedo permitir que mis propias convicciones se interpongan en el camino de la verdad, porque solo conociendo la verdad será posible asegurar la victoria. Si ignoro la realidad de la situación simplemente porque no se ajusta a mis supuestos teóricos, fracasaré. Pero, por el contrario, si adopto esta forma de pensar como real y baso en ella todos mis supuestos prácticos futuros, ¿qué tipo de victoria nos brindará? ¿Qué clase de Imperio deseo ver? Preferiría uno libre de religión, de dioses y de toda su perfidia.

—¿No basta con aceptar el poder del Emperador, mi señor, y aceptar que pueda estar obrando de nuevo en el Imperio? —dijo Maxim—. En Parmenio hemos sido testigos de ello.

—Hemos sido testigos de algo —puntualizó el primarca—. Tal vez haya presenciado lo suficiente como para descartar las maquinaciones de otros poderes. Tal vez sea obra del Emperador.

—Debemos ser precavidos —aseveró Natasé—. Discernir la fuente de estos fenómenos está fuera de mi alcance y, por ende, del resto de vuestra Concilia Psykana.

—En efecto —convino Guilliman—. Por un lado, está la creencia ferviente del militante apostólico de que mi padre lucha a mi lado. Por otro, debemos estar atentos a cualquier posible manipulación. —Miró al eldar.

—Entiendo lo que insinuáis, pero mi pueblo no es responsable, ni ningún otro individuo de mi raza —aseveró el vidente—. Hasta donde yo sé.

El primarca se quedó pensativo un momento, luego se puso en movimiento con decisión. Se inclinó hacia delante para poder llegar a la caja, reactivó el campo de estasis y cerró la tapa.

—Gracias a los dos, me habéis dado mucho en qué pensar. Mientras tanto, tenemos otros problemas de los que ocuparnos.

—Cumpliré con lo que exige mi juramento, mi señor primarca —proclamó el eldar.

—Puedes retirarte, vidente. Codiciario, quédate, por favor.

—Os doy las gracias, primarca. Donas Maxim —le dijo Natasé al marine.

Maxim asintió con la cabeza en señal de reconocimiento. Cuando las puertas se abrieron, Maxim atisbó a la escolta del eldar esperando fuera: eran cuatro en total, todos enfundados en armaduras negras, máscaras de color hueso con inserciones y los penachos altos característicos de la senda guerrera de los Vengadores Implacables. Que se permitiera a un grupo de xenos armados deambular entre la flota era motivo de consternación en todos los estamentos. Maxim la compartía.

—Mi señor, ¿hay algo más en lo que pueda ayudaros? —le preguntó el marine en cuanto se cerraron las puertas.

—Nada más —respondió Guilliman. Se puso en pie, y Maxim hizo lo propio—. Una simple cortesía de mi parte. He oído que pronto te someterás al Rubicón Primaris, por lo que quería desearte una transición segura y una pronta recuperación.

—Os agradezco vuestra preocupación, mi señor. He oído que ahora el procedimiento es mucho más seguro que antes.

—Me temo que no está exento de riesgos —replicó el primarca —. Ojalá fuera así. Alabo tu valentía al dar un paso al frente.

—Lo hago para poder serviros mejor, mi señor.

Guilliman asintió y se dispuso a ocuparse de otros asuntos. Al sentir la oleada de patrones de pensamiento que empezaba a surgir de la extraña mente genéticamente diseñada del primarca, Maxim se apresuró a abstraerse de ellos. Guilliman se dirigió a su escritorio, donde comenzó a reordenar los papeles y los dispositivos de datos que había sobre él. El marine dedujo que se preparaba para acometer una cantidad considerable de trabajo. Él mismo empleaba esa técnica para concentrarse.

En ese momento, no pudo evitar preguntarse hasta qué punto debía su carácter a ese gigante ancestral. Pese a la conversación que acababan de mantener, estaba medio convencido de que Guilliman era, en efecto, un semidiós.

—¿Cuándo te someterás al procedimiento?

—Mañana —respondió el codiciario.

—Entonces, si sobrevives, te hago la misma oferta que le he hecho a Natasé, Donas. Tú también puedes regresar a casa, aunque

puede que te resulte más sencillo hacerlo cuando la campaña aquí haya concluido.

—Es una idea muy grata. Llevo en Ultramar desde que la Fisura se abrió y dejó aislada a mi fuerza de asalto. En casa me esperan mis hermanos y unas obligaciones que he descuidado durante mucho tiempo. Pero creo que no.

—Entonces te pido que tú y tus guerreros permanezcáis a mi lado después de atravesar la Fisura y os enfrentéis conmigo a lo que quiera que encontremos allí.

—Con mucho gusto y con todo mi corazón —declaró el marine —. Serviré a vuestro lado tanto tiempo como me sea posible, mi señor, porque ¿qué verdadero hijo vuestro ha soñado alguna vez con otra cosa?

—Tu devoción me conmueve, pero me pesa que pueda conllevar tu muerte.

El codiciario agachó la cabeza.

—Aspiramos a morir en acto de servicio.

—Por desgracia, eso es algo que puedo ofreceros a todos — lamentó el primarca—. Gracias, codiciario, eso es todo.

Las puertas se abrieron para dejarlo salir. Maxim echó la vista atrás antes de abandonar la biblioteca y vio que el primarca miraba con cara pensativa la caja que contenía el libro de Lorgar.

CAPÍTULO SEIS

LA BABOSA DELATORA

—*Maldición. Miseria y desdicha* —murmuró Ku'Gath. Dejó que sus esbirros siguieran revolviendo el mejunje y empezó a andar como un pato por el patio, mascullando cabizbajo, ignorando los gritos alegres de sus nurgletes y los informes monótonos de sus portadores de plaga. Todo lo que quedaba del recinto exterior del hospital eran unos cuantos muros derruidos que yacían desplomados como cadáveres bajo una vegetación sofocante que perecía a la misma velocidad a la que crecía. El pavimento se había perdido bajo capas de algas tóxicas y unas manchas de residuos apestosos chorreaban por el mortero.

—*¿A dónde vas, amo, a dónde te diriges?* —farfullaban los coros de nurgletes.

—*A dar un paseo, maldita sea, ¡aunque no es asunto vuestro!* —vociferó Ku'Gath mientras se abalanzaba sobre ellos. Los diablillos diminutos chillaron e intentaron salir corriendo, pero no lograron escapar y acabaron reventados como uvas bajo la barriga colgante de su señor. ¿Consiguió animarlo ese pequeño acto malévolo? No, en absoluto.

La única Gran Inmundicia presente en el patio tuvo la prudencia de guardar silencio. A excepción de Ku'Gath, Padre de la Plaga, los grandes demonios de Nurgle eran seres joviales, pero la derrota en

Parmenio había puesto fin a su jovialidad. Ku'Gath tenía nuevos lugartenientes, enviados por los propios guardianes de la mansión de Nurgle para vigilarlo, reemplazando a los camaradas que languidecían en el Gran Jardín, donde aguardaban su renacimiento. No confiaba en esos recién llegados.

Sabía que lo estaban vigilando.

—*Y no necesito que nadie como Rotigus me lo diga* —refunfuñó. Se abrió paso a través de lo poco que quedaba del muro perimetral, haciendo que se viniera abajo en un amasijo de hormiespuma y materia vegetal putrefacta. Los trozos cayeron al barro con un golpe húmedo. Las tierras pantanosas de Hythia se habían desbordado y unas aguas turbias inundaban la base de las colinas sobre las que se alzaba el molino. Ku'Gath se adentró en ellas sin dejar de refunfuñar y empezó a vadear.

El barullo del campamento demoníaco decreció enseguida. En cuanto dejó atrás el recuento sombrío de los portadores de plaga y los cánticos estridentes de los nurgletes, se impuso un silencio mortecino. El terreno que atravesaba había sido pasto de bóvidos, un área bordeada de carreteras y salpicada de viviendas humanas. Ahora era un mar de cieno en el que las tierras de labranza y los pantanos se habían vuelto indistinguibles. Los únicos indicios de que habían estado habitadas por mortales eran las bases oxidadas de las turbinas eólicas que se encontraban a un kilómetro y medio de distancia, aunque estaban tan atestadas de enredaderas viscosas que resultaba difícil saber qué habían sido.

La cólera de Ku'Gath se diluyó en el pantano. El lodo frío se le metía por el vientre expuesto y le inundaba los intestinos de inmundicia. Era bastante agradable; tanto que a punto estuvo de levantarle el ánimo. Casi sonrió al pensar en las nuevas infecciones que podría contraer, pero no podía ser. Así que se decidió recordarse a sí mismo lo que estaba en juego hasta que volvió a sentirse lo bastante deprimido.

Siguió vadeando, creando una ola de lodo con su enorme masa, hasta que estimó que se encontraba a una distancia prudente para hacer la invocación sin ser visto. Se detuvo y se dio la vuelta. Una luz rojiza procedente del fuego que calentaba el caldero bañaba el

molino de la plaga, de cuya estructura destechada emanaba una nube de vapores tóxicos. Una bioluminiscencia gélida envolvía el exterior, acentuada por las hogueras que ardían a más de un kilómetro y medio de distancia, pero lejos del molino todo era oscuro y deprimente, y así se mantendría hasta el amanecer. Entonces, todo se volvería sombrío y triste, como debía ser.

—*Estos malditos mortales no saben apreciar los regalos que les brindamos* —se quejó Ku'Gath mientras contemplaba las glorias del mar rezumante. «¿Cómo pueden no ver su belleza?» —se preguntó desconcertado.

En el agua había unas cosas antinaturales que desaparecían bajo la superficie con sonidos húmedos y pegajosos cuando notaban el roce de su mirada. Extendió un fragmento de su alma, dejando que rozara todas las cosas a su alrededor. El lodo empezó a bullir con ansiosa vitalidad a medida que su esencia se filtraba en el pantano, pero no percibió ningún ser capaz de pensar o al que le importara lo que estaba a punto de hacer, o, más importante aún, que pudiera contárselo a alguien.

A alguien como Rotigus, por ejemplo.

Miró a su alrededor por última vez y se aclaró la garganta con suavidad.

—*Babosita, Babosita, ven, ven, ven* —cantó en voz muy baja—. *Tengo un secreto que contarte. Asómate, asómate, aguza el oído, déjate cautivar por el hechizo de revelación*.

Volvió a mirar a su alrededor. No había ni rastro de la criatura que se disponía a reclutar para su causa, ni ningún indicio de que lo hubiera oído. Una ráfaga de viento frío, con aroma a flato, sopló sobre él.

—*Mmm* —refunfuñó. Aunque la Babosa Delatora era un ser inferior a él, no podía llamarlo y empezar a darle órdenes sin más: necesitaba comprar su lealtad. Dejó escapar un suspiro. Tendría que mostrarse algo más entusiasta.

—*Babosita, Babosita, ven, ven, ven* —volvió a cantar, más alto esta vez—. *Tengo un secreto que contarte. Asómate, asómate, aguza el oído, déjate cautivar por el hechizo de revelación*.

El viento sopló con más fuerza. Las ramas de los árboles se agitaron y las almas de los condenados gimieron a lo lejos, en los páramos. Escuchó con atención y oyó un gorjeo tenue y fantasmal.

Alentado por el sonido, cantó de nuevo, aún más alto.

—Babosita, Babosita, ven, ven, ven. Tengo un secreto que contarte. Asómate, asómate, aguza el oído, déjate cautivar por el hechizo… ¡Uy! —exclamó mientras se agarraba el estómago. Un reflujo de lo más placentero le quemó el gaznate. Los gases burbujeaban en su interior, abriéndose paso a la fuerza, hinchándole las entrañas expuestas hasta escapar por una úlcera con un hedor sibilante.

Ku'Gath apretó los dientes cariados.

——Babosita, Babosita, ven, ven, ven. *Tengo un secreto que contarte. Asómate, asómate, aguza el oído, idéjate cautivar por el hechizo de revelación!*

Sintió cómo el dolor se movía hacia afuera, como si algo con garras afiladas nadara por sus entrañas intentando llegar a la superficie de su cuerpo. Ese algo presionó el interior de su piel curtida y la mordió.

El Padre de la Plaga dejó escapar un gritito ahogado. Cantó su cancioncilla una vez más y el dolor se convirtió en una ampolla sobre su piel. La sexta repetición del hechizo hizo crecer la ampolla, hasta que lo cantó por séptima y última vez.

—Babosita, Babosita, ven, ven, ven. *Tengo un secreto que contarte. Asómate, asómate, aguza el oído, déjate cautivar por el hechizo de revelación*.

La ampolla estalló. Una criatura resbaladiza, similar a una babosa, se desprendió de ella envuelta en una membrana y en medio de un torrente de líquido. Ku'Gath se abalanzó sobre ella y la agarró, pero se le escurrió entre los dedos como una deposición bien engrasada. Intentó cogerla hasta tres veces antes de lograr acunarla en la palma de una de sus enormes manos. Al ver que la babosa se retorcía dentro de su bolsa de nacimiento, empezó a lamerla suavemente con la lengua pegajosa hasta abrir la bolsa y liberar a la criatura.

Se desenroscó y se sacudió, desprendiéndose de la capa de mucosidad que la cubría. Luego levantó una cabeza ancha y desprovista de ojos. Su cuerpo parecía un cruce entre un renacuajo y un gusano: redondeado por delante, con un tronco que se estrechaba hasta formar una cola musculosa. La cara no era más que una boca ancha con dientes planos y labios de un color púrpura chillón. No tenía piernas propiamente dichas, sino cuatro brazos rechonchos con garras afiladas y manos de tres dedos.

—*Babosa Delatora* —saludó el demonio—. *Has venido*.

—*Grandioso y poderoso Ku'Gath, Padre de la Plaga* —respondió la Babosa. Se irguió sobre la cola, extendió los brazos diminutos e hizo una reverencia. Tenía una voz suave e incipiente, rebosante de astucia y perfidia—. *¿Qué servicio puedo prestarte, primero en recibir el favor de Nurgle?*

—*Sí, el primero, ¿pero por cuánto tiempo?* —rezongó Ku'Gath—. *Uno de mis rivales me ha contado muchas cosas*.

—*Hablas de Rotigus, por supuesto* —comentó la Babosa.

A Ku'Gath le hirvió la sangre fría solo de pensar que aquella criatura insignificante pudiera estar al tanto de sus males, pero esa era su naturaleza.

—*Sí. Rotigus. He de completar la plaga que estoy elaborando en ese molino de la plaga. De lo contrario, mi reputación se verá mermada y me veré relegado en la estima del Abuelo. No me postraré ante ese arrogante traedor de mal tiempo. ¡Nunca!*

—*Entonces, ¿querrías conocer sus designios, sus planes y sus estratagemas para poder frustrarlos?* —le preguntó la Babosa Delatora.

—*¡No!* —espetó el Padre de la Plaga—. *¡Bicho estúpido! Eso sería demasiado evidente. No quiero actuar en su contra y arriesgarme a despertar la ira del Abuelo. La que digo es que debo tener éxito aquí, en Pestiliax*.

—*¿Cómo, mi poderoso señor?*

—*Tengo que demostrar que tengo razón y que él se equivoca. Mi plaga debe funcionar. Tengo que matar al tres veces maldito, siete veces condenado hijo del Anatema. Solo entonces Nurgle me tendrá en más estima que a ese aguafiestas*.

—*¿Quieres matar a Mortarion?* —le preguntó la Babosa con malicia.

—*¡No! A Mortarion no, aunque puedo imaginar mundos más tristes que aquellos donde él no existe. ¡Pero no! Me refiero a Roboute Guilliman.* —Se mandíbula crujió y sufrió un espasmo al articular el nombre. — *Pronto vendrá aquí. Me gustaría conocer sus planes*.

—*No puedo atravesar los velos de luz que lo rodean. Está protegido por…* —la criatura se estremeció— Él.

Ku'Gath se mordió el labio.

—*Me lo imaginaba, aunque albergaba la esperanza de que no fuera así, por lo que ya tenía en mente otros métodos más sencillos. Necesito una mente astuta capaz de desenvolverse en tierras mortales. Para recopilar información y cosas así*.

—*¿Un espía, entonces?* —La Babosa ladeó la cabeza e hizo un mohín. —*Una tarea que ya he realizado antes y para la que estoy hecho, pues al Abuelo le gusta escuchar a escondidas. Un espía pues. ¿Quién?*

—*Alguien que pueda verlo y oírlo, pero que no sea demasiado cercano. Ninguno de sus hijos, ni las bestias doradas del Emperador, ni ninguno de sus sacerdotes o mujeres guerreras, ni nadie que esté subordinado o sea cercano a ellos*.

—*Entonces, ¿un hombre normal? Un mortal que pueda ir y venir, alguien que no sea demasiado importante, pero dotado de autoridad suficiente para moverse con libertad. Alguien de este mundo, quizá, no de sus huestes militantes. El hijo del Anatema es precavido, pero está solo. No puede estar pendiente de todo a la vez*.

—*¡Sí! ¡Eso es!* —respondió Ku'Gath con entusiasmo—. *Suena bien, ¡muy acertado! Alguien importante, pero no demasiado importante*.

La Babosa asintió.

—*Entonces, así se hará*. —Juntó las manos delante de la tripa pálida. —*Ya conoces el precio. Si lo que buscas son secretos, a cambio deberás ofrecer otros secretos, algo equivalente, como es mi costumbre. Susúrrame algo que desconozca y lo tomaré en cuenta*.

—*¿Cómo puedo juzgar qué es digno de contar?* —gorgoteó el demonio.

—*Estás muy por encima de mí, poderoso Ku'Gath, primero en recibir el favor de Nurgle. Yo ocupo un lugar muy inferior en la jerarquía, soy el nueve mil novecientos decimoséptimo, pero en este caso mi voluntad prevalece sobre la tuya. Yo seré quien juzgue el peso de tu secreto. Será eso lo que dicte la duración y naturaleza de mi servicio. Cuanto mayor sea el secreto, mayores serán los riesgos que se me permitirá asumir*.

—*Mmm…* —dijo Ku'Gath—. *Un secreto.* —Pensó largo y tendido. La Babosa esperó pacientemente en la mano de la Gran Inmundicia. —*¡Ya lo tengo!* —anunció. Inclinó la cara variolosa hacia delante. La Babosa ladeó la cabeza y se llevó una mano a donde debería haber estado su oreja, si hubiera tenido orejas.

—*¡Habla!* —lo apremió la criatura.

—*Septicus…* —resolló el demonio en voz muy baja—. *Septicus Seven nunca me cayó bien*.

La Babosa Delatora se irguió sobre la cola y cruzó los brazos diminutos.

—*¿Ya está? ¿Eso es lo mejor que puedes ofrecerme? Por esa minucia no me arriesgaría ni a espiar a una madre para robar el nombre de su bebé. Es de lo más patético, mi señor*.

—*Yo… Oh, mmm… Bueno.* —Ku'Gath se acercó un poco más. —*La verdad es que Mortarion tampoco me cae bien, Typhus tampoco. Y a Rotigus lo odio*.

—*Mi grandioso señor* —dijo la criatura, no sin cierta empatía—. *Agradezco mucho tu esfuerzo y comprendo que estas confesiones te hagan sentir un poco avergonzado, pero no me son de ninguna utilidad, porque la naturaleza misma de un secreto, mi señor, reside en que sea algo desconocido para los demás y si algo saben de ti las grandes figuras del Jardín de Nurgle, es que odias a todo el mundo. Así que te sugiero que lo intentes de nuevo. Adelante, sé que puedes*.

—*Muy bien.* —Ku'Gath bajó aún más la voz, hasta que el sonido de sus palabras no fue más que un leve cosquilleo entre la fetidez de su aliento. —*Tengo una gota de la sangre del primarca*.

—*Sí, sí* —respondió la Babosa con entusiasmo mientras aplaudía —. *Dame más. Esto se sabe, pero presiento que viene un secreto*.

—*La conseguí en el campo de batalla de Hecatone. Será lo que nos permita matarlo*.

—*Continúa. Dime algo que no sepa*.

—*Todavía la tengo*. —Ku'Gath hurgó con las uñas agrietadas en una de sus muchas heridas sin cicatrizar. Sacó un pequeño frasco con una cadena y lo hizo oscilar ante la Babosa. El cristal estaba limpio y el metal de la cadena libre de corrosión. Una única gota de color rubí se deslizaba en el interior, totalmente impoluta. —*La llevo siempre conmigo, ¡a pesar de lo mucho que me escuece! Y no es un sufrimiento agradable, porque es como estar en contacto con el mismísimo Anatema*.

—*Impresionante* —concedió la criatura—. *Pero no lo suficiente. Por todos es sabido que lo necesitas para tu brebaje. Sin secreto no hay servicio*.

Ku'Gath volvió a bajar la voz.

—*No la necesito toda para la Plaga Divina. Fui precavido. Es muy valiosa. Con esta sangre podría hacer toda clase de cosas maravillosas, cosas contra las que ni siquiera Mortarion podría hacer nada. Son hermanos, sabes. Comparten algunas de sus virtudes y también algunas de sus debilidades, precisamente porque comparten la misma sangre*.

La Babosa aplaudió y giró sobre su vientre.

—*¡Excelente! ¡Maravilloso! Las conspiraciones y las argucias son el mejor de los secretos. Diría que los tuyos están a salvo conmigo, pero soy la Babosa Delatora, así que sería una mentira. Esta información es suficiente para la contratación de mis servicios. Nuestro pacto está sellado. Cumpliré la tarea que me has encomendado*.

En la espalda de la criatura aparecieron unas hendiduras carmesíes de las que salieron dos pares de alas desgarradas. Empezaron a batir rápidamente, emitiendo un zumbido similar al de un enjambre de moscas, y la Babosa se elevó en el aire.

—*De lo que yo me entere, te enterarás tú, grandioso señor* — aseveró el pequeño demonio mientras hacía una reverencia aérea.

Declarada su obediencia, se alejó zumbando hacia la noche.

Ku'Gath observó a la Babosa Delatora hasta que se perdió de vista.

—*Espero que valga la pena* —suspiró antes de vadear de vuelta al molino de la plaga y a su trabajo.

El capitán Diamider Tefelius dormía inquieto junto a su esposa. Era una noche calurosa, como lo eran ahora todas las noches en Iax, con vientos húmedos procedentes de las tierras infectadas. De las ventanas colgaban unas sábanas empapadas en un agente antiséptico, que impregnaba la habitación de un hedor químico que le daba dolor de cabeza y hacía que se levantara con la mente aletargada por las mañanas. Soñaba con cosas gráficas y desagradables, pero no sabía si se debía a las enfermedades que el enemigo había desatado en el mundo jardín, que ya habían corrompido por completo cuatro quintas partes de su superficie, o a las medidas que los humanos que vivían en las últimas tierras libres se veían obligados a adoptar contra ellas. No era ningún experto en medicina, por lo que tenía que confiar en lo que le decían.

Pero, por el Emperador, cómo odiaba el olor del antiséptico. Estaba soñando con él, con cómo el olor se le pegaba al cuerpo cada vez que se ponía el uniforme santificado y purificado biológicamente; o cómo empeoraba cuando el respirador del casco quedaba sellado. Lo notaba en la comida, en los besos de su esposa y también en sueños.

En el sueño, volvía a ser un soldado de infantería y el sargento Sovaset le gritaba que se pusiera el casco, pese a que estaba lleno de antiséptico. En aquella época, había odiado a Sovaset porque lo consideraba un matón. Aunque años más tarde había comprendido por qué el sargento se había comportado de esa manera, en sus sueños Tefelius seguía teniéndole pavor.

—Pero me ahogaré, señor —dijo.

La respuesta de Sovaset fue un torrente incoherente de furia, un montón de sonidos sin sentido y escupitajos que lo hicieron encogerse de miedo. De repente, Tefelius se había vuelto aún más

joven, prácticamente un niño, y el sargento seguía gritándole pese a que lo duplicaba en tamaño. La tela del uniforme se agolpaba alrededor de sus pies y le colgaba con holgura del cuerpo, mientras que el casco había cuadruplicado su tamaño habitual. Ahora Sovaset quería que se metiera en la bañera de líquido apestoso que era el casco.

El Tefelius del sueño se echó a llorar y lloró aún más cuando Sovaset empezó a pegarle. Aunque ningún castigo lo había hecho llorar en la vida real, durante sus años de entrenamiento Tefelius había temido hacerlo más de una vez y soñaba con ello a menudo.

Sintió que una pluma le rozaba la mente y un alma curiosa se asomaba a su interior.

—*¿Te gustaría ver otra cosa?* —le preguntó una voz suave y amistosa.

Tefelius, que ahora yacía acurrucado en el suelo mientras Sovaset lo golpeaba con un palo en las costillas, respondió entre sollozos:

—Sí.

De repente, era otra persona, o puede que otra cosa, una especie de hombrecillo que volaba libremente por el aire. El sueño era reconfortante y, después del ataque de ira de Sovaset, todo un alivio. Ahora sobrevolaba Pestiliax, el mundo asolado por la plaga —sabía que ese nombre era incorrecto, pero era incapaz de recordar el verdadero. Volaba hacia la ciudad portuaria de Primer Desembarco, donde vivían los señores mortales y donde sin duda desembarcaría el primarca dentro de unos días. Tefelius se sentía confundido. No disponía de información relativa al paradero del primarca y nunca se había caracterizado por tener visión de futuro, pero parecía estar en posesión de un acervo de conocimiento secreto y, de algún modo, tenía la certeza de que Roboute Guilliman llegaría pronto a su ciudad.

A medida que se acercaba a las afiladas montañas cársticas donde se asentaba Primer Desembarco, la tierra tenía un aspecto cada vez menos enfermizo. Un hecho que, por alguna razón, le molestaba.

Aunque veía el mundo pasar como si estuviera allí, no era él quien dirigía el vuelo, y las alas, que sentía como suyas, se movían a su antojo. El paisaje se inclinó. Los jardines escalonados de Primer Desembarco salieron a su encuentro. Divisó las murallas de primer, segundo y tercer nivel, que ascendían por la montaña como un pastel del Día de la Ascensión, y la amplia Vía Espiral que discurría en torno a ella. Los edificios, las ciudadelas, los jardines colgantes moribundos. No tardó en sobrevolar el distrito donde se encontraba su domicilio, luego la torre de su casa, alta y cónica como la de una colonia de termitas, y luego su ventana, donde las sábanas empapadas de antiséptico ondeaban con la brisa.

Se oyó un golpe suave, un patinazo similar al de un saco de grasa que se desliza por el suelo y, de pronto, su vuelo había terminado. Una mano pálida, que tampoco era la suya, pero que, de algún modo, era suya, levantó las cortinas con un silbido que denotaba malestar. El olor parecía peor que nunca.

«Despierta», dijo una voz en su interior con cierta urgencia.

Aunque la habitación estaba a oscuras, el resplandor de la ciudad le permitió ver unas siluetas que dormían frente a él en una cama de madera tallada. Su cama. Parecía enorme, tan alta como un acantilado. Un rizo de pelo castaño, que sabía que pertenecía a su esposa Almeya, asomaba entre las sábanas y colgaba del borde. Por encima había un bulto que solo podía ser su propia espalda. Las figuras durmientes descansaban, desprevenidos, mientras la malicia se cernía sobre ellos.

«Despiértate ya o serás condenado», dijo la voz.

El Tefelius del sueño gruñó con suavidad y se incorporó ayudándose de las sábanas mientras se retorcía sobre la colcha brocada. La pulcritud de la tela acartonada debió de causarle dolor al Tefelius del sueño, porque se escabulló hacia la cabecera de la cama para evitar seguir tocándola. Una mano pequeña se extendió hacia abajo y retiró las sábanas.

Frente a él, con la boca ligeramente abierta, estaba su propio rostro inconsciente.

«¡Despierta! ¡Despiértate ya!».

Tefelius se sacudió y gimió en sueños, pero fue incapaz de despertarse.

—*Hola, humano* —le dijo el Tefelius del sueño a su yo dormido —. *Nos hemos tocado en sueños y en sueños nos hemos convertido en uno solo*. —La pequeña mano llena de garras se extendió y le presionó la mejilla, húmeda y horrible.

«¡Despierta!».

Tefelius se despertó con un grito ahogado. Por un momento, experimentó una extraña sensación de bilocación al bajar la vista y ver sus rasgos conmocionados y alzarla y ver a la repugnante criatura con aspecto de babosa que estaba de agachada sobre su pecho.

—*Tienes un alma muy dulce. Pero no la necesito*.

Las alas de la criatura se plegaron con un sonido húmedo bajo su piel. Tefelius abrió la boca.

—*Solo necesito tus ojos* —dijo la Babosa Delatora.

Antes de que Tefelius pudiera gritar, la cabeza blanda de la criatura se metió en su boca y le abrió la mandíbula de par en par. Empujó con fuerza y se le introdujo en la garganta, donde empezó a retorcerse y estirarse, ahogándolo con su cuerpo viscoso hasta incrustársele en el pecho con un movimiento escurridizo.

Tefelius se sentó de golpe, empapado en sudor, jadeando con fuerza y con dificultad para respirar.

—Mi amor, ¿te encuentras mal?

El rostro preocupado de Almeya se volvió más nítido. Ya no era de noche. La luz débil del alba empezaba a filtrarse por las cortinas. En el perchero donde colgaba su uniforme sonaba el auricular de su comunicador.

Se llevó la mano al pecho. Estaba empapado. Una masa dura parecía haberse alojado detrás de su esternón y, por alguna razón, tuvo la desagradable sensación de que se estaba riendo, haciendo vibrar sus vísceras con su regocijo.

Pestañeó para sacudirse el sudor de los ojos y se volvió para mirar a su mujer.

—Yo…

—¿Diamider? —dijo, claramente desconcertada.

Se agarró la parte delantera de la camisa de dormir, pero la horrible sensación que sentía en el pecho se desvaneció. Tragó saliva. Tenía la garganta irritada.

—Una pesadilla —dijo—. ¡Acabo de tener una pesadilla horrible! —Se rio aliviado.

—¿Qué tipo de pesadilla? —le preguntó Almeya. Los sacerdotes habían ordenado que se diera parte de los terrores nocturnos, pero Tefelius no quería saber nada de esas cosas.

—No de ese tipo, no del tipo que es necesario sumar a las demás, estoy seguro —dijo, aunque no lo estaba. No estaba seguro en absoluto, pero no iba a dar parte de nada. Una sensación apremiante creció en él, instándolo a no decir nada, una compulsión que se hacía más fuerte cuanto más lo pensaba.

—Tu comunicador no deja de sonar —dijo adormilada antes de dejarse caer en su lado de la cama. Extendió la mano y le tocó el costado—. Has dejado las sábanas empapadas —balbuceó a punto de volver a quedarse dormida.

—Pues pide a los criados que se ocupen de cambiarlas mientras estoy de servicio. —Salió de la cama con piernas aún temblorosas, se acercó a donde estaba el uniforme y toqueteó el cuello. Tuvo que intentarlo dos veces antes de dar con la runa de respuesta del auricular.

—Capitán Tefelius —dijo.

—*Capitán, por orden del Gobernador Planetario Costalis, se requiere tu presencia de inmediato en el centro de mando*.

—¿Viene el enemigo? —inquirió. Llevaban meses esperando un ataque. Sería un alivio que pasara de una vez.

—*No, señor* —respondió el oficial al otro lado de la línea. Tefelius notó un deje de emoción en sus palabras—. *Es el primarca. Viene hacia aquí. La flota de la cruzada salió de la disformidad hace una hora. Alcanzarán la órbita de Iax en unos días*.

Tefelius no prestó atención al resto de lo que le dijo el teniente. Solo podía pensar en el sueño y en la certeza que había tenido de que el primarca llegaría pronto. Se quedó mudo.

—*¿Señor? ¿Señor?* —La voz del teniente lo sacó de su estado de aturdimiento.

—Discúlpame, teniente, ¿qué decías? ¿Algo sobre el primarca? —Seguía doliéndole la garganta. ¿Cuánto más de esa pesadilla había sido real?

—*Te preguntaba si quieres que informe a lord Costalis de que estás de camino* —repitió el teniente.

—Sí. Pronto estaré ahí.

Se aseó rápidamente en la mesita de noche y se puso el uniforme. Cuando llegó al centro de mando, ya era un hervidero de actividad. En cuanto entró, se dedicó por completo a sus tareas y se olvidó de la pesadilla que había tenido.

Esta, sin embargo, no se olvidó de él.

CAPÍTULO SIETE

IAX ALIVIADO

—Nos acercamos al bloqueo enemigo, mi señor. Alcanzaremos el rango de abordaje en cinco minutos. Preparaos para el asalto en cuanto termine la cuenta atrás de aproximación.

Aunque los altavoces de la bodega de tránsito atenuaban la voz del Señor de la Flota Isaiah Khestrin hasta convertirla en un quejido nasal, se oía con suficiente claridad y agudeza como para imponerse al zumbido de los reactores de las servoarmaduras.

—Muy bien, señor del flota —respondió Roboute Guilliman—. Es posible que esté ilocalizable durante parte de esta operación. Por favor, procede conforme a tus propias decisiones.

—Así lo haré, mi señor. Que el Emperador esté con vos.

La voz de Khestrin se cortó, llevándose consigo el silbido de fondo del comunicador de voz. Un grupo de luces rojas se iluminó en la parte delantera de la bodega de tránsito y envolvió a los ocupantes del compartimento en un resplandor sanguinolento. Las armaduras doradas y azules parecían oscuras y sangrientas, mientras que el brillo de las lentes oculares y las luces de los reactores de las armaduras y las armas conferían a los marines un aspecto demoníaco.

Eran más de cincuenta en total, todos gigantes transhumanos, agrupados en torno al mayor de ellos, el primarca Roboute

Guilliman. Dispuestos detrás de él había veinte miembros de su Guardia Victrix, todos ataviados con el azul de los Ultramarines. Todos eran héroes, nobles y orgullosos, los ángeles del Emperador. Y, sin embargo, no eran los seres más gloriosos de los allí presentes, pues a su lado volaban los arcángeles.

Los más impresionantes de todos eran Maldovar Colquan, Tribuno Actuarius del Stratarchis, y sus custodios, cuya gran estatura resultaba aún más imponente por la altura de sus cascos cónicos. Entre ellos destacaban tres exterminadores Allarus, cinco centinelas y dos pelotones de cinco custodios de menor rango. «Menor» era un término subjetivo, ya que cada uno de ellos era equiparable a cien hombres mortales o a una docena de Space Marine, superados únicamente por el propio Guilliman en poder. Aunando fuerzas, tal vez pudieran derrotarlo. Era inusual que tantos de ellos lucharan en un mismo batallón, incluso en la Flota Primus, donde sus efectivos eran más numerosos.

Y todo porque el primarca había decidido mojar la espada

—¿Estáis seguro de que esto es prudente, mi señor? —preguntó Maldovar Colquan.

Guilliman, que aún no se había puesto el casco, lo miró de reojo.

—¿Prudente?

—Sois la mano viviente del Emperador y, sin embargo, os ponéis en peligro —respondió Colquan.

—¿Y piensas que haciéndome la misma pregunta varias veces obtendrás una respuesta diferente?

—No, primarca —respondió el tribuno—. Yo solo…

—Entonces te pido que desistas —lo interrumpió Guilliman—. De lo que estoy seguro es de que las colecciones de escritos sobre mí y mis hermanos que se conservan en vuestras ciudadelas dejan muy claro que es poco probable que cambiemos de opinión una vez hemos tomado una decisión.

—Así es.

—Como también estoy seguro de que relatan que nuestras mentes fueron creadas de forma muy parecida a la vuestra, que es

poco probable que olvidemos nada y que somos hábiles leyendo los corazones y las mentes de todos los hombres.

Cuando Colquan no respondió, Guilliman giró la cintura y miró hacia abajo para poder verle la cara, ya que superaba en altura incluso al tribuno. El primarca enarcó las cejas sin dejar de mirar a Colquan, incitándolo a responder.

—Sí, mi señor —dijo.

La *Aquila Resplendum* vibró. Una alarma débil sonó en algún lugar remoto de su interior. Un proyectil perdido del enemigo, disparado a gran distancia. A ese le sucederían muchos más.

—Entonces, que conste y quede reconocido por ambos —dijo Guilliman, divirtiéndose con el tribuno— que estás disgustado con mi decisión de emprender esta acción personalmente, que deseas que sea consciente de dicho disgusto y que te gustaría que la reconsiderara. Entiendo muy bien todas estas cosas, pero no cambiaré de opinión.

Los altavoces de la nave emitieron un estruendo metálico y una de las luces rojas de la parte delantera de la bodega de tránsito pasó a verde.

—Has luchado a mi lado muchas veces, Maldovar, pero sé que aún no confías en mí. Aunque, en ocasiones, has formulado objeciones similares, han sido más las ocasiones en las que no lo has hecho.

—Es una cuestión de riesgo y recompensa, mi señor. Las maniobras de abordaje son peligrosas. El enemigo podría aniquilaros a distancia con relativa facilidad. La Flota Primus puede superar el bloqueo con facilidad. No hay necesidad de que vos estéis aquí.

—En deferencia a tu insistencia, y también a fin de manifestar mi irritación por tu constante incitación a que abandone esta misión, volveré a explicarte mi razonamiento. ¿Estás preparado?

—Sí, mi señor. —La nave rebotó. Unos temblores recorrieron la estructura. Los transhumanos, sujetos magnéticamente a la cubierta, se balancearon.

—No te enfades, Maldovar. Yo estoy muy animado. Voy a luchar. Ya era hora.

—Sí, mi señor.

—Si esto te molesta, deberías alegrarte de que mi hermano Russ no haya vuelto en mi lugar. En aras del humor, te tiraría al suelo de un puñetazo y luego te regañaría por no reírle la gracia. A mí me lo hizo una vez. Algún día te contaré la historia. Sin embargo, esto no es simple terquedad. Tenemos una estrategia.

—Conozco la estra…

—Deberías haberte mordido la lengua, así no tendrías que volver a escucharlo, ¿no crees? —lo cortó el primarca—. El enemigo es numeroso. Los hijos de Mortarion se consideran superiores a todos los demás porque han abrazado la desesperación y el dolor y creen que eso los hace inmunes a ellos. Para ellos, o para muchos de ellos, la vida no es más que una broma cósmica. Por tanto, no temen al dolor, a las privaciones o a la muerte. Pero eso no significa que no sientan miedo. Son arrogantes, pero incluso ellos son conscientes de que enfrentarse a mí supondrá su perdición. Me infiltraré entre ellos y los mataré. Sabotearé sus naves desde dentro, no porque vaya a concedernos una ventaja inmediata, sino porque nos brindará la oportunidad de erosionar su moral y los hará dudar de los cuestionables dones de su dios y señor. Que vengan a por mí con todo lo que tienen y mueran. Que los pocos que sobrevivan difundan el rumor de mi llegada para la duda y el temor se apodere de todos ellos. Que intenten volar en pedazos esta nave desde el cielo mientras se aproxima a ellos, dorada y pura, símbolo de todo aquello a lo que han dado la espada, y que fracasen en su intento. Se acordarán del poder del Emperador y de sus primarcas inmaculados antes de que acabe el día.

—Cabe la posibilidad de que Mortarion nos tenga preparada alguna trampa, mi señor. ¿Qué pasará si la flota se ve rodeada o en una situación de desventaja? Vos no estaréis ahí. Podrían incluso capturaros.

—¿No consideras que el Señor de la Flota Khestrin esté capacitado para frustrar los designios de Mortarion?

La nave recibió un impacto directo. En el interior se sintió la vibración generada por los escudos de vacío al absorber la energía cinética y expulsarla de nuevo a la disformidad. Un impacto como ese habría ocasionado algunos daños a cualquier otra aeronave,

pero la *Aquila Resplendum* se había construido siguiendo las especificaciones más altas, por lo su único fue una ligera desviación en la trayectoria de vuelo.

—Khestrin no es un primarca, mi señor.

Otra de las luces pasó a verde. Quedaban otras cuatro.

—Mortarion tampoco, ya no —replicó Guilliman—. Es más una criatura del Señor de la Plaga que del Emperador. No puedes tomar el poder de esos supuestos dioses libremente. No regalan nada. El suyo le costó su voluntad. Ha perdido su libertad, aunque se niegue a verlo. Ahora es un esclavo. El Emperador concede algo más de autodeterminación.

Otra andanada de fuego enemigo sacudió la nave en forma de águila. Los ataques se sucedían con mayor frecuencia. Guilliman y Colquan se vieron obligados a alzar la voz para poder continuar su conversación.

—También le demostraré a él que no tengo miedo. No dudo de que estarías más contento si me alejara por completo de Iax, pero no puedo hacerlo. Debo enfrentarme a mi hermano. Debo incitarlo a la acción para poder combatirlo.

—¿Y si no funciona? —respondió Colquan con irritación.

Otra luz verde. La nave se aproximaba a su objetivo.

—No irás a decirme que tú, tribuno de los guardianes personales del Emperador, sueles tener un solo plan.

—No, mi señor —admitió el custodio.

—Y por eso nunca me permito depender de un único resultado. Mataré a Mortarion, o no. Pero, de una forma u otra, Mortarion acabará abandonando Ultramar, de eso puedes estar seguro.

Se oyó un nuevo pitido de advertencia, seguido del chasquido de lumen al cambiar de rojo a verde.

—Entonces, si la victoria está asegurada, ¿por qué poneros en peligro? —Colquan levantó la vista para mirar a la peligrosa arma creada por su Emperador en un pasado lejano. No podía confiar en Guilliman y nunca podría, al menos eso pensaba. Sin embargo, y a pesar de que en el pasado se había mostrado más firme en sus opiniones, ahora aquel ser despertaba en él tanta esperanza como recelo. —Os pido por favor, mi señor, en consideración al mutuo

entendimiento que crece entre nosotros, que me respondáis sin tapujos y con tanta honestidad para conmigo como la que os dispensaríais a vos mismo.

El primarca sonrió.

—Creo que sabes la respuesta, tribuno, creo que la sabes muy bien.

—No estaría de más oírlo de vuestros labios —dijo.

Otra luz pasó a verde.

—Porque, tribuno, a veces uno necesita descargar un poco de ira. Después de lo que Mortarion le ha hecho a Ultramar, estoy bastante enfadado.

Guilliman se puso el casco. Se cerró con un siseo, bloqueando todos los peligros del vacío y del ambiente tóxico con el que se encontrarían en la nave de la plaga.

Unos segundos después, la última luz pasó a verde y, con ella, se desató el caos.

La embarcación de Guilliman había sido un obsequio que el Adeptus Custodes le había entregado a su llegada a Terra. En los años transcurridos desde entonces, había demostrado ser un activo de gran valor. Aunque no era su única nave, se contaba entre las más imponentes de todas, y era la que prefería utilizar cuando deseaba causar impresión, ya fuera en la paz o en la guerra. La *Aquila Resplendum* hacía honor a su nombre, pues había sido diseñada a imagen y semejanza del águila bicéfala que servía de emblema al Imperio. En las dos cabezas se alojaban las cubiertas de vuelo y las garras del águila constituían los trenes de aterrizaje. Plegadas, las alas envolvían los potentes motores; desplegadas, dejaban al descubierto las baterías de armas.

Empezaron a desplegarse, extendiéndose en un halo dorado, abrazando el vacío con la misma seguridad con la que lo habrían hecho las manos del propio Emperador. Las plumas esculpidas se replegaron para revelar las troneras. Una serie de cañones alargados y ojivas relucientes emergieron de sus escondites. Las cabezas gemelas del águila estaban giradas hacia adentro y extendidas hacia

delante para aplanar la zona el vientre, donde se encontraba la vulnerable bodega de tránsito, de modo que parecía una auténtica águila cazando.

Había muy pocas naves de su clase y ninguna otra igualaba su gracia. Distaba mucho de los diseños utilitarios y cuadriculados que primaban en el Imperio.

Muchas de las armas que exhibía eran cañones de fusión. Su alcance era demasiado corto como para jugar un papel importante a distancia, pero pronto tendrían trabajo.

La *Aquila Resplendum* se adentró en la vorágine de fuego que atravesaba el espacio entre la flota de Guilliman y el bloqueo de la Death Guard. A medida que los elementos de vanguardia del Grupo de Batalla Alphus se aproximaban, las naves del Caos se pusieron de costado y abrieron fuego con sus cañones corroídos. Las naves de asalto de Guilliman respondieron desplegando su armamento de proa. Sin embargo, y a pesar de que eran más numerosas, la estrategia que seguían anteponía la velocidad de aproximación a los arcos de fuego, por lo que no pudieron hacer valer sus cañones principales. Durante los primeros minutos de la batalla, los daños infligidos por ambos bandos fueron equiparables.

Las naves se abrieron paso a través de las llamaradas provocadas por las descargas de los escudos de vacío. Los proyectiles láser destellaban y se dispersaban en franjas de luz letal al tiempo que las estelas de plasma y partículas cortaban la negrura del espacio. Todo ello mientras unos proyectiles gigantescos detonaban y llenaban el vacío de nubes de metralla que salía despedida a gran velocidad.

Hacía allí se dirigía la *Aquila Resplendum*, seguida de múltiples escuadrillas de cañoneras Thunderhawk y Overlord, cruceros de asalto y arietes de abordaje. Miles de Space Marine atravesaban el golfo mortal siguiendo la estrategia propuesta por Guilliman, que consistía en desbordar el bloqueo enemigo mediante una acción de abordaje que les permitiría agilizar su desembarco en Iax y evitar que el maltrecho planeta sufriera los efectos devastadores de la dispersión de munición procedente de una batalla orbital. Las naves de Mortarion cercaban el mundo jardín, por lo que cualquier

proyectil o misil que pasara de largo acabaría impactando contra el planeta.

La *Aquila Resplendum* era una nave llamativa, por lo que atraía gran cantidad de fuego enemigo, pero a Guilliman no le importaba. Para él, anunciar su presencia era más importante. Quería provocar a su hermano y hacer que se precipitara. La nave en forma de águila se abrió paso entre la tormenta de fuego con los escudos de vacío activados, resistiendo múltiples impactos mientras las naves menores que la seguían se consumían. Los bombarderos enemigos fijaron su objetivo en la *Aquila Resplendum* e iniciaron una persecución temeraria, pero no tardaron en descubrir que el águila tenía muchas garras. Varias andanadas de misiles salieron disparadas hacia atrás desde los bastidores de las alas al tiempo que los cañones láser abrían fuego desde las torretas esféricas montadas en los costados. Las potentes armas de datos fabricadas en las efímeras forjas digitales de Marte se activaron para matar a los espíritus máquina de las embarcaciones enemigas y, en aquellas en las que habían sido reemplazados por nunca nacidos inmundos, para alterar su capacidad de controlar sus caparazones mecánicos. En cuestión de segundos, escuadrones enteros que competían entre sí por abatir al primarca quedaron reducidos a escombros mientras veían como el fuego y la pureza atemporal del vacío expiaba su corrupción.

La mole corroída del objetivo de Guilliman aumentaba de tamaño rápidamente. Era un imponente crucero acorazado de diseño antiguo, cuyo origen imperial había quedado casi oculto por la corrosión, la mutación y la acumulación de suciedad. Aunque había varios parches de pintura clara que dejaban entrever el tono crema de la coloración original, no eran más que pequeños fragmentos perdidos de un pasado olvidado, ya que casi la totalidad del casco estaba ennegrecido por la larga exposición al vacío.

Los pilotos empezaron a lanzarse en picado para esquivar los proyectiles, superando la capacidad de giro de las torretas antiaéreas de la nave. Un trío de misiles oxidados, equipados con unidades de propulsión que emitían un sucio resplandor rojo, se abalanzaron sobre la *Aquila Resplendum*. En respuesta, descendió y

luego ascendió bruscamente, haciendo que los misiles pasaran de largo a toda velocidad tras perder su objetivo.

El costado de la nave enemiga se elevó con sus gigantescos acantilados de metal atestados de armas grandes y pequeñas. La *Aquila Resplendum* apuntó a un lugar concreto entre dos macrocañones oxidados y abrió fuego. Las baterías de fusión se activaron en una secuencia minuciosa y ordenada en la que cada batería apuntaba a un área próxima a la de sus homólogas. Los soportes de cardán les permitían moverse como focos reflectores, proyectándose unas sobre otras mientras perforaban el casco siguiendo un patrón expertamente concebido. Cuando el águila extendió las garras y se precipitó hacia la pared de metal como un ave rapaz que se abalanza sobre su presa, esta seguía pareciendo indestructible. Los rayos de fusión siguieron disparando hasta que, un instante antes de que la nave dorada se estrellara contra la superficie de su objetivo, el casco cedió y explotó en una ráfaga de gases metálicos sobrecalentados que rugieron al pasar sobre los escudos de vacío de la *Aquila Resplendum*, arrastrando consigo una estela de luz iridiscente. Aunque los escombros salieron despedidos hacia ella, el águila se abrió paso entre ellos, se elevó y se introdujo en la nave enemiga. Voló hacia lo que en otro tiempo había sido un gran espacio de reparación y fabricación para los cazas de asalto del crucero acorazado, pero los talleres llevaban milenios abandonados, expuestos a la proliferación de hongos y a los extraños juegos de las bestias semidemoníacas. La atmósfera espesa y nociva que reinaba en el interior se ventiló en una exhalación inmunda. Los hongos descoloridos salieron volando hacia el vacío. Había una gran cantidad de infraestructuras que se mantenían aferradas al techo con precariedad, desde pasarelas y elevadores hasta grúas y plataformas de montaje remoto, pero, tras siglos de escoria acumulada, todas habían perdido su forma original. Una gran parte de todo ello se vino abajo, arrancado de sus soportes por el vendaval de descompresión, esparciendo masas de restos a las que la *Aquila Resplendum* se aferró mientras aterrizaba. Mantuvo las alas desplegadas, con las armas preparadas y los soportes articulados del

cuello de las cubiertas de vuelo gemelas despejados para permitir a la tripulación ver la totalidad de la bodega vacía.

Los antiguos protocolos de protección de la nave se activaron. Las puertas blindadas de las vías de acceso a las zonas interiores de la nave empezaron a deslizarse sobre los cojinetes secos y se sellaron, haciendo que el aullido del gas que fluía hacia el espacio fuera disminuyendo hasta cesar por completo. En el silencio del vacío, las plumas forjadas con gran destreza en la parte inferior de la nave se desacoplaron una tras otra para permitir que la rampa del águila dorada se abriera derramando una luz impecable sobre las cubiertas mancilladas del crucero.

De ese resplandor emergieron Roboute Guilliman y sus hombres, como ángeles que se adentran en un infierno primigenio.

—Asegurad esta zona —ordenó el primarca—. Abrid esas puertas. Arrancaremos las entrañas de esta nave con nuestras propias manos.

CAPÍTULO OCHO

SUPUESTO TEÓRICO, SUPUESTO PRÁCTICO

Al recorrer aquellos pasillos que ningún hombre leal había pisado en milenios, Roboute Guilliman se preguntó si ya habría recorrido ese camino antes.

El crucero era una nave ancestral, dotada de un diseño que databa de antes de la Gran Cruzada, lo cual, naturalmente, no significaba que fuera tan antigua. El tiempo fluía de manera diferente en la disformidad, por lo que cabía la posibilidad de que la nave hubiera servido bajo el estandarte del Emperador hacía mucho, mucho tiempo. ¿Había formado parte de la flotilla que había llegado a Barbarus con el Emperador portando a los primeros marines de la legión, entonces conocidos como Dusk Raiders, para reunirse con su padre? ¿Había llevado el mensaje de la Verdad Imperial a mundos olvidados? ¿Había sido recibida con júbilo por los vástagos más dispersos de la humanidad, o había exigido obediencia a quienes habían rechazado el sueño de hermandad del Emperador?

Guilliman sabía que aquellos tiempos habían sido brutales y opinaba que los métodos utilizados entonces habían sido extremos. En privado, había mostrado su rechazo por algunas de las cosas que su supuesto padre había hecho, aunque, en realidad, ni siquiera la

mayor de sus atrocidades había sido peor que lo que el propio Guilliman había hecho en Ultramar, sin duda. A su juicio, la intencionalidad que había detrás de un acto de violencia era siempre la misma, con independencia de si ese acto resultaba en un único asesinato o en la destrucción de toda una ciudad. Durante la Gran Cruzada, había aceptado incondicionalmente las crueldades del Emperador como un medio para alcanzar un fin.

Y, sin embargo…

Los mundos habían seguido ardiendo. Civilizaciones enteras habían desapareciendo a medida que las especies alienígenas se veían abocadas a la extinción. Cuántas muertes en nombre de la paz…

Entonces había llegado la Herejía y se había dado de bruces con la verdad de lo que el Emperador le había ocultado.

Incluso durante la Cruzada, Guilliman había librado una batalla interna con su conciencia. Había discutido con sus hermanos sobre la moralidad de sus acciones. Había expresado su desacuerdo con algunos de sus métodos. A algunos de ellos, como al monstruo de Curze, les había mostrado su desprecio abiertamente. Sin embargo, al recorrer aquellos pasillos supurantes y putrefactos, aquellos espacios que albergaban una atmósfera que iba en contra de las leyes de cualquier física, al ver lo que habían hecho con el dominio del Emperador y con su propio reino en Ultramar, no pudo evitar pensar que todos esos métodos habían sido justos.

Fuera donde fuera ahora aquella nave, ya nunca sería recibida con alegría. Nunca volvería a ser considerada un símbolo de liberación o seguridad. No importaba si proyectaba su sombra sobre los mundos de la humanidad o los de los xenos, ya no tenía nada que ofrecer, salvo dolor, corrupción, enfermedad y putrefacción. Era un cataclismo embotellado que habían desatado de manera deliberada.

En definitiva, quizá no había que descartar nada. Quizá ninguna acción fuera demasiado vil para contener el horror que traía el Caos. No había principios éticos, morales ni nada que no pudiera sacrificarse con tal de preservar la especie y garantizar la supervivencia de la humanidad a pesar de todo.

Quizá eso fuera lo que Guilliman no había entendido entonces. Empezaba a creer que lo entendía, aunque le consumiera el alma aceptarlo.

Supuesto teórico: a fin de cuentas, el Emperador había tenido razón en todo.

Los eldar, los necrones y los demás seres pensantes de la galaxia eran, con mucho, peores que los hombres. Los eldar proclamaban su superioridad moral y sofisticación, cuando, en realidad, la mitad de ellos manipulaban a cuantos podían para asegurarse la menor de las ventajas mientras la otra mitad ofrecía con impudor el sufrimiento de seres inocentes con tal de salvarse a sí mismos. Todos eran igual de arrogantes.

Los necrones habían seguido otro camino, uno incluso peor: una existencia sin alma. Ahora se enfrentaban abiertamente a la humanidad, convertidos en un segundo y terrible enemigo. En aquellos momentos, libraban una guerra inesperada en torno al Nexo Paria que mantenía inmovilizado a un número incalculable de las naves de Guilliman mientras el Imperio se esforzaba por contener la amenaza. Y, sin embargo, según Belisarius Cawl, la tecnología que empleaban podría salvarlos a todos.

Siguió dándole vueltas en la cabeza mientras los miembros del grupo de abordaje avanzaban en una enorme procesión, cubiertos hasta tal punto de materia orgánica que parecían las entrañas de una bestia enferma.

Pensó en las veces que había expresado sus preocupaciones y lo habían aplacado. El Emperador había abogado encarecidamente por la unidad de la humanidad y por el redescubrimiento del poder y la tecnología que se había perdido, pero nunca había mencionado el Caos. Ni una sola vez.

Eso también creía entenderlo, ya que una galaxia brutal requería un régimen brutal que la mantuviera a salvo. El Caos siempre ofrecería una vía de escape ante la opresión, incitando a las grandes y nutridas masas de la humanidad a huir de lo único que ahuyentaba las pesadillas y a lanzarse directamente a sus brazos.

Supuesto teórico: la intención del Emperador había sido que esa fase fuera temporal. En cambio, había persistido desde su reclusión

en el Trono Dorado. Supuesto práctico: le correspondía a él corregirlo.

«Un hombre común puede lograr una docena de cosas a la vez, un gran hombre puede lograr mil —pensó, recordando las palabras que Konor, su padre adoptivo, le había dicho—. Pero ningún hombre, sea cual sea su capacidad o voluntad, puede ejecutar más de un gran plan a la vez».

Sus pensamientos se trasladaron al Codex Imperialis que descansaba, aún inacabado, en su scriptorium.

—Cada cosa a su tiempo, Roboute —dijo en voz alta, reprendiéndose a sí mismo por su impaciencia.

—¿Mi señor? —preguntó Colquan.

—No es nada —respondió Guilliman.

Sin embargo, continuó reflexionando, no podía darse el lujo de demorarse mucho más. Colquan era solo uno de los mil espolones que el primarca tenía clavados en el costado. Su relación había mejorado en los últimos años, pero el tribuno seguía sin confiar en él. Permanecía en un estado de alerta constante, dispuesto a actuar en caso de que Guilliman pareciera estar planteándose siquiera la idea de subir al Trono. Por eso Valoris le había dado a Colquan el rango que ostentaba y lo había enviado a la cruzada.

Luego estaba Mathieu, cuyo creciente movimiento acabaría convirtiendo a Guilliman en la segunda figura más importante de la Iglesia, superado únicamente por el Emperador. O los señores y políticos radicales que querían verlo en el Trono. También estaban los conservadores que lo resentían por menoscabar su poder. A sus más allegados —un número muy reducido de personas, con las que no compartía los pensamientos que ocupaban su mente en aquel momento— solía decirles que tenía una veintena de enemigos fuera del Imperio, pero mi millones dentro de él.

Entre reflexión y reflexión, por el altavoz de su comunicador se filtraban conversaciones estratégicas de alto nivel. En la pantalla del casco se mostraban cadenas de datos superpuestas en capas tan densas que algunas aparecían como bloques de colores casi sólidos. Echó un vistazo a la información. Tras analizarla, concluyó que Khestrin estaba gestionando bien el ataque. Se preguntó qué

pensaría Mortarion de todo aquello, si es que aún conservaba la libertad del pensamiento independiente. Guilliman y él nunca se habían llevado bien. A Guilliman siempre le había parecido demasiado pesimista. Mortarion siempre veía lo peor en todo y, al no esperar dicha alguna, no hallaba ninguna. Había estado tan obsesionado con sobreponerse a la adversidad que había acabado buscándola de manera deliberada, sin mostrar reparo en imponer el mismo sufrimiento a sus hijos genéticos. Sus obsesiones eran muy diversas y, cuando se obcecaba en algo, era imposible redirigir su atención a otra cosa hasta que considerara cumplidas sus siempre miserables expectativas. Podía ser su resentimiento sombrío por haber sido rescatado por el Emperador o la controvertida cuestión del uso del poder psíquico en el seno de las legiones, fuera cual fuera su obsesión la perseguía hasta el amargo final. ¿Acaso no veía que lo habían manipulado? ¿No se daba cuenta de que se había convertido en un esclavo, de que un amo mucho más oscuro que el Emperador se reía de él y se regocijaba al convertirlo en una parodia de todo lo que él había despreciado en el pasado? ¿O seguía viéndose a sí mismo como la víctima agraviada que ahora se deleitaba en sus supuestos triunfos? En eso se parecía a Perturabo, un ser egoísta, obsesionado consigo mismo, cínico.

Y, sin embargo, Guilliman sentía una gran pena porque se hubiera transformado, porque cualquiera de ellos se hubiera transformado: el malogrado Angron; el magnífico Fulgrim; incluso Curze, cuyo mayor crimen había sido la locura, aun cuando no era ningún crimen. Guilliman no los había querido a todos por igual, pero esos seres prometeicos habían sido sus hermanos en todos los sentidos y no podía evitar llorar su pérdida.

Esto era algo que no podía decirle a nadie. Algo que no le había dicho a nadie. Cada vez que sus pensamientos seguían esos derroteros, se convertía en el viajero más solitario de todos.

Por eso lideraba ese grupo de abordaje. Por eso se regocijó cuando vio que una puerta blindada de treinta metros de ancho y quince de alto chirriaba al abrirse y un muro de ingenios demoníacos de Mortarion emergía del interior. Por eso desenfundó la *Espada del*

Emperador y, sin informar a ninguno de los miembros de su séquito de lo que se proponía, se lanzó al combate.

—¡Por el Emperador! ¡Por Ultramar! —rugió por altavoz del casco, que amplificó su voz divina hasta hacerla alcanzar niveles sobrecogedores y transformó sus palabras en un grito de guerra encarnizado.

CAPÍTULO NUEVE

UN PRIMARCA DESATADO

El sensorium de Colquan registró el pico de energía que presagiaba la apertura de la puerta y desvelaba lo que aguardaba tras ella. Las acciones de Guilliman, aunque imprevistas, eran predecibles. El Regente Imperial se había mostrado bastante exaltado últimamente.

No obstante, aunque Colquan había anticipado el ataque de Guilliman, el ímpetu de su acometida lo tomó por sorpresa y, una vez más, se maldijo por subestimar la destreza física del primarca.

—Custodios, ¡formad! ¡Proteged al regente! —ordenó a posteriori, cuando Guilliman ya había recorrido la mitad de la distancia que los separaba del enemigo—. Tenemos trece ingenios demoníacos en rango de amenaza media y más de veinte Astartes traidores en la retaguardia.

El enemigo abrió fuego antes de que la puerta se hubiera abierto por completo. Una mezcla de proyectiles y misiles compactos salieron disparados hacia los abordadores imperiales envueltos en estelas humeantes. Se oyó el rugido de un arma de fusión. El haz dio de lleno en el escudo tormenta de uno de los guardaespaldas de Guilliman mientras se afanaba por seguir el ritmo de su señor. El campo de energía se desactivó con un estallido ensordecedor. El marine arrojó los restos humeantes hacia el enemigo, haciendo que

se deslizaran por el suelo hasta estrellarse contra sus piernas. Las criaturas se mostraron impasibles.

En un instante, Guilliman se había internado entre las líneas enemigas mientras la Armadura del Destino desviaba los proyectiles. Pese a su enorme poderío, ni los custodios ni la Guardia Victrix podían seguir el ritmo de Roboute Guilliman. Cualquier hombre mortal de su envergadura se habría movido con lentitud y torpeza, pero el primarca no era ninguna excepción genética, sino un ser diseñado a la perfección que se movía raudo como el viento mientras las llamas que emanaban de la *Espada del Emperador* se extendían formando un estandarte tras él. Embistió con el hombro al ingenio demoníaco que encabezaba el ataque enemigo, haciendo que se tambaleara sobre las orugas motrices con tanta violencia que empezó a bambolearse sobre la parte trasera y se volcó. Guilliman lo remató con un golpe descendente que le reventó el motor, sin percatarse siquiera de los impactos y las detonaciones de los proyectiles bólter que estallaban por todo el campo de energía de su armadura. El primarca volvió a ponerse en movimiento antes de que Colquan pudiera volver a ordenarles a sus hombres que lo protegieran.

Los ingenios demoníacos eran cargaplagas mefíticos, unas construcciones antitanque ligeras que la Death Guard acostumbraba a desplegar en grandes cantidades. Estaban equipados con baterías de cañones de fusión y lanzamisiles que servían tanto para abatir a tropas equipadas con servoarmaduras como para destrozar tanques, y todas se estaban girando para apuntar sus armas hacia Guilliman. Sin embargo, el primarca se movía tan rápido que les fue imposible fijarlo y Colquan acabó perdiéndolo de vista entre los vapores que emanaban de los cargaplagas.

—Por el Emperador, ¡todos al primarca! —rugió. Los hombres habían echado a correr hacia delante, pero se habían separado. La imprudencia del primarca los había puesto a todos en peligro.

En uno de los lados del pasillo se abrieron unas puertas tras las que había más marines traidores.

—*¡Emboscada! ¡Emboscada!* —gritó un Space Marine por el enlace de comunicación.

El icono del marine que había dado la alarma se apagó casi inmediatamente después de encenderse, por lo que Colquan no pudo determinar quién había hablado. Consternado, vio cómo más miembros de la progenie enferma de Mortarion adoptaban posiciones de disparo a lo largo de las barandillas del nivel superior. Apuntó el cañón bólter y disparó. Los proyectiles dobles le reventaron el pecho a un Marine de la Plaga gigantesco. Los guerreros que habían empezado a agolparse en el pasillo del nivel inferior iban equipados con eructaplagas de corto alcance y armas de combate cuerpo a cuerpo oxidadas. Comenzaron a movilizarse para hacer frente al grupo.

—¡En el nombre del Emperador, subid ahí arriba! ¡Avanzad! ¡Proteged al primarca! —El miedo de Colquan a que asesinaran a Guilliman era lo único que prevalecía sobre las dudas que le suscitaba su supervivencia.

Pero los marines y los custodios estaban inmersos en sus propias batallas. Los que se habían adelantado para proteger al primarca estaban siendo atacados desde tres frentes, por lo que se habían visto ralentizados al intentar reformar su línea de batalla. Entretanto, el primarca era un destello azul y dorado rodeado de óxido y metal reverdecido.

Colquan maldijo por lo bajo y siguió avanzando, abriéndose paso a empujones entre un tumulto indecoroso de cuerpos acorazados. Los Marines de la Plaga que no dejaban de reírse rivalizaban con los que no dejaban de quejarse de sus dolencias para intentar llegar a él. Colquan cortó de cuajo el tentáculo de un guerrero blindado tan gordo que resultaba sorprendente que pudiera moverse. Giró la lanza guardiana y le hundió la punta en el vientre hinchado. Unas vísceras negras, ya en avanzado estado de descomposición, se derramaron por toda la armadura del marine. Los ácidos empezaron a corroer las placas y las hicieron humear mientras caía muerto al suelo.

—¡El primarca! ¡El primarca! ¡Protegedlo! —gritó Colquan.

Cruzó la empuñadura dorada de la lanza con una espada de la plaga mellada e hizo retroceder a su portador. Al ver que por la rejilla destrozada del respirador asomaba la cara de una lamprea, el

custodio le propinó un cabezazo que la hizo papilla. Luego asestó un golpe con la lanza que atravesó el amasijo de carne aplastada y hundió la auramita en la ceramita quebradiza. Pero su enemigo era fuerte, un ser dotado de gran resiliencia por su señor, y lo embistió con tanta violencia que Colquan se estrelló contra Varsillian, el Glorificado, uno de sus compañeros custodios.

—¡Tenemos que llegar a Guilliman! —gruñó el tribuno mientras esquivaba los golpes de las cuchillas oxidadas—. Si cae ahora…

Colquan abatió a su oponente, poniendo fin a mil años de traición con un tajo que le atravesó el casco. Al desplomarse el marine traidor, se abrió un espacio frente a él y, durante unos segundos, pudo ver cómo luchaba el primarca. La Mano del Domino descargó un torrente de proyectiles bólter contra la placa frontal de un reptador de la plaga, perforando el metal oxidado y provocando una fuga de aceite acuoso. Aunque los daños fueron mínimos, el destello de tantas explosiones sobre el arco delantero cegó al ingenio demoníaco momentáneamente y Guilliman aprovechó la oportunidad para asestar el golpe de gracia con la espada.

Siempre era la espada la que infligía el daño. Rugió en llamas mientras el primarca la blandía y pareció brillar con más intensidad al sentir la presencia del demonio enjaulado dentro de la máquina. Para cuando el no nacido comprendió el peligro que corría e intentó huir, ya era demasiado tarde.

Guilliman describió un círculo con la espada mientras cruzaba los pies y giraba sobre sí mismo, ejecutando un giro completo antes de asestar el golpe. La *Espada del Emperador* impactó contra la protuberante parte frontal del ingenio demoníaco con un violento golpe ascendente que desgarró el metal con gran facilidad y lo incendió con un fuego sobrenatural. Un líquido viscoso empezó a brotar de las entrañas de la criatura a medida que la espada se abría paso entre el material tecnológico, orgánico y diabólico y la gran fuerza de Guilliman y el filo excepcionalmente afilado de la espada los sesgaban con idéntica facilidad. Cuando el primarca completó el giro, la espada salió disparada por la parte superior, atravesando casi por completo al ingenio demoníaco. La mitad de la placa frontal

blindada se desprendió y dejó al descubierto el amasijo de tripas y cables que hacían funcionar la máquina.

El demonio emitió un ruido horrible y quejumbroso que desgarró la superficie misma de su ser. La sombra del demonio atrapado en su interior emergió por la parte superior de la máquina, intentando escapar a la disformidad, pero la *Espada del Emperador* no mostraba clemencia con los de su especie. Las llamas que recorrían el armazón parecieron saltar tras la sombra, la envolvieron y la arrastraron hacia atrás. A Colquan le pareció ver un rostro enastado gritando entre las llamas instantes antes de que se desintegrara.

Agotado el combustible de su alma, el fuego se extinguió con la misma inmediatez con la que se apaga un propulsor de prometio. Un momento después, el primarca ya se abalanzaba sobre su siguiente objetivo.

—¿Se supone que nosotros debemos protegerlo a él? —dijo Varsillian, que acababa de cumplir su quinto siglo de servicio y había pasado a vestir la túnica honorífica de los Centinelas—. No necesita protección, tribuno. Me temo que nuestro papel aquí es totalmente accesorio. Guilliman se abre paso entre los ingenios de la Death Guard como si fueran utilería de papel.

—Aun así, debemos protegerlo —insistió el tribuno—. No es invulnerable. Y tú deberías vigilar tu tono, Varsillian. Puede que sea un primarca, pero, por el momento, es en él en quien residen todas nuestras esperanzas. No dejaré que muera estando bajo mi protección por haber permitido que nos tendieran esta emboscada.

En su fuero interno, sabía que a Varsillian no le faltaba razón. En aquella sala no había ninguna criatura capaz siquiera de ralentizar al primarca.

Por mucho que sospechara sobre las intenciones de Guilliman, Colquan no podía reprocharle nada como guerrero. Los registros del Adeptus Custodes aseguraban que los primarcas habían sido creados principalmente como armas y, después de haber visto luchar a Guilliman muchas veces, lo consideraba un hecho probado. Aunque el primarca exhibía muchas otras cualidades en materia de gobernanza, administración y legislación especialmente, en el fondo,

era una espada desenfundada. Sus demás habilidades eran ornamentos que adornaban la empuñadura.

Guilliman volvió a desaparecer. La intensidad del combate que se libraba en torno a Colquan disminuyó lo suficiente para permitir que los dos custodios se separaran. El tribuno invirtió la empuñadura de la alabarda y dio un tajo descendente con la hoja que cercenó la pierna de un guerrero a la altura de la rodilla. El Marine de la Plaga perdió el equilibrio y se cayó al suelo, donde Colquan le asestó una estocada en el cuello. Al atravesarlo, retorció la hoja y separó lo que quedaba de la cabeza del marine del resto de su cuerpo. El campo de disrupción del arma hizo pedazos la mayor parte de ella y lo que salió despedido entre los pies de los combatientes no fueron más que algunos fragmentos de cráneo humeantes.

Varsillian blandía una imponente hacha de castellano que ahora hacía girar a la altura del pecho, obligando a retroceder a los tres Marines de la Plaga que intentaban acorralarlo. Uno de ellos se acercó para atacarlo por la derecha, pero el custodio convirtió el movimiento en una estocada y arremetió contra él, usando la pierna trasera para imprimirle la mayor fuerza posible al golpe. La parte superior de la hoja del hacha atravesó la pechera del marine. El campo de energía se activó justo en el momento en que Varsillian hundía el arma, cañón bólter incluido, en el pecho del hombre. La cabeza del hacha perforó el reactor que alimentaba la servoarmadura del traidor, haciéndolo explotar con un crujido sordo y una efusión de humo marrón y esparciendo trozos de armadura corroída y carne por todas partes. El custodio emergió de la nube, ileso, y volvió a alzar el hacha.

Colquan pensó en los tiempos anteriores a la derogación del Edicto de Restricción. Entonces, los Adeptus Custodes se aventuraban fuera de Terra en contadas ocasiones, de forma clandestina y en números reducidos. Las misiones que llevaban a cabo eran, en su mayoría, diplomáticas, ya que encubrir su presencia después de una batalla era casi imposible. Combatir los habría hecho llamar la atención y, políticamente, era un lujo que no podían permitirse. En consecuencia, los únicos combates en los que

había tomado parte la mayoría eran los celebrados durante los Juegos de Sangre organizados en la propia Terra.

Pero los Juegos no eran sustituto de la batalla. Ver a veinte de los miembros de la guardia personal del Emperador luchar juntos como lo hacían ahora era un honor que su estirpe había esperado milenios para presenciar.

Maldovar Colquan masacró al enemigo y disfrutó al hacerlo. Ahora entendía a qué se refería el primarca.

Para entonces, los exterminadores Allarus habían conseguido abrirse paso entre la multitud. El tribuno vio cómo se agrupaban en torno al regente, que parecía estar más vivo que nunca. Tuvo tiempo para dejar escapar un suspiro de alivio antes de que tener que lidiar con un nuevo enemigo.

Un campeón se abalanzó sobre él mientras hacía girar un mangual a dos manos alrededor de su propia cabeza. Los cráneos contrapesados que colgaban de las cadenas oxidadas escupían unos chorros de gas verde que amenazaron con abrasar el tejido blando de la armadura de Colquan. El tribuno resistió el impulso de atacar de inmediato y dedicó unos segundos a juzgar a su enemigo. El Marine de la Plaga era de complexión fuerte, dotado de una estatura y fuerza que habían aumentado gracias a las dádivas de su dios protector. A través de los huecos de la armadura corroída, pudo ver cómo los músculos flácidos se movían. Este campeón no solo estaba más fornido que sus compañeros, sino que debía de estar tan habituado al dolor como todos los demás. Eso lo hacía peligroso.

Los seguidores del campeón dejaron espacio a su líder y crearon una zona de duelo entre el tumulto de la batalla. Colquan empezó a dar vueltas alrededor de su oponente, prestando atención a cada detalle. La Death Guard era una de las últimas legiones traidoras que seguía conservando su estructura, con un número de efectivos que había logrado mantener gracias a un sistema de reclutamiento agresivo, pero las insignias de honor de latón enverdecido y los símbolos devocionales que portaba el campeón que tenía en frente denotaban su antigüedad. Cabía incluso la posibilidad de que fuera uno de los traidores originales que habían seguido a Mortarion por su oscuro camino. Tenía la armadura veteada de óxido y aceite

coagulado. El módulo de energía que la alimentaba temblaba y expulsaba humo por los orificios de escape. Varios hilos de saliva viscosa manaban de la rejilla arqueada de su respirador. Encima brillaba una lente ocular ciclópea de color verde y, sobre ella, asomaba un cuerno solitario algo descentrado.

Las calaveras de los incensarios zumbaban al girar mientras las llamas refulgían en sus ojos. Colquan hizo una finta para intentar provocar un ataque y ver cómo respondía su oponente, pero el señor de la plaga no cayó en la trampa, sino que se recolocó y, sin dejar de hacer girar los cráneos, habló:

—Nací en Barbarus —dijo. La pureza de su voz resultaba sorprendente—. He luchado en la Guerra Eterna desde los días del mismísimo Horus, cuando pisé la superficie de Terra y vi arder el Palacio Imperial.

Mientras hablaba, le brotó más líquido de la boca.

—Pero nunca he matado a uno de los tuyos, guardián de cadáveres.

Entonces atacó.

Los cráneos zumbaron al atravesar el aire en dirección a Colquan. Fue un golpe rápido, capaz de destrozar la coraza de un tanque, pero el tribuno fue más rápido. Al esquivar el ataque, las calaveras pasaron de largo y abrieron un agujero en la cubierta. Las tuberías que había bajo el revestimiento metálico se rompieron y dejaron escapar una nube de vapor que empezó a extenderse por el pasillo. Cuando se disponía a atacar a su oponente, aprovechando que había perdido el equilibrio, se topó con la empuñadura de pinchos del mangual que acababan de lanzarle. Convirtió el movimiento ofensivo de la lanza guardiana en un bloqueo con el que consiguió desviarla. La hoja de adamantio provocó una explosión de energía al chocar con el asta de hierro, pero el arma del campeón no pareció sufrir daños, duradera a pesar de su aspecto oxidado.

El campeón prosiguió su contraataque con habilidad, inclinando la cabeza del mangual hacia abajo y de nuevo hacia arriba, moviéndola en círculos hasta volver a hacer girar las cadenas. Estiró una pierna y la dejó caer sobre el pie de Colquan con un movimiento que hizo saltar chispas de la greba de auramita y ralentizó el

retroceso del tribuno lo suficiente como para poder asestarle un golpe en el casco con el mangual.

La cabeza de Colquan se ladeó con violencia, haciendo que se tambaleara. El campeón atacó de nuevo, envalentonado por su acierto, pero el custodio levantó la lanza y las cadenas se enrollaron alrededor de la punta energizada. Al tirar con fuerza, la hoja cercenó dos de las tres cadenas del mangual y los cráneos rebotaron por el suelo mientras el tercero permanecía enredado en el mango de la alabarda. A continuación, se inició un forcejeo en el que Colquan intentaba arrancar el mangual de las manos de su oponente y el campeón trataba de impedírselo.

La fuerza genéticamente forjada rivalizó con el poder del Caos y ambos se fundieron en un abrazo belicoso, pecho contra pecho.

—Eres débil, guardián de cadáveres. Siente mi fuerza, mi vitalidad. Esas son las dádivas de mi dios. ¿Dónde están las del tuyo?

Colquan se echó hacia atrás, arrastrando consigo al campeón de la plaga. Plantó el pie en el suelo con firmeza, haciendo tropezar al marine. El custodio soltó el asta de la lanza guardiana y desenfundó su misericordia con la mano derecha. El campeón seguía tirando con fuerza de las armas enredadas cuando vio cómo la daga de energía del custodio le atravesaba la pechera y se enterraba en su corazón primario.

Un chorro de sangre negra se derramó sobre la mano de Colquan. Un segundo después, soltó la lanza, agarró al guerrero por la cabeza y lo atrajo hacia sí. Acercó la cara al casco del marine caído.

—No necesitamos a ningún dios —dijo mientras tiraba de la misericordia hacia un lado. Al hacerlo, la fuerza de los átomos cercenados estuvo a punto de lanzarlo hacia atrás, pero la auramita de su armadura absorbió la explosión mientras el campeón de la plaga seguía aferrado a él, e hizo pedazos su segundo corazón.

Flexionó aún más el brazo, introdujo los dedos en la rejilla del respirador del traidor y la hizo girar con fuerza hasta romperle el cuello. Apartó el cuerpo de una patada antes de que cayera al suelo para poder recuperar la lanza.

Los Marines de la Plaga empezaban a retirarse. A la izquierda, la Guardia Victrix de Guilliman había tomado la galería y luchaba encarnizadamente para despejar el nivel superior. A la derecha, los custodios habían bloqueado y repelido la marea de refuerzos que llegaban por la cubierta principal. La Death Guard se replegó en orden, sin dejar de disparar, retrocediendo por las mismas puertas por las que habían llegado, dejando atrás a sus muertos.

Guilliman se enfrentaba al último de los ingenios demoníacos mientras los exterminadores Allarus disparaban proyectiles bólter contra el enemigo. Fuera cual fuera el caos que la Death Guard se había propuesto sembrar entre los abordadores, no se había hecho realidad. Aunque había varios cuerpos con en armaduras azules entre los caídos, ninguno de los guerreros dorados había muerto, mientras que los hijos de Mortarion yacían amontonados por todas partes. Los ingenios demoníacos, despojados de sus espíritus posesores, ya no eran más que un montón de caparazones vacíos en llamas. Guilliman perforó la parte delantera del último cargaplagas con un golpe de la Mano del Dominio mientras los exterminadores disparaban las últimas ráfagas de proyectiles bólter. Los custodios y la Guardia Victrix se adentraron entre los caídos, rematando a los enemigos heridos con sus misericordias y gladius de energía.

No hubo necesidad de pedir que se detuvieran. Los marines y custodios veteranos no persiguieron al enemigo hacia el laberinto que era la nave, sino que volvieron a formar y aguardaron instrucciones.

Colquan evaluó rápidamente el estado de sus tropas. Dos de los custodios estaban heridos, pero sus armaduras no habían sufrido daños graves y las plagas del enemigo no habían alterado su fisiología diseñada por el Emperador.

El reductor de un apotecario emitió un zumbido al extirpar la semilla genética de los Space Marine caídos. Se produjo un silencio tenso y momentáneo.

—En marcha, hacia el puente de mando —dijo el primarca.

El grupo de Guilliman apenas encontró resistencia. Varias partidas de ingenios demoníacos de menor tamaño intentaron retrasarlos, pero los marines se deshicieron de ellos sin dilación y la expedición imperial continuó avanzando por unos pasillos en los que lo único que se oía eran los disparos de la artillería principal de la nave. Todo parecía indicar que el grueso de los Marines de la Plaga se había enfrentado a ellos en el vestíbulo y, tras el fracaso de esa emboscada, los que quedaban se habían escondido o huido hacia el planeta, tal y como los augures de la flota sospechaban que debía estar haciendo ahora el enemigo en las otras naves abordadas.

Fueron pocos los tripulantes mortales que se dejaron ver y, los que lo hicieron, fueron ejecutados sin miramientos. Los dispositivos infestados de demonios se destruyeron y las lamentables aglomeraciones de carne que se habían mimetizado con la nave se erradicaron con fuego.

Disfrutaron de unos momentos de descanso mientras se desactivaban las defensas automatizadas que protegían los accesos al puente de mando. Fue entonces, a la luz de las llamas que abrasaban una pared de piel infestada de ojos, cuando Colquan y Guilliman pudieron hablar.

—Está siendo tan fácil que resulta decepcionante —lamentó el primarca.

Los ojos asados empezaron a reventar y chisporrotear entre el fuego mientras una grasa rancia goteaba en llamas al suelo.

—El enemigo tiene a muy pocos de sus verdaderos guerreros a bordo de esta nave —señaló el tribuno—. Preserva sus fuerzas. Nada puede hacer frente a tres agrupaciones de batalla de la cruzada. Me sorprende que se haya molestado siquiera en ejecutar este bloqueo lamentable.

—El resto de la flota se ha encontrado con la misma situación —apuntó Guilliman—. Es lo que esperábamos. No intentan impedir nuestro desembarco, sino retrasarlo. Debemos asumir que la mayoría de las fuerzas de Mortarion estarán en la superficie, a menos que haberme incitado a venir aquí no fuera más que una distracción y se proponga atacar en otra parte.

—No lo creo —dijo Colquan.

—Yo tampoco, pero debemos considerar, examinar y evaluar todas las posibilidades —aseveró el primarca—. Hasta que no haya pasado el momento de que suceda, nada es imposible. La libertad con la que Mortarion se mueve por la disformidad hace que sea muy difícil atraparlo, pero si quiere matarme, se asegurará de estar presente para regodearse. Es evidente que esto es una trampa y, aun así, debemos caer en ella voluntariamente. Mortarion se está ofreciendo como cebo. Al hacerlo asume un gran riesgo, porque, si su trampa falla, tendré su cabeza. Y no tardará en comprobarlo.

Más adelante hubo un destello brillante y una lluvia de chispas, seguidos de una ráfaga corta de fuego bólter. Por el pasillo llegó el eco de unos gritos que anunciaban que la puerta del siguiente mamparo estaba abierta. La guardia de Guilliman avanzó con estrépito y formó un muro de escudos de un lado al otro del pasaje abierto.

Un cañón montado en una torreta recubierta de crecimientos gelatinosos abrió fuego. Los Space Marine levantaron los escudos para desviar los proyectiles de calibre pesado con los campos de energía y corrieron hacia delante. Mantuvieron la formación hasta rebasar el ángulo de depresión máxima del cañón y entrar en su zona ciega. Uno de ellos se adelantó y rebanó el cañón. La munición explotó en su interior y el arma se desplomó sobre el soporte.

—¡Despejado! —gritó el guerrero.

Llegaron al último portal al puente de mando. Un centenar de humanos desquiciados, mutados hasta perder la razón, montaron una breve pero inútil defensa y cayeron abatidos enseguida. Los marines usaron bombas de fusión para volar las puertas de acceso al puente de mando y, acto seguido, Roboute Guilliman se adentró en el centro neurálgico de la nave.

Estaba mugriento y apestaba. De la maquinaria colgaban unas masas fibrosas que las unían entre sí. Varios humanos que se movían arrastrando los pies trabajaban en máquinas defectuosa junto a palos de sebo que desprendían una luz grasienta. Los tripulantes no apartaron la vista de sus tareas ni siquiera cuando el regente del Imperio de la Humanidad se paseó entre ellos.

—Matad a estos pobres infelices —dijo el primarca—. A todos.

Los Adeptus Custodes y Adeptus Astartes despacharon a la tripulación del puente de mando con una eficacia asesina. Eran seres simplones y estúpidos cuya voluntad había decaído hasta tal punto que no ofrecieron mayor resistencia que un gemido lastimero.

—La Death Guard y sus oficiales se han retirado —apuntó Guilliman. Echó un vistazo a su alrededor, a las galerías de control recubiertas de carne y a los coros de servidores, cuyos ocupantes habían quedado reducidos a un puñado de cráneos sonrientes envueltos en exuberantes tumores orgánicos de color verde—. Colquan, asegura una baliza de teleportación y sácanos de esta nave. *Aquila Resplendum*, despegad. Los demás grupos de asalto, retiraos.

—¿Creéis que han programado la nave para que se autodestruya? —preguntó el tribuno. No había indicios de que fuera así, ni alarmas, ni anuncios de seguridad, ni cambios en las vibraciones del reactor de la nave, pero lo que insinuaban las órdenes el primarca tenía mucho sentido.

—Un supuesto práctico muy probable —respondió Guilliman—. Es lo que yo haría. Mortarion ha puesto este objetivo aquí para asegurarse de que yo lo seleccionara y ha ofrecido suficiente resistencia para mantenernos ocupados. —Se acercó al óculo agrietado y miró hacia Iax.

—Los movimientos de apertura de su juego —dijo Colquan.

—Nuestra partida de regicidio continúa. Y seguramente para siempre —apuntó el primarca—. Sería demasiado pedir al universo que me dejara matarlo sin más.

Guilliman contempló la batalla de vacío, si tan endeble resistencia era digna de ese nombre. La flota de Mortarion se caía a pedazos. Desde el puente de mando, resultaba aún más evidente que se trataba de una táctica dilatoria y no de un esfuerzo concertado en busca de la victoria. Las naves de mayor tamaño y valor habían empezado a alejarse y las embarcaciones que lideraban la flota ya sobrevolaban el horizonte de Iax. Solo quedaban aeronaves de tamaño medio y el gran crucero en el que se encontraban.

—Pretende matar a tantos Space Marine como sea posible —afirmó el primarca—. La mayoría de esas naves estarán preparadas para detonar. Una táctica costosa, sin duda, pero Mortarion siempre juega la carta del desgaste. —Guilliman contactó con el personal de mando de la flota y dio órdenes de que todos los grupos de abordaje se retiraran de todas las naves enemigas de inmediato y que las naves de guerra enzarzadas en combate se retiraran a distancias seguras. —Me pregunto dónde estará ese canalla pútrido al que llama hijo. Typhus comanda la flota de la plaga más numerosa. Su presencia habría plateado algunas dificultades.

—Es una pena que no esté aquí, mi señor —respondió el tribuno —. Se me ocurren pocos traidores a los que me daría mayor gusto matar.

En cuanto ejecutaron a los últimos tripulantes humanos, los custodios empezaron a prepararse para una extracción de emergencia por teletransporte mientras la Guardia Victrix se aprestaba para el traslado en nave. Según la doctrina, Guilliman debía retirarse al centro del grupo de Colquan, pero permaneció junto al óculo, contemplando el horizonte de Iax. Al verlo, recordó una gema verdeazulada del vacío, una esfera jaspeada perfecta, un mundo que había sido un ejemplo, incluso para el resto de Ultramar, de cómo la humanidad podía vivir en armonía con su entorno. Mortarion había atentado deliberadamente contra el planeta para herirlo. Guilliman sintió cómo se le tensaba la mandíbula. Lo único que veía ahora eran nubes del color de la piel ictérica. Una belleza galáctica convertida en una llaga supurante en la realidad. La imagen lo enfurecía, pero eso era lo buscaba su hermano.

—Baliza de teleportación asegurada —anunció uno de los marines de la Guardia Victrix.

—Entonces sácanos de aquí de inmediato. Sicarius, no tardes en sacar a tus hombres de la nave.

—Sí, mi señor.

Guilliman mantuvo la vista fija en el jardín devastado mientras unos arcos de energía crepitaban sobre su armadura. El olor metálico de la energía de la disformidad se apoderó de sus sentidos. Hubo un destello, un instante infinito de suspensión en el que sintió

cómo su alma se veía arrastrada a las vastas mareas de la disformidad, seguido de una luz estroboscópica. Un momento después, estaba a bordo de la *Honor de Macragge*, con las extremidades cubiertas de fuego fatuo y las lentes oculares escarchadas.

Los equipos de descontaminación se acercaron, ralentizados por los trajes de alta protección. Usaron unas amplias boquillas para rociar un agente antiséptico sobre él y los demás repatriados mientras los cónclaves de psíquicos humanos desplegaban sus poderes por la sala, ya que no todos los males del Dios de la Plaga se regían por las leyes físicas.

El primarca se comunicó con el puente de mando mientras se sometía a las primeras fases de depuración.

—Khestrin —dijo—. ¿Cómo van las cosas?

—*Nos retiramos a una distancia segura, conforme a vuestras órdenes, mi señor* —respondió el señor de la flota.

—¿Tenemos algún objetivo fijado en la superficie? —preguntó Guilliman, sabiendo ya la respuesta.

—*Negativo, mi señor. No hay indicios de formaciones superficiales más allá de las provincias en torno a Primer Desembarco. Nuestros augures no tienen visión sobre el ochenta por ciento del planeta. Pedí a nuestros astrópatas que recurrieran a la clarividencia, pero tampoco han tenido éxito. Lo que pueden ver no está donde debería y se mueve*.

—Entonces es como predije —dijo el primarca—. Iax está tan impregnada de disformidad que su geografía se ha vuelto redundante. Tenemos que descender a la superficie. —Levantó los brazos para permitir que los chorros de líquido antiséptico accedieran a las articulaciones de las axilas. La armadura estaba cubierta de agentes químicos. El proceso de descontaminación llevaría más de una hora.

—*La primera de las naves enemigas se ha autodestruido, mi señor*.

—Señal de vídeo —ordenó.

—En su visión apareció una imagen en miniatura del vacío. Un resplandor de plasma difuminado marcaba la desaparición de la

primera nave. Mientras lo observaba, otra nave detonó. Sus ojos de primarca contemplaron con impavidez su cegadora muerte. Desvió su atención hacia una lista de bajar que se desplazaba por otra parte del casco. Su ira contra Mortarion se redobló. Al apostar las naves donde lo había hecho, el primarca demonio lo había obligado a escoger entre la vida de sus marines y las de sus súbditos en el planeta de abajo.

—En cuanto pongan fin a este patético despliegue pirotécnico, adopta una posición geoestacionaria sobre Primer Desembarco. Prepárate para un despliegue de combate limitado alrededor de la capital y consígueme algunos mapas del lugar. Iniciaremos el asalto al principal puerto espacial de Iax a mi orden.

Otra señal interrumpió la comunicación de Guilliman con Khestrin. A juzgar por el emblema que aparecía junto a su solicitud de comunicación, debía tratarse de un oficial de control de la flota.

—Adelante —dijo el primarca.

—*Mis señores, lamento la intromisión, pero tenemos un contingente no autorizado acercándose al planeta objetivo*.

—¿Quién y con qué autoridad reivindica su derecho de desembarco? —inquirió Guilliman.

—*Es el militante apostólico, mi señor* —respondió el oficial—. *Ha emprendido su cruzada y lleva a los Cuatro Mil Veintiuno de Cadia consigo. Invoca el derecho Bellus Primus del Adeptus Ministorum y aduce a la autoridad del mismísimo Dios para justificar el asalto*.

Guilliman tuvo que contenerse para no exteriorizar su enfado.

—Gracias por informarme. —El primarca cortó la conexión. —¿Puedes pedirles a los cadianos que regresen, Isaiah?

—*No están afiliados a ningún comando en particular* —comentó Khestrin—. *Cuando se unieron a la cruzada, se comprometieron a prestar su apoyo al militante apostólico casi de inmediato y él aceptó su ofrecimiento. Podríamos ordenarles regresar, pero no tienen la obligación de obedecer.* —El señor de la flota hizo una pausa. —*Podríamos inutilizar sus naves, mi señor*.

Guilliman sintió una furia poco habitual en él.

—¿Y arriesgarme a darle a la Iglesia un mártir y proporcionarles a mis detractores una prueba de mi desprecio por sus creencias? —

dijo el primarca—. ¿Cuál es su objetivo?

Khestrin reprodujo un breve extracto del audex a modo de respuesta. La voz de Mathieu se había vuelto más estridente desde lo acontecido en Parmenio. Ahora mostraba su fanatismo abiertamente. Guilliman no se sorprendió, ya que ni siquiera él mismo podía explicar de manera satisfactoria lo que había sucedido en la batalla de Hecatone.

—*¡Por la gloria del Emperador, seremos los primeros en desembarcar!* —gritaba Mathieu—. *¡Por la gloria del primarca, tomaremos el puerto!*

—El puerto de vacío, entonces —apuntó Guilliman—. Que haga lo que quiera. A lo mejor nos ahorra el esfuerzo de luchar por él nosotros mismos. Yo mismo me encargaré de él, si sobrevive al desembarco. —Se quedó pensativo un momento.

»Envía naves de asalto a cubrir su descenso. Que no sufra ningún daño. Dispón mi barcaza diplomática para que me lleve a la superficie, no la *Aquila Resplendum*. Iremos en son de paz. Yo mismo desembarcaré en cuando esté limpio.

Dicho esto, el primarca cortó la comunicación.

—*Mi señor* —dijo Colquan a través de un enlace de comunicación—. *¿Qué ha pasado?*

—No qué, sino quién. El hermano Mathieu se ha soltado la correa. —Apretó los dientes. —Es un sacerdote bastante problemático.

CAPÍTULO DIEZ

LA LUZ DE LA FE

Para cuando la nave tocó tierra, los cánticos llenaban la bodega de tránsito. El sonido competía con el rugido de los motores y hacía vibrar el casco con mayor intensidad que la violencia de la entrada atmosférica. La lanzadera era tan vieja que retumbó al atravesar los cielos revueltos de Iax y, al aterrizar, se hundió sobre el tren de aterrizaje como una viuda que se acomoda sobre sus faldas.

Pero los llevó hasta la superficie sanos y salvos, loado sea el Emperador.

Las trompetas sonaban tan fuerte que agitaban el cabello de los ocupantes y hacían ondear sus estandartes. Mathieu no podía evitar regocijarse ante la santidad que encerraba aquella nave, con su ejército de verdaderos creyentes, que habían llegado a purgar el mundo jardín a fuerza de lanzallamas, espadas y cánticos. El bullicio que armaba su congregación de batalla era un tónico para el alma. Sin duda, aquel sonido haría temblar a cualquier demonio que lo oyera, pues sabría que la Cruzada de los Testigos se dirigía a la guerra.

Los pistones gigantes retrocedieron con violencia mientras los sellos atmosféricos se desacoplaban. Un instante después, un silbido de presión ecualizadora se unió a los cánticos de los cruzados. Unos engranajes de seis metros de altura se desplazaron hacia atrás sobre

sus trinquetes y se bloquearon, haciendo que los tambores que sujetaban se soltaran y liberaran varios segmentos de cadenas con eslabones del tamaño de una persona. Conforme se deslizaban por sus guías, la enorme rampa escalonada comenzó a descender pesadamente, dejando entrar un resquicio de luz leprosa. Los elementos decorativos se desplegaron desde sus posiciones de estiba, desdoblándose como esculturas de papel hasta formar púlpitos y estatuas. Anticipándose a su liberación, las construcciones cibernéticas que acompañaban a la Cruzada de los Testigos emergieron de sus nidos en una bandada de ángeles de madera y calaveras santificadas. La propia construcción de Mathieu se encontraba entre ellas. Al sacerdote le alegraba sobremanera que el espíritu de su maestra pudiera ver otro mundo y saborear otro pedacito de venganza por su asesinato.

Estaba seguro de que habría muchas oportunidades para la venganza, puesto que Iax estaba envenenado casi hasta la muerte y gran parte estaba en manos del enemigo. La nave se estremeció al recibir el impacto de varios proyectiles en los escudos de vacío. La atmósfera era densa, similar a la de las zonas tropicales, demasiado cálida, tan espesa que resultaba asfixiante, impregnada de un hedor sulfuroso que se adhería a la parte posterior de la garganta. Hacia el frente, varios de sus feligreses empezaron a toser y sus cánticos se vieron interrumpidos.

—¡Hermanos! —gritó—. ¡Hermanas! Sed valientes de corazón, ¡el Emperador camina con nosotros! ¡Nos protege! ¡Cantad para Él! ¡Cantad!

Se abrió paso entre ellos para dirigirse a la rampa. No disponía de un púlpito de batalla ni de un tanque predicador, como le habría permitido su rango, por lo que su única protección era la armadura antifrag que llevaba sobre la sencilla túnica. Ni siquiera tenía casco. Portaba una espada sierra y una pistola láser, ambas engrasadas, preparadas, bendecidas y santificadas con sellos de pureza nuevos, aunque, por lo demás, estaban bastante deterioradas por el uso.

Su única concesión a los peligros de Iax eran los tres guerreros acorazados equipados con escudos y espadas que lo acompañaban, los misteriosos ascetas guerreros de la Orden de los Cardenales

Carmesíes. Eran sus protectores, aunque nada lo protegía con mayor eficacia que su fe. Conforme se acercaba a la parte delantera de la bodega, el humo parecía retroceder y el aire se volvía más puro. Mathieu alzó la voz por encima de los cánticos de sus adeptos con un brillo ferviente en los ojos.

—¡No temáis la pestilencia de los falsos dioses! —gritó—. No tiene ningún poder sobre nosotros, los fieles seguidores del Emperador. No temáis respirar el aire contaminado de este mundo, pues el Emperador protege y lo tornará puro como los vientos del paraíso. Lo sabemos bien, ¡porque lo hemos visto obrar y ahora nos acompaña!

La rampa continuó descendiendo con estrépito, revelando un área cada vez mayor de los cielos contaminados de Iax. Unas nubes teñidas de verde se desplazaban empujadas por unas corrientes húmedas y febriles. El horizonte comenzó a abrirse ante ellos, mostrándoles las amplias zonas portuarias que se extendían más allá del brillo que emitía el escudo de vacío: carreteras anchas que discurrían entre los desfiladeros de su topografía cárstica, agrupaciones de almacenes, edificios de tránsito, terminales ferroviarias… todos los elementos necesarios para el comercio interplanetario. Iax había sido un mundo maravilloso, pero allí solo había servicios públicos y un montón de rococemento duro y gris. En el puerto habían truncado una serie de picos secundarios sobre los que luego habían erigido unas estructuras horrorosas: decenas de plataformas de aterrizaje de diversos tamaños y diversas alturas. En concesión a la naturaleza del planeta, los laterales presentaban terrazas ajardinadas, pero donde debía haber colores vibrantes, solo había marrones apagados y verdes viscosos. Allí, el olor rancio de las plantas moribundas se unía al hedor del azufre.

La rampa tocó tierra mientras sus últimos adornos se desplegaban para ostentar la gloria del Emperador. La luz pálida se reflejaba en los símbolos dorados de su divinidad y los hacía brillar un poco más al acariciarlos.

Mathieu alzó aún más la voz.

—¡En el nombre del Emperador y en el nombre de su hijo, avancemos! Devolvamos la luz a este planeta herido y socorramos a

todos los siervos leales que languidecen a causa de esta enfermedad impía.

Los cánticos cobraron fuerza. Unos segundos después, los cruzados de Mathieu bajaron en tropel por la rampa hasta la plataforma sobre la que descansaba la nave y luego bajaron por la gran escalinata hasta las vías portuarias vacías. Provenían de todos los planetas que habían visitado las flotas de Guilliman, de todas las naves que conformaban las distintas flotas. Hombres y mujeres que se habían liberado de sus señores mortales para servir mejor a su señor divino. Había sirvientes, tripulantes de naves, burócratas y soldados, incluso hombres y mujeres nobles; desertores, según algunas leyes, pero los oficiales que podrían haberlos considerado como tales caminaban junto a ellos, y cada día llegaban más a engrosar su número.

La congregación de batalla descendió por la rampa sin miedo, cantando alabanzas al dominio del hombre mientras atravesaba el escudo de vacío y se enfrentaba al fuego de las armas enemigas. Docenas de ellos murieron cantando, pero el resto pasó por encima de los cadáveres, alentados por una fe que los hacía intrépidos. Los que portaban armas de largo alcance abrieron fuego, llenando el aire de rayos láser y balas. Siguieron muriendo y siguieron marchando como una marea imparable de fe. Confiaban plenamente en la victoria y, sin embargo, la congregación de batalla no era la mejor de las armas con las que contaba Mathieu.

Mientras la multitud bajaba por las escalerillas de la lanzadera, el estampido de un órgano resonó en la oscuridad de la bodega a sus espaldas, sacudiéndoles las tripas a todos los que se encontraban frente a él. Las luces se encendieron de repente y proyectaron unos haces amarillos que brillaban con la misma ferocidad que la luz sagrada del Astronomicón. Un instante después llegó el sonido de los generadores de plasma la activarse y el estruendo de los tanques de agua en ebullición.

El tren de guerra empezó a avanzar a trompicones, envuelto en la melodía estridente y vaporosa de los imponentes tubos del órgano. Las enormes orugas traqueteaban por la cubierta, haciendo temblar incluso el venerable armazón de la lanzadera. El tren, con su

enorme motor de doce metros de altura, siguió los pasos de la multitud de fieles, arrastrando unos vagones de combate equipados con casamatas para cañones que empezaron a activarse mientras las miras montadas en los rostros de las esculturas angelicales se iluminaban con una luz roja y siniestra. Los peregrinos se acercaron corriendo a las escalerillas de los costados y se agolparon en torno al vehículo para ocupar las cubiertas de combate. La locomotora era un inmenso altar móvil que ensalzaba al Emperador, con todas las superficies cubiertas de obras escultóricas doradas. Tres enormes chimeneas emitían un vapor perfumado. En la proa se alzaba un gran ariete, sobre el que se erguía un ángel con los brazos y las alas extendidos que proyectaba un campo de energía protector. Oculto tras él, un órgano de cien tubos tocado por diez hombres conectados con cables a los teclados entonaba una poderosa canción. Detrás había un púlpito de mando abierto, pero Mathieu decidió evitarlo por el momento, deseoso de poner las sandalias en el suelo contaminado y reclamarlo solo con tocarlo.

En cuanto el vehículo se inclinó sobre la rampa de aterrizaje, la congregación empezó a moverse con temeridad alrededor de su maquinaria arrolladora. Tras descender por la rampa escalonada, siguió avanzando por la pista de aterrizaje mientras sus orugas mordisqueaban la superficie de ferrocemento hasta llegar a la escalera que conducía a las vías portuarias, donde se lanzó contra el fuego enemigo.

El escudo del ángel de proa chisporroteó con mil impactos. La inclinación de la pendiente estaba dificultando el descenso del tren y los frenos no tardaron en despedir un fuerte olor a metal quemado. Los vagones se tambaleaban mientras el vehículo bajaba los escalones, siempre a punto de caerse. Las orugas se tiñeron de rojo con la sangre de los caídos. El puerto de vacío estaba infestado de civiles y guardias traidores enloquecidos por las dádivas de Nurgle. Pese a su desorganización, eran casi tan fanáticos como los seguidores de Mathieu, y más numerosos. Apuntaron sus armas contra el tren, intentando inutilizarlo mientras era vulnerable, pero los vagones contaban con potentes sistemas de protección que

repelió la furia de sus proyectiles mientras seguía entonando su santa y ensordecedora melodía.

El vehículo llegó a la vía a la que conducía el zigurat, seguida de los dos primeros vagones. Cuando el tercero se niveló, el tren de guerra dejó de ser vulnerable y pudo demostrar su valía. Los fieles que se encontraban en tierra se refugiaron bajo los escudos de energía y, aunque algunos disparos lograron penetrar la burbuja, la matanza cesó casi de inmediato. Las cubiertas blindadas de los vagones se enrollaron hacia atrás para dejar al descubierto las baterías de misiles, con sus ojivas decoradas con escrituras devocionales. Los enormes cañones montados en las casamatas abrieron fuego mientras los grupos de peregrinos cruzados que tripulaban los parapetos sumaban unos congruentes haces de luz al clamor de sus oraciones.

Mathieu marchaba junto al tren acompañado de su servocráneo, que se había separado de las bandadas que flotaban en lo alto y zumbaba resueltamente detrás de él. No seguía ninguna estrategia. No lideraba como un comandante militar, porque ¿quién era él para planificar cuándo el Emperador le diría lo que debía hacer? No obstante, y pese a no formular estrategias, luchaba. Confiaba en que Él, señor de Terra, lo guiaría y enviaría a donde fuera necesario y, cada vez que le designaba un nuevo objetivo, atacaba con una furia justiciera. Ahora podía ver el paisaje en su totalidad. Unas planicies curiosamente llanas, salpicadas de montañas puntiagudas, se extendían hacia la ciudad de Primer Desembarco. La capital se asentaba en la montaña más grande, orgullosa como un pavo real, y se elevaba hacia el cielo como una colmena natural repleta de madrigueras humanas. Los barrios periféricos y las colonias satélite se agolpaban en las laderas de los picos circundantes. Siempre había sido una ciudad famosa por su gran belleza y, a pesar de que las enfermedades de Nurgle habían transformado la mitad de su superficie en cieno, seguía estando repleta de vegetación. Aunque la ciudad seguía en poder de los Ultramarines, el puerto estaba en manos de los renegados. Estaban atrincherados en los jardines que se extendían por los costados, desde donde se dedicaban a bombardear los caminos. Entretanto, desde las galerías de los

puestos defensivos de los niveles inferiores de Primer Desembarco varias armas disparaban a las mayores concentraciones de enemigos. Los proyectiles de las fuerzas leales se mezclaban con los del enemigo, lo que constituía un riesgo para la congregación de batalla, pero se adentraron en la tormenta con valentía, con su fe como escudo.

Incluso Mathieu podía ver que había poca cohesión entre las fuerzas enemigas. Sus ojos se posaron en un nido de armas pesadas situado tres niveles por encima de donde se encontraba, sobre la formación cárstica más cercana.

—¡Me dirijo a la batalla como ordena el Emperador! ¡Adelante! —gritó el militante apostólico. De algún modo, se le oyó por encima de la música del gran tren y el fragor de la batalla. Un grupo de fieles se unió a él y, juntos, salieron de la cobertura de los escudos del tren. Ambos bandos se percataron de su salida. Una lluvia de proyectiles de ametralladoras pesadas los persiguió por la carretera mientras corrían hacia el lado del zigurat y acribilló a dos de los soldados que corrían junto a él. Desde el tren, sus peregrinos dispararon varias andanadas de fuego de supresión contra el enemigo que atacaba a su profeta. El tren siguió avanzando con estrépito hasta que sus parapetos estuvieron al nivel de los jardines donde se encontraba el enemigo, pasó de largo y se ocupó con otros enemigos.

Para entonces, Mathieu y sus cruzados habían alcanzado la base de la torre cárstica y subían las escaleras a toda velocidad mientras sus guardianes inclinaban los escudos de energía para desviar los disparos entrantes. Más de sus seguidores sucumbieron a las pistolas láser de hombres que antaño habían sido fieles. Una mujer ataviada con un mugriento uniforme azul apareció en lo alto de una de las terrazas y arrojó un trozo de hormigón rocoso que rebotó en el escudo de uno de los Cardenales Carmesíes. Mathieu la mató de un disparo.

El militante apostólico solo le dedicó una mirada fugaz cuando su cuerpo se desplomó sobre la escalera. Era miembro de la Auxilia de Ultramar, un ser corrompido por la influencia del Dios de la Plaga que se había alejado mucho de la luz. Sin embargo, Mathieu no

sintió desprecio por ella. Había sufrido, había empezado a perder el pelo y tenía los dientes negros.

—Descansa en paz, hermana —dijo al pasar de largo—. Tu dolor ha acabado. —Más hombres emergieron de una puerta que conducía al interior de la cima. Eran una amalgama de civiles y soldados, muy parecidos a la congregación de batalla de Mathieu, pero seguidores de un dios mucho más oscuro. Tenían la piel de un color gris pastoso, la boca llenas de llagas, los ojos rojos, y olían a muerto. Uno era obeso, tenía la garganta hinchada por la proliferación de glándulas y la pierna izquierda inflamada por la elefantiasis. Otro estaba tan demacrado que parecía un esqueleto viviente y sus ojos giraban enloquecidos en las órbitas, como si intentaran escapar de su tormento.

»¡Por el Emperador! —rugió Mathieu y sus seguidores se hicieron eco de su grito. En las escaleras estalló una furiosa lucha cuerpo a cuerpo. La espada sierra del sacerdote aulló al activarse. Una lluvia de sangre y carne pulverizada salió despedida cuando cortó y abatió al primer traidor. Al siguiente le disparó en la cabeza. Los campos de disrupción de los cruzados crepitaron a medida se abrían paso entre los atacantes. Los soldados del militante apostólico atacaban con bayonetas, mientras que sus seguidores civiles lo hacían con mazos rudimentarios.

—¡Por el Emperador! ¡Por el Emperador! —gritaban mientras aplastaban cráneos a garrotazos y prendían fuego a los ropajes con las pistolas láser. La espada sierra de Mathieu lo empapó de rojo. Varios trozos de carne enferma se le metieron en la boca al gritar, pero no temía a los contagios del enemigo, pues el Emperador era su sanador y su guardián.

La avalancha de enemigos que se precipitaba sobre ellos desde lo alto de la torre de aterrizaje se redujo y luego se invirtió, lo que hizo que los cruzados de Mathieu se agolparan en las escaleras para perseguir a los fugitivos. El sacerdote le disparó a uno en la espalda; los demás sucumbieron a los mazazos que les asestaron por detrás.

¡Perdonadlos! —gritó el militante apostólico, exultante por la batalla—. ¡Desconocéis sus tormentos! ¡Liberadlos a través de la muerte!

Los gritos se perdieron en el zigurat cuando los últimos enemigos huyeron. Mathieu tuvo tiempo de tomar una bocanada de aire impregnada de sangre antes de que la marea de su pequeño grupo lo arrastrara escaleras arriba hasta el nido de armas pesadas. Era evidente que los guardias traidores que manejaban la ametralladora pesada no los esperaban, porque seguían disparando hacia la congregación de batalla. Cuando se percataron de la llegada del grupo del sacerdote, intentaron desacoplar el arma de su trípode para darle la vuelta, pero fueron demasiado lentos.

Los misiles del tren salieron disparados, rugiendo en grupos de tres desde la parte trasera de cada uno de los vagones, y se elevaron hacia el cielo. Los seguidores de Mathieu se abalanzaron sobre la tripulación acompañados del ensordecedor ascenso de los cohetes. Estaban enloquecidos, espoleados por un fervor que alimentaba su sed de sangre, y atacaron a aquellos desdichados hombres hasta hacerlos pedazos.

Los últimos traidores que quedaban en la terraza huyeron, disparándoles mientras corrían. Abatieron a otro de los hombres de Mathieu. Cuando sus guerreros se lanzaron tras ellos, no hizo nada para detenerlos, pues hacían el trabajo del Emperador.

En el arsenal de Mathieu quedaba un arma más, que hizo su aparición en aquellos momentos. Las nubes se abrieron en torno a los armazones verdosos de los módulos de aterrizaje para tanques de las lanzaderas del Astra Militarum. Varias escuadrillas de naves de los Space Marine y la Navis Astra descendían a su alrededor, dejándose caer en picado antes de nivelarse y prepararse para un posible bombardeo. Los motores de los transportes rugieron al aterrizar en las cumbres que rodeaban el puerto espacial mientras la deflexión de aire de los propulsores agitaba los jardines enfermos como si fueran las banderas de un pueblo liberado.

El regimiento del coronel Odrameyer había llegado.

Mathieu sonrió, dejando entrever una hilera de dientes blancos en medio de una máscara de sangre.

—Por la gracia de su divina majestad, el Dios Emperador de Terra, ¡el puerto de vacío de Primer Desembarco es nuestro! —

Levantó las armas e inclinó el rostro hacia el cielo. El aire ya empezaba a oler un poco más dulce.

»¡Alabado sea el Emperador! —rugió—. ¡Alabado sea el Emperador!

CAPÍTULO ONCE

LA PETICIÓN DE UN HISTORIADOR

Durante las horas muertas, Marneus Calgar casi podía imaginar que todo iba bien. Las baterías láser de defensa permanecían en silencio mientras la Flotilla de la Desdicha rodeaba el otro lado del planeta. No había ningún enemigo en la muralla. Si no fuera por el olor a humo, podría haber sido cualquier día de los tristemente infrecuentes períodos de paz de Macragge.

En lo alto de la Fortaleza de Hera el humo era poco denso, pero bastante persistente, por lo que, dondequiera que las ventanas de la fortaleza monasterio estaban abiertas, el olor a fuego siempre estaba presente. No obstante, si salía de su despacho, cruzaba el balcón hasta la balaustrada y miraba hacia abajo, resultaba imposible obviar el hecho de que Magna Macragge Civitas estaba en llamas.

Era precisamente desde allí desde donde Tigurius y él veían arder su ciudad. La conflagración había arrasado todo el terreno que se hallaba fuera de las antiguas murallas interiores del Murus Prisces. La ciudad se había extendido desde la primera vida de Guilliman hasta cubrir toda la llanura costera, rebasando los vastos campos de aterrizaje de la época de la Herejía y adentrándose en el mar sobre islas artificiales y franjas llanas de terreno ganado al mar. Calgar había visto los mapas, había estado de pie en ese mismo

lugar con el primarca y lo había escuchado describir cómo había sido todo durante su primera vida. Muy pocas cosas de la antigüedad habían sobrevivido a las guerras que Macragge había presenciado. Y ahora, esa misma historia de destrucción, parecía volver a repetirse.

En el Golfo de Lyceum, los hábitats marítimos se consumían como nenúfares de pétalos ardientes. Las torres arcológicas de la costa, cuyos cimientos se asentaban en el lecho marino, eran esqueletos de vigas ennegrecidas que habían quedado sumergidas en el agua al desplomarse. El mismo mar ardía en las áreas donde el prometio se había derramado. El aire que se respiraba bajo los fuegos estaba impregnado del hedor de la putrefacción, la materia fecal y los cuerpos enfermos. Más allá del Murus Prisces, un enorme muro de fuego se elevaba hacia el cielo, danzando incansable, rojo de ira, mientras devoraba el corazón de los Quinientos Mundos. Por la noche, su furia se reflejaba en el cielo a lo largo de la Gran Fisura.

—No tardarán en llegar —le dijo Tigurius a Calgar.

—No —respondió Calgar.

Podía verlos mar adentro: petroleros, pesqueros y cargueros convertidos en transportes de tropas que traían más hordas pestilentes de Mortarion hasta la costa. Al igual que sucedía en el océano, en órbita, donde la Flotilla de la Desdicha se agolpaba en el vacío en un torrente interminable de naves de la plaga atestadas de mortales ilusos que ansiaban disfrutar de un momento de violencia. A estas alturas, ya habían desbordado las redes orbitales. No importaba cuántas naves enemigas hicieran caer de los cielos los Ultramarines, siempre parecía haber más. Dado que en la superficie solo era posible llegar a tierra con éxito en zonas alejadas de las formidables defensas de Magna Macragge Civitas, las hordas de la plaga se habían trasladado a embarcaciones oceánicas para emprender un asalto acuático. Ahora llegaban en oleadas regulares, implacables y sumamente predecibles.

—¿No vas a ordenar que disparen contra ellos? Ya están dentro del rango de alcance de las armas de la ladera —dijo Tigurius.

Los dos señores de los Space Marine estaban uno al lado del otro, contemplando la escena que se presentaba tan nítidamente antes ellos que bien podría haber sido un hololito táctico. La

populosa meseta de la Fortaleza de Hera se extendía desde la falda de la montaña hasta los grandes acantilados artificiales de sus murallas. Más allá del hundimiento del terraplén se encontraba la ciudad interior, luego el distrito exterior y sus edificios en llamas y, finalmente, el mar.

—Todavía no, Varro. A menos que esa sea tu recomendación.

Tigurius dejó escapar un suspiro y sus ojos se desenfocaron mientras miraba hacia futuros desconocidos.

—Haces bien en esperar. Por ahora, los bombardeos no servirán de mucho. El golpe más duro está por llegar. Esta oleada no será la última. Nos espera un peligro mayor.

—Entonces abriremos fuego cuando estén más cerca. Si van a lanzar un asalto desde otra dirección, no quiero tener que reorientar las armas a toda prisa. —Calgar extendió los dedos de uno de los Guanteletes de Ultramar sobre la barandilla de mármol. La ceramita azul chirrió sobre la piedra. Completamente extendidos, los dedos de los guanteletes eran lo bastante grandes como para cubrir toda la anchura de la barandilla.

—Debemos estar alerta. Aunque el Librarius no perciba ninguna infestación demoníaca inminente y la disformidad se mantenga en calma alrededor de Macragge, hay ciertas cuestiones en juego.

—¿Deberíamos esperar a la Death Guard? —le preguntó Calgar.

—No. Esta escoria es todo lo que Mortarion puede ofrecer. Sus planes giran en torno a Iax y a nuestro padre genético. Quien tiene las miras puestas aquí es otro. Se esconde bien, sabe que puedo sentirlo, así que ignoro qué es o qué se propone. Pero estás advertido: algo se acerca. Puede que sea uno de los lugartenientes de Mortarion, un demonio tal vez. Algo con presencia.

—¿Vendrá pronto?

Tigurius negó con la cabeza.

—No puedo verlo.

—Ahí está —dijo Calgar—. Una horda de mortales descarriados que no supone ningún desafío para nosotros. Eso es lo que Mortarion nos tiene preparado, tal es el desdén que siente por nuestras proezas. Me ofende.

—No des crédito a la valoración que hace de nosotros. El único propósito de esta escoria es mantenernos alejados de nuestro padre genético. Alguien debe ocuparse de ellos, por eso nos quedamos para asestarles el golpe de gracia. Es una estrategia irritante, pero está funcionando —señaló Tigurius—. Es una tarea tediosa. Es imposible que Mortarion penetre la fortaleza.

—Si esos son todos los que están por llegar.

—Según preveo, no lo serán. Por eso debemos permanecer aquí. Ni tú ni yo podemos dejar Macragge desprotegido. Si corremos al lado de nuestro padre, el planeta caerá. Lo he visto. Es una certeza.

Calgar hizo un ruidito gutural.

—Aun así, agradezco que seamos tan pocos los que quedamos en el planeta y que las fuerzas de la auxilia sean suficientes para mantener a raya a esa escoria. Al menos así solo hay una compañía de combate inmovilizada. Sería difícil justificar la marcha de otras compañías si estuvieran aquí. La cuestión radica en cuánto daño le hará el enemigo al planeta antes de que lo destruyamos y en qué gestas podríamos haber logrado en otro lugar y ahora se quedarán sin hacer.

Contemplaron cómo los bloques de tropas avanzaban en orden por la Civitas Vertus rumbo a las murallas interiores. Marchaban por caminos que aún conservaban los nombres que habían llevado en tiempos del primarca. Unos nombres que eran lo único que quedaba de la época en la que había vivido. En el interior de las murallas reinaba una normalidad aparente, exceptuando los lugares en los que los proyectiles y los rayos de energía enemigos habían atravesado los escudos de vacío y habían derribado los elegantes edificios, aunque de momento no se había producido ningún incendio en el interior del Murus Prisces.

—Cuando les tengamos tomada la medida, podremos eliminarlos. Te aconsejo que seas prudente, Marneus —le advirtió Tigurius—. La naturaleza de la amenaza que se avecina… —Entrecerró los ojos. —Hay algo más, algo que va más allá de la batalla que libramos aquí. Un gran peligro para todos. Algo inesperado.

—Hasta que se revele, la prudencia será mi estrategia. Ordenaré que refuercen las murallas, en caso de que esas embarcaciones no sean nuestros únicos enemigos —apuntó Calgar —. Confío en tus dones, Varro, pero tengo cinco regimientos auxiliares preparados para trasladarse hasta aquí desde el interior si es necesario. En el peor de los casos, podemos pedirle al tetrarca Balthus que envíe refuerzos. Gracias a los eldar, en el oeste la guerra está llegando a su fin. Eso ya es algo. —Golpeteó la piedra con un nudillo mecánico. —Es una situación lamentable. No puedo permitirme permanecer aquí mucho más tiempo. —Sacudió la cabeza lentamente. —Demasiados de nosotros seguimos luchando en Vigilus. Debería estar allí en este momento.

—Esta última década ha sido difícil para ti —concedió Tigurius —. Te entiendo.

—Creo que eres uno de los pocos que lo hace —admitió Calgar —. Te han herido y extenuado y te has visto obligado a sacrificar a tus hermanos para agilizar mi travesía por Nachmund. Ambos nos hemos sometido al Rubicón. Recorremos caminos paralelos.

—Sin embargo, creo que para ti ha sido más difícil —dijo el bibliotecario jefe—. Sobre ti recae la responsabilidad de comandarnos a todos nosotros. Eres el señor de Macragge y de toda Ultramar. Ha habido muchos cambios. Si yo estuviera en tu lugar, sería difícil no interpretar las acciones del primarca como críticas, pese a que no lo son.

Marneus Calgar no dijo nada al respecto, pero Tigurius podía leerlo perfectamente. No podía evitar sentirse juzgado por su señor. En los años previos al regreso de Guilliman, Calgar se había enfrentado con éxito a los tiránidos, a los orkos, a M'Kar el Renacido, a la Black Legion y a los Iron Warriors. Hasta ahora, había acabado con todas las amenazas que se le habían presentado. Cada invasión había traído consigo la muerte de un trocito de Ultramar, hasta que la invasión de Mortarion había amenazado con envenenar todo el reino.

La cruda realidad era que no podía ganar la Guerra de la Plaga sin Roboute Guilliman. Si el primarca no hubiera regresado de la cruzada, Ultramar habría sucumbido al Caos. Incluso ahora, su

corazón agonizaba y, sin embargo, aquí estaba él, luchando contra sectarios y mutantes, incapaz de marcharse por miedo a que algo le sucediera a la capital. Lo peor de todo era que sabía que, si se iba, su presencia no influiría demasiado en el devenir de las guerras que se libraban en otros lugares. Guilliman surcaba las estrellas como la Espada del Emperador, mientras que la ausencia de Calgar en la Batalla por Macragge, que constituía el cuarto incidente de esta índole en los últimos siglos, podría resultar desastrosa.

Tigurius se volvió para mirarlo.

—Estate tranquilo, hermano. Ambos debemos estar aquí. Eso lo sé con certeza. Este es nuestro lugar.

Calgar no estaba tan seguro, pero se valió de su férrea disciplina mental para ocultar sus pensamientos.

—Tiempos de guerra entre primarcas —dijo, cambiando de tema —. ¿No te asombra?

—Es como si la leyenda viviera de nuevo —apuntó Tigurius.

—Así es, pero asistimos a tiempos oscuros —replicó Calgar—. El fin. Cuentos paganos sobre la muerte de los soles.

—Hablas como los hijos de Russ —señaló Tigurius—. Aún hay esperanza. Hay caminos que llevan a la salvación, aunque son traicioneros. —Volvió a quedarse callado. Era evidente que le preocupaba lo que veía en el futuro, fuera lo que fuera. Calgar no necesitaba ser un psíquico para darse cuenta.

Las embarcaciones enemigas ya casi habían llegado a la costa. Los motores expulsaban nubes de humo negro por las chimeneas. Calgar activó los auriculares de su comunicador.

—Grupo de artillería de la ladera, atended mi orden. Apuntad y destruid a la flota de la plaga que se aproxima. Quemadlos a todos. No dejéis que su esencia envenene nuestros océanos.

—*Como ordenéis, lord defensor* —respondieron—. Detestaba ese título, se parecía demasiado al de su padre genético. Sentía como si lo estuviera imitando, como si ansiara que lo aceptara. Por mucho que le diera las gracias todos los días al Emperador por el regreso de Guilliman, a veces no podía evitar sentirse agobiado por su presencia en el mundo.

El estrépito de las sirenas se elevó por toda la ciudad para alertar a sus habitantes. El pueblo de Macragge era disciplinado, por lo que se podía contar con que apartaría la mirada. Ni un alma se dejaría sorprender por el lanzamiento de los proyectiles atómicos.

Las armas iniciaron la gran exhibición de su dios y los proyectiles silbaron al surcar el cielo sobre sus cabezas. Aunque les llevó un tiempo sorprendente alcanzar sus objetivos, cuando lo hicieron las explosiones de fisión atómica arrasaron con las naves una tras otra. Los ojos y la piel de los marines se oscurecieron de inmediato y, al abrigo de sus armaduras, Tigurius y Calgar asistieron a la destrucción de la flotilla.

No quedaron más que unos hongos nucleares que ya empezaban a desvanecerse y unas columnas de vapor que se elevaban hacia el cielo. El sensorium de Calgar registró un leve aumento en los niveles de radiación, pero los proyectiles eran de bajo rendimiento, por lo que no tardarían en disiparse. No obstante, la nocividad transitoria de la radiación era un módico precio que pagar con tal de librarse de las enfermedades de Nurgle. Seguían contemplando cómo el tsunami de bombardeos azotaba los distritos costeros y apagaba las llamas cuando alguien llamó a la puerta de Calgar.

—¡Adelante! —ordenó.

Las puertas eran de madera, desprovistas de mecanismos eléctricos, reliquias que, pese a su antigüedad, no alcanzaban aún la edad de su retornado señor. Las abrieron los soldados de la Guardia Victrix que acompañaban a Calgar en todo momento. Un miembro de la Guardia Praecental, una unidad de élite de humanos no modificados, se detuvo en la puerta en posición de firmes.

—Mi señor —anunció—. El Historiador Majoris Fabian Guelphrain y el Hermano de Armas Racej Lucerne, del capítulo de los Black Templars, solicitan una audiencia.

—Guelphrain sigue intentando acceder a la Biblioteca de Ptolomeo —dijo Tigurius—. Puedo sentir su deseo por entrar. No se lo permitas. Percibo cierta agitación en el futuro en torno a ese deseo. Si se cumple, no traerá nada bueno consigo para ninguno de nosotros, de eso estoy seguro.

—No temas, Varro —respondió Calgar—. A instancias del primarca, está a punto de recibir una nueva decepción.

El centinela de la Guardia Victrix cerró la puerta de las oficinas privadas de Marneus Calgar sin hacer ruido. Las bisagras estaban bien engrasadas. La armadura del guardaespaldas estaba inmaculada. El suelo pulido relucía. Todo en Macragge funcionaba a la perfección. La diferencia con el esplendor marchito de Terra había asombrado a Fabian cuando la visitó por primera vez; ahora le resultaba irritante en extremo. Aunque el reino en su conjunto era un recordatorio glorioso del potencial de la humanidad, su eficiencia hacía imposible soslayar los obstáculos oficiales. No había pequeñas fisuras que explotar. Ni hombres a los que se pudiera pagar para hacer la vista gorda. Cuando era más joven, había soñado con un lugar como Macragge, donde la intención iba acompañada de la acción y donde el servidor imperial más humilde era tan honrado como el más excelso.

Pero eso había sido antes de que esa misma rectitud se interpusiera en su camino.

En resumidas cuentas, cuando Marneus Calgar decía no, quería decir no y no había forma de burlarlo.

—¡Santo trono! —exclamó Fabian, casi escupiendo. Se alejó de las puertas y avanzó ofendido por la antesala, donde varios secretarios trabajaban en unos elevados escritorios de madera. Un par de ellos levantaron la vista de sus labores silenciosas y fruncieron el ceño ante semejante arrebato—. Si no va a dejarme entrar en la biblioteca, ¿qué hago aquí?

—Yo en tu lugar, tendría presente dónde estoy —le advirtió Lucerne.

Lo decía con buena intención. Pese a la reputación adusta de los Black Templars, siempre se mantenía ecuánime. Paseaba con tranquilidad mientras Fabian andaba a grandes zancadas, airado, y, sin embargo, el historiador tenía que dar cuatro pasos por cada uno que daba su compañero. Encogido, con las manos entrelazadas a la espalda y tan encorvado por el enfado que lo hacía parecer frágil,

Fabian solo llegaba a la mitad de la pechera negra de Lucerne. La diferencia de masa entre ambos era tan grande que daba la impresión de que el Black Templar podría haberlo pisado y aplastado sin siquiera darse cuenta. Aunque formaban una pareja incongruente, su lenguaje corporal era relajado. A pesar de sus diferencias, no cabía duda de que eran amigos.

—No es por obra de lord Calgar, sino por la voluntad del primarca. Deberías tener paciencia. Según tengo entendido, el lord primarca cerró la biblioteca por motivos fundamentalmente simbólicos. Estoy seguro de que te dejará entrar cuando regrese a Macragge.

—¿Eso crees? —replicó Fabian, todavía enfadado—. ¿Has visto cómo me miraba lord Tigurius? —Se estremeció. —Es como si pudiera verme el alma.

—Es uno de los psíquicos más poderosos del Imperio —apuntó Lucerne.

Salieron de la oficina interior y accedieron a un gran vestíbulo de escribas. A juzgar por el nivel de organización, era evidente que Guilliman lo controlaba todo. Eso le hizo recordar el Logisticarum y la poca paciencia que mostraba el primarca ante la incompetencia, aunque, al pensar en eso, el historiador recordó que Guilliman había establecido muchos de los mecanismos de estado originales que regían el Imperio, ¿y de qué le había servido eso a ninguno de ellos?

—Para cuando el regente vuelva aquí, se me habrá acabado el tiempo. La cruzada seguirá adelante, así que dudo que vaya a poder quedarme aquí. Soy uno de los historiadores majoris. Con Viablo muerto y Mudire y Solana en el otro lado de la galaxia, querrá que lo acompañe cuando cruce hacia Nihilus, sin duda. Soy el único que ha estado allí antes, y querrá que continúe mi crónica de lo que ha ocurrido en el otro lado. Eso, o nos enviará de vuelta a Vigilus, que el Emperador me libre.

—Es probable —dijo Lucerne con afabilidad. Se hizo a un lado mientras Fabian abría de par en par unas puertas dobles. Estas también se abrieron solo con tocarlas, silenciosas como la respiración de un bebé—. Es un gran hon…

—Amigo mío, te juro que si vuelves a decirme que lo que estoy haciendo es un gran honor, te agarraré por el borde de la pechera, me pondré a tu altura y te daré un puñetazo en la nariz.

—Fabian —lo reprendió el Black Templar con fingida afrenta—. Después de todos los años que hace que te conozco, ¿me amenazas con violencia? Estoy dolido.

—Lo que quiero decir, que el Emperador nos proteja —continuó Fabian—, es ¿qué pasará si el enemigo consigue entrar aquí? ¿Qué pasará si queman la biblioteca antes de que pueda examinarla?

—Estás siendo melodramático —dijo Lucerne. Lo miró de reojo y sonrió—. Además, tu elección de palabras sugiere que deseas leer el material. Ningún enemigo ha capturado nunca esta fortaleza. La han asediado, destruido, vulnerado y asaltado. Cuando el primarca despertó, la Black Legion se encontraba dentro del Templo de la Corrección. ¿Siguen aquí ahora? No. ¿Quemaron la biblioteca? No. Y tampoco lo hicieron los tiránidos, los orkos, los Word Bearers, los Iron Warriors ni ninguno de los enemigos que se han enfrentado a los Ultramarines y, subrayo, han sido derrotados.

Ahora bajaban por la Gran Escalinata, que conducía fuera de la castella, hacia las plazas que ocupaban la mayor parte de la fortaleza. Diez Space Marine vestidos con distintos colores, uno por cada uno de los Capítulos Escudo de Ultramar, estaban apostados a intervalos regulares a lo largo de su longitud. Estaban tan separados que cada uno era un punto de color en contraste con los demás.

—Me siento olvidado —confesó Fabian—. Lo que hacíamos significaba algo, nos movía el objetivo de escribir la historia para que todo el mundo la viera. Antes tenía un propósito, ya no. Tanta guerra, tantas batallas y me dejan de lado, me ignoran, en cuanto el primarca vuelve corriendo a casa. Creo que pierde interés en el proyecto. Tanta lucha, tantas vidas perdidas… ¿para qué? La Biblioteca de Ptolomeo es uno de los mayores repositorios de conocimiento humano de todo el Imperio. He anhelado verla desde que me enteré de su existencia. Ahora veo al primarca por lo que es. Si lo que nos ordenó hacer a los historiadores fuera tan importante, esas puertas estarían abiertas para nosotros.

—Para ti, querrás decir —lo corrigió Lucerne en voz baja.

Fabian no lo oyó.

—En vez de eso, nos ahogamos en un mar de conflictos interminables con la Inquisición y el Administratum en mundos atrasados donde no hay más que miserables colecciones de panfletos.

—También cuentas con la oposición de las autoridades locales —apuntó Lucerne— y de la Iglesia.

—¡Ni me hables del maldito Ministorum! —gruñó el historiador —. Con gusto lo quemaría hasta los cimientos.

—No digas eso, no es digno de ti. Estás siendo petulante, Fabian —replicó el Black Templar. Tomaron otra escalera que los condujo a una poterna fuertemente blindada, donde esperaron a pasar los distintos controles de seguridad.

—Me siento petulante —puntualizó el historiador—. Todas las puertas que se me han abierto lo han hecho por orden de Guilliman y, sin embargo, sigue sin dejarme entrar en su maldita biblioteca personal. ¿Por qué motivo?

—¿Quizá ya sabe lo que hay dentro y desea que centres tus esfuerzos en otra parte?

Los espíritus de la puerta emitieron un sonido. Se abrió y les permitió acceder a un pasillo que conducía a una puerta exterior.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre, Racej? Creía que la apoteosis de los ángeles os hacía más inteligentes que nosotros, simples mortales, no menos.

—Es un poco endeble, lo admito —confesó Lucerne.

—Esto es indignante —insistió Fabian—. Nunca había visto a Guilliman obrar así. ¡Prohibirme la entrada! ¿Qué le ha pasado durante mi ausencia?

—Es un hombre ocupado. Además, prohibió el acceso a todo el mundo, mucho antes de establecer a los historiadores.

—Y un cuerno. Simplemente no me quiere en su biblioteca. ¿Sabes cuánto tiempo llevamos en Ultramar? Meses y sigue sin querer verme. Ni siquiera me hizo llamar cuando estuvo aquí.

—Fuiste tú quien estuvo demasiado ocupado en sus deberes para asistir a su desembarco.

—No recuerdo haber recibido una invitación para asistir —replicó el historiador.

—Eres un historiador majoris. Podrías haber ido. No lo hiciste porque estabas malhumorado y, una vez más, vuelves a tomarlo como algo personal. Ya te he dicho que está ocupado. La biblioteca abrirá en algún momento.

—¿Eso piensas? —respondió Fabian. Estampó la palma de la mano contra el cristal de la pantalla de bloqueo de la puerta exterior. Sonaron un pitido y un zumbido y, un momento después, se abrió, dejando entrar una ráfaga de aire frío. Los últimos rayos de luz de la tarde se desvanecían en el cielo.

—Debes tener fe —aseveró Lucerne.

—Eso te lo dejo a ti —refunfuñó—. Siento que la mía escasea últimamente.

—Te aprecia, me consta. Anímate, Fabian.

—Vamos, Racej, piénsalo. Oculta algo. Creó nuestra organización para desvelar secretos. Piensa en cuántas bibliotecas secretas y archivos prohibidos hemos entrado a la fuerza, aunque ello conllevara un derramamiento de sangre. Estas puertas podrían abrirse sin más, pero no lo hacen. ¿Por qué?

—Fabian —le advirtió el Black Templar—. Te estás adentrando en un terreno peligroso.

—¿Lo dices en serio? —dijo Fabian alzando la voz mientras levantaba los brazos—. Entonces, ¿no crees que un hombre con un historial de hipocresía, al menos desde cierto punto de vista, con lo de sus no legiones y su remoción autocrática de los Altos Señores que estaban en desacuerdo con él, no podría pregonar largo y tendido sobre la verdad y, al mismo tiempo, ocultar tranquilamente sus propios secretos?

—No he dicho eso —respondió Lucerne con calma—. Es muy probable que tengas razón. Es un primarca y, como tal, tendrá sus secretos. Eso es lo que lo hace peligroso.

—Exacto. Pero, entonces, ¿qué podría estar ocultando el primarca retornado?

—Yo lo dejaría estar. Tenemos mucho trabajo que hacer en otros lugares.

—¡Lord Guilliman me encomendó la tarea de descubrir secretos! —insistió el historiador—. No voy a desistir solo porque algunos de esos secretos sean suyos.

Unos estampidos retumbaron en lo alto de las montañas.

—Están disparando. Otra vez —comentó Fabian mientras contemplaba la luz intermitente que destellaba entre las nubes—. Hace solo unos minutos que se detuvieron. —Frunció el ceño y se ciñó la túnica para resguardarse del aire gélido. —Aquí hace mucho frío. Este maldito planeta me da dolor de cabeza.

—No es fuego de artillería. Son truenos —puntualizó Lucerne mientras miraba al cielo—. Está a punto de llover. Creía que a estas alturas ya sabrías distinguir entre la guerra y el tiempo.

Fabian se dio la vuelta para mirar de frente al enorme marine.

—¿Cuántas veces me has salvado la vida?

Lucerne hizo como si estuviera pensando.

—Tres, creo, si no contamos aquella vez en Gathalamor.

—¡No iba a caerme en el agujero! Estaba perfectamente a salvo. Reaccionaste de forma exagerada. Casi me rompes el brazo.

—Entonces te he salvado la vida tres veces —declaró el Black Templar.

—Ya.

—¿A dónde quieres llegar, mi viejo amigo?

—A que haberme salvado la vida…

—Tres veces —lo interrumpió el marine.

—A que haberme salvado la vida tres veces no te da derecho a burlarte de mí —concluyó el historiador.

Volvió a oírse el retumbo de los truenos. Unas gotas de lluvia cayeron sobre la armadura negra de Lucerne.

—Santo cielo, petulante se te queda corto. Tendré que cambiar mi valoración de tu estado de ánimo a amargado.

Fabian se estremeció y, de repente, su enfado pareció disolverse.

—Sí. Sí, estoy amargado. Venga, vamos. Retomemos la colección herana. Mi catálogo sigue sin estar completo y no me apetece empaparme de nuevo, así que será mejor ocuparnos con algo.

Atravesaron las grandes plazas de la fortaleza bajo la violencia del chaparrón.

La lluvia no hizo nada por mejorar el humor de Fabian.

CAPÍTULO DOCE

DESCENSO A IAX

Mientras la barcaza diplomática lo transportaba hacia Iax desde el vacío, Guilliman proyectaba un gran hololito de Iax en la sala de tránsito. La barcaza, como indicaba su nombre, estaba destinada a la interacción pacífica, por lo que el primarca observaba los terribles daños que había sufrido el mundo jardín sobre una alfombra tupida y unos finos accesorios de madera. Mientras asimilaba lo que le habían hecho a esa joya de su reino, la expresión marmórea de su rostro se endureció de tal modo que acabó pareciéndose a las numerosas estatuas que lo representaban. Felix y los otros edecanes presentes sabían muy bien que ese semblante era sinónimo de una furia que lo consumía todo.

Felix comprendía la rabia de su padre genético. Él había sentido algo muy parecido al visitar los mundos de Tetra Oriental y ver los daños que habían infligido los xenos. Lo que la Death Guard le había hecho a Iax era aún peor.

El planeta sufría una muerte en vida. Desde los lejanos años de la infancia de Felix hasta la actualidad, Iax había sido considerado uno de los mundos más hermosos de Ultramar y se había vuelto aún más valioso después de que la Flota Enjambre Behemoth convirtiera Prandium, su principal competidor, en un mundo yermo. Durante mucho tiempo, Iax había sido un ejemplo de lo mejor de la

humanidad, un mundo donde las personas y la naturaleza vivían en armonía. No era un adorno ni una gleba sofisticada, sino un mundo productivo por derecho propio, un ejemplo para Ultramar y para todo el Imperio.

Y Mortarion lo había podrido hasta la médula.

Las nubes cubrían ambos hemisferios de un amarillo apagado y cirrótico. Si se tenía en cuenta que Iax había sido famosa por sus cielos cristalinos, esto parecía un insulto particular. Donde las nubes se separaban, asomaban paisajes maltratados: mares anegados por el crecimiento excesivo de las algas, bosques en proceso de descomposición, marismas que se desbordaban de sus márgenes y se convertían en una negrura estancada, con numerosos canales que fluían llenos de contaminantes coloridos, embalsados de tal forma por la vegetación muerta que se desbordaban por las orillas y propagaban todo tipo de enfermedades por la tierra.

Los biomas de Iax habían sido modelados por manos humanas. Aunque el planeta no contaba con verdaderas zonas de naturaleza silvestre, cada centímetro de su superficie se había ajardinado con tanta habilidad que se decía que incluso los eldar admiraban el trabajo realizado. Se aprovechaba al máximo hasta el nicho ecológico más pequeño. Los cultivos crecían entre árboles centenarios; el ganado convivía con las bestias autóctonas; los mares rebosaban de una vida que se gestionaba con esmero, de modo que, si la humanidad llegara a marcharse, en vez de enriquecerse, la vitalidad y diversidad de Iax se empobrecería. Ahora todo se había echado a perder. Felix no pudo evitar imaginar orillas marinas llenas de esqueletos y bosques donde los árboles moribundos se apoyaban en los muertos para sostenerse.

La atmósfera, lejos de atenuarse, empezó a oponer resistencia. La nave temblaba por el efecto de la fricción y la compresión. Debajo, el paisaje quedó oscurecido momentáneamente por el resplandor del fuego, aunque la aproximación de la nave trajo consigo una sensación enfermiza, como si sus ocupantes estuvieran cada vez más cerca de los hospicios donde los ancianos acudían en busca de una muerte pacífica y solo encontraban indignidad.

La nave redujo la velocidad. Unas nubes de color marrón azufre pasaron junto a las ventanas de visualización. Cuando una aeronave descendía hacia un pozo gravitatorio, cabía esperar una mayor violencia, pero la atmósfera del planeta estaba letárgica y, al atravesarla, la lanzadera de Guilliman surcó algo más parecido a un mar muerto y apelmazado que una masa de aire.

Al cruzar la capa inferior de nubes, pudieron ver cómo su destino salía a su encuentro. De la tierra sobresalían cientos de cuernos de piedra caliza. La ciudad de Primer Desembarco ocupaba el más grande; los demás se alejaban en hileras semejantes a los dientes de un cocodrilo. A kilómetros de distancia, unido por carreteras bordeadas de árboles, el modesto puerto de vacío se extendía a lo largo de varias agujas allanadas para habilitar zonas de aterrizaje. Los demás estaban menos urbanizados: los más alejados parecían totalmente naturales, aunque en lo alto de muchos ellos había emplazamientos de cañones, y en los más cercanos a la ciudad había suburbios donde varias mansiones de gran tamaño ocupaban unas terrazas de bordes afilados. En todas partes predominaban los jardines y los bosques. Aún quedaban pequeños vestigios de belleza bajo los árboles moribundos y en las composiciones de los jardines, ahora ictéricos y enfermos.

Si los demás dientes eran parangones de la artesanía de los horticultores, Primer Desembarco era la obra maestra de los escultores, un cuerno de piedra tallado y labrado de punta a punta, un proyecto de una complejidad similar a la de la talla de marfil. Unos muros gigantescos la rodeaban. Una enorme barbacana protegía su única puerta, que se abría a una amplia llanura atravesada por una carretera de varios carriles. Entre las grandes terrazas habitacionales y las murallas de tres niveles había más jardines. Todos estaban muertos y lo que normalmente debería haber sido un colorido arreglo floral había quedado reducido a un parche de color plomizo.

En el puerto de vacío ardían varias hogueras. Entre las murallas de la ciudad y los montículos de aterrizaje se sucedía un tímido intercambio de disparos. Un palacio de inusitado esplendor ocupaba la cima de Primer Desembarco, aunque también albergaba baterías

de defensa orbital ocultas con esmero entre su arquitectura. Pasaron por encima y dieron algunas vueltas a su alrededor. Felix contempló las profundas calles excavadas en la roca y vio a los habitantes moverse por ellas. Aun así, tanto ellos como sus animales de tiro, e incluso sus drones cibernéticos, parecían aletargados; no enfermos, pero sí enfermizos.

Aunque los sentidos automáticos de Felix detectaron las barreras de energía que discurrían por las murallas, la ciudad no disponía de escudos de vacío, un hecho que no lamentó en absoluto, ya que, en aquel lugar enfermo, sentir el roce de la disformidad en el alma le habría resultado poco menos insoportable. La nave redujo aún más la velocidad hasta detenerse sobre una pequeña plataforma de aterrizaje ubicada en el recinto del palacio. Giró noventa grados para posicionarse de la mejor manera posible y aterrizó. Los propulsores se encendieron y apagaron. La nave dio una última sacudida y, un momento después, un repique anunció su llegada. Solo entonces Guilliman habló.

—Venid —dijo—. Desembarcaremos de inmediato y brindaremos consuelo a esta gente. El planeta sufre por culpa de mi hermano. Haré todo lo que pueda para reparar el daño.

No dijo nada más. Se colocó el casco bajo el brazo, salió de la sala, bajó la rampa y se encaminó hacia el languideciente mundo de Iax.

Las sombras de los minaretes más altos se proyectaban sobre la barcaza. El aire era denso y estaba viciado, como si estuviera impregnado de polen. El casco de Felix emitió un sonido de advertencia y sus pantallas retinales lo alertaron de la presencia de altas concentraciones de toxinas, esporas de hongos no autóctonos y fragmentos víricos. El resto eran partículas de humo.

Guilliman había sido el primero en bajar por la rampa, acompañado de cuatro miembros de la Guardia Victrix encabezados por Sicarius. Detrás de ellos iba Felix, seguido del sargento Cominus. Los acompañaban otros dignatarios y altos cargos de la Flota Primus, entre los que destacaban Fesrain Odos, Adiutor Principe de Isaiah Khestrin, y Maldovar Colquan, Tribuno Actuarius del Stratarchis, escoltado por un escuadrón de sus Adeptus Custodes.

Su presencia inquietaba a Felix, puesto que imaginaba lo que ocurriría si se enteraban del interrogatorio del huésped demoníaco.

«Nada bueno», pensó. Las imágenes que le vinieron a la cabeza al recodar el incidente fueron inusualmente vívidas, pero las atribuyó a la contaminación de su psique e hizo lo posible por ignorarlas.

Todo parecía indicar que se había producido una ruptura en el orden social establecido. Los jardines que rodeaban el palacio estaban atestados de personas de todo tipo acostadas en catres dispuestos debajo de unos toldos de lona. Todas estaban enfermas, pese a las diferencias de estación existentes entre ellas. Un cordón de soldados de la Auxilia de Ultramar en Iax impedía el paso a los que podían caminar, que se habían reunido para ver al regente. Usaban varas de energía para contenerlos y despejar el camino desde la nave hasta la entrada del palacio, aunque las manos de la multitud seguían colándose por los huecos. Estaban tan desesperados que no les importaba arriesgarse a recibir una descarga dolorosa con tal de atraer el roce milagroso del primarca.

Guilliman se detuvo en el centro del camino.

—¡Escuchadme! —dijo, acallando a la multitud con su voz autoritaria—. No poseo un poder capaz de libraros de todas vuestras dolencias, pero he venido a ayudar. Expulsaremos a Mortarion de este mundo y restauraremos su antigua belleza. Tenéis mi palabra.

Dicho eso, siguió su camino mientras los gemidos de la multitud cobraban fuerza de nuevo. Olían a enfermedad. Algunos estaban cerca del final y se habían arrastrado hasta allí desde sus lechos de muerte aferrándose a su última esperanza de hallar una cura. Felix tuvo que hacer de tripas corazón. Había visto rostros como estos en todos los planetas del reino estelar. Personas enfermas, hambrientas o locas de dolor. No podía salvarlas a todas, ni siquiera a unos pocos.

—Mi señor, por favor. ¡Una bendición, una bendición! —le gritó un hombre al tetrarca, pero este siguió adelante, con la mirada al frente.

Los gritos continuaron mientras recibían a Guilliman ante las puertas del palacio. El gobernador planetario Costalis había acudido personalmente a darle la bienvenida, aunque también estaba pálido

por la fiebre, lo cual explicaba que uno de sus ayudantes estuviera esperando discretamente al fondo con una silla de ruedas.

—Mi señor —dijo mientras hincaba una rodilla en el suelo con dificultad—. El honor que siento al veros trasciende la capacidad de expresión humana. Solo puedo ofreceros mis más humildes disculpados… —Una tos áspera interrumpió su soliloquio. Tomó una bocanada de aire. —Mis más humildes disculpas por el lamentable estado en el que encontráis el más hermoso de vuestros mundos.

—Gobernador Costalis, levántate, por favor —dijo Guilliman. Al ver lo mucho que le costaba ponerse en pie, el propio primarca se inclinó para ayudarlo. Clavó la mirada en los ojos llorosos del hombre. —Por Terra, hombre, deberías estar con los médicos. ¿Es esa tu silla? Tú, acércate.

Costalis esbozó una sonrisa cansada.

—Siguiendo ese criterio, todos deberíamos estarlo —admitió—. Iax es un mundo enfermo.

—Entonces insisto en que por lo menos descanses antes de reunirnos. Hay una batalla a la que debemos poner fin en los cielos y desembarcos que es necesario acometer —declaró mientras lo sentaba con firmeza en la silla de ruedas.

Costalis asintió.

—Entonces, seguidme, por favor. Os mostraré la sala de mando de la Auxilia. Es vuestra, todo aquí es vuestro. Espero que mi administración os resulte satisfactoria.

—Hacía mucho tiempo que no venía a Iax —dijo el primarca—. Incluso sumido en la miseria, conserva su belleza. No temas, Costalis, esto pasará, como lo hacen todas las enfermedades.

El hombre asintió con pesar.

—Rezo a vuestro padre todas las noches para que así sea. —Volvió a toser. Un hombre con uniforme médico le limpió la boca con un pañuelo. Cuando lo retiró, estaba manchado de rojo. Costalis se hundió en la silla. —Mi senescal… Mi senescal os mostrará el camino. Me disculpo una vez…

—No es necesario —lo interrumpió Guilliman—. Vuelve a la cama. El Emperador lo ordena. —Unos hombres uniformados dieron

un paso adelante y pidieron a los miembros del grupo que los siguiera mientras se llevaban a Costalis en la silla de ruedas.

—Es hombre muerto —le susurró Colquan a Felix—. Ha visto sus últimos días.

Felix no podía disentir. Costalis tenía la cabeza apoyada en el pecho, totalmente exhausto.

—Que el Emperador nos ayude a todos —murmuró el tetrarca.

Los condujeron por pasillos y escaleras con paredes que habían sido talladas con calados artesanales para permitir el paso de las agradables brisas de Iax, pero ahora dejaban pasar nubes de niebla tóxica y vientos fétidos. El olor de los males del planeta era leve, pero penetrante e insidioso y, pasado un rato, se volvió tan insoportable que Felix tuvo que activar los cierres herméticos del casco para protegerse de él. Otearon el horizonte a través del aire brumoso, más allá de la ciudad, hacia los campos donde los cultivos infestados de plagas se desplomaban marchitos sobre la tierra.

Pasaron por delante de unas ventanas alargadas que daban a una gran plaza de mercado. Una multitud estaba congregada en una zona abierta rodeada de puestos tapiados. Entre los presentes se oía una voz familiar que rezaba en voz alta. A cada frase le seguían las respuestas murmuradas de la multitud. Era una oración nueva, una que alababa a Guilliman, no solo al Emperador.

—Conozco esa voz —dijo el primarca. Se detuvo. Sus guías lo miraron con perplejidad. Solo uno de ellos, un hombre con la insignia de rango de general de la Auxilia, se atrevió a dirigirse a Guilliman. Aunque el primarca seguía mirando hacia la plaza, el general mantuvo la vista por encima de su cabeza cuando se dirigió a él, temeroso de encontrarse con su mirada.

—Es vuestro militante apostólico, mi señor. Supusimos que le habíais ordenado expulsar a los traidores del puerto de vacío. Desembarcó medio día antes que vos. Cuando llegó a la ciudad, pidió que se le indicara mayor lugar de reunión. En cuanto le mostramos la plaza, se puso a predicar. La gente está embelesada. —Era evidente que lo aprobaba.

—Ya lo veo —dijo Guilliman con neutralidad.

—Os damos las gracias por haberlo enviado. Es bueno que nos recuerden que el Emperador está con nosotros en estos tiempos tan oscuros.

—Lo es —convino el primarca, pero sus palabras sonaron amenazadoras. Miró de forma deliberada a los ojos del hombre. El oficial sintió que un escalofrío le recorría la espalda, pero mantuvo la calma y le devolvió la mirada—. ¿Cómo te llamas?

—Soy el general Tawik Ilios, mi señor —respondió.

—¿Qué función desempeñas aquí?

—Soy general del regimiento de defensa de la ciudad —explicó —. Es un honor para mí escoltaros.

Guilliman desvió la mirada hacia Frater Mathieu.

—Adiutor Odos, ve a la sala de mando y establece contacto con Khestrin. Que nuestro personal comience los preparativos para asumir el mando. Ponte en contacto con mi senescal, Marius, y pídele que descienda de la *Honor de Macragge* junto con la tercera división del personal de mando de la Flota Primus. Colquan, envía a algunos de tus custodios con él. Asegúrate de mantenerlo a salvo.

—Estamos en territorio amigo —señaló Ilios.

—Ahora mismo, ningún lugar es territorio amigo —replicó el primarca—. Colquan, Odos, poneos en marcha.

—Como ordenéis, regente —respondió Colquan. Separó a un par de custodios de su escuadrón.

—Sí, mi señor —dijo Odos y se dispuso a obedecer sus órdenes seguido de los gigantes dorados.

—Puedo ayudar, si lo deseas —propuso Felix.

—Ya no eres mi edecán, Felix, deja que Odos haga su trabajo —dijo Guilliman—. Nos acompañarás al tribuno y a mí a la plaza del mercado. Deseo oír lo que Mathieu tiene que decir. Tú también deberías oírlo.

CAPÍTULO TRECE

UNA ORACIÓN POR EL PRIMARCA

Ilios hizo que sus hombres despejaran el camino por una escalera cubierta que descendía hasta la plaza del mercado para que nadie viera a Guilliman. Cuando bajó, permaneció oculto de la multitud bajo la salida de la escalera, flanqueado por Colquan y Felix. La Guardia Victrix se desplegó mientras Sicarius se mantenía alerta, como siempre, ante cualquier posible amenaza contra su señor. De todos modos, la multitud estaba tan embelesada que Felix tuvo la impresión de que Guilliman habría tenido que ir hasta el centro de la plaza y anunciarse para que se percata de su presencia.

—¿Y ahora qué? —preguntó el tetrarca.

—Escuchamos —respondió Guilliman.

Aunque el grupo no podía ver a Mathieu desde su posición, podían ver los rostros de la muchedumbre que lo escuchaba, con los ojos encendidos de devoción y esperanza.

—…porque ¿no es verdad que el Emperador acudió a la raza humana y nos salvó de la tiranía de los xenos y del señor de la guerra? —decía Mathieu—. ¿Acaso no emprendió su Gran Cruzada y repelió a los perseguidores de la humanidad y, al verse desafiado por la herejía del Archidemonio Horus, no lo derrocó y lo envió junto con sus ocho demonios a las ardientes fosas de la perdición? Aun estando mortalmente herido, ¿no asumió las pesadas cargas del

sufrimiento de la humanidad y ascendió al Trono Dorado, donde soporta los males de este universo por nosotros, nos cuida y mantiene encendido el gran faro que une sus dominios? ¿No luchan sus ejércitos de manera incansable para que todos los hijos de Terra puedan vivir y morir arropados por su luz? ¿Acaso no nos protege del horror triple de los xenos, los mutantes y los brujos?

—¡Sí! ¡Sí! —dijo una voz entre la multitud.

—¡Así es! —dijo otra—. ¡Él es nuestro señor!

Las proclamaciones de fe se entremezclaban con el sonido de los llantos, la tos y otros síntomas de enfermedad, pero ni el hambre ni ninguna dolencia podían apagar el fervor del gentío. Felix casi podía sentir cómo confluía sobre ellos y empezaba a solidificarse.

—Estas son las verdades de la fe —prosiguió Mathieu—. Siempre lo han sido. Durante diez mil años, el Emperador ha velado por nosotros y nos ha protegido.

—¡El Emperador protege! —El mismo grito llegó desde varias direcciones.

—Así es, hermanos míos, el Emperador protege. Nos protege porque es su voluntad que la humanidad sobreviva. ¡Y ahora nos envía a su último hijo! ¿Qué más pruebas necesitamos? Y, sin embargo, no todos creen. Hay personas desafectas en este Imperio nuestro.

Se oyeron algunas risas amargas.

—Sí, sí, ¡lo sé! —dijo el sacerdote, participando de la ironía de la muchedumbre—. Dicen que estamos condenados, que nos acercamos al fin de los tiempos. Dicen que hemos fracasado. ¡Que el Emperador ha fracasado! Es una blasfemia.

—¡Que los quemen! —gritó alguien, seguido de un coro de síes.

—¡A la hoguera con ellos!

—No, mis hermanos y hermanas. Debemos ser misericordiosos. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que el Emperador caminó entre nosotros. ¿Es de extrañar que la duda se haya instalado en los corazones de los hombres? Es mejor convencerlos. Sed portadores de buenas noticias, pues hay una nueva verdad. —Hizo una pausa dramática. —Los días de silencio del Emperador

están llegando a su fin. El Emperador obra entre nosotros, sí, ¡incluso ahora!

Entre la multitud se oyeron murmullos de incredulidad y esperanza. Al grito de «¡Alabado sea!» le siguió una oleada de gritos similares.

—¡Alabado sea!

—Una nueva Gran Cruzada purifica las estrellas, comandada por Guilliman, su único hijo vivo, que nos ha sido devuelto por la voluntad y misericordia del Emperador. ¿Crees que el Emperador ha permanecido ocioso todo este tiempo en su trono? ¡Os aseguro que no! Tiene un plan. Tiene un plan para ti, para ti y para ti.

Felix lo imaginó señalando a los miembros de la multitud. Un niño gritó.

—Sí, incluso para ti, pequeño, especialmente para ti —dijo Mathieu con alegría. Se oyeron risas entre el gentío. Felix estaba maravillado. El sacerdote había completado una maniobra de combate orbital, librado una batalla, atravesado esas tierras moribundas y ahora impartía un sermón.

Por muchas faltas que tuviera su fe, lo hacía fuerte.

—Él hace su voluntad a través de nosotros. Lo he visto con mis propios ojos. A través de Guilliman, su santo hijo, pone en marcha su plan.

Colquan dio un paso brusco hacia delante.

—Esto ya ha ido demasiado lejos.

Guilliman puso una mano en la hombrera del custodio.

—Deja que hable.

—¿Ois lo que dice?

—Sí, y me gustaría oír el resto. No es ni más ni peor de lo que otros cien mil predicadores están proclamando en este momento por todo el Imperio. Rebatiré su opinión cuando termine.

—Trazáis un rumbo peligroso, mi señor —lo previno Colquan, aunque dio un paso atrás—. Ignora la advertencia que le hicisteis. Debéis actuar.

—Ni pienso ni puedo hacerlo. Así que le dejaremos terminar.

Felix le envió una solicitud de conexión privada a Colquan.

—¿Qué ha pasado entre ellos?

—¿Recordáis el día que Guilliman habló con Mathieu, después de la Batalla de Hecatone?

—Sí. Me quedé fuera vigilando. Recuerdo que salió de la habitación encolerizado. Poco después, me marché al este. No llegó a contarme lo que pasó.

—El primarca mantuvo una conversación con el buen hermano —dijo Colquan—. No traicionaré la confianza de lord Guilliman, pero digamos que recibió una advertencia y parece haber hecho caso omiso de ella. No han hablado desde entonces. Mathieu ha reunido una horda de fanáticos de ideas afines, incluido el Cuatromilésimo Vigésimo Primer Regimiento Acorazado de Cadia. Es una situación bastante incómoda. Mathieu poco menos que predica la divinidad de Guilliman y Guilliman no puede hacer nada para impedírselo. Aunque es irónico, el dilema del primarca ha reforzado mi confianza en él.

—¿Acaso no confías en él?

—Felix, sé que no sois un hombre ingenuo. Mi rechazo ante la idea de ver a un primarca al frente de una cruzada es bien conocido y no he hecho nada por ocultarlo, aunque le sirvo lo mejor que puedo. Sin embargo, últimamente he notado que mi actitud está cambiando. Cree en lo que hace y, si llega a encontrarse en la senda del Trono, no lo hará de buen grado. Su creencia en las verdades de antaño es inquebrantable.

—¡La luz y la gloria brillan sobre todos nosotros! —decía Mathieu ahora—. Hay otros además de mí, aquellos que han mirado directamente a la luz del Emperador, aquellos que ya no necesitan tener fe en Él, porque lo conocen. Ahora marchan a mi lado, librando la guerra santa del Emperador. Hacemos lo que podemos, porque con todo el poder que el Emperador le ha concedido al lord Regente Imperial, es solo un hombre, ¡y no puede ganar todas las guerras del Emperador por sí solo! Es hora, hermanos y hermanas, de levantarnos y prestarles nuestro servicio a Él y a su santo hijo, quien, incluso ahora, vela por vosotros. Sed testigos de él, como yo lo he sido de su padre.

Era evidente que Mathieu había señalado hacia ellos, porque la muchedumbre se volvió en bloque para mirar hacia la escalera ensombrecida.

—Era de esperar —dijo Guilliman. Bajó al pie de las escaleras y se puso a la vista de la multitud, que al verlo empezó a murmurar y a llamarlo a gritos. Las tropas auxiliares de Ilios lo siguieron, apuntando a la gente con las armas.

—¡El primarca! ¡Los Ultramarines! ¡Los guardianes del Emperador! ¡Estamos salvados!

Los gritos cesaron de repente y sin previo aviso. Se oyó un murmullo y luego se hizo el silencio. La multitud, moviéndose al unísono una vez más, se arrodilló y se postró ante su salvador.

En la parte frontal de la plaza del mercado había un escenario improvisado en el que Mathieu permanecía de pie, apeado a tres grandes toneles amarrados que lo elevaban muy por encima de la multitud. Tres cruzados de la Eclesiarquía estaban de pie a su alrededor, protegiendo a su profeta.

Guilliman paseó la mirada entre los habitantes de Primer Desembarco. Aunque la expresión de su rostro era severa, no parecía juzgarlos.

—Levantaos —ordenó. La muchedumbre no se movió, sino que se mantuvo arrodillada con la frente pegada al suelo mientras musitaba oraciones—. Levantaos —repitió, abriéndose paso entre ella. Sus botas eran tan grandes como la espalda de un hombre, por lo que tuvo mucho cuidado de no aplastar a la gente, que al verlo acercarse se apartó, todavía arrodillada, todavía rezando, mientras dejaba escapar suaves sollozos de terror.

»Dadme vuestra lealtad —prosiguió el primarca—. Dadme vuestro servicio. Luchad por el Imperio, por el Emperador y por mí. —Se encaminó hacia Mathieu. —Dadme vuestras vidas, vuestra sangre, vuestra muerte. Dadme todo, como yo lo doy todo, para proteger Ultramar y el Imperio. Os pediré esto y más.

Felix lo vio sopesar sus palabras, la eterna lucha interna. El Adeptus Ministorum había proclamado su divinidad, algo que odiaba. Estando de un humor diferente, habría suscitado un rechazo iracundo por su parte, pero al observar a la multitud, su mirada se suavizó. Esa gente estaba desesperada. Necesitaban que fuera más que un hombre, más que un primarca. Necesitaban al hijo de su

Dios Emperador y, en aquellos momentos, Guilliman no podía minar su moral.

—Lo que nunca os pediré es que adoréis —dijo con suavidad—. Miradme bien y veréis que no soy ningún dios. Ahora, ¡levantaos! Levantaos y seguid con vuestras vidas. Deseo hablar con mi militante apostólico. —Las órdenes de Guilliman no dejaron lugar a la desobediencia. La multitud se puso en pie confundida. La mayoría se alejó mientras el mercado se llenaba del rumor de un centenar de conversaciones susurradas. Hubo muchas miradas esperanzadas, personas deseosas de hablar con él, pero las pocas que se atrevieron a acercarse al primarca se vieron disuadidos por los auxiliares de Ilios y la Guardia Victrix.

—Cerrad la plaza —ordenó Guilliman.

—Enseguida —respondió Ilios.

El primarca se acercó a Mathieu. Incluso con la altura adicional que le proporcionaban los toneles, el sacerdote seguía siendo más bajo que Guilliman, por lo que parecía un niño intentando mirar a los ojos a un ogrete.

Hacía meses que Felix no veía a Mathieu. Sus ropajes estaban tan gastados y llenos de remiendos como antes, si no más, si semejante cosa era posible: el hermano hacía gala de la pobreza. Pero su rostro había cambiado. Siempre ferviente, ahora parecía estar dotado de un propósito todavía mayor. No era de extrañar que la gente lo siguiera.

Pero su determinación no era del todo suya. Se apropiaba libremente de la autoridad del primarca y, sin embargo, cuando estuvieron frente a frente, miró a Guilliman con evidente adoración. Su expresión inquietó profundamente a Felix. Los cruzados que custodiaban a Mathieu exhibieron sus escudos y espadas ante el primarca y Felix tuvo la insana impresión de que lo estaban saludando antes de atacar; la sola idea hizo que se le crisparan los dedos dentro del guantelete. En lugar de eso, giraron con elegancia sobre los talones y retrocedieron para permitir que el primarca se acercara a su sacerdote.

—Mi señor primarca —lo saludó Mathieu mientras inclinaba la cabeza.

—Militante apostólico —respondió Guilliman. Miró de reojo a los cruzados, que se mantenían en completo silencio. —Veo que cuentas con nuevos guerreros para protegerte.

—Vinieron a mí una noche sin previo aviso. Son un regalo del Emperador —declaró el sacerdote.

—Recuerdo que solían servir a Geestan —señaló el primarca. Mathieu no se dejó intimidar.

—Lo comprendo. Creéis que estoy siendo demasiado dramático, pero los hombres de los Cardenales Carmesíes solo sirven a aquellos a los que consideran dignos —replicó el militante apostólico—. No fui yo quien los llamó, fueron ellos los que me buscaron.

Felix se preguntó qué dignidad o valía podía tener un fósil viejo y reseco como Geestan.

—¿Es eso cierto? —les preguntó Guilliman a los cruzados, que permanecían quietos como estatuas. No respondieron.

—Han hecho un voto de silencio, mi señor —explicó Mathieu—. No hablarán a menos que el propio Emperador lo ordene.

—También he visto un tren de batalla congregacional en la barbacana. Eso también pertenecía a Geestan. Antes desdeñabas todo el boato de tu cargo, pero ahora lo utilizas. ¿Qué ha cambiado?

—Nada ha cambiado, mi señor Guilliman —le aseguró el sacerdote—. Como bien decís, el Militante Apostólico Geestan disponía de muchos recursos. El Emperador me susurró al oído que rechazar un arsenal así por una cuestión de principios era una necedad. No podemos permitirnos no usar armas como esas.

—Entonces, has estado ocupado.

—El Adeptus Ministorum libra su guerra a vuestro lado, mi señor. El Emperador tiene mucho trabajo para mí. No puedo quedarme de brazos cruzados. No deseáis que os sirva directamente y debo respetarlo —dijo, como si Guilliman fueran un jovencito que intentaba hacer valer su autoridad—. Pero el Emperador apareció ante mí en la Batalla de Hecatone y, desde entonces, los fieles han seguido acudiendo a mí cada día en mayor número. Necesitan a alguien que los guíe.

—Así que ahora tienes un ejército.

—¡Tengo una cruzada, mi señor! La Cruzada de los Testigos. La mano del Emperador ha tocado a cada una de estas personas. Algunas de ellas lo han visto.

—Imposible —dijo el primarca.

—No, mi señor, ¡es la verdad! —insistió Mathieu. Dio un paso adelante, con un brillo febril en los ojos—. Está ahí fuera. Obra entre nosotros. La humanidad está despertando a su gloria. El enemigo quiso mutilar su imperio abriendo la realidad a la disformidad y ahora cosecha su ira. Dicen que es un cadáver, un despojo, pero Él vive y está en todas partes, acompañándonos. Se mueve, lord Guilliman, ¡se mueve!

Guilliman lo miró fijamente. El sacerdote le sostuvo la mirada con una expresión extasiada en el rostro.

—Nunca has visto ni hablado con el Emperador —aseveró el primarca—. Solo yo lo he hecho.

—Ya me lo habíais dicho antes, pero os equivocáis, mi señor. Converso con Él todos los días. He visto sus manifestaciones con mis propios ojos. ¿Quién creéis que me envió a vuestro lado? ¿Quién me protegió cuando el enemigo capturó la *Honor de Macragge?* ¿Quién os llevó a elegirme como vuestro militante apostólico? Fue Él, vuestro padre. Fue Él quien me dijo que debía abriros los ojos y ahora sé que se están abriendo.

—Suficiente —lo interrumpió Guilliman—. Hablas de cosas de las que no sabes nada.

—¿Eso pensáis? ¿Soy yo quien se engaña a sí mismo, o sois vos, que os empeñáis en aferraros a vuestra visión del mundo cuando todas las pruebas apuntan a lo contrario?

—Eres un fanático —dijo Colquan.

Mathieu miró al guerrero.

—¿De verdad lo soy? Tus propios congéneres dicen que algo ha cambiado. Afirman que el Emperador vuelve a hablarte en sueños y en visiones después de mucho tiempo. ¿Qué sientes cuando te acaricia la mente?

—Reitero las palabras del lord regente: ¿cómo puedes saberlo?

—¡Porque el mismo Emperador me lo dijo! —espetó el sacerdote.

—Deberíamos matarlo, lord regente —dijo Colquan—. Ya se le advirtió. Ha ido demasiado lejos. Ha sobornado a todo un regimiento en favor de su causa. ¿Hasta dónde debe llegar esta locura?

—¿Vais a matar a vuestro propio pueblo? ¿Creéis que los guerreros y habitantes de este mundo se regocijarán al ver cómo abatís a hombres y mujeres que solo desean luchar al lado del Emperador? —le preguntó Mathieu a Guilliman—. Sois su hijo. Sacrificando a sus siervos estaríais impidiendo que cumplieran sus órdenes. ¿Cuántas malas lenguas más deseáis instigar a decir que el hijo se propone usurpar al padre?

—No me amenaces, militante apostólico —le advirtió el primarca.

—Intento ayudaros, mi señor —argumentó Mathieu, tendiéndole las manos con frustración—. ¿Cuándo aceptaréis que vuestro padre es dios? ¿Cuándo aceptaréis que Él obra a través de mí, a través de vos y a través de todos? El Emperador está con nosotros. Nos acompaña. Vos sois su hijo. Aceptad la verdadera naturaleza de vuestro padre en vuestro corazón. Reconoced vuestra propia divinidad, vuestro poder, y todos vuestros enemigos se convertirán en polvo ante vos. ¡Sois un dios, mi señor, un avatar viviente del ser que ocupa el Trono Dorado!

—Te advertí que no predicaras esto.

—Os di mi palabra y la he cumplido, aunque sea el credo oficial del Adeptus Ministorum.

—Así que también eres un hipócrita —señaló Colquan.

—No lo soy. No puedo servir estando muerto —respondió Mathieu—. ¿Qué utilidad tendría entonces? No predico lo que me prohibisteis predicar.

—Entonces, ¿por qué mencionarlo ahora delante de mí? —inquirió el primarca.

—Porque es preciso que vos y yo seamos sinceros el uno con el otro, para que vos podáis serlo con vos mismo.

Mathieu y Guilliman se miraron fijamente durante medio minuto: el sacerdote mendicante, mancillado por las penurias de una vida miserable, con los dientes ennegrecidos y el pelo ralo, y el hijo superviviente del Emperador, alto, regio e inhumano. Un ángel y un

indigente. Para gran sorpresa de Felix, fue lord Guilliman quien apartó la mirada primero.

—He oído suficiente. Adiós, militante apostólico.

—¡Oraremos por vos! —gritó Mathieu a espaldas del primarca cuando abandonó la plaza—. ¡Rezaremos para que veáis la luz!

—Mi señor —le dijo Felix por un canal de comunicación privado —. Me temo que lord Colquan tiene razón. Hay que hacer algo con él.

—Colquan tiene razón, tú tienes razón, pero, por desgracia, el hermano Mathieu también tiene razón —dijo Guilliman con frialdad —. Eso que ha dicho no ha sido una amenaza vacía.

CAPÍTULO CATORCE

ATAQUE A HERA

Las lluvias no cesaron.

Día tras día, empapaban las piedras de la Fortaleza de Hera. Limpias al principio, grises como el hierro y frías como los mares de Macragge, se fueron contaminando cada vez más. Fue un proceso gradual, apenas perceptible al principio. Un olor extraño, cierta untuosidad en los charcos, algo de arenilla, o alguna que otra larva que se retorcía y moría casi al instante, fenómenos lo bastante infrecuentes como para tenerlas en cuenta. Algunos días, esos mismos fenómenos no se manifestaban y el agua de las lluvias volvía a correr limpia, pero cada vez que la inmundicia regresaba, lo hacía con un poco más de fuerza y sus efectos persistían un poco más, hasta que el cielo empezaba a llorar cieno tóxico y el agua limpia y fresca no era más que un recuerdo.

Fabian yacía en su cama, despierto. Llevaba semanas sin dormir. Aunque durante la última década se había acostumbrado a los sonidos de la guerra y había dormido profundamente en trincheras durante bombardeos y roncado en medio de batallas libradas en el vacío, esos casos habían sido excepciones y no la regla, momentos en los que el agotamiento había amenazado con matarlo antes que el enemigo. Seguía siendo una persona nerviosa y las condiciones del asedio no hacían más que exacerbar esa propensión.

Por un lado, estaba la espera interminable a que sucediera algo excepcionalmente malo. Fabian habría preferido una batalla. De una u otra forma, se acababa en un momento. Estabas muerto o no lo estabas. Pero un asedio era como estar en el limbo. Podía lidiar con el terror y el baño de sangre de un combate; con lo que no podía lidiar era con la espera.

Por otro lado, estaba la imprevisibilidad. Las veces, en apariencia aleatorias, en que los grandes cañones de las murallas de Hera abrían fuego o en que el enemigo ponía a prueba otra de sus condenadas estrategias para intentar penetrar las murallas y las armas ladraban toda la noche como manadas de cánidos hambrientos. Luego, de repente, todo quedaba en silencio y lo único que se oía era la lluvia, pero para entonces ya había perdido el sueño y se mantenía alerta intentando oír cómo los sonidos de la perdición se cernían sobre él.

Calgar le había explicado la situación a regañadientes. El enemigo era débil, por lo que los Ultramarines podrían desplegarse desde la fortaleza con facilidad, incluso con los escasos efectivos con los que contaban en aquellos momentos en Macragge, y barrerlo como el polvo de la pantalla frontal de un vehículo terrestre. Pero al día siguiente estaría de regreso y habría que repetir el proceso y, tal vez, en esa ocasión caerían uno o dos de los hombres de Calgar. No eran mucho, pero si ocurría lo mismo al día siguiente y luego al siguiente, al final no quedaría nadie y acabarían perdiendo por defecto. Lo mismo ocurría en el vacío. Cada nave enemiga que derribaban era reemplazada por otra. Los Ultramarines podían salir de sus ciudades o abandonar el planeta, pero no podían permanecer mucho tiempo fuera de sus sistemas de defensa sin verse desbordados; las tropas enemigas, en cambio, eran muy numerosas, pero de una calidad insuficiente para penetrar ningún muro.

Así pues, los Space Marine permanecían dentro de sus fortalezas mientras el enemigo se mantenía fuera y, juntos, se mantenían a la espera de ver cómo se desarrollaba la guerra en otros lugares.

Era una tortura. También lo era para Calgar. Fabian había pasado tiempo suficiente con él al otro lado de la Fisura para

reconocer las señales. Calgar y él no se llevaban bien, cosa que le parecía una lástima, dado que, a su modo de ver, Guilliman y él mantenían una buena relación. Ni siquiera podía achacar su antipatía mutua a su renuencia a ser observados. Calgar entendía perfectamente la misión de Fabian y, en un principio, hasta la había aplaudido. Lo que los enfrentaba era la personalidad de Fabian. A Calgar simplemente le caía mal: lo encontraba impaciente, quejumbroso y demasiado irascible y, pese a la estoica actitud macraggiana que todos mostraban aquí, el señor del capítulo había estado a punto de decírselo en la cara.

O, al menos, esa era la impresión que tenía Fabian, tumbado a altas horas de la noche en una cama demasiado dura y demasiado blanda, demasiado caliente y demasiado fría, con la almohada enrollada alrededor de la cabeza para acallar el inacabable y exasperante repiqueteo del agua en las ventanas. No lograba ponerse cómodo. No podía descansar, pero estaba demasiado nervioso para poder concentrarse. Cada trueno le hacía pensar que la batalla estaba a punto de reanudarse. Cada pensamiento positivo que tenía era fugaz y, en el mejor de los casos, una distracción de sus ideas más sombrías, que le rondaban la cabeza sin parar.

Dejó escapar un gruñido.

—Odio este planeta —gimió—. Incluso Vigilus era mejor. —Se dio la vuelta y, al descubrir que su nueva postura era igual de incómoda que la anterior, volvió a girarse. Tampoco le gustó.

»¡Maldita sea! —gritó, lanzando la almohada a un lado. Se sentó en el borde de la cama, se frotó los ojos con las palmas de las manos y se levantó con un ímpetu innecesario—. Bueno —dijo—, a trabajar entonces. —Se dirigió al escritorio que aguardaba su regreso al otro lado de la habitación. Lo primero que hizo fue coger la jarra de vino que había sobre ella, siempre llena.

Fabian tenía que reconocer que los Ultramarines lo trataban bien. Sus aposentos eran de un tamaño y una opulencia que su antiguo yo nunca habría imaginado, pese a estar amueblados con la severidad del estilo macraggiano. Unas suaves alfombras de piel cubrían el suelo de piedra. Los muebles eran de bella factura. No

obstante, todo era como el vino de Macragge: bien hecho, pero adusto y frío; como el planeta, como los Ultramarines.

Pero se sirvió y bebió el vino de todos modos. Todavía tenía que encender los lúmenes. La luz de los apliques distribuidos por los muros de la fortaleza brillaba a través de la lluvia que corría por los altos ventanales. Los relámpagos restallaban en el cielo, iluminando estatuas, columnatas y pináculos que, de lo contrario, habrían permanecido ocultos en la oscuridad, deslumbrándolo por momentos.

Refunfuñó, abrió su secreter, retiró la silla, encendió el lumen, se sentó, dejó la copa de vino sobre un círculo de piedra para proteger la madera y sacó su último cuaderno.

Le costó centrarse en sus notas. Hablaban de cosas aburridas. Las historias de Macragge y los mundos circundantes se recogían con todo lujo de detalles en los archivos del capítulo. Su mano acalambrada las condensaba en un amplio esquema que pensaba convertir en un tratado si alguna vez tenía tiempo de hacerlo.

Pero nunca tendría tiempo de hacerlo.

Cerró el cuaderno de golpe, se regañó a sí mismo y se dijo que habría sido interesante no saber que solo a unos cientos de metros de donde estaba sentado había una biblioteca cerrada repleta de todo tipo de maravillas. Imaginó que en la Biblioteca de Ptolomeo debían de esconderse obras realmente antiguas. Códices de la Edad Oscura de la Tecnología. La historia de la colonización de aquella región del espacio. Los escritos de especies alienígenas extintas. El papel que habían jugado los Ultramarines en la Gran Guerra de la Herejía. Indicios prometedores de lo que había ocurrido con el primer dominio estelar de la humanidad, otra revelación extraordinaria que constatara que el Imperio no había sido el primer gran dominio humano en existir, una historia tan secreta que muchos hombres habían sido asesinados solo por conocerla; información que Fabian asimilaría y analizaría hasta convertirla en algo mundano. Sabía muchas cosas que muy pocos otros sabían y, sin embargo, siempre había algo nuevo que aprender. La historia de la humanidad era larga y estaba plagada de secretos.

—Y la Biblioteca de Ptolomeo está llena de ellos —gimoteó.

Los tronidos inundaban la noche. Escuchó con atención para asegurarse de que solo fueran truenos y no el restallido de las armas abriendo fuego de nuevo. Un relámpago verdoso centelleó entre las nubes e iluminó sus turbulentas caras inferiores. Había empezado a caer una lluvia torrencial, tan contundente como un manto de jabalinas. Los semblantes sombríos de los héroes de los Space Marine de antaño destellaron y volvieron a sumirse en la oscuridad.

Los truenos seguían retumbando, irregulares, furiosos, merodeando por los cielos como una bestia a punto de atacar.

Fabian bebió un trago de vino amargo con cierto nerviosismo y volvió a sus notas. Se quedó absorto un rato.

Toc, toc, toc. Un ruido en la ventana. *Toc, toc, toc*.

Fabian sintió que se le erizaba el vello de la nuca bajo el camisón. Se volvió muy despacio hacia el origen del ruido, pero lo único que vio fue el reflejo de su cara pálida y asustada en el cristal negro.

Toc, toc, toc.

Cogió un candelabro con las manos temblorosas, tocó la runa que encendía los pábilos y las llamas brotaron de las mechas. Se acercó a la ventana, atormentado por su propio reflejo, con el rostro demacrado por la falta de sueño y los ojos hundidos. La luz titilante danzaba en sus ojos. Escudriñó la oscuridad de la noche, pero no se veía nada.

Toc, toc, toc.

El ruido provenía de la base de la ventana. Se agachó en busca del origen, pero lo único que vio fueron el reflejo de su propia cara y el resplandor de las llamas de las velas en el cristal. Aunque en los muros había muchas luces, cuyos haces iluminaban los adornos de la fortaleza, la habitación de Fabian se encontraba en un triángulo de sombras que, en contraste con la luz, se volvían incluso más oscuras.

Revisó la parte inferior de la ventana y tocó el cristal frío con los dedos.

Toc, toc, toc.

Un relámpago disipó momentáneamente la oscuridad y Fabian se encontró cara a cara con una criatura pequeña y redonda que se

asomaba al interior por el panel inferior. Tenía una amplia cornamenta y una boca ancha y sonriente llena de dientes sucios. Aunque solo era del tamaño de un bebé humano, era tan corpulento que probablemente pesaba el triple. Tras captar la atención del historiador, levantó un brazo enjuto y le hizo un gesto con la mano.

Fabian cayó de espaldas y el candelabro se le escapó de las manos.

Era un diablillo de la plaga. Los había visto antes, pero no tan cerca. Solo el grosor del cristal lo separaba de aquel saco de enfermedades que podría matarlo mil veces.

—Demonios. Demonios en la fortaleza. —Se puso de pie a trompicones. La pequeña criatura apretó la cara rechoncha contra el cristal y la impregnó de una suciedad indescriptible. Ahora pudo verla mejor. Llevaba una capucha. En la mano derecha llevaba un báculo corto de madera con tres ramas ensortijadas. En el brazo izquierdo tenía un montón de tentáculos y una segunda boca abierta de par en par. Una tercera sonreía desde su vientre.

Observó al historiador con interés. Volvió a golpear la ventana. Su cara principal le sonrió mientras dejaba caer gusanos por toda la parte frontal.

Fabian retrocedió sin quitarle los ojos de encima mientras tanteaba con la mano en busca del brazalete de comunicación que descasaba sobre la mesa con el resto de sus efectos personales. En cuanto lo encontró, se lo llevó a la boca y pulsó la runa de alerta que debía hacer que su escolta acudiera a él a toda prisa.

—Racej, tenemos un grave problema. —En parte no esperaba recibir una respuesta, así que no se sorprendió cuando no llegó ninguna. A menudo, las manifestaciones de este tipo iban acompañadas de todo tipo de alteraciones en el funcionamiento de las cosas. A los espíritus máquina les gustaba lo sobrenatural tanto como les gustaban las almas de los hombres, por lo que solían rehuir de ello.

Consideró qué hacer. ¿Debería salir corriendo en busca de ayuda? Los aposentos de Racej Lucerne estaban a unos cien metros al final del pasillo. De resto, no había nadie más en esa parte del monasterio del capítulo. La Fortaleza de Hera era enorme y los

Ultramarines, aun contando con todos los efectivos del capítulo, no podían llenarla. Quizá tuviera suerte y se topara con algún miembro de la Guardia Praecental, de la Auxilia o con otros sirvientes mortales que estuvieran de patrulla, pero ellos también se encontrarían muy dispersos. Si le quitaba los ojos de encima, se arriesgaba a perder de vista a la criatura, y entonces podría escabullirse y causar toda clase de daños.

No estaban indefensos. El error de comunicación quedaría registrado. Detectarían el motivo y se daría la alarma. Pero, ¿cuánto tiempo llevaría? Esa era la cuestión.

—Emperador —musitó Fabian. El diablillo seguía observándolo con curiosidad, como si fuera un espécimen en un jardín xenológico. Ahora que sabía dónde estaba, podía adivinar su posición por el brillo de sus ojos malévolos. Parpadearon, haciéndolo desaparecer por un momento, y luego volvieron.

—No te muevas —dijo, más para sí mismo que a la criatura—. Espera ahí.

Cogió la ropa, se puso los pantalones y las botas. Sin molestarse en ponerse la ropa interior o los calcetines, se metió la camisa de dormir dentro de los pantalones, se puso los tirantes y se ató las botas.

—Quédate ahí, quédate ahí —dijo—. No te muevas, maldita sea.

El diablillo no parecía tener intención de irse a ninguna parte, pero ladeó la cabeza sin cuello y siguió observándolo.

Fabian redujo la velocidad al extender el brazo hacia el cinturón de armas que colgaba del respaldo de una silla para evitar asustar a su visitante. Su pistola láser pendía del cinturón en su funda, mientras que su espada de energía, también enfundada, descansaba en posición horizontal sobre un marco de madera cercano.

Se ciñó el cinturón, desenfundó la pistola lentamente y apuntó al pequeño demonio.

—Ya te tengo, amigo mío —dijo.

Si en sus días en el Administratum alguien le hubiera insinuado siquiera que acabaría siendo un buen tirador, se habría reído en su cara solo de imaginarse a sí mismo tocando un arma. Pero era un

buen tirador. El aire caliente crujió y un destello de luz azul hizo un agujero redondo en el cristal.

Parpadeó para disipar la imagen residual y vio que los bordes de cristal se tornaban naranjas al enfriarse. Una espiral de humo se elevó en el aire desde el agujero. El pequeño nurglete se miró el vientre, donde la herida ya empezaba a cerrarse. Hizo un mohín, claramente decepcionado, sacudió la cabeza y se alejó dando saltitos hacia la oscuridad. Fabian se acercó corriendo a la ventana y apretó la cara contra ella, intentando ver más allá de la esquina. Un relámpago iluminó al diablillo, que saltaba entre los charcos mientras se alejaba de la habitación del historiador rumbo a la plaza mayor.

—¡Mierda! —exclamó. Le llevaría al menos dos minutos llegar a la salida de más. Dos minutos más de los que podía permitirse.

»¡Racej! —gritó mientras echaba mano de la espada de energía, desenfundaba el arma ornamentada y dejaba la funda de lado—. ¡Racej! —Pulsó el interruptor del generador. Una maraña de rayos diminutos crepitó sobre la hoja. El reflejo de su rostro se tiñó de azul en la ventana. —Esto no va a hacerle ninguna gracia a Calgar —dijo y corrió hacia la ventana.

La espada atravesó el cristal. Varios fragmentos de materia fundida salieron despedidos y salpicaron las alfombras, prendiéndoles fuego. Fabian no aflojó el paso, sino que siguió el movimiento de la hoja a través de la ventana envuelto en una tormenta de esquirlas de cristal hasta que, un instante después, se encontró bajo la lluvia. El fuego empezaba a propagarse a sus espaldas. Lo ignoró y salió corriendo hacia el aguacero.

La pequeña criatura estaba cincuenta metros por delante de él y se movía con rapidez a pesar de su corpulencia y sus piernas rechonchas.

—¡Alarma! ¡Alarma! ¡Hay demonios en la fortaleza! —gritó Fabian, pero la mente ahogó su voz. La lluvia le entró en la boca, salada como el líquido de una ampolla, con un sabor fuerte y acre. Escupió y volvió a dispararle a la criatura. El nurglete saltó a un lado para esquivar el rayo láser y el proyectil impactó contra el pavimento, lo que hizo que una columna de vapor se elevara hacia la lluvia.

—¡A la disformidad con todo! —maldijo—. ¡Demonios! —gritó tan alto como pudo—. ¡Demonios en la fortaleza! —Disparó al aire dos veces. El chasquido del rayo al calentar el aire fue una pobre imitación del trueno. —¡Demonios!

El diablillo miró hacia atrás, soltó una risita alegre, saludó al historiador con la mano y dobló la esquina del podio de una estatua monumental a toda velocidad.

Fabian se lanzó tras él mientras la lluvia le calaba hasta los huesos y el campo de energía que rodeaba la espada crepitaba bajo el agua.

—¡Demonios! —gritó, y volvió a disparar al aire. En algún lugar de la muralla se oyó el gemido débil de una alarma contra intrusos, a la que siguieron varias más. Los gigantescos focos de búsqueda empezaron a encenderse en medio del sonido agudo de las culatas de las armas al cerrarse—. Oh, gracias al Trono —dijo con alivio—. Dobló la esquina medio derrapando, levantando una cortina de agua, y corrió directo al peligro.

Una criatura desgarbada aguardaba entre las sombras, con la cabeza enastada inclinada y una espada negra que sujetaba sin fuerza, dejando que la punta descansara en el suelo. Donde la iluminaban las luces de la fortaleza, se veía una piel reluciente cubierta de heridas abiertas. La espada emitía destellos de un intenso color verde al reflejar la luz mientras un líquido lechoso brotaba de sus bordes y se mezclaba con la lluvia.

El nurglete pasó correteando junto a su primo mayor. Fabian se detuvo con cierta vacilación.

—Un portador de plaga —susurró.

La criatura levantó la cabeza al oír su nombre. El pelo largo, lacio y moteado chorreaba con el aguacero. Un ojo enorme, blanco y saltón, similar a un huevo pelado, lo miró fijamente. El demonio gruñó, dejando escapar un sonido estridente con el que dio forma a una única palabra:

—*Uno* —dijo.

A su derecha, la capa de agua que cubría las piedras empezó a burbujear. De ella emergieron un cuerno, una cabeza y unos

hombros hinchados con la piel de un hombre ahogado. El primer portador de plaga señaló al segundo con un dedo paralítico.

—*Dos* —contó antes de volverse hacia la izquierda, donde otro de sus congéneres surgía del suelo.

»*Tres* —continuó, dando un paso adelante.

Fabian dejó escapar un grito ahogado, levantó el arma y abrió fuego.

El portador de plaga dio un paso adelante, chapoteando en el agua con los pies blandos. Fabian lo acribilló a disparos, perforándole la piel apestosa y llenándolo de agujeros siseantes y cauterizados, pero el demonio los encajó sin quejarse y siguió avanzando con pesadez, paso a paso, con los ojos clavados en él. Fabian lo tenía tan cerca que podía ver las moscas que revoloteaban perezosamente alrededor de su cabeza, las larvas que atestaban sus heridas o las hileras de gusanos que se retorcían en sus encías negras. Sus hermanos iban con él, flanqueándolo mientras contaban los impactos de la pistola láser de Fabian sobre la piel de su líder.

—*Uno, dos, tres* —dijeron, siguiendo el ritmo del primero.

Los disparos del historiador vaporizaron una oreja, derramaron líquido de los intestinos hinchados que colgaban del vientre abierto y destrozaron el codo del cabecilla.

—*Cuatro, cinco, seis* —murmuraron.

Las heridas nuevas se superponían a las antiguas. Las larvas se freían y convertían en llagas supurantes. El impacto de un disparo le destrozó la mejilla e hizo que varios dientes negros rebotaran por la plaza.

—*Siete*…

Fabian apuntó con cuidado, respiró y apretó el gatillo. El rayo impactó en el ojo del portador de plaga y lo reventó. Al ver que la criatura se tambaleaba hacia delante, el historiador disparó por segunda vez en el mismo lugar y le voló los sesos putrefactos, que salieron despedidos por la parte posterior del cráneo. El demonio se desplomó sin vida y un humo negro empezó a manar del cadáver a medida que su carne brujesca se deshacía.

—*Ocho…*

Aunque ya se encontraban a poco más de cuatro metros de distancia, seguían avanzando con la misma lentitud desquiciante. El octavo disparo de Fabian rozó el hombro del demonio más cercano y, entonces, la pistola se quedó sin batería. No tenía generadores de repuesto.

—*¿Ocho? Ocho* —balbucearon los portadores de plaga, ratificando el número de disparos entre ellos antes de enarbolar las espadas.

—¡Racej! —gritó el historiador de nuevo. Miró al cielo—. Emperador, si alguna vez has tenido la menor idea de que existo, te ruego que pongas tus ojos en mí y me protejas, porque voy a necesitar tu ayuda.

Enfundó la pistola. Sus armas habían sido obsequio de Guilliman, así que no pensaba desprenderse de ellas, por mucho que estuviera a punto de morir. Levantó la espada y se puso en guardia. La hoja destellaba y crepitaba cada vez que las moléculas de lluvia se fragmentaban al entrar en contacto con ella, liberando partículas de hidrógeno que se elevaban en el aire envueltas en pequeñas llamaradas.

—Ay, Trono —exclamó—. Ay, Trono.

Los portadores de plaga alzaron las espadas negras al unísono, como autómatas, y se abalanzaron sobre él a una velocidad sorprendente.

—*Uno* —dijo el primero mientras dejaba caer la espada sobre él. El historiador bloqueó el ataque.

El segundo blandió la espada en el espacio que había dejado Fabian al repeler el primer embate.

—*Dos* —dijo.

—*Tres* —prosiguió el otro mientras se disponía a asestar el segundo golpe.

Fabian rechazó una acometida tras otra, cortando el aire con la hoja con una precisión que habría hecho que su entrenador esbozara una de sus infrecuentes sonrisas irónicas.

Se vio obligado a retroceder. Los demonios atacaban de forma maquinal, siguiendo un patrón en el que cada atacante contaba los golpes que asestaba. La espada de Fabian era más larga y él más

veloz, por lo que pudo bloquearlos todos, pero los demonios acabarían ganando. Aunque tenían la complexión de las víctimas de la hambruna, le sacaban una cabeza de altura y poseían una fuerza atroz. Cada golpe le lastimaba un poco más el brazo. No necesitaban herirlo de gravedad para matarlo; un simple rasguño de sus garras o sus hojas y sería hombre muerto. Probablemente se hubiera contagiado ya solo por la proximidad. Su mente consciente no pudo evitar pensar en esa posibilidad mientras su subconsciente asumía la tarea de supervivencia. Sus años de entrenamiento dictaron sus ataques y contraataques de tal forma que Fabian tuvo la sensación de que era otra persona la que empuñaba la espada.

Cuando por fin vio la oportunidad, atacó y hundió la espada de energía en el lateral del cuello de uno de los portadores de plaga. Aunque impactó como un hacha al clavarse en madera mojada, el contacto pareció afectar a la espada: la efusión del campo de disrupción enmudeció y el plastiacero de la hoja se embotó. Un dolor intenso y caliente recorrió el arma y contrajo la mano de Fabian con los achaques de la fiebre. Apretó los dientes, pero pese a aferrarse a ella con todas sus fuerzas, sus dedos se distendieron en torno a la empuñadura. La criatura gruñó y, en cuanto se echó hacia atrás, haciendo alarde de su asombrosa fuerza, logró arrancarle el regalo de Guilliman de las manos.

Fabian hizo frente al monstruo sin armas, sujetándose el brazo mientras esquivaba los golpes de los congéneres de la criatura.

—*Diecinueve* —siseó—. *Veinte*. —El filo de la espada lo salpicó con su veneno y le quemó la piel.

Se echó hacia atrás, pero los demonios lo siguieron. Empezaron a oírse disparos, gritos y recuentos lejanos desde el parapeto. Las alarmas sonaban por toda la fortaleza.

Los portadores de plaga levantaron las espadas una vez más.

—*Veintiuno…* —dijeron.

Sus golpes nunca llegaron. Una voz amplificada rugió en la noche.

—Fabian, apártate, ¡hazte a un lado!

El historiador se lanzó hacia atrás al tiempo que tres proyectiles bólter atravesaban el aire envueltos en una estela de fuego y se

estrellaban contra el portador de plaga que portaba su espada. Detonaron de forma casi simultánea, desperdigando vísceras apestosas por todas partes, gran parte de las cuales salpicaron de lleno a Fabian. Por increíble que pareciera, el demonio seguía en pie pese a tener el torso hueco y a que el brazo con el que sujetaba la espada se retorcía en el suelo.

El hermano de armas Racej Lucerne irrumpió en la noche como un camión pesado desbocado y embistió al portador de la plaga, que salió volando por los aires y cayó a seis metros de distancia con un fuerte golpe. Las vísceras se desparramaron desde el torso abierto. La empuñadura de la espada de Fabian golpeó el suelo y, al caer sobre ella, el peso del demonio la hizo girar, cortándole la cabeza de cuajo, como si fuera la parte superior de una fruta estropeada.

Mientras Lucerne hacía retroceder a una de las criaturas de un empujón, Fabian atravesó limpiamente a la otra con su propia espada. La espada del marine, tan grande que hacía que el arma del historiador pareciera ridícula, más que cortar al demonio en dos, lo aniquiló. El estampido provocado por el campo de disrupción perforó los oídos de Fabian. La mitad superior de la criatura saltó por los aires. Cuando Lucerne se detuvo y se acercó a su camarada, la criatura ya había muerto y volvía a disolverse en la nada.

—¿Estás bien, amigo Fabian? —le preguntó el Black Templar. Soltó la pistola y dejó que colgara de la cadena que la sujetaba a su muñeca antes de extender una mano negra como la noche para ayudar al historiador a levantarse. La lluvia le ceñía el tabardo a las piernas y las cruces de la librea relucían en la humedad.

—Ahora que te he visto, me siento mejor —respondió Fabian. Lucerne no se movió un ápice para dejar que el historiador apoyara todo su peso en su brazo—. Vamos —le dijo. Sacó la espada de entre los restos burbujeantes del demonio muerto. Estornudó y maldijo por lo bajo.

—Deberías dejar que los médicos te vean —le sugirió el marine —. Estos no nacidos inmundos portan todo tipo de pestilencias.

—Dejemos que el Emperador decida si sucumbimos, ¿te parece? —replicó el historiador.

—No te burles de mi fe —le advirtió Lucerne.

—No lo hago —le aseguró Fabian. Echó un vistazo a su alrededor, buscando al nurglete fugitivo entre la lluvia—. Estas criaturas no tienen mucha incidencia en la realidad. Sus cuerpos ya han empezado a disolverse. Si fuera a morirme por culpa de alguna de sus enfermedades, ya estaría muerto.

—No puedes confiar en…

—¡Está bien! Iré a que me vean los médicos —accedió—. Pero primero ayúdame. Estoy buscando…

—¿Eso? —preguntó Lucerne. La linterna de su armadura se encendió y envolvió al nurglete en un círculo de luz intensa. Se alejaba a hurtadillas, intentando escabullirse. Se quedó inmóvil.

Se volvió para mirarlos sin siquiera inmutarse. Se llevó un dedo a los labios mientras los tentáculos que le envolvían el brazo izquierdo se retorcían y señaló con la mano derecha hacia la ladera de la montaña a través de la tormenta. Fabian entornó los ojos y escudriñó la oscuridad, intentando ver lo que señalaba.

—Te condeno al fuego del Emperador, cosa inmunda —declaró el marine mientras apuntaba a la criatura con la pistola bólter.

—*Oh, cielos* —chilló el nurglete.

Racej disparó y el nurglete estalló como un quiste estrujado, salpicando todo el pavimento.

—¿Qué señalaba? —murmuró Fabian. Se estremeció. Sentía un calor insoportable en la piel.

Se oyeron varios disparos cerca. Un trío de Ultramarines se acercó gritando letanías de purificación. Dos eran veteranos de la Primera Compañía, ambos ataviados con cascos blancos, liderados por Tigurius.

—Hermano de armas Lucerne —dijo el bibliotecario jefe.

—Demonios —respondió el marine—. Creo que esta sección está despejada.

Tigurius asintió.

—Crees bien. Se han ido. Hemos contenido esta oleada, al menos de momento. Pero vendrán otra vez. Esto es solo el principio. Es por culpa de esta lluvia. —Miró al cielo, hacia el aguacero, y volvió a bajar la mirada. Cuando lo hizo, la luz de su poder psíquico le iluminaba tenuemente los ojos. Los posó en los restos

burbujeantes del nurglete y se inclinó para recoger la varita de la criatura entre el pulgar y el índice.

—Un nurglete aislado, mi señor —explicó Lucerne.

Tigurius se quedó mirando el pequeño báculo, que parecía resistirse a los esfuerzos de la realidad por disiparlo y se mantenía sólido, sin apenas humear.

—Algo peor, mucho peor. Parece que uno de los siervos favoritos del Dios de la Plaga se ha fijado en nosotros. —Sus ojos brillaron y el pequeño báculo se desvaneció con un trueno minúsculo. —Esta criatura era un avatar menor de Rotigus. Percibo su esencia por todo este lugar.

—¿Quién? —preguntó Lucerne.

—Un gran demonio —explicó Tigurius—. Según nuestros libros de historia, es uno de los demonios más exaltados del Dios de la Plaga.

Fabian solo escuchaba a medias lo que decían los transhumanos. Caminó hacia donde les había señalado el nurglete. Vio algo. Una especie de portal en la roca.

De repente, los músculos se le contrajeron en un espasmo y se cayó al suelo. La espada de Guilliman se le resbaló de las manos. Dejó escapar un grito ahogado al sentir el impacto de la piedra dura contra las rodillas, incapaz de levantarse. Tenía hipo, sentía que le faltaba el aire y la cabeza le daba vueltas.

—Ha estado expuesto —dijo Lucerne.

—Llamad a los apotecarios —les ordenó Tigurius a sus hombres.

—¿Fabian? —lo llamó el marine.

El historiador alzó la mirada hacia su guardián, pero no pudo encontrarlo.

—No veo —dijo, y su voz sonó lejana.

—Tenemos que llevarlo adentro —declaró Tigurius. Siguió hablando, pero lo único que oía Fabian fue el rumor que le inundaba los oídos. Sentía una fuerte presión en el pecho. Intentó hablar, explicarles lo que había visto, pero las palabras permanecieron encerradas en su cabeza. Lo que había estado señalando el diablillo era una entrada auxiliar a la Biblioteca de Ptolomeo.

CAPÍTULO QUINCE

GUILLIMAN HABLA

Diamider Tefelius no acababa de sentirse bien. Aguardaba en posición de firmes junto a sus compañeros, con la pistola láser sujeta en alto frente a él, en una posición tan forzada que hacía que le temblaran los brazos. Se sentía incómodo con el uniforme de gala, acalorado en la tarde empalagosa.

Los oficiales de la Auxilia Ultramarina del Astra Militarum en Iax flanqueaban las escaleras que conducían desde la Vía Espiral hasta el Palacio de las Flores. La edificación se había ganado su nombre a pulso, ya que, en tiempos normales, solía estar cubierta de flores de todo tipo que lo dotaban de una arquitectura viva y colorida; pero ahora estaba enfermo, como todo lo demás, y todos los colores se habían marchito con los tallos, dejando una masa viscosa, negra y viscosa que goteaba de las jardineras. Sin embargo, aun manchado de limo, el palacio era magnífico. Mientras lo espiaba por encima de los brazos doloridos y por debajo del pico reluciente del casco que le restringía la visión, Diamider pensó que se veía mejor así, como si las manchas realzaran la gloria de lo que fue y de lo que podría volver a ser algún día. Le pareció que era un símbolo del ciclo eterno de la muerte y el renacimiento, y de cómo las obras de los mortales no podían aspirar a hacer frente a la entropía…

Luego pensó: «¿En qué tronos estoy pensando?».

El sonido de unas trompetas resonó por las escaleras. Las voces de los capitanes de la Auxilia apostados en cada uno de los rellanos ordenaron que presentaran las armas al primarca. Se oyó un estampido de botas mientras tropas enteras lo ensalzaban. Las trompetas y las voces se acercaron cada vez más, seguidas de las fuertes pisadas de unos dioses acorazados.

Cuando llegó el turno de Tefelius de gritar la orden de bienvenida, estuvo a punto de equivocarse; lo habría hecho si su corneta no le hubiera dado un codazo antes de llevarse la trompeta de plata a los labios. El instrumento retumbó en su oído y lo sacó de su ofuscamiento. Alertado por el sonido, golpeó el suelo con el pie y, poniendo su mejor voz ceremonial, gritó:

—¡Presentad vuestras armas ante el Señor de Ultramar! ¡Gloria al Lord Comandante! ¡Gloria al Regente Imperial!

Sus tropas giraron sobre los talones para mirar de frente al último primarca vivo y dieron un pisotón en el suelo, haciendo temblar la escalera. Extendieron las armas ante sí para presentarlas al primarca. La posición de sus compañeros y los altos penachos de sus uniformes de gala lo tapaban todo, salvo el bosque ondeante de estandartes que subía por las escaleras detrás del primarca. Eran magníficos, tanto en profusión como en variedad, representativos de cada sección del ejército imperial.

«Para acabar todos manchados. Para acabar todos derribados», pensó Tefelius, para su propia alarma.

A medida que Guilliman subía hacia ellos, los oficiales iban retrocediendo y volviendo a sus posiciones iniciales, llevándose las armas al pecho y luego al hombro, un movimiento que agradecieron profundamente los brazos doloridos de Tefelius.

—¡Gloria a lord Guilliman! ¡Gloria al salvador de Iax! —gritaron, aunque todavía no había salvado el planeta. Había sido idea de Costalis dar las gracias por un presente que aún no habían recibido. El entusiasmo que había mostrado el comandante imperial por la llegada del primarca rozaba lo patético.

Una vez más, Tefelius se sorprendió de sus propios pensamientos. ¿Por qué pensaba estas cosas? No sentía más que respeto por Costalis. Debajo del casco, tenía el rostro empapado en

sudor. Empezó a sentirse mareado. Temió desmayarse antes de que llegara el regente.

La procesión avanzaba hacia él, una masa confusa de gente ataviada con túnicas de todo tipo, encabezada por los sacerdotes, seguidos por los administradores. Detrás de ellos iba el propio lord Guilliman, enorme e impaciente entre tantos ratoncillos errantes, pero obligado a seguirles el ritmo. Por un momento, Tefelius se limitó a contemplarlo, a observar al hijo de dios, a ese titán de armadura azul y, en ese preciso instante, sintió un terror descarnado e irrefrenable que no le pertenecía. Sintió que algo se retorcía en su nuca. Apenas consiguió mantenerse erguido mientras el primarca pasaba de largo y otro coro de voces y trompetas le daban la bienvenida unos escalones más arriba al tiempo que una larga fila de poderosos señores y Ángeles de la Muerte desfilaban a su lado.

Tefelius intentó respirar más despacio. Cuando acabara el día, tendría que ir a ver a los médicos.

—¿Capitán? Digo, ¿señor? ¿Te encuentras bien?

Parpadeó. Su sargento le estaba susurrando algo. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba hablándole.

—¿No deberías unirte a los otros oficiales en la procesión?

Una nutrida comitiva de oficiales de Iax estaba subiendo las escaleras. Tefelius debería haber estado detrás de ellos.

—Sí, sí —dijo, apresurándose a unirse a ellos mientras se preguntaba qué demonios le pasaba.

Las tropas de Tefelius debían actuar como guardia ceremonial alrededor del Palacio de las Flores y, aunque él, como capitán, debía permanecer con ellas antes de acudir a la sesión informativa del primarca, lo cual implicaría perderse el discurso que Guilliman dedicara al pueblo en general, Tefelius no se quedó mucho tiempo. Sentía una urgencia inquietante, un sentimiento que recordaba de sus años de juventud, cuando sentía el impulso de hacer algo, aunque no supiera qué deseaba hacer o por qué. Le pidió a uno de sus lugartenientes que ocupara su lugar y se marchó a toda prisa.

El Palacio de las Flores era un edificio grande y redondo, provisto de numerosos arcos dispuestos en círculos apilados que conformaban los laterales. Los que se encontraban por encima de la

planta baja estaban rellenos de ladrillo y adornados con jardineras hortícolas, repletas de tallos marchitos en estos tiempos de adversidad, y nichos empotrados en los que crecían árboles, en su mayoría muertos también. En muchos de los nichos solo quedaban los tocones de los árboles que los cultivadores habían talado.

El anillo de arcos inferior estaba abierto, de modo que el palacio se asentaba sobre una serie de columnas construidas con tanta delicadeza que parecía flotar. Tefelius lo atravesó y llegó a un anillo interior compuesto por arcos similares, todos ellos enrejados. La verja de uno de ellos estaba abierta. El camino conducía a un fantástico vestíbulo con incrustaciones de piedra iluminado por varios lúmenes ornamentales: la entrada principal del palacio. Aunque una enorme puerta de pino macraggiano impedía el paso hasta el gran salón, pudo oír el rumor y el barullo de varias voces transhumanas tras ella. El corazón se le aceleró.

La puerta estaba custodiada por guerreros de la guardia gubernamental, aunque hoy los acompañaban un par de Space Marine. Tefelius reconoció los colores de sus heráldicas y los identificó como miembros de los Doom Eagles y del Capítulo Aurora. Su presencia suscitaba cierto temor, algo que algunos denominaban «terror Astartes». Eran enormes, estaban fuertemente blindados y preparados para matar y, aunque sus sentimientos hacia ellos solían girar en torno a la reverencia religiosa y a la seguridad, sabía que, pese a lo peligrosos que podían llegar a ser, habían sido creados para proteger a hombres como él.

En ese instante, sin embargo, sintió un terror tan absoluto que lo hizo tambalearse, incapaz de procesar qué hacía entrando allí. Se quedó de pie con la boca abierta y empezó a sudar de nuevo.

—¿Capitán Tefelius? —le preguntó uno de los guardias, pues era muy conocido en la ciudad.

—Yo…

—¿Qué te trae al vestíbulo? —inquirió el segundo guardia—. ¿No tendrías que estar recorriendo el perímetro?

Tefelius captó un movimiento leve por el rabillo del ojo y se dio cuenta, con creciente preocupación, de que el casco plateado de uno

de los Doom Eagles se había girado hacia él y el soldado lo miraba a través de unas lentes oculares de aspecto despiadado y brillante.

El sudor le resbalaba por el cuello.

—El primarca —balbuceó. Las palabras brotaron del fondo de su mente, de un lugar donde el miedo fluía sin control. Fueron su boca y su lengua las que se movieron. La voz también era suya, tan familiar como su propia respiración, pero las palabras no le pertenecían. Sintió que algo le dibujaba una sonrisa en la cara—. El señor de todo el Imperio está aquí, exceptuando al mismísimo Emperador. —Sintió una extraña punzada de dolor al pronunciar estas últimas palabras. Notó que su sonrisa se ensanchaba en una mueca cada vez más falsa. —Quiero subir a la galería de observación para verlo. Es un ligero abuso de mis privilegios, lo admito. Me ofrecí como voluntario para hacer guardia, pero ahora que lo he visto, no puedo dejar pasar la oportunidad.

El Doom Eagle tomó la palabra.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —inquirió. El tono grave de su voz hizo que a Tefelius se le revolvieran las tripas y amenazaran con distenderse.

—Con todo respeto, mi señor ángel —dijo Tefelius irguiéndose —. Me encuentro entre los oficiales más célebres de Iax. He luchado junto al mismísimo Lord Agemman. Porto su medalla y ostento un cargo que me permite la entrada. Jamás se me ocurriría entrar en un lugar como este si no me estuviera permitido. Debo asistir a la sesión informativa que se celebrará en el estrategium después del discurso. ¿Qué hay de malo en verlo hablar ahora, cuando solo desea levantarnos el ánimo?

Se oyó un clic en el interior del casco del marine. Tefelius advirtió el destello característico de los lectores láser retinales, lo que sugería que el guerrero recababa archivos sobre el capitán.

—Lo que dice es cierto —dijo el Doom Eagle—. Sus credenciales son válidas. Dejadlo pasar.

—Adelante, capitán —dijeron los guardias humanos descruzando las picas.

—Gracias —respondió él.

Dio un paso adelante. De repente, una mano acorazada lo agarró del hombro, suave como la caricia de una madre, con una fuerza implícita capaz de aplastarle los huesos. Un marine del Capítulo Aurora.

—Espera —dijo—. Estás empapado en sudor.

—Son esas malditas enfermedades que nos llegan desde el campamento enemigo —explicó—. No es nada. Solo unas décimas de fiebre. Aquí la mitad de la población está enferma en cualquier momento dado.

El marine lo miró con detenimiento.

—Asegúrate de que un médico te examine cuanto antes. Tenemos experiencia con las enfermedades de la Death Guard. Hasta el más leve de los síntomas puede ser una sentencia de muerte.

—Sí, sí, lo haré, lo prometo —respondió el otro yo de Tefelius.

—Ya puedes irte —dijo el marine.

Tefelius los saludó a todos, sudando más que nunca en su vida, y entró.

No se dirigió a las enormes puertas, ya que estaban custodiadas un escuadrón entero de Ultramarines, sino que subió por las escaleras hasta la galería de observación del segundo piso. Se cruzó con hombres de su propio regimiento que montaban guardia en la escalera y lo saludaron al verlo. El grosor de la alfombra evitó que sus botas hicieran ruido al pisar y, al llegar a las puertas que conducían a la galería, estas también se abrieron sin hacer el menor ruido, permitiéndole entrar sin llamar la atención.

El Gran Salón del Palacio de las Flores era un gigantesco auditorio circular dispuesto alrededor de un escenario. El centro era hueco y vasto. Varias galerías estrechas y circulares se alzaban sobre él. Los asientos estaban alineados siguiendo la curvatura del edificio y dispuestos unos encima de otros de modo que todos ofrecían una vista sin obstrucciones. El lugar estaba lleno de administradores y oficiales militares. En general, el salón se utilizaba para actuaciones, aunque también era idóneo para la oratoria, por lo que la voz de Guilliman resonaba con claridad por todo el edificio, despertando en Tefelius devoción y terror a partes iguales. Al oír la voz del primarca,

sintió que le flaqueaban las piernas. Se sentó en el asiento más cercano, sin molestarse en comprobar quién más lo ocupaba. El susodicho se inclinó hacia delante al ver que Tefelius tomaba asiento y entrecerró los ojos para verlo mejor en la penumbra.

—Hola, capitán, me pareció que eras tú —susurró.

—¿Coronel Etander? —A Tefelius le dio un vuelco el corazón. Tuvo la absurda idea de que lo habían descubierto.

El coronel se le acercó.

—Me sorprende verte aquí. Hace unas semanas, insististe en que deseabas vigilar el exterior, argumentando, si mal no recuerdo, que no confiabas en nadie más. Incluso acabaste sacando de quicio a Dius al insinuar que eras mejor que él.

—Bueno, lo soy —declaró Tefelius.

El coronel se revolvió en su asiento y se rio con disimulo.

—Siempre has sido audaz, Tefelius, la combinación idónea de arrogancia y deber. Los hombres como tú suelen llegar lejos. Pero, a la hora de la verdad, no pudiste resistirte a verlo con tus propios ojos, ¿verdad?

El coronel desvió la mirada hacia Guilliman con una expresión de absoluta devoción en el rostro. El primarca estaba de pie en el escenario central, enfundado en un azul y un dorado resplandecientes iluminados por unos haces de luz llamativos. El escenario giraba lentamente para que todo el público pudiera verlo de frente. Lo rodeaban sus guardianes personales, un grupo de soldados casi tan intimidante como su señor. Varias bandadas de construcciones cibernéticas zumbaban en el aire; algunas grababan el acontecimiento para la posteridad mientras otras acechaban en busca de posibles amenazas.

—Sí —respondió la nueva voz interior de Tefelius a través de su boca—. Quería verlo antes de la sesión informativa. ¿Te importa?

—¿Ha ocupado alguien tu lugar?

—El teniente Tethermere —mintió.

—Un buen hombre. No, no me importa. Lo dejaré pasar. Te entiendo —dijo con una sonrisa—. ¿No te parece magnífico?

Guilliman estaba hablando de hermandad, victoria y nuevos comienzos.

—Con él a nuestro lado, venceremos —le susurró el coronel—. Recuerda lo que te digo, se acerca una nueva era para el Imperio, tanto si Iax se recupera como si no. Sabiendo que nuestra especie resurgirá, valdrá la pena perder nuestro hogar.

—Sí —respondió Tefelius confundido mientras su yo interior echaba humo. Las palabras de Guilliman no eran más que tópicos destinados a las masas, nada digno de mención.

Escucharon en silencio mientras el primarca pronunciaba su conmovedor y vacío discurso.

—No está revelando gran cosa, ¿no? —comentó Tefelius.

—Esto es solo un aperitivo —afirmó el coronel—. Tendremos ocasión de verlo más de cerca. ¿Piensas asistir a la reunión informativa?

—Sí.

—Entonces puedes acompañarme si lo deseas. Después se celebrará una reunión informal a la que podrás asistir conmigo. Vas a llegar lejos. No tengo ningún problema en reconocerlo. Es hora de que la gente se entere, te lo has ganado —dijo el coronel Etander con una sonrisa—. Y permíteme que te diga que me caes mejor ahora que sé que no eres tan recto todo el maldito tiempo.

La cosa que merodeaba en la nuca de Tefelius empezó a dar saltitos de alegría.

—Sí, coronel —respondió—. Me encantaría acompañarte.

CAPÍTULO DIECISÉIS

UNA ESTRATEGIA TRAICIONADA

Pilotar al humano era aburrido. La Babosa Delatora había acumulado una eternidad de experiencia parasitando a otros seres y era capaz de manipularlos sin prestar demasiada atención a sus estúpidas extremidades. Pero había algo en los humanos que le resultaba particularmente desagradable. Quizá se debiera a su poco potencial. No representaban el menor desafío. Es más, ya estaban medio condenados desde el momento mismo en que nacían. ¿Qué tenía de divertido corromper algo que ya estaba corrompido?

Qué lelo era el tal Tefelius. Un hombre sin grandes pasiones más allá de su enamorada y su monótono deber. No obstante, acabaría dándose cuenta de que había traicionado a su adorada deidad, la Babosa se aseguraría de que así fuera. Tendría que divertirse con eso. Se regocijaría en el delicioso sentimiento de la desesperación de su anfitrión antes de que muriera.

La Babosa Tefelius siguió al coronel desde el auditorio hasta el estrategium del gobernador. A juzgar por los murmullos de desaprobación de los humanos modificados, supuso que la sala escogida no era un ejemplo digno de su clase. En lo personal, la Babosa no tenía la menor idea.

Había visto tantas variaciones en lo que concernía a las salas de conferencias estratégicas, desde cuevas húmedas hasta cerebros

vivos interconectados tan grandes como lunas, que todas le parecían insulsas.

Guilliman ocupaba el único asiento lo bastante grande para acomodarlo, que presidía la gran mesa central de la sala. Solo a los miembros más veteranos de su consejo y del gobierno del planeta se les permitió sentarse a la mesa con él. Por lo demás, la estancia presentaba el mismo diseño que el auditorio, redonda, pulcra y aburrida. La labor de la Babosa Delatora no estaba siendo ni la mitad de divertida de lo que había esperado. Solo lo hacía para ascender en las jerarquías de Nurgle.

Se rio para sus adentros. ¡Todo lo que hacía lo hacía por seguir ascendiendo! Sus risitas escaparon por la boca de Tefelius como un eructo que apenas consiguió disimular.

«Cuidado, Babosa», se dijo a sí misma. Había varios brujos humanos de gran poder en la habitación. Sus almas lo tentaban con su brillo, pero no debía aventurarse o acercarse a ellos, ni hablar, porque si lo hacía, se percatarían de su presencia y el resultado de su misión distaría mucho de ser óptimo.

Había elegido bien. Tefelius y su señor eran lo bastante importantes como para estar presentes en la sala, pero no lo suficiente como para poder sentarse cerca del diosecillo, por lo que tomaron asiento al fondo, lo bastante lejos del primarca y sus amigos mata demonios como para hacer que se sintiera casi segura.

«Casi —se recordó a sí misma—, no es lo mismo que totalmente segura». Debía ser precavida. Había habido otras como ella en el pasado, nacidas del mismo cadáver devastado por la magia. Sus hermanas no habían sido lo bastante precavidas, por lo que ella era una de las pocas que quedaba. A los mortales no les gustaban los espías. Además, no era imposible matar a un no nacido. Cualquiera de los brujos allí presentes podía hacerlo posible. Luego estaba esa espada horrible…

Intentó no mirar la espada.

Se acercó un poco más al límite de la conciencia de Tefelius y aguzó el oído.

Guilliman saludó a los presentes y destacó a algunos de los hombres y mujeres más poderosos de la sala para halagarlos, o al

menos eso le pareció a la Babosa; eran un puñado oficiales del planeta, personas que seguían aferrándose a la idea de Iax aun cuando Pestiliax ya había nacido.

La Babosa se dedicó a juguetear durante el resto de presentaciones y demás perogrulladas, haciendo toser a Tefelius, que se afanaba por disimular los ataques de tos con el puño, con el pecho agitado y la cara enrojecida. El huésped era fuerte, pero no tardaría en sucumbir a las dádivas de Nurgle. Siempre pasaba lo mismo. La fragilidad de los mortales la limitaba muchísimo.

Guilliman concluyó su perorata inicial y abordó el asunto en cuestión.

—Gobernador Planetario Costalis, señores y señores de Iax, no adornaré ni endulzaré lo que me dispongo a decir, pues la verdad seguiría siendo desagradable aunque lo hiciera.

Recorrió la sala con la mirada, con una expresión seria y severa en el rostro. La Babosa puso los ojos de Tefelius en blanco.

—Iax corre el riesgo de verse arrastrado a la disformidad y el resto de Ultramar con él —declaró el primarca—. He venido aquí para evitarlo.

Un bonito dibujo apareció por encima de la mesa. La Babosa lo identificó como un mapa de Ultramar y, aunque muchas de sus estrellas brillaban con una luz menos saludable y bastante más agradable en la vida real, su estado actual no se reflejaba en el cartolito. Unos suaves destellos globulares demarcaban los límites de los sistemas imperiales, aislados entre sí por unos páramos oscuros. En realidad, estaban muy dispersos y eran vulnerables, unos pocos cientos de sistemas repartidos por un área del espacio que albergaba decenas de millones de estrellas. Y, sin embargo, eran tan necios que se creían los amos de la galaxia. Incluso la realidad limitada en la que vivían los sobrepasaba. Estaban condenados, como tantos otros antes que ellos.

—Mortarion ha establecido una red de hechicería entre nuestros dominios, una red que ha corrompido las mentes, las almas y los cuerpos de los súbditos de Ultramar tanto como ha corrompido sus mundos —continuó Guilliman.

Por el mapa comenzó a extenderse una red que teñía de verde chillón cada sistema estelar que tocaba. Los zarcillos que la conformaban siguieron dividiéndose y extendiéndose, fracturando el vacío cada vez más. La Babosa aprobó la mayor precisión de esa ilustración.

—Esta red de poder se ha ido extendiendo de un mundo a otro —prosiguió—, cada uno de ellos centrado en un potente nexo de corrupción.

Junto al mapa aparecieron varios relojes de manera sucesiva, todos exquisitamente feos.

—Hemos destruido muchos de ellos por toda Ultramar. Gracias a ello, la red se ha visto interrumpida. La paz regresa a nuestros mundos. La desobediencia civil provocada por su efecto corruptor disminuye. La plaga retrocede.

Algunas de las estrellas centellearon. Un momento después, la red empezó a marchitarse y alejarse de Parmenio, Espandor, Drohl y docenas de otros sistemas estelares, hasta quedar reducida a un montón de trozos fibrosos e inconexos.

—Pero el núcleo de esa red se encuentra aquí, en Iax. Para derrotar a Mortarion de una vez por todas, debemos arrancar el corazón de su red. Una vez hecho, amigos míos, podéis confiar en que Iax se recuperará.

Guilliman volvió a poner en práctica su truco más característico y recorrió la sala con la mirada, deteniéndose en las personas más importantes, como si intentara transmitirles su confianza en ellos. Aunque la Babosa pensó que era una simple pantomima, se alegró de que el primarca no mirara en su dirección.

—Habrá una fuente de infección, un punto de conexión. Un artefacto físico del que provienen todos los males que nos afligen. Mi intención era destruir esa cosa, como hemos destruido todas las demás. Para ello, he destinado los considerables recursos de mi flota a encontrarlos. Las máquinas de nuestros antepasados, los nuevos dispositivos del archimago Cawl y las habilidades de nuestros psíquicos más poderosos. Sin embargo, todas las ubicaciones de los artefactos que se encuentran dentro de las zonas más afectadas del planeta son inciertas. No hemos logrado discernir su emplazamiento

ni por medios tecnológicos ni por medios esotéricos. —Hizo una pausa. —Por lo tanto, no tenemos más remedio que centrar nuestros esfuerzos aquí, en Primer Desembarco. Fortificaremos la ciudad y desafiaremos abiertamente a Mortarion. Me enfrentaré a él, lo mataré y pondré fin a todo esto.

El gobernador Costalis levantó una mano temblorosa. «Eso sí es un hombre bendecido por las dádivas de Nurgle», pensó la Babosa.

—Habla —le indicó el primarca.

—Mi señor comandante y regente —dijo lord Costalis. Tenía la voz débil y la piel del color del suero—. La infección inicial que afectó a nuestro mundo se produjo en un hospital médico en Hythia. Desde allí fue que se propagaron las demás aflicciones. ¿Por qué no…? —Cogió aire con dificultad. El celador que lo acompañaba le acercó una máscara de oxígeno a la cara. Respiró hondo antes de hacerle un gesto con la mano para que se retirara. —¿Por qué no atacar ahí?

—¿Podrías localizar esas instalaciones ahora, lord Costalis? —le preguntó Guilliman.

El hombre pareció incomodarse.

—Sabemos dónde deberían estar, mi señor.

—Pero tus augures insinúan que ya no están allí, ¿correcto?

—Sí, mi señor.

—Eso se debe a que Iax se ha convertido en un mundo fronterizo, lord Costalis —le explicó el primarca—. Ya no se encuentra dentro de los límites del materium, no en su totalidad. La disformidad lo contamina. Ya no podemos asumir que la geografía del lugar continúa siendo como era.

—Hasta las piedras están corrompidas —se lamentó Costalis—. Primero llegan las enfermedades. Luego las plagas en los cultivos y los árboles. Después empiezan a sufrir los animales, hasta que, cuando la desesperación se apodera de nosotros al ver cómo enferma nuestro hogar, la peste se ceba con la población humana y altera el orden de todas las cosas. ¿Qué clase de guerra es esta?

—Una impía —dijo un Space Marine que la Babosa Delatora reconoció como el Tetrarca Decimus Felix.

—Entonces, ¿cómo podréis ganarla, mi señor?

—Al primarca caído no le interesa demasiado hacerse con puntos estratégicos —respondió Guilliman—. Los ejércitos de Mortarion luchan de una manera que, en principio, parece complicado predecir, pero tiene una estrategia. Sus acciones siguen un patrón. Solo tienes que pensar como él.

Guilliman se quedó mirando los patrones entrelazados de la epidemia, representados en tonos morados en el cartolito de Ultramar, similares a las marcas que presentan en la piel las víctimas de la peste.

—Mortarion sigue una estrategia destinada a alimentar las ambiciones de su dios. En cuanto se adopta su punto de vista, resulta evidente. Para una mente mortal, esta guerra puede parecer absurda, difícil de predecir, imposible de contrarrestar. Pero ese supuesto teórico es erróneo. Esta guerra es un ritual, y los rituales son predecibles.

»Al incitarme a venir aquí, Mortarion ha revelado su propia debilidad. En cuanto comprendamos la naturaleza ritual de esta guerra, podremos desentrañar el patrón —explicó el primarca—. La guerra ritual se caracteriza por su rigor. Para que tenga éxito, debe ser exitosa en cada una de sus coyunturas. No es como una guerra convencional, donde los contratiempos pueden superarse implementando una nueva estrategia. La guerra ritual es inflexible y, como tal, fácil de contrarrestar.

—¿Os provocó para que vinierais aquí, mi señor? —preguntó un general de los regimientos de defensa planetaria.

—Hizo más que eso —respondió el primarca—. En el momento culminante de la Batalla de Hecatone, en Parmenio, me retó a enfrentarme a él en este mundo.

—Entonces debía de tener algún motivo oculto —comentó el general.

—Sin duda —convino Guilliman—. Es una trampa. Pretende matarme.

—Entonces corréis peligro, mi señor primarca.

—Yo mismo decidiré el grado de riesgo que estoy dispuesto a asumir, pero de momento considero que es mínimo —señaló Guilliman—. A esto mismo me refiero cuando hablo de las

limitaciones de la guerra ritual. Mi muerte es uno de los objetivos de Mortarion, pero no es su objetivo primordial. Me atrevería a afirmar con cierta seguridad que solo es una etapa de su ritual, un sacrificio a fin de asegurarse el éxito de su estrategia global. Habiendo examinado sus acciones por toda Ultramar, y tras consultar con la Concilia Psykana, he llegado a la conclusión de que se propone, cuando menos, corromper nuestro reino de forma duradera y, casi con toda probabilidad, abrir una nueva fisura disforme, como ya hemos visto en otras ocasiones en el transcurso de la guerra mayor. Mis hermanos caídos muestran un gran afán de adquisición territorial. Creo que Mortarion desea Ultramar para su señor y, tanto si su intención es arrastrarla por completo a la disformidad o crear una superposición materium-inmmaterium asolada por la plaga, como ha hecho en las Estrellas del Azote, para nuestro pueblo el resultado será el mismo: un infierno de decadencia y enfermedad, sin escapatoria ni consuelo.

»Sin embargo —prosiguió el primarca—, su afán de adquisición territorial implica que está sujeto a dos conjuntos de exigencias que compiten entre sí: las mundanas, o territoriales, y las esotéricas o, lo que es lo mismo, las rituales. Ambos tienen sus limitaciones y esas mismas limitaciones se multiplican entre sí. Por consiguiente, se encuentra más limitado que yo, ya que yo solo debo entorpecer sus acciones para eliminar su posibilidad de victoria. Esto, que quede claro, no es sinónimo de nuestra victoria. Para nosotros, la victoria reside en la completa erradicación de estas amenazas, en la prevención de una posible corrupción de la esfera material e inmaterial y en la restitución de nuestras posesiones a su estado anterior. Dado que la corrupción perdurable es resultado de la presencia de mis hermanos, lo máximo a lo que podemos aspirar es a limitar los daños. Es más sencillo para nosotros hacerle perder que ganar de verdad, si es que estos términos pueden aplicarse a una guerra de esta naturaleza.

Volvió a mirar con severidad a aquellos hombres y mujeres acobardados que lo adoraban y temían a partes iguales. La Babosa Delatora anhelaba poder presentarles a su propio señor, que era mucho menos exigente y mucho más generoso.

—Estoy aquí. Mortarion se encuentra en algún lugar del planeta, pero no iré a buscarlo. Podría haber tomado el mundo hace semanas, pero me quiere a mí. Estoy seguro de que ha dejado intacta la ciudad para incitarme a esperarlo aquí. Le daré esa satisfacción. Fortificaremos la ciudad y le haremos frente. Se ha vuelto arrogante. Si sabemos explotar su plan, venceremos.

»En resumen, nuestro primer objetivo será asegurarnos de que Mortarion no tenga éxito. El segundo será destruir la red de corrupción subyacente en Ultramar. El poder de Mortarion está disminuyendo, está fracasando. Hemos recibido noticias de que una gran parte de la legión de Mortarion ha abandonado Ultramar. Sus planes se están desmoronando, al igual que su red de inmundicia. Lo expulsaremos de aquí. Una vez conseguido, la reconstrucción de Ultramar y su fortificación contra nuevos ataques podrán dar comienzo.

El cartolito se desplazó y enfocó la posición de Primer Desembarco.

—Hay factores desconocidos a los que debemos anticiparnos, incluidos, entre otros, el número de aliados demoníacos de Mortarion y el verdadero potencial de las fuerzas de vacío presentes en el sistema o a punto de trasladarse desde la disformidad.

—Mortarion controla el ochenta por ciento del planeta —resolló Costalis—. Pero sigue habiendo otros focos de resistencia. ¿Qué hay de las otras ciudades? Algunas se encuentran en mal estado y tal vez podrían abandonarse, pero las que están en los alrededores están tan poco afectadas como Primer Desembarco. No podemos abandonarlas a su suerte.

—Ya lo había anticipado —dijo Guilliman—. Mortarion vendrá a por nosotros aquí, simplemente porque yo estoy aquí. Pero atacará en otra parte para incitarme a actuar de manera precipitada. No deseo que eso ocurra. Quiero que se vea obligado a comprometer más activos de los que pretende a la batalla de aquí. Nuestros en ejércitos en el sistema son numerosos y aquí me acompañan tres grupos de batalla completos. La cruzada ha reconquistado subsectores con menos recursos de los que ahora mismo tengo a nuestra disposición. Por lo tanto, cada una de las ciudades

supervivientes recibirá una guarnición para ayudar a defenderlas. Serán lo bastante grandes para disuadir al enemigo de cualquier ataque oportunista, conformados por soldados del Astra Militarum, con un núcleo de Adeptus Astartes y Adepta Sororitas, y el apoyo del Adeptus Mechanicus. También contarán con equipos de descontaminación, psíquicos y personal médico.

—Nuestros ciudadanos seguirán estando en peligro —señaló Costalis.

—Por eso debemos centrar nuestros esfuerzos en proteger solo lo material. A partir de mañana, todos los civiles serán evacuados. Al igual que lo seréis todos vosotros —dijo Felix.

Las palabras del tetrarca causaron cierto alboroto entre los presentes, hombres y mujeres que se habían resignado a morir defendiendo su ciudad.

Felix alzó la voz.

—En la flota hay espacio suficiente para todos los habitantes de Primer Desembarco. Del resto, nos llevaremos a cuantos más podamos. Los humanos no modificados difícilmente podrán sobrevivir a esta batalla. Debéis dejar la defensa de la ciudad en nuestras manos, de lo contrario moriréis en vano. Si fracasamos, viviréis para servir al Emperador en otro lugar.

La Babosa se tomó un momento para reflexionar.

«Entonces —pensó para sí—, Guilliman no sabe nada de la Plaga Divina, ni del caldero. Va a fracasar». Se permitió soltar una risita disimulada, ocultando la sonrisa de la cara de Tefelius con una mano crispada.

Sintió que una mirada fría y dura se posaba en el rostro de su huésped.

Tefelius levantó la vista. La Babosa retrocedió presa del terror y huyó despavorida hacia la disformidad para informar a Ku'Gath. Su fuga dejó a Tefelius confundido, con un fuerte dolor de cabeza y una profunda sensación de inquietud al ver que el bibliotecario de los Space Marine lo miraba fijamente.

CAPÍTULO DIECISIETE

EL TRIUNFO DE KU'GATH

Los relámpagos centelleaban en el cielo enfurecido. Era natural.

Las campanas repicaban en torno al molino de la plaga mientras una hueste de demonios trabajaba en su interior. Una hilera de portadores de plaga se pasaba trozos de madera empapada de mano putrefacta en mano putrefacta, avivando las llamas que ardían bajo el caldero de Nurgle. Las Grandes Inmundicias contemplaban la escena desde una distancia prudente mientras los nurgletes brincaban como locos, enardecidos por lo que estaba sucediendo, correteando de un lado a otro y metiéndose bajo los pies de todo el mundo.

Ku'Gath hacía lo posible por ignorarlos. No podía permitirse ninguna distracción. Lo que burbujeaba en el caldero bien podría matarlo. Pese a ser un demonio inmune a toda clase de enfermedades, llevaba un traje protector hecho de pieles humanas viscosas cosidas formando un perturbador mosaico en el que las pieles parecían personas aplanadas que se agitaban como las hojas en otoño. De momento, no se había puesto la capucha, que se movía de un lado a otro sobre su espalda, pero pronto tendría que ponérsela.

Ku'Gath, Padre de la Plaga, se preparaba para cosechar su último y más exquisito brebaje con sumo cuidado. Removía con

delicadeza, examinando con su ojo experto cada remolino que se formaba y cada burbuja que estallaba en el líquido. Probó el mejunje, miró hacia arriba un momento para juzgar su calidad y volvió a removerlo tres veces más, ejecutando con precisión cada movimiento de la pala. Supo que había terminado cuando una pequeña columna de vapor rompió la superficie y formó una espuma de burbujas que se deslizó por el caldero. El vapor dibujó una calavera que permaneció boquiabierta unos segundos antes de dispersarse y alejarse.

—*Silencio, mis preciosuras. ¡Silencio!* —dijo Ku'Gath. Por una vez, lo obedecieron. Todos se quedaron callados, desde la criatura más parlanchina hasta el portador de plaga más cascarrabias. Todos los ojos estaban puestos en él.

»*Por fin* —susurró, para evitar que el volumen de su voz perturbara el brebaje—. *La Plaga Divina está casi lista. Solo queda un ingrediente por añadir*.

Todos conocían bien su misión. Sin necesidad de que nadie les dijera nada, varios portadores de plaga fueron arrastrando los pies hasta un muelle de madera negra que sobresalía del suelo destrozado del molino de la plaga. Ku'Gath retrocedió hasta llegar a ellos y, entre gemidos y quejas, asieron la capucha de su señor y se la pusieron sobre la cabeza. Luego empezaron a maldecir por lo bajo mientras le envolvían la cornamenta y ataban lo numerosos tendones resbaladizos necesarios para mantener a salvo al demonio. Cuando por fin terminaron de colocársela, los ojos de Ku'Gath quedaron protegidos por unas lentes gruesas y la nariz cubierta por un pico alargado relleno de hierbas malolientes.

—*Ahora cuidado* —murmuró—. *Mucho cuidado. Una plaga capaz de matar a los dioses podría matar a un simple demonio como yo con facilidad*.

Los portadores de plaga, haciendo alarde de una gran prudencia, se alejaron arrastrando los pies. En cambio, los nurgletes, demasiado cortos de mente para comprender el peligro que corrían, se quedaron mirando.

Ku'Gath echó un vistazo a su alrededor antes de meter la mano en un módulo de taquillas oxidadas que hacía las veces de estante

de ingredientes. Abrió una de las puertas, rebuscó entre las hojas húmedas del interior y, con unas delicadas pinzas, sacó un frasco de cristal diminuto, tan pequeño como el pulgar de un humano.

—*¡La esencia vital del primarca!* —anunció, no sin cierto dramatismo, pues el momento así lo exigía. La sangre seguía estando tan limpia que resultaba asquerosa. Había sido todo un alivio poder guardarla temporalmente en aquella caja, ya que estar en contacto con el cristal, incluso teniendo el traje de pieles puesto, lo hacía sentir enfermo, y no en el buen sentido.

—*¡Guau!* —exclamaron los nurgletes. Mientras los portadores de plaga se alejaban arrastrando los pies cada vez más deprisa, más y más nurgletes se acercaban andando como patos. Los muy tontos querían verlo de cerca.

Ku'Gath no dejaba de sudar dentro del traje. La siguiente parte era peligrosa y la que vendría a continuación aún más peligrosa. Debía tener cuidado.

Con un par de pinzas aún más pequeñas, retiró el tapón del frasco y dejó que colgara de la fina cadena que lo mantenía atado al vial. El aire se impregnó de la pureza de la sangre, haciendo que los nurgletes más cercanos se abrazaran y gimotearan.

—*Ahora viene la parte arriesgada* —dijo una vez más. Con sumo cuidado, agarró el frasco abierto con las pinzas grandes y, usando las pequeñas para mantener el tapón alejado del vial, lo inclinó con suavidad sobre el caldero. La gota rubí se deslizó por el interior y se detuvo en el borde del cuello.

Ku'Gath dejó de lado todos sus temblores y achaques y se centró en completar la tarea, manteniendo las manos igual de firmes que las de un cirujano. Con un ligero movimiento, dejó caer la mitad de la sangre en el caldero y volvió a inclinar el frasco hacia atrás para conservar la otra mitad en el vial, que cerró con destreza.

La sangre desapareció en el mejunje en cuanto la pequeña gota carmesí se vio engullida por el líquido verde incandescente. Aunque no parecía que hubiera ocurrido nada, Ku'Gath era demasiado sabio para creerlo. Dio un paso atrás y volvió a guardar la preciada sangre en la caja. Después volvería a escondérsela bajo la piel.

Luego esperó.

Seguía sin ocurrir nada, pero sabía con certeza que ocurriría; había preparado esta plaga a la perfección. Permaneció totalmente inmóvil, contemplando la mezcla. Los nurgletes, en su ignorancia, se acercaron de puntillas. Se agolparon junto a las paredes y los pórticos en torno al caldero, apilándose hasta formar un acantilado de ojos a su alrededor.

La síntesis final se inició como una cocción a fuego lento. En cuestión de segundos, empezó a borbotear con gran violencia, con unas burbujas que estallaban entre gorgoteos y desparramaban líquido por todas partes, hasta hacer que el caldero se tambaleara, traqueteando sobre las tres patas mientras las llamas escupían chispas por todas partes. Varios pozos de líquido espeso se derramaron por los lados, espumosos y nocivos, y sisearon al caer sobre los troncos, generando oleadas de humo y vapores apestosos que hicieron chillar a los nurgletes.

Los símbolos mosquiles grabados en los lados del caldero refulgieron con las luces cadavéricas de Nurgle. El caldero se sacudió con más fuerza. Una espiral de viento empezó a arremolinarse a su alrededor hasta convertirse en un vórtice apretado que se elevaba más y más mientras arrastraba todo lo que lo rodeaba con sus corrientes violentas. Las áreas donde el traje de Ku'Gath estaba un poco más suelto se hinchieron, mientras los nurgletes gritaban al verse absorbidos por un tornado creciente que se alzaba cada vez más. En lo alto del molino de la plaga giraba un enorme torbellino que empezó a succionar las nubes hasta dejar al descubierto una negrura que no era del vacío. Un párpado escamoso se abrió en su interior, revelando un ojo amarillo que miró hacia abajo con curiosidad.

—*Su ojo está sobre nosotros* —gritó Ku'Gath señalándolo—. *¡El Abuelo nos ve!*

Con un gran rugido, el líquido salió despedido hacia arriba en un chorro recto y atravesó el vórtice. Subió tan alto que a punto estuvo de acariciar el ojo del Abuelo. De repente, se oyó un trueno que casi pareció una carcajada, el vórtice se disipó y el líquido volvió a precipitarse a la superficie con un potente chapoteo mientras llovían nurgletes por todas partes.

La capa de nubes volvió a cerrarse. El gran ojo que hacía unos instantes había ocupado el cielo había desaparecido.

Ku'Gath se inclinó sobre el caldero. Donde antes burbujeaba un mar verdoso ahora había un tubo de ensayo sucio sellado con un tapón de corcho medio deshecho. Dentro había aproximadamente medio litro de un líquido que se movía como si estuviera vivo y pasaba del verde incandescente al púrpura mientras se producían distintas alteraciones.

—*¡Yuju! ¡Ha tenido éxito!* —dijo Ku'Gath, aunque no se lo creía del todo. Se apoyó en el borde del caldero y se estiró para intentar coger el tubo, pero no lo consiguió, así que zarandeó el recipiente. El tubo empezó a rodar hacia delante y hacia atrás en los posos que quedaban en el fondo, pero siguió sin poder cogerlo.

—*Maldición* —farfulló, sacudiendo el caldero con más fuerza.

De repente, el caldero se volcó y Ku'Gath salió despedido hacia delante, chocó contra el borde con la cornamenta forrada y cayó hacia atrás. El cardero empezó a rodar. El demonio se lanzó frenéticamente a por el tubo al ver que se precipitaba hacia el suelo y apenas logró atraparlo en el aire.

Dejó escapar un suspiro largo y lento.

—*Cielos. Debo tener cuidado con esto. Mucho cuidado.* —Se incorporó mientras acunaba el frasco como si de su nurglete favorito se tratara, cantándole suavemente, susurrándole cuánto lo quería y lo orgulloso que estaba de él.

»*Lo he conseguido. ¡Lo he conseguido!* —Levantó la mano y se quitó la capucha, pero luego frunció el ceño. —*Pero… ¿y si no funciona?*

Miró a los nurgletes alineados a su alrededor. Los diablillos le devolvieron la mirada. Algunos de ellos, los más despiertos, abrieron los ojos de par en par, se dieron la vuelta y empezaron a alejarse en silencio.

—*Esperad aquí un momento, mis preciosuras. Tengo algo para vosotras*.

Cogió las pinzas y retiró el corcho del tubo de ensayo.

El pánico cundió entre los nurgletes, que echaron a correr, tropezando y pisoteándose los unos a los otros. Unos pocos

reventaron como ampollas; fueron los afortunados.

Ku'Gath estiró el brazo todo lo posible, se protegió la cara con la otra mano y dejó que una sola gota del contenido del tubo cayera al suelo.

El efecto fue instantáneo. Un frente de onda circular y humeante estalló hacia fuera desde el punto en el que el líquido había chocado contra el suelo. Cada uno de los nurgletes con los que entró en contacto quedó reducidos a una mancha negra y pegajosa. Sus almas diminutas volvieron gritando a la disformidad, corroídas por los efectos sobrenaturales de la plaga. De la sustancia viscosa que quedó de ellos al morir nació una infección secundaria que se extendió en todas direcciones. Los nurgletes empezaron a estornudar. Una capa de mucosidad les cubrió los ojos, cegándolos y haciéndolos chocar entre sí, propagando más y más la enfermedad. Luego empezaron a toser las tripas antes de derretirse como babosas expuestas a la sal, gimiendo mientras morían. Para Ku'Gath, a quien los nurgletes habían irritado sobremanera desde el día en que él mismo había dejado de serlo, fue el sonido más dulce que jamás habría podido imaginar.

La devastación se extendió a gran velocidad, alcanzando a todos salvo a los nurgletes más rápidos, hasta que todo a su alrededor quedó cubierto de un cieno apestoso.

Entrecerró los ojos, escudriñó la disformidad con su visión de demonio y comprobó que ninguna de las almas de los diablillos muertos había sobrevivido.

—*Funciona* —susurró—. *¡Funciona de verdad!* —Se puso a bailar, chapoteando sobre los restos de sus siervos con los pies forrados.

Por una vez, Ku'Gath, Padre de la Plaga, se permitió sonreír.

No le duró demasiado. Se recordó a sí mismo quién era, volvió a arrugar el ceño y tapó el tubo de ensayo. Varios caracoles gigantes ya habían empezado a deslizarse por la estancia para sorber los restos de los nurgletes.

—*Mortarion* —dijo—. *Debo convocarlo. ¡Debe venir personalmente!*

Dicho eso, orgulloso y apresurado a partes iguales, fue a ponerse en contacto con su aliado.

CAPÍTULO DIECIOCHO

LA CRUZADA DE LOS TESTIGOS

Al cabo de unos días, los preparativos para la batalla contra los guerreros de Mortarion estaban bastante avanzados. Las torres de Primer Desembarco vibraban mientras unas naves sobrevolaban la ciudad para trasladar a los atemorizados habitantes hacia la relativa seguridad de los grupos de batalla de la Flota Primus y otras descendían para llevar Space Marine, tanques y autómatas de batalla de la Legio Cybernetica a la superficie. Guilliman pasó gran parte de ese tiempo encerrado con sus jefes militares. Fue durante uno de sus muchos debates sobre estrategia cuando se oyó un golpeteo en la puerta del estrategium. La tranquila charla entre los custodios, los marines y los jefes de grupo se interrumpió y Guilliman ordenó que se abrieran las puertas. Nadie salvo los miembros su Guardia Victrix tenían permiso para llamar a la puerta de esa manera. Un mensajero mortal ingresó en la estancia y se presentó ante el primarca, temblando de miedo por las noticias que debía entregar.

—Más vale que sea importante —dijo Colquan—. Se ha ordenado expresamente no molestar al primarca.

—Lo siento, mis señores —se excusó el mensajero—. Pero las noticias que traigo son de suma importancia. He venido por orden del tetrarca Felix.

—Entonces di lo que tengas que decir —lo apremió Colquan—. Tenemos una guerra que ganar y tu presencia aquí nos está retrasando.

Aunque la hostilidad del custodio hizo que se estremeciera, el hombre se las arregló para hablar.

—El militante apostólico Mathieu intenta abandonar la ciudad.

Guilliman bajó la mirada con tal concentración que el mensajero parecía estar a punto de disolverse en un charco de sudor.

—¿No me digas? —respondió el primarca—. ¿Dónde está Felix?

—En el Mirador Perenne, mi señor, por encima de la Barbacana de Puscinari.

—¡Ya ha ido demasiado lejos! Es hora de enmendar nuestro error —dijo Colquan—. Juro que yo mismo le retorceré el cuello a ese predicador escuálido.

—No harás nada. Ninguno de nosotros lo hará. Os quedaréis todos aquí —les ordenó Guilliman a sus generales—. Me encargaré de esto personalmente. —Los soldados de la Guardia Victrix apostados en la puerta hicieron ademán de acompañarlo, pero el primarca los detuvo con un gesto. —He dicho personalmente. —Y se marchó.

Guilliman salió del Palacio de las Flores usando una ruta rápida que discurría entre callejones atestados hasta llegar a los límites de la ciudad. Subió de cinco en cinco los escalones diseñados para mortales, dispersando a la gente que hacía cola para salir de la ciudad. Los más próximos a él retrocedían al verlo, abrumados por su presencia y aterrorizados por su poder, pero a lo lejos se oían los gritos de la multitud que empezaba a congregarse para contemplarlo.

Llegó a la Vía Espiral que bordeaba la ciudad, descendió y salió a una amplia plataforma excavada en la cima de uno de los acantilados de la ciudad, en las defensas del tercer nivel. Un macrocañón descansaba en silencio en el centro, con el morro tapado asomando bajo una lona. La plataforma se estrechaba hasta formar un saliente que se extendía sobre la llanura. En uno de sus laterales, como un árbol que se aferra a la pared de un acantilado,

asomaba un puesto de observación. Estaba diseñado para humanos, por lo que Decimus Felix escudriñaba el horizonte desde el parapeto.

Un carguero pesado gruñó al cielo desde un puerto espacial cercano.

Guilliman se acercó a donde estaba el tetrarca. Al percatarse de su presencia, el soldado que vigilaba el puesto casi dejó caer los magnoculares por la sorpresa.

—Decimus —dijo el primarca.

—Mi señor Guilliman —lo saludó Felix—. ¿Ves el problema?

El primarca asintió. La única puerta de la ciudad se encontraba seiscientos metros más abajo. Un acantilado de estatuas, palacios y puntos de defensa excavados directamente en la roca viva descendía hasta perderse en la bruma. A medio camino también estaba la muralla del segundo nivel, pero, incluso a través de todo eso, podía ver el tren de guerra de Mathieu y su congregación. Abarrotaban la barbacana que sobresalía de la montaña, un vasto castillo auxiliar que ocupaba dos kilómetros cuadrados y medio y cuyas murallas rivalizaban con las de la Fortaleza de Hera. Las torres de la barbacana eran unas estructuras monstruosas, cruentas como puntas de lanza y repletas de cañones.

—Parece que el militante apostólico desea liberar el planeta él mismo —señaló Felix.

—Eso no es todo lo que desea liberar, Decimus —apuntó Guilliman.

Felix le dirigió una mirada inquisitiva a su padre genético.

—No te entiendo, mi señor.

—Desea liberar mi alma —dijo el primarca en voz baja.

—¿Cuáles son tus órdenes entonces? Los guardianes de la ciudad tienen detenido al militante apostólico. Está atrapado. Las puertas están cerradas.

—¿Cuál ha sido su reacción?

—Guardar silencio —respondió el tetrarca.

—¿Y qué quiere?

—Que se abran las puertas, nada más. Les ha dicho a mis hombres que le ha sido encomendada una tarea sagrada y que debe llevar la lucha a los seguidores del Dios de la Plaga. —Felix hizo una

pausa. —Mi señor, tiene a miles de personas de la ciudad con él, se han unido a su cruzada. Está retrasando la evacuación. Está loco.

—Un juicio subjetivo. Piensa lo mismo de mí —dijo Guilliman, sin dejar de mirar hacia abajo.

Se oyó un leve zumbido cuando Felix incrementó el aumento de sus lentes oculares.

—El regimiento del coronel Odrameyer está con él. También varias unidades de la Adepta Sororitas y algunos otros. Hay muchos miembros de su hueste que han desertado sus puestos por él.

—Entonces puede que tenga una oportunidad —comentó el primarca sin apartar la mirada y sin dejar de hablar en voz baja. Apretó ligeramente los puños, luego volvió a relajarlos mientras pensaba.

—¿Piensas dejarlo ir? Tiene con él a muchos hombres que nos serían más útiles en otra parte.

—¿Qué quieres que haga, Felix? —inquirió Guilliman—. Si nos oponemos a él, luchará. Tenía razón, el daño que eso ocasionaría es incalculable. Ha sabido jugar sus cartas mejor que yo. Debo conformarme con que esté de nuestro lado. Quizá logre algo y, aunque discrepemos sobre el origen y la naturaleza de los fenómenos que hemos visto durante esta campaña, no existe la menor duda de que son reales.

—Entonces, ¿quieres que se les permita el paso? —le preguntó Felix.

El primarca asintió.

—Abrid las puertas, dejad que salga. Los hombres que lo acompañan habrían estado entre los evacuados de todos modos. No debilitará mucho nuestras defensas. Podemos permitirnos cederle algunas Hermanas de Batalla.

—Morirán todos, mi señor —declaró el tetrarca.

—¿Eso crees? —dijo Guilliman—. ¿Por qué no dejamos que pongan a prueba su fe? Decreto que su destino quede en manos de mi padre, pues yo no tendré nada que ver con ello. Da la orden.

Felix hizo lo que se le ordenó. Guilliman se alejó, pero él se quedó para ver cómo las puertas de Primer Desembarco se abrían de par en par y la congregación de batalla de Mathieu formaba una columna alrededor del tren de guerra antes de abandonar la ciudad entre cánticos. Una vez despejado el paso, los tanques del coronel Odrameyer se desplegaron a su alrededor para establecer un cordón móvil a través de los campos que se extendían a ambos lados de la carretera. A Felix le enfureció ver cómo desafiaban la voluntad del primarca de esa manera, pero Guilliman había ordenado que dejaran ir a Mathieu, así que lo habían dejado ir.

No había tenido intención de permanecer allí tanto tiempo, pero se quedó mirando la columna hasta que se perdió de vista entre la niebla contaminada y durante unos minutos más. Pensó en las razones que podía tener el primarca para dejar que el predicador saliera. «Supuesto teórico —pensó—, la Iglesia representa un verdadero peligro para Guilliman». En todo esto había una verdad innegable: el Adeptus Ministorum era omnipotente, estaba en todas partes y ejercía su influencia sobre todas las cosas, desde las esperanzas del niño más pequeño hasta el funcionamiento de los órganos más importantes del Estado. No obstante, no creía que todo se debiera únicamente a la influencia omnipresente de la Eclesiarquía y a la necesidad del primarca de dispensarle un trato especial. Cabía otra posibilidad, una mucho más preocupante.

«Supuesto teórico…», pensó, aunque lentamente, casi sin atreverse a considerar la idea.

«Supuesto teórico, Roboute Guilliman empieza a creer que su padre es un dios».

Diamider Tefelius iba dando tumbos por la vida como si estuviera atrapado en una niebla espesa y empalagosa. Apenas podía articular palabra cuando le hablaban, lo cual preocupaba a su esposa e inquietaba a sus subordinados. Solo los ataques de ira orquestados por su parásito mantenían a los médicos a raya. No dejaba de preguntarse qué le pasaba, por qué se le caía el pelo y le dolían tanto los dientes, pero cada vez que contemplaba la posibilidad de

someterse a un examen médico, la Babosa Delatora pellizcaba una sinapsis por aquí o tiraba de un ganglio por allá y el miedo a los médicos enterraba la idea.

La Babosa reconocía perfectamente las señales. Se le acababa el tiempo. Aunque era cauta con sus enfermedades, era un demonio de la plaga, por lo que, por más que actuara con mesura, el sufrimiento de su huésped era inevitable. Tefelius moriría pronto.

Tefelius, por su parte, ignoraba todo esto. Una vez más, se sorprendió en un lugar donde no había esperado estar, meciéndose ligeramente sobre un saliente sin más compañía que la del aire cargado de esporas y el suelo que aguardaba cientos de metros más abajo. Desde allí, podía ver con claridad el corazón de la Barbacana de Puscinari que rodeaba la puerta. Una gran fuerza militar abandonaba la ciudad. Una parte de él, enterrada en algún lugar en la parte posterior del cráneo, pareció encontrar aquella escena muy interesante, tanto que cedió parte del control que ejercía sobre Tefelius.

El capitán parpadeó, como un enfermo que despierta de repente sin saber muy bien dónde estaba ni qué estaba pasando. En ese momento, su cerebro aletargado se percató de la situación. Dejó escapar un grito ahogado, a punto de perder el equilibrio, y extendió los brazos contra la piedra que tenía detrás. Miró a izquierda y derecha. Sabía dónde estaba: un pequeño recoveco de la ciudad al final de un sendero poco conocido, un área circular con bancos y abierta al cielo, aunque resguardada de la caída por un alto muro provisto de tres ventanas sin cristales, una de las cuales debía de haber atravesado. Era un lugar alejado de las vías principales y, a menudo, desierto, frecuentado por amantes en busca de intimidad y el suicida de turno.

No tenía ningún deseo de unirse a esa segunda categoría. El problema era que estaba en el lado equivocado del muro, con los pies apoyados en un saliente diminuto.

Avanzó despacio, con el corazón en la boca. El saliente era un adorno arquitectónico de apenas ocho centímetros de profundidad, quebradizo por el paso del tiempo. La arenilla de la piedra le raspaba las plantas de los pies. No se atrevió a levantar los pies, sino que se

limitó a arrastrarlos. Cuando uno crecía en Primer Desembarco solía perderle el miedo a las alturas, pero esto era demasiado.

Tuvo que contener una oleada de pánico cuando su mano se balanceó sobre un espacio vacío. Era una de las ventanas. Temblando de miedo, se dio la vuelta, se aferró con fuerza al borde de la ventana con una mano y se introdujo por ella.

Al atravesarla, se quedó sentado en el suelo, temblando y con la cara bañada en sudor. Tenía que ver a un médico.

Ahí estaba otra vez esa extraña sensación, un movimiento en la cabeza que acallaba sus preocupaciones y lo dejaba adormecido.

—¿Qué me está pasando? —se preguntó en voz alta. Le apestaba el aliento y tenía la lengua dolorida.

—Una pregunta cuya respuesta me gustaría mucho conocer —dijo una voz grave y transhumana.

Unas lentes oculares tiñeron de un azul espeluznante el fondo del pequeño escondite. Una cortina de enredaderas se extendía sobre una pérgola de piedra y ocultaba los asientos que había debajo. Las vides, repletas de hojas rosadas y vibrantes antes del agravio de Mortarion, ahora eran hirsutas como el pelo de una bruja, pero seguían quedando suficientes tallos muertos como para camuflar al marine que se ocultaba en su interior.

El guerrero salió de su escondite, agachándose para evitar destruir los travesaños que sostenían las enredaderas. Llevaba una armadura de combate de un azul intenso, cubierta de marcas esotéricas, con la hombrera izquierda de color verde decorada con la insignia del Capítulo Aurora.

—Te vi, en el estrategium. —Tefelius temblaba cada vez más y sentía una acidez horrible en el estómago.

—Así es. Soy el Codiciario Donas Maxim. Soy uno de los consejeros del primarca. —El Space Marine apoyó su báculo con cuidado en el suelo. —Estás indispuesto.

—No es nada —respondió Tefelius. Se incorporó, casi sin poder mantenerse en pie, debilitado por la enfermedad y el miedo.

—Es algo —replicó Maxim—. Te he estado observando. He escuchado tus pensamientos. No eres tú mismo. Tienes un parásito.

Un miedo inquietante y aterrador invadió a Tefelius, pero solo una fracción era suya.

El marine apuntó al pecho de Tefelius con el báculo.

—No, mi señor, espera, por favor, yo…

—Intentaré salvarte si puedo —dijo Maxim. Sus ojos destellaron y, un instante después, un rayo salió despedido del báculo y alcanzó a Tefelius, agarrotándole los músculos y haciéndolo caer al suelo. Se puso de rodillas e intentó alejarse a rastras. Maxim se colocó delante de él y le cortó el paso con la firmeza de un tanque.

—Lo siento —se disculpó el bibliotecario antes de golpear al capitán con otra ráfaga de poder psíquico—. Lo que se habita dentro de ti debe salir y ser eliminado.

Tefelius empezó a tener arcadas mientras sufría convulsiones en todo el cuerpo, como las que afectan a los cánidos enfermos. Sentía algo en su interior, algo enorme, demasiado grande para caber en él y, sin embargo, parecía estar a punto de salirle por la garganta. Maxim se colocó el báculo bajo un brazo, como la lanza de un morador del mundo salvaje, y extendió la otra mano, que chisporroteó con energía disforme al extraer el veneno del capitán. La criatura se movió hacia arriba, empujando el ácido gástrico por el esófago de Tefelius hasta la garganta, abrasándolo todo a su paso. Por increíble que pareciera, era como si le saliera de la cabeza y de las tripas al mismo tiempo. Se le hinchó el cuello y se le cerraron las vías respiratorias. De repente, se atragantó con algo tan asqueroso que resultaba indescriptible. El vómito se le agolpó en el esófago, incapaz de encontrar una salida.

Maxim cerró la mano.

—Ya te tengo, no nacido —declaró.

Luchando contra la inminencia de su desahucio, la criatura se estiró aún más. Se le quedó atascada en la garganta, blanda y escurridiza, y empezó a oprimirle la parte posterior de la mandíbula. Un dolor terrible y espantoso se apoderó de Tefelius, que intentó gritar, pero solo pudo gemir desde lo más profundo del pecho. La presión siguió aumentando hasta que la mandíbula se le desencajó con un chasquido repentino y se le quedó colgando sobre el pecho mientras la cosa que llevaba dentro caía al suelo, vil y humeante.

Una oscuridad zumbante se cernía sobre Tefelius como una capucha, pero, con eso y todo, seguía consciente. Tuvo tiempo de echarle un buen vistazo al monstruo que se había estado escondiendo en su interior, de ver sus brazos rechonchos, su cuerpo de babosa, sus alas insectiles batiendo débilmente mientras intentaba escapar, antes de que Donas Maxim lo inmovilizara contra el suelo con los cuernos que coronaban su báculo y lo borrara de la existencia con un pulso de energía nacido de la disformidad.

Incapaz de articular palabra, sujetándose la mandíbula dislocada, Tefelius se desplomó en un charco de sangre y vómito sobre las losas del pavimento.

—Necesito un equipo médico en mi posición de inmediato con los equipos de protección completos —le oyó decir Tefelius a Maxim antes de que la negrura lo envolviera por completo y lo alejara del dolor.

CAPÍTULO DIECINUEVE

LAS DÁDIVAS DE KU'GATH

Ku'Gath se preparó para la llegada de Mortarion. Se quitó el traje de pieles, lo hizo un rollito y lo sorbió como si de un fideo de cuero se tratara. Luego adaptó su tamaño para que no superara el de Mortarion, cuya figura se mantenía invariable debido a su naturaleza semimortal. El primarca lo encontraría ocupando modestamente la altura de los dos primeros pisos del molino de la plaga, en lugar de sobresaliendo por el techo roto. También encogió el caldero y volvió a asentarlo sobre las tres patas junto a una nueva hoguera que dejó sin encender.

Se estaba cansando de Mortarion. Su mal humor y su arrogancia lo oprimían y, si había algo que los bríos de Ku'Gath no necesitaban, era más opresión. Lamentaba profundamente su alianza con él. Aun así, debía llevarla a término; además, no había necesidad de ser grosero.

El primarca llegó volando impulsado por sus silenciosas alas de polilla, pero su armadura crujía y chisporroteaba sin parar y su respirador hacía tanto ruido que el Padre de la Plaga pudo oírle mucho antes de poder verle. Mortarion rodeó el molino una vez, arrastrando consigo los humos de las hogueras de la Guardia de la Plaga conforme los atravesaba, y luego descendió envuelto en un torrente de humo y hedor, seguido por un séquito de nurgletes que

salieron de debajo de su capa y empezaron a contonearse por todas partes como si fueran los dueños del lugar. Algunos de ellos tenían alas y portaban algunos de los incensarios encadenados que colgaban de Mortarion como la cola del vestido de una dama.

Trajo consigo una nieblas espesas que se mezclaron con las brumas de los pantanos.

—*He venido, Ku'Gath, atendiendo a tu llamada*.

—*Mi lord primarca* —dijo la Gran Inmundicia. Inclinó ligeramente la enorme cabeza, intentando agrandar el bocio para que se inflara como la garganta de un sapo.

Mortarion asintió con la cabeza de manera indiferente y empezó a pasearse por el hospital en ruinas, utilizando la enorme guadaña como bordón mientras observaba los suelos destrozados, hurgaba entre los escombros infestados de maleza y aplastaba el cristal sucio bajo los talones. Usó la punta de la bota para darle la vuelta a un esqueleto cubierto de hongos y dejó escapar un silbido complacido.

—*Qué gratificante* —dijo—. *Qué gusto da ver cómo se elimina a los débiles. A la humanidad le hace falta una buena limpieza. Es preciso destruir todos estos lugares de curación, solo fomentan la debilidad*.

—*Muy cierto, mi señor* —convino Ku'Gath—. *El Abuelo demuestra cuan generoso es diezmándolos solo para que puedan hacerse más fuertes. Son tan numerosos que un dios menor se habría aburrido de ellos, pero nuestro Abuelo siempre ha tenido el don de la persistencia*.

—*¿Y esto? ¿Es su caldero?*

—*Así es, mi señor. Parte de él, al menos* —respondió el demonio con orgullo—. *Una manifestación de su todo eterno*.

—*Por eso es tan pequeño. Lo esperaba más grande* —dijo el primarca con desdén. La camarilla de nurgletes del Padre de la Plaga soltó una carcajada e hizo pedorretas mientras los de Mortarion lo miraban con un aire de superioridad insufrible. Ku'Gath tuvo que esforzarse por mantenerse animado.

—*Es más grande. Pero también puede ser más pequeño.* —Chasqueó los dedos gomosos y el caldero quedó reducido al tamaño de una moneda, hoguera incluida. —*O más grande*. —Hubo un

fogonazo y, de repente, tanto el caldero como Ku'Gath ocupaban todo el espacio, monstruosos como los mismísimos dioses.

Mortarion se mantuvo impasible.

—*¿Crees que estos numeritos me divierten?* —inquirió mirando fijamente a Ku'Gath.

El demonio se encogió hasta recuperar su estatura anterior.

—*Entonces, puede que esto te impresione.* —Manteniendo los ojos amarillos clavados en los orbes cubiertos de cataratas del primarca, metió la mano bajo un pliegue de carne flácida, removiendo la grasa y el tejido muscular del mismo modo en que un hombre rebuscaría en su bolsillo. De ella sacó la ampolla que contenía la plaga, que le tendió al primarca caído entre el pulgar y el índice.

—*La Plaga Divina* —dijo en voz baja, maravillado por su propia hazaña, aunque su entusiasmo decayó en cuanto vio que Mortarion no lo compartía.

—*¿Esto es todo? ¿Un frasco sucio lleno de veneno?*

A estas alturas, Ku'Gath se sentía bastante irritado por los modales de Mortarion y, por una vez, se atrevió a expresarlo.

—*¿Y qué preferirías, mi señor?* —le preguntó con acritud—. *¿Una baratija con pinchos como las que tú llevas?* —Señaló los incensarios y pebeteros que colgaban de la armadura de Mortarion. —*Los venenos que contienen podrían arrasar medio mundo, pero esto…* —dijo acercándole el frasco—. *Esto es capaz de matar a un dios*. —Lo agarró con fuerza. — *Si rompiera el cristal y te arrojara el líquido en la cara, morirías. La parte de ti que se formó en el mundo mortal sería la primera en perecer sumida en una deliciosa agonía, pero ahí no acabaría todo, no señor. Esta enfermedad te perseguiría hasta la disformidad y devoraría tu alma de demonio. Consumiría un alma mortal en un santiamén. La tuya tardaría un poco más, pero acabaría contigo de todos modos. Podría matarme incluso a mí. No existe una cura ni forma alguna de detenerla salvo ejerciendo el mayor grado de hechicería. En cuanto se libere, los mortales tendrán que huir. De lo contrario, tendrán que destruir el planeta para evitar su propagación*. —Lo miró con cariño. La lengua se le salió de la boca. —*Es una bacteria, un bacteriófago, un virus, una proteína*

aberrante, un parásito, un cáncer, un código genético mutado y mucho más, todo en uno. Está tan viva como lo estás tú y es tan consciente como podemos serlo nosotros. La Plaga Destructora no es nada comparada con esto. ¿La Putrefacción? Un simple resfriado. Es la más bella de mis creaciones.

Mortarion intentó coger el frasco, pero Ku'Gath la apartó.

—*Debes tener cuidado al administrar la dosis* —le advirtió el demonio—. *Pínchalo. Asegúrate de inyectarlo. Debe introducirse en su cuerpo. Si lo expones por vía aérea, tú también te verás afectado*.

—*Entendido* —dijo Mortarion.

—*Y mantente alejado de cualquier efusión secundaria que pueda despedir su cuerpo, o también morirás*.

—*Una dádiva poderosa*.

Ku'Gath asintió.

—*Quizá su confección complazca al Abuelo y por fin me perdone. Cuando lo terminé, me estaba observando. ¡Había un ojo enorme en el cielo!*

—*Según he oído, eres su favorito* —concedió Mortarion, sin poder disimular su acritud ahora que el arma prometida le había sido revelada. Casi sonó impresionado.

—*Entonces tal vez pueda perdonarme a mí mismo por el error de mi nacimiento* —prosiguió Ku'Gath—. *Con esta enfermedad, me he ganado mi nombre. Ahora sí que soy el Padre de la Plaga. Como ves, no requiere ningún recipiente extravagante que realce su valor. Meterla en una cosa de esas* —dijo volviendo a señalar los adornos de Mortarion, lo que hizo que los nurgletes del primarca pusieran mala cara—*, no haría más que disminuir su gloria*. —Ku'Gath agitó el tubo de ensayo, haciendo que unas diminutas motas de luz se removieran en el resplandor que desprendía la plaga. —*Es un recipiente adecuado. Simple, sucio y eficaz, como las mejores dádivas de Nurgle, y te lo estoy entregando a ti*. —El demonio volvió a tenderle el frasco a Mortarion. —*Así que ten un poco más de respeto, por favor.* —Su voz fue clara y firme. Pese al elevado rango que ocupaba en la jerarquía de la pestilencia, necesitó hacer acopio de toda su voluntad para plantarle cara de esa forma al primarca demonio.

Mortarion tomó el frasco con la Plaga Divina, lo sopesó en la mano y se lo guardó.

—*Entendido, oh, padre de las plagas. Me has sido de gran ayuda, aliado mío, y pronto ambos cosecharemos los frutos de la complacencia de Nurgle*.

—*Bueno* —dijo la Gran Inmundicia—, s*erá mejor que nos demos prisa. Si logramos conquistar Ultramar ganaremos mucho prestigio en el jardín, pero, si fracasamos y, además, no hacemos caso a la llamada de los cuernos de guerra y regresamos a las Estrellas del Azote, ambos pagaremos las consecuencias*.

El cambio de humor de Mortarion fue instantáneo y aterrador. Antes de que Ku'Gath pudiera siquiera percatarse de lo que estaba ocurriendo, *Silencio* silbaba al cortar el aire en un barrido a dos manos. Se detuvo a un milímetro de la nariz del demonio, donde vibró con la fuerza que el primarca se vio obligado a ejercer para detener su avance.

—*No me hables de esta nueva guerra* —gruñó.

—*Pero, lord Mortarion, el mismísimo Nurgle ordena que nos…*

La pequeña sierra adherida a la punta de *Silencio* se puso en movimiento.

—*No la menciones* —dijo entre dientes—. *¿Cree el Abuelo que no puedo defender mis posesiones? Typhus regresa con la Primera Compañía de la Plaga y más. Ningún ejército de demonios puede hacerle frente*.

—*No regresa por orden tuya, mi señor, sino por orden de Nurgle. Te engañas a ti mismo. Typhus ha acudido a su llamada y nosotros también deberíamos hacerlo. Las dádivas de Nurgle son infinitas y, aunque es más propenso a la generosidad que a la ira, no se le debe hacer enfadar, ¡nunca!*

Silencio se acercó de manera infinitesimal. Estaba tan cerca que Ku'Gath no pudo evitar preguntarse si su alma de no nacido sobreviviría a su contacto.

—*Decidiste servirme para ascender. Hazlo, o te mataré. O te ataré a mi voluntad. Aún queda espacio suficiente en la guadaña para albergar a otro demonio* —lo amenazó Mortarion—. *Terminamos esta guerra. La ganamos. Y luego nos encargamos de la*

otra. Nurgle estará complacido con nosotros. No habrá más desenlace que ese. Hago lo que me place, no soy esclavo de nadie. Ni del Emperador, ni de Nurgle. Elegiste ayudarme, así que ayúdame. ¿Entendido?

Los ojos de Ku'Gath se posaron en el incensario de bronce que colgaba de la cabeza del arma. En su interior había otro ser, uno muy parecido a él, atrapado. No tenía la menor duda de que Mortarion podría esclavizarlo de la misma manera. Tragó saliva. De pronto, tenía la lengua horriblemente seca.

—*Entendido* —respondió.

Mortarion mantuvo a *Silencio* completamente inmóvil frente a la cara de Ku'Gath, luego la retiró y volvió a apoyar la empuñadura en el suelo.

—*Me alegro de que nos entendamos. No te preocupes, Padre de la Plaga* —dijo Mortarion sin rencor—. *Todo va según lo previsto*.

—*Tal vez pueda ayudarte con eso* —le propuso el demonio, ansioso por ganarse su favor.

—*¿Cómo?* —respondió el primarca con desdén. No consideraba a Ku'Gath más que un simple dispensador de enfermedades.

—*Tengo información*.

—*¿Qué información?*

El demonio le guiño el ojo con complicidad, aunque arruinó un poco el efecto cuando el ojo se le salió de la cuenca. Se lo volvió a colocar a toda prisa.

—*Fue la Babosa Delatora quien me lo contó. ¿La conoces?*

Mortarion lo fulminó con la mirada.

—*¿Debería?*

Ku'Gath frunció los labios.

—*No debería sorprenderme, por útil que sea. La Babosa Delatora es una criatura pequeña, menor, insignificante para alguien como tú o como yo* —dijo, agitando la mano con frivolidad—*, pero eso le confiere una gran ventaja, ya que pasa inadvertida y desapercibida. Sus habilidades como espía son notables*.

—*¿Esa Babosa es la que te trajo noticias?*

—*Así es* —respondió Ku'Gath con orgullo—. *Le pedí que lo hiciera. La envié a Primer Desembarco, donde escuchó al hijo del*

Anatema, hum… a tu hermano —se corrigió el demonio— *exponer su estrategia. Me ha prestado numerosos servicios de gran valía a lo largo de la eternidad. Me informó poco antes de terminar de elaborar la plaga*.

—Entonces tráela ante mí para poder interrogarla personalmente.

El rostro de Ku'Gath se volvió más triste que nunca.

—Por desgracia, mi sirviente ha muerto, asesinado por los brujos del Anatema. La Babosa Delatora ha delatado por última vez.

—Entonces —inquirió el primarca—*, ¿de qué sirve nada de lo que te contó?*

El demonio levantó las manos rechonchas e hinchadas intentando aplacarlo.

—Oh, señor de incomparable poder, te pido por favor que mantengas la calma. No les dijo nada antes de morir. ¿Cómo iba a hacerlo, si se estaba achicharrando en el fuego de sus hechicerías? Sentí cómo moría, me produjo un ardor de estómago de lo más placentero. Te prometo que no se enteraron de nada, mientras que yo… —Se relamió los labios negros. *—Me enteré de todo*.

El aura de Mortarion centelleó con una energía de tonos negros y morados que, a ojos de Ku'Gath, parecían llamas ondeantes. En ellas pudo percibir el deseo renovado del Señor de la Muerte de acabar con él.

«Oh, Señor de la Muerte —pensó el demonio—, *tu falso nombre lo dice todo: nunca serás tan poderoso como podrías serlo, porque la muerte es solo la mitad de la munificencia del Abuelo. Sin renacimiento, ¿de qué sirve la muerte? Es por eso que fracasas»*.

Decidió no compartir ese pensamiento con el semidemonio.

—¿Te lo cuento o no te lo cuento? —preguntó Ku'Gath ante la intensa mirada del primarca.

El Señor de la Muerte se permitió relajarse un poco. Se encorvó hacia delante, cadavérico y hastiado.

—Cuéntamelo, así podré juzgar los méritos de tu información.

—Guilliman solo conoce una parte de la historia. Es consciente de que pretendes matarlo. Sabe que Pestiliax es el núcleo de tus esfuerzos y sospecha que deseas arrebatarle su reino. También cree

que hay un artefacto aquí que funciona como eje de tu red de decadencia.

—*Es evidente que lo sabe. Es Roboute Guilliman, ¡un primarca! Es mi hermano, no es ningún tonto* —gruñó Mortarion. Unas furiosas columnas de vapor emanaron de su respirador.

«Lo cual no significa —pensó Ku'Gath— *que la genialidad sea cosa de familia»*.

—*Ya, ya* —lo aplacó el demonio—. *Pero hay cosas que desconoce y es ahí donde podemos hallar el camino a la victoria*.

—*¿Y qué es lo que desconoce, si puede saberse?* —preguntó Mortarion mientras le daba la espalda, se situaba junto al caldero y echaba un vistazo al interior vacío.

—*Desconoce que pretendemos desatar una plaga sin precedentes. Desconoce que lo que tenemos aquí…* —Eligió sus siguientes palabras con sumo cuidado. —*no es un reloj creado con gran artificio, sino un eco viviente del mismísimo caldero de Nurgle.* —Golpeteó el hierro oxidado con los nudillos, haciéndolo retumbar. —*No es consciente del poder al que se enfrenta. Se encuentra en gran desventaja. De hecho, está tan indeciso que, antes de perecer, mi espía me informó de que aguardará tu llegada en Primer Desembarco. Será sencillo arrinconarlo e inocularle la plaga*.

Aunque ambos estaban de pie junto al caldero, Ku'Gath seguía sin poder ver el rostro de Mortarion. En ese momento, el Padre de la Plaga se percató de que los hombros del primarca estaban temblando. Primero pensó que podía ser una fiebre intermitente, pero no, era un ataque de risa, carcajadas que escapaban a través de su respirador envueltas en nubes de gases apestosos y acres.

—*¡Qué estrechos de mente sois los demonios! Eres un idiota, ¡sois todos unos idiotas!*

—*¿Perdona?* —respondió la Gran Inmundicia con estupefacción.

El Señor de la Muerte se volvió para mirarlo de frente.

—*Por supuesto que sabe todo eso. Está jugando con nosotros. ¿De verdad piensas que es posible emprender la creación de algo como la Plaga Divina sin su conocimiento? Los mortales no son ciegos, Ku'Gath, y, entre ellos, nosotros, los primarcas, somos los más poderosos*.

—*No pretendía…* —empezó a decir el demonio. Mortarion le siseó y se le acercó.

—*Guilliman cuenta con hechiceros, bibliotecarios y un vidente esclavo eldar. Tiene ojos en todas partes. La disformidad inunda el universo de energía pura y, aunque nos beneficie más que a nuestros enemigos, ellos la usan contra nosotros*.

—*Ah, ya veo. No lo había pensado*.

—*No, no lo habías pensado. Y también tiene algo que pasas por alto*.

—*¿Algo como qué?* —respondió Ku'Gath, deseando que Mortarion se marchara ya.

—*¡Tiene su mente! Habrá anticipado todo esto. ¿Crees que vendría a un planeta que ya hemos arrastrado parcialmente al Jardín de Nurgle y proclamaría sus planes a los cuatro vientos? Fuera lo que fuera lo que oyó esa Babosa tuya, habrá sido algo que debía oír. No, no cabe duda de que Guilliman desea arrastrarme a una batalla abierta, como yo deseo hacer con él. Ambos deseamos preparar el terreno para nuestro enfrentamiento, pero esa no es la única consideración.* —Miró al cielo. —*Vendrán otros, no lo dudes. Atacarán el caldero porque, de un modo u otro, él sabrá que es ahí donde reside la fuente de nuestro poder. Si lo destruye, nuestra red de decadencia recibirá un golpe letal y todo estará perdido. Solo hay dos cosas que pueden conducirnos a la derrota: la pérdida del caldero o mi muerte. Tú eres el objetivo más débil.* —El primarca clavó los ojos en él. —*Debes prepararte para la batalla*.

—*¿Yo?* —espetó Ku'Gath. No era amante de la batalla y, con las que había librado en las llanuras de Hecatone, había tenido suficiente para todo un milenio—. *¿Aquí?*

—*Sí, tú. Y sí, aquí. Vendrán. Intentarán despojarnos del caldero de Nurgle por todos los medios. Presta atención a los cielos. Presta atención a la disformidad. Guilliman no iniciará un asalto terrestre a gran escala. No es el tipo de guerra que le gusta librar, mucho menos en estas condiciones tan encantadoras que has creado en torno al molino. Podrías esperar un desembarco orbital o un bombardeo, y probablemente lo intente, pero intuirá, igual que yo sé, que ninguna de esas cosas funcionará*.

—*Entonces, ¿estaré a salvo?* —preguntó Ku'Gath antes de añadir a toda prisa—: *El caldero, quiero decir*.

—*Ah, no. Existen otras formas, otros medios. Podrían venir desde tierra. Podrían venir desde la disformidad. Supongo que enviará a las Garras del Emperador a por ti. Las Doncellas Nulas, los guardianes del mismo Emperador, tal vez los Grey Knights*. —Mortarion pronunció estas últimas palabras con el ceño fruncido y se encorvó aún más, recordando el ultraje de los guerreros de Titán a su corazón. —*Sus mejores asesinos de demonios al completo, de eso puedes estar seguro*.

—*Pero… pero… mi Guardia de la Plaga está devastada* —se lamentó Ku'Gath—. *Muchos de mis mejores guerreros murieron en Parmenio y aún aguardan su renacimiento. Mis lugartenientes dormitan en sus vainas en el jardín. ¡Y Septicus Seven sucumbió a la muerte verdadera!*

—*Entonces, si no deseas compartir su destino, asegúrate de encontrar más guerreros, y rápido. Vienen hacia aquí, que no te quepa la menor duda*.

—*¿Vas a enviar a tus Marines de la Plaga a ayudarme?*

—*No* —respondió Mortarion—. *Las fuerzas de Guilliman aquí son inmensas. Si envía a la mayoría a Primer Desembarco, necesitaré tantos miembros de mi legión como pueda reunir para atacarlo*.

—*¡Entonces libera la plaga ya!* —lo instó el demonio—. *Cruzará el planeta, lo matará y podremos irnos*.

—*No*.

—*¿No? ¿No?* —repitió Ku'Gath con tono estridente.

—*Tengo que verlo infectado. Tengo que verlo sufrir.* —Se dio la vuelta. —*Tiene que entender por qué hice lo que hice* —añadió en voz baja.

—*Tu soberbia nos matará a todos. No puedes confiarte demasiado. Ahora mismo llevamos la ventaja, ¡aprovéchala!*

—*No es una cuestión de soberbia, aunque no puedo negar que deseo derrotarlo y deseo aún más verlo morir. Es una cuestión de practicidad. Si la liberara ahora, tendrá la oportunidad de escapar y quemar este mundo hasta los cimientos desde la órbita, y tu plaga con él. Él también se encuentra sujeto a las mismas restricciones.*

Desea asegurarse de que estoy muerto. Necesita saber con certeza que el caldero ha sido destruido. Las fichas del juego se reflejan mutuamente. Todo lo que queda por decidir son las estrategias que seguiremos y creo que ambos optaremos por la misma. Rey contra rey, pero primero intentará despejar los peones del tablero.

El mero tono y contenido del discurso del primarca desató tal furia en Ku'Gath que tuvo que contenerse para no golpearlo allí mismo. ¿Un peón? ¿Ahora resultaba que era un peón?

—*Ya. Bueno* —dijo el demonio con frialdad—. *Entonces empezaré a reunir efectivos*.

—*Deberías. Hay algo más que debemos tener en cuenta. En la elaboración de nuestra estrategia, debemos contemplar qué sabe Guilliman realmente, qué profesa saber, qué pretende hacer, qué sabe de nuestras intenciones y qué oculta en referencia a todas estas cosas*.

—*Naturalmente* —respondió Ku'Gath con irritación, pues se había ganado a pulso que lo consideraran un buen general.

—*Pero no te confíes, porque hay algo más*.

—*¿Qué es…?* —inquirió el demonio, que nunca había pensado como un mortal y nunca podría hacerlo.

—*Están las cosas que no sabe y no tiene intención de averiguar*.

—*Eso tiene que ser algo bueno*.

—*Tal vez* —respondió Mortarion encogiendo sus grandes alas—. *Pero, según mi experiencia, al luchar contra mi hermano suelen ser estas circunstancias imprevistas las que juegan en mi contra. Odio tener que darle crédito por ello, pero siempre fue un estratega más flexible que yo, así que será mejor que limitemos sus opciones. Si deseas concederme un verdadero regalo, Ku'Gath, prepárame una tormenta. Atrae la putrefacción y la enfermedad del planeta y despliega una mortaja sobre Pestiliax. Las flotas de Guilliman no podrán prestarle su ayuda una vez que comience la batalla. Lo tenemos donde el Abuelo ha exigido que esté. No dejemos que nos lo estropee. Hagamos que la que viene sea una contienda de hermanos, no de ejércitos*.

—*Así que dispones de una plaga sin parangón, ¿pero ahora resulta que quieres una tormenta?* —dijo Ku'Gath malhumorado.

—*Sí*.

—*Una tormenta disforme*.

—*¿La hay de otro tipo?* —Con eso, Mortarion desplegó las alas. Su séquito de diablillos chilló al reconocer las señales de su partida y corrieron a agarrarse de sus botas. —*Haz lo que te digo, Ku'Gath*. —Con un único y silencioso impulso, el primarca se elevó en el aire y se esfumó entre las nubes.

—*¿Haz lo que te digo?* —repitió el demonio entre dientes. Bajó la mirada al oír un chillido lastimero. Uno de los nurgletes de Mortarion no había conseguido agarrarse a la bota de su amo y se había quedado atrás. Su altivez había desaparecido. Miraba a Ku'Gath, tembloroso, en busca de clemencia.

—*Ya no eres tan altanero, ¿eh?* —se burló el Padre de la Plaga antes de aplastar al nurglete con el pie y clavar el talón en los restos para rematarlo—. *Guilliman no es el único que puede hacer cosas inesperadas* — dijo en voz alto, pensando en la media gota de sangre que había en el frasco que mantenía oculto bajo otro pliegue de carne. Miró al cielo un momento más. Estaba totalmente en calma. Luego se dio la vuelta y se alejó andando como un pato.

»*Haced sonar los tambores, tocad los cuernos* —refunfuñó—. *¡Alistad nuestras bestias y nuestras pesadillas!* —Se abrió paso a través de un muro en ruinas, derribándolo casi por completo. Alrededor del molino de la plaga ya empezaba a oírse una mezcla de música, gritos y recuentos monótonos. —*La Guardia de la Plaga debe volver a la guerra* —gruñó.

»*Prepárame una tormenta* —lo imitó mientras se dirigía a los pantanos, como si estos pudieran consolarlo de alguna forma—. *¿Quién se cree que soy, su mayordomo?* —Dejó escapar un suspiro. —*Que así sea. ¡Que alguien me traiga agua! ¡Encended la hoguera!* —gritó enfadado—. *Por lo visto, aún me queda trabajo por hacer*.

CAPÍTULO VEINTE

TESTIMONIOS

La columna de fieles tomó la carretera Primer Desembarco-Boonswell, que pasaba cerca de la capital, dado que, a diferencia de las hidrovías de las que dependía Iax para gran parte de su transporte, podía dar cabida a la majestuosidad del tren de guerra. Tras viajar todo el día y la tarde hasta el anochecer, se detuvieron en la ciudad en ruinas de Argardston, a unos ochenta kilómetros de distancia de Primer Desembarco., donde pasaron la noche rebosantes de la confianza que solo la fe puede brindar. El júbilo estaba presente en todos los rostros, aun cuando las raciones eran escasas y la muerte aguardaba al final del camino. Argardston estaba completamente desierta; la mayor parte se había quemado hasta los cimientos en cuanto su población se trasladó a la seguridad de Primer Desembarco. Apenas había señales del enemigo, ya que los daños que presentaba la ciudad los habían ocasionado los propios habitantes en un intento por negarles sus posesiones a los invasores.

Se levantaban temprano, comían antes del amanecer y volvían a ponerse en marcha con los primeros rayos del sol. A fin de agilizar su andar, la mitad de los peregrinos trotaban junto a los tanques cadianos y el tren de guerra del Ministorum y la otra mitad viajaba encaramada a los vehículos, intercambiando sus posiciones en

intervalos de una hora. Pocos de ellos eran corredores natos, muchos de ellos no habían tenido una vida fácil. Pero la fuerza del Emperador fluía en su interior, por lo que corrían con rostros radiantes y sin quejarse. Las Hermanas de Batalla cantaban himnos como un orfeón de voces puras que nunca cesaban, sino que se superponían formando un patrón cada vez más complejo. Los predicadores, por su parte, pronunciaban sermones enardecidos desde lo alto de los tanques, sobre púlpitos hechos con cajas de munición vacías y chatarra, mientras sonaba el órgano del tren. De esta manera, conservaban sus fuerzas y mantenían un ritmo constante. No padecían ninguna enfermedad y ningún enemigo parecía capaz de infligirles un daño más directo. No al principio.

A primera vista, los paisajes pulcramente cuidados de Iax solo parecían estar algo afectados, como por una sequía o una plaga pasajera. Las carreteras estaban flanqueadas por bosques y campos agrícolas marchitos, pero la vida seguía prevaleciendo; es más, había incluso demasiada, ya que los campos estaban llenos de hierbajos que impedía que la luz bañara las cosechas, los canales estaban atestados de algas y las arboledas eran una maraña de enredaderas estranguladoras. Eran plantas de aspecto siniestro que no tenían cabida en el mundo jardín y, aunque no presentaban una forma demasiado antinatural, sus crujidos nocturnos solían poner en alerta a los centinelas, por lo que se advirtió a los fieles que no se alejaran del camino principal. Tras tres días de viaje, seguían estando a menos de trescientos kilómetros de distancia de Primer Desembarco y, para entonces, con cada legua que avanzaban, el yugo de Nurgle se cernía cada vez más sobre ellos. Al despuntar el tercer día, los árboles no eran más que un montón de palos podridos y pulposos con hojas que yacían ennegrecidas alrededor de sus raíces. El cielo turbulento era visible a través de sus esqueletos negruzcos y no se oían las llamadas de los animales ni los reclamos de las aves. También habían sucumbido las enredaderas, que colgaban inertes en las marañas viscosas de sus huéspedes, desperdigadas entre campos de labranza que se habían convertido en llanuras de paja mohosa. Pese a asegurarse de hervir y tratar el agua antes de usarla y a que todo lo que consumían estaba

bendecido por los sacerdotes, la congregación sufrió su primera enfermedad. Una afección intestinal se propagó rápidamente entre varios grupos. Para la mayoría, los síntomas eran más desagradables que fatales, ya que provocaban calambres y aflojaban el vientre, pero era lo bastante peligrosa como para resultar letal y los más débiles sucumbían a ella. Algunos de los predicadores más agitadores se dedicaron a proclamar que les faltaba fe y, pese a la intervención de los presbíteros de Mathieu, a algunos de los peregrinos los abandonaron a su suerte. Otros, en cambio, suplicaron que los dejaran atrás para no ralentizar la procesión.

Las montañas de Loann se alzaban en el horizonte. Las más altas de sus cumbres afiladas superaban con creces los mil ochocientos metros de altura y eran intransitables a pie, pero la carretera conducía directamente hacia ellas y las cruzaba a través de una enorme hendidura que partía la cordillera en dos. Una mañana, de camino a las montañas, antes de que el tren liberara sus vapores y la marcha continuara, un grupo de unas doscientas personas se acercó a Mathieu. Los más ancianos le comunicaron, apenados y avergonzados, que iban a dar media vuelta. Entre ellos había quienes tenían demasiado miedo para continuar y, aunque su intención expresa era reunir a los enfermos y llevarlos de vuelta por donde habían venido, era evidente que su partida obedecía a la cobardía.

Se oyeron rumores de traición y se lanzaron acusaciones, pero Mathieu las acalló todas hablando del plan que el Emperador tenía para cada hombre y mujer, argumentando que algunos estaban destinados a luchar y se les había dado el valor para hacerlo, y otros debían desempeñar otro papel.

—Esto no es producto del descorazonamiento —les dijo—, sino de la constatación de un propósito. Se van con la bendición del Emperador.

El grupo de disidentes partió en paz, aunque fue menos numeroso que la multitud que había acudido inicialmente a pedirle a Mathieu que los dejara marcharse. Las palabras del sacerdote habían infundido nuevo vigor a la mitad de ellos, por lo que los únicos soldados que se marcharon con ellos fueron los que estaban

demasiado enfermos para luchar. Acamparon una noche más a los pies de las montañas y se mantuvieron alerta y vigilantes, ya que la noche era cerrada y fría y las voces de unos seres extraños se reían nerviosamente entre la niebla.

La leña húmeda crujía entre las llamas, aplacando un poco el frío de la noche. La neblina surgía de la tierra en zarcillos que exploraban el aire. Los fieles reunidos en torno a las hogueras hablaban entre susurros, evitando atraer la atención de la niebla o de cualquier cosa o criatura que pudiera ocultarse en ella. Sin embargo, a pesar de lo infame que se había vuelto el terreno, en el campamento reinaba la confianza. Los peregrinos eran tenaces y, aunque se mostraban recelosos, se mantenían animados. Su virtud los protegía.

Los pelotones de vigilancia recorrían el perímetro. Todos se turnaban. El sentimiento de camaradería era fuerte, acentuado por una fe que conformaba un todo coherente de muchas partes dispares. Pero los cadianos eran la columna vertebral de la congregación. Eran quienes tenían más experiencia. También eran más los más disciplinados. Eran sus tanques los que iban más adelantados y teñían de rojo la niebla creciente con sus lentes de selección de objetivos mientras sus armas barrían la zona.

El coronel Odrameyer recorría las líneas a pie. Su rostro curtido por la intemperie y sus cejas y bigote encrespados eran tan famosos que las patrullas lo saludaban al verlo pasar. Se detuvo para decirle a un grupo de desertores navales cómo hacer una mejor vigilancia, aconsejándolos más que reprendiéndolos, y siguió su camino. La niebla era cada vez más densa. Cuando había salido de su vehículo de mando, el tren de guerra de la congregación se veía perfectamente, pero ahora solo sus chimeneas sobresalían por encima de los vapores y, cada vez que la niebla se cernía sobre ellas, volvían a aparecer en un lugar distinto al que habían estado antes.

Pero no había niebla que pudiera con ellos. Los peregrinos habían encendido las hogueras con la idea de que fueran visibles entre sí. «Es precioso», pensó Odrameyer, sorprendiéndose a sí mismo. Hacía tiempo que nada le parecía precioso.

Pasó junto a dos de sus soldados. No sabía sus nombres. Pese a que el tamaño de su regimiento se había reducido bastante, seguían siendo demasiados como para poder aprenderse todos sus nombres. Al retirar los cadáveres después de una batalla, le entristecía ver caras de soldados cuyos nombres desconocía.

Uno de los soldados era joven, el otro viejo. El mayor llevaba las insignias de un oficial subalterno de escuadrón, un sargento en potencia.

—Buenas tardes, señor —dijo con gran respeto.

Odrameyer asintió a modo de respuesta.

El más joven era más arrogante.

—No tienen nada de buenas, Dedlin. ¡Me estoy congelando! Creía que Iax era un mundo cálido, señor.

—La naturaleza dice que lo es —señaló el coronel—. Ahora mismo es lo que ellos quieren que sea. —Con «ellos» se refería al enemigo. El gran villano que nadie se atrevía a nombrar. Aunque las sanciones contra la proclamación del Caos habían quedado obsoletas en la mayoría de los lugares desde la apertura de la Fisura, las viejas costumbres nunca mueren. —Lo remediaremos, hijo, por Su voluntad.

—Por Su voluntad —repitió el chico. El soldado mayor asintió y apremió a su cohorte. Odrameyer continuó avanzando hacia donde creía que estaba el tren y la pareja se perdió de vista entre la niebla.

Pasaron diez minutos frustrantes. Los fuegos empezaron a apagarse conforme la niebla se espesaba. Al toparse con la pared de plastiacero de una variante estándar Leman Russ se dio cuenta de que había atravesado todo el campamento. Dio media vuelta, decidido a encontrar el camino sin pedir indicaciones, reacio a admitir que se había desorientado en la niebla. Pasados unos segundos volvió a perderse. Dio la vuelta de nuevo, desesperado.

Sonó una campana. Oyó gente cantar. El órgano del tren empezó a tocar un suave himno. Prestó atención un momento, convencido de haber encontrado la dirección correcta, y siguió el sonido.

La niebla se fue disipando mientras los cánticos se sucedían y, en pocos minutos, el coronel logró abrirse paso hasta el tren de

guerra. Mathieu estaba de pie en una cúpula de armas que había en uno de los laterales y usaba como púlpito para dar un sermón.

Estaba llegando al final de la primera homilía. Al oírlo, Odrameyer se arrodilló y agachó la cabeza. El agua sucia le empapó los pantalones, pero, superado el disgusto inicial, dejó que su mente se centrara en su deseo de servir a la voluntad del Emperador.

—Por Él, Emperador de Terra —dijo para concluir la oración.

—Por Él, Emperador de Terra —repitió la multitud.

—Levantaos, hermanos y hermanas —continuó Mathieu. Su voz atravesó la niebla, aun cuando todos los demás sonidos habían cesado—. No temáis a la niebla, aunque el enemigo la envíe para confundir vuestros sentidos. No temáis a las criaturas que aguardan más allá de la luz de nuestros fuegos, aunque el enemigo las envíe para mataros. Somos seguidores de la luz más pura de todas, la luz del Emperador, que reside en todos nosotros, y que atravesará la noche más oscura, la niebla más densa, del mismo modo en que atraviesa el empíreo para guiar nuestras naves a buen puerto. En cada corazón de este campamento hay una vela y cada una de ellas es una pequeña llama que puede avivarse hasta convertirse en un fuego abrasador.

La congregación profirió gritos de aprobación. Había cientos de personas presentes. Mathieu daba sermones cada hora y media y los peregrinos nunca se cansaban de oírlos. Odrameyer siempre había sido un hombre arisco que practicaba su religión en privado, cuando lo hacía; una persona que blasfemaba en ocasiones y había llegado a dudar alguna que otra vez.

Pero eso había sido antes.

—Muchos de nosotros estuvimos allí, en Hecatone, cuando el Emperador se reveló ante nosotros y humilló a los demonios del Gran Enemigo —señaló el sacerdote.

—¡Sí! —gritó la multitud—. ¡El Emperador!

—Muchos de nosotros hemos sido testigos de sus actos. Yo mismo pude atestiguar su gloria en otra ocasión, cuando la tripulación de la *Honor de Macragge* se encontraba bajo el yugo de los Red Corsairs y yo era su sacerdote. Él vino a mí entonces, ¡y liberó a un muchacho de la influencia de la disformidad!

—¡Alabado sea! —gritaron todos. La niebla se estremeció y retrocedió. El tren pasó de ser un simple tramo de pared visible a una figura enorme que se asentaba con solidez entre la niebla y, cuanto más se afianzaba, más se encogía la niebla a su alrededor.

—Quizá algunos de vosotros queráis compartir vuestros testimonios —propuso Mathieu—. Quizá algunos de vosotros queráis revelar lo que habéis visto y nos ayudéis a difundir esta nueva verdad sobre el Señor de la Humanidad.

Se oyeron varias voces entre el gentío.

—¡Yo lo vi en Monaeth Moti, antes de que cayera la última colmena! —dijo uno.

—A mí se me apareció en sueños y me dijo que no fuera al puesto de víveres. Al día siguiente, fue pasto de las llamas.

—El tarot no me ha mentido desde que la Fisura se abrió en el cielo. Siento su mirada sobre mí.

—Yo lo vi, en la oscuridad, el día que atacaron Drohl. Me mostró la forma de escapar y me guio para que pudiera salvar a otros cien.

—Sí, sí. ¡Nos cuida a todos! —gritó Mathieu—. Está a nuestro lado. ¿No es así, coronel Odrameyer?

El sacerdote lo miraba directamente.

—¿Te importaría compartir tu experiencia personal, coronel? ¿Para quienes la desconozcan? Es una historia muy edificante.

«Edificante» no era la palabra que él habría usado. Pese al frío de la noche, estaba sudando. Estaba acostumbrado a comandar miles de tropas, a enfrentarse a los peores horrores alienígenas y a los hombres más poderosos de la galaxia, pero Mathieu lo ponía nervioso. Parte de ello podía atribuirse a la vergüenza, ya que detestaba relatar su historia, pero eso no era todo. Había algo en los ojos de Mathieu que le resultaba aterrador. Le costaba creer que un hombre tan menudo y desaliñado como el militante apostólico pudiera infundir semejante temor en él, pero le resultaba difícil incluso mirarlo a la cara.

No podía negarse. Se dispuso a hablar.

—No, coronel, ven aquí —le pidió Mathieu—. Ven, únete a mí, así todos podrán oír lo que tienes que decir. —Le hizo una seña para que fuera.

—Muy bien —dijo Odrameyer con aspereza antes de dirigirse al costado del tren. El guardaespaldas silencioso de Mathieu se hizo a un lado para dejar que accediera a la escalerilla que conducía a la cúpula de armas. El servocráneo del sacerdote descendió y lo acompañó mientras subía. El coronel se encaramó al vehículo, donde Mathieu le dio la bienvenida.

—Por favor, coronel —le indicó el sacerdote mientras pasaba por encima de la barandilla del afuste de la ametralladora pesada de la cúpula—. No omitas nada. —Luego, volviéndose hacia la multitud, añadió—: El coronel Odrameyer del Cuatromilésimo Vigésimo Primer Regimiento Acorazado de Cadia.

Hubo algunos aplausos dispersos y varios gritos de «¡Bienvenido, hermano!».

—Recuerda, cuéntales todo —le susurró Mathieu.

—Estábamos en Parmenio —dijo, e inmediatamente después titubeó. Su voz reverberó en la niebla y no supo cómo continuar. Cientos de rostros expectantes lo miraban desde abajo. En ese momento, fue consciente de que lo estaban esperando.

«Por el Trono —maldijo para sus adentros—. Contrólate, hombre».

Empezó de nuevo.

—Nunca he sido un hombre abiertamente religioso —admitió—. Siempre he creído en el Emperador y en su protección de la humanidad. Pero, para mí, siempre fue un ser distante, un ideal. Nunca fui estricto en el cumplimiento de los ritos y asistí a menos servicios del regimiento de los que debería.

Hizo una pausa. Esperaba ser objeto de oprobio, pero nadie dijo nada.

—Perdonadme si esto me hace parecer infiel. No lo era. Pero Terra estaba lejos y el Ojos del Terror estaba cerca. Desde niño, he entrenado para luchar en las guerras del Emperador y, aunque el Emperador siempre estuvo ahí, era un talismán, una estatua cuya luz brillaba sobre Terra, pero no sobre Cadia. La luz de mi pistola láser estaba más cerca y podía blandirla con mis propias manos.

Se miró los puños. Le temblaban y tenía los nudillos tan apretados que se le veían blancos contra la piel.

—Cuando llegó el enemigo y Cadia cayó, mi fe se debilitó aún más. Los talismanes parecían inútiles y el Emperador parecía estar más lejos que nunca. Jamás dejé de creer, como hicieron algunos. Pensaron que nos habían abandonado. Yo no, pero no voy a mentiros. Consideré esa posibilidad. Libramos muchas guerras. Mis hombres habían luchado en quince mundos distintos en los últimos años, tantos que se confundían en uno solo, en una única imagen de fuego y muerte. Mi fe no murió, pero se debilitó y nunca lo hizo tanto como en Parmenio.

¿Qué podía decir de Parmenio? Se había salvado, pero era un páramo de cieno y enfermedad, algo muy similar a lo que se estaba convirtiendo este mundo. Recordaba la putrefacción y la muerte. Pero también recordaba la luz y, aunque la frialdad de la noche se cernía sobre ellos, habló alto y claro, sin miedo.

—Veníamos de fuera. No formábamos parte de la Flota Primus, éramos un grupo de refuerzos de vanguardia enviado a Ultramar para mantener las defensas. Cuando llegamos, se nos pidió que impidiéramos la caída de Parmenio mientras el lord comandante, la bendición del Emperador sea con él, reunía sus fuerzas y ponía en marcha su estrategia. Esperamos refuerzos durante semanas y cada día superábamos una nueva prueba. En Parmenio los muertos llegaban en oleadas, jóvenes, mayores, civiles y soldados, todos con la misma mueca espantosa de muerte y unos ojos que seguían viviendo rodeados de carne putrefacta. Yo… —Vaciló. —No soporto recordar la expresión de terror en sus rostros. Eran conscientes de en qué se habían convertido. No me cabe la menor duda.

»El enemigo logró infiltrarse en nuestro puesto de mando. Mis oficiales y yo nos vimos obligados a combatirlos cuerpo a cuerpo. Había muertos por todas partes, pero recuerdo especialmente a un joven vestido con el uniforme de aprendiz de coronel. Los dientes se le veían a través de la carne verde por un agujero en la mejilla. Su brazo era un trozo de carne viscosa que colgaba de unos tendones hediondos. Se abalanzó sobre mí e intentó arañarme la cara. Un solo rasguño de esas uñas habría sido suficiente para incorporarme a sus filas. Le clavé la espada en el pecho. Uso una espada de energía. Soy un oficial de rango. Tuve suerte. La espada lo abatió. Varios de

mis hombres murieron, pero no son sus gritos los que me atormentan, son los ojos de ese joven, desorbitados, presa del horror, suplicando en silencio que pusiera fin a su sufrimiento. Yo… —La magnitud de lo que se esforzaba por recordar hizo que se le quebrara la voz, que amenazó con abandonarlo por completo delante de toda aquella gente, pero era preciso que lo oyeran, que entendieran. Se obligó a continuar. —Gracias al Emperador pude liberarlo.

»Cada día los matábamos, uno tras otro, pero al día siguiente siempre había más, algunos de ellos luciendo los rostros de los camaradas que habían caído el día anterior. Algunos de mis hombres enloquecieron y todos sucumbimos a la desesperación esperando a que alguien nos relevara. Cada día suplicaba que se me informara de los planes del primarca y preguntaba cuándo veríamos a los Ángeles de la Muerte luchando a nuestro lado. Se negaban a decirme nada, ya que habría sido como informar al propio enemigo, pero yo necesitaba saberlo. Pasaron casi dos meses hasta que por fin desplegaron a los Adeptus Astartes.

»Sobrevivimos por mérito propio. Son muchos en esta galaxia los que le dan las gracias al primarca, pero yo no. Si no hubiera sufrido los efectos que nuestra permanencia en ese mundo tuvo en nuestras mentes y almas, me atrevería a decir que todo fue posible gracias a nuestra formación y a nuestra valentía. Estábamos corroídos, por dentro y por fuera, por un horror implacable. Habríamos muerto, algunos desgarrados por unos muertos muy vivos, pero el resto habríamos muerto al marchitarse nuestros espíritus. Primero nos habría abandonado la fe, luego la esperanza y, finalmente, la cordura. He visto a muchos hombres pasar por esto. Entonces nos habríamos dejado morir, nos habríamos rendido o, tal vez, habríamos perdido por completo la voluntad y nos habríamos postrado ante el enemigo y suplicado que se nos perdonara la vida. También lo he visto. Habríamos estado perdidos si no hubiera sido por uno de los predicadores de nuestro regimiento que, con su muerte, fue capaz de mostrarnos la luz. Y por la intervención del mismísimo Emperador.

Guardó silencio. La niebla se estaba disipando. Ahora veía las hogueras más cercanas al tren de guerra con claridad, no solo como pequeñas llamas de fuego fatuo en la oscuridad, y podía ver a la gente que se agolpaba en torno al tren; rostros de todo tipo y color, originarios de docenas de mundos distintos, lo miraban fijamente, atentos a sus palabras. Soldados cuyos hogares habían ardido y que, en cierto sentido, habían sido los más afortunados, pues eran muchos más los que convivían con el miedo constante de perder a sus seres queridos. Los soldados rara vez recibían noticias de su gente una vez alistados, pero ahora ya no les quedaba nadie.

Los miró y sintió lástima, una emoción que antaño solo había albergado en pequeñas cantidades. Había muchos más escuchándolo de lo que pensaba, muchos que incluso habían abandonado la calidez de las llamas para escuchar su testimonio.

—Su nombre era Frater Othis.

Una luz atravesó la multitud. Odrameyer levantó la vista y contempló la cara de la luna mayor de Iax. Como si de la hoja de una espada se tratara, el rayo de luna hendió el manto de nubes y las estrellas, frías y puras en la negrura del vacío, brillaron sobre la tierra enferma.

Se oyeron murmullos entre el gentío. A Odrameyer se le alegró un poco el corazón. En el pasado, no había creído en las señales. Pero ahora sí.

—En cuanto llegaron los Adeptus Astartes, los ataques del enemigo se intensificaron y se volvieron más desesperados. El día que nos relevaron, se produjo el mayor ataque de todos. El cielo se ennegreció con unas nubes de moscas que se abalanzaron sobre mi regimiento, tan densas que, al volver los lanzallamas contra ellas, el aire parecía arder antes de llenarse otra vez. Amparados por este asalto, los muertos atacaron en una horda tan inmensa que no sabría poner número a sus multitudes.

»Nosotros, el pueblo de Cadia, somos valientes, criados para ser guerreros desde que nacemos y, sin embargo, aquel día vi temblar de miedo a muchos hombres y mujeres que sabía que eran valientes. Había decenas de miles de muertos viniendo hacia nosotros, gimiendo y chasqueando los dientes negros. Las moscas

se agolpaban a su alrededor, mermando la potencia de nuestro fuego láser y dificultando nuestra puntería. Nuestras armas de mayor calibre hacían estragos entre ellos, pero apenas nos quedaba artillería y las recámaras de nuestros tanques estaban vacías. Antes de que nos diéramos cuenta, los teníamos encima, mordiéndonos y arañándonos, precipitándose en una avalancha de putrefacción hacia nuestras trincheras. Decenas de nosotros caímos en esos primeros momentos, cientos en los minutos siguientes.

»Recuerdo mis momentos de terror con vergüenza, porque un oficial cadiano nunca debería tener miedo y, sin embargo, yo lo tuve. Tuve miedo de morir. Y no solo eso, temí convertirme en un muerto viviente y acabar siendo esclavo de los mismos seres que se proponían destruir todo lo que estimamos. Ordené la retirada, pero nadie pudo oír mi voz porque el enjambre de insectos asfixió a mi operador de comunicaciones y su cuerpo empezó a pudrirse delante de mí mientras le atestaban la boca con sus cuerpos. Hubo una ráfaga de plasma cuando mi artillero abrió fuego y una oleada de calor aún mayor provocada por su arma al explotar. En medio del pánico, se había olvidado de purgar la cámara de combustión y las moscas habían obstruido los conductos de refrigeración. El resto de mi escuadra de mando murió destrozada por el fallo del arma solar. Yo salí despedido, chamuscado, pero vivo. Mi gran deshonra fue haberme quedado allí tumbado viendo cómo nuestros colores ardían en el barro.

»Los muertos se acercaban cada vez más. Al oír sus gemidos, me preparé para morir. Pero entonces otra voz llegó a mis oídos, la de Othis, y fue en ese momento cuando vi al Emperador en acción.

»Othis avanzó con calma, con la pistola en alto y la espada sierra desactivada. No desplegó ninguna arma temporal, sino que blandió la palabra del Emperador. Entonó los grandes himnos de Cadia, con la voz encendida por su fe e impregnada de una melodía celestial y el poder de las fuerzas elementales. Las moscas empezaron a caer del cielo a su alrededor, convertidas en poco más que manchas de negrura pisoteada. Los muertos se volvieron hacia él, alentados por sus amos oscuros al percibir la santidad y la luz que había en él, deseosos de apagarla por encima de todas las

cosas. Pero cuando se acercaban a él, se desplomaban, muertos de verdad, y no volvían a levantarse. Vi cómo se alejaba, solo, mientras las moscas caían a su alrededor y los muertos trastabillaban hasta que dejaban de moverse, hasta perderse de vista entre ellos. —La voz de Odrameyer había recobrado la fuerza, rebosante de admiración por lo que había presenciado.

»Mis soldados, en plena retirada y a punto de darse por vencidos momentos antes, se quedaron boquiabiertos, con las armas colgando de los dedos y los ojos clavados en el hermano Othis y en la brecha que había abierto entre los muertos y los enjambres. Me puse en pie como pude, dejando atrás el miedo. Recogí el estandarte del sargento que portaba mis colores, sin reparar en el calor que despedía el metal mientras lo agitaba sobre mi cabeza y gritaba:

»«¡Está con nosotros! ¡El Señor de la Humanidad vela por nosotros, hijos e hijas de Cadia! ¡Está con nosotros! ¡Atacad, atacad, por el Emperador, por Terra, por Cadia!». No seguíamos ninguna estrategia, simplemente nos lanzamos a las garras de la muerte a la desesperada. Formamos una cuña por instinto, irregular al principio, pero que se fue haciendo más sólida y profunda a medida que el regimiento se agrupaba, y nos abalanzamos sobre las trincheras. Todos. Soldados de infantería, artilleros, tripulantes de tanques que habían perdido sus monturas, oficiales de Estado Mayor, los sanos y los heridos. Todos los tanques que seguían operativos. Cada persona capaz de empuñar un arma en ese frente de batalla. Los auxiliares de apoyo dejaron a un lado sus contenedores de células de energía y cogieron las armas de los caídos. Los médicos dejaron las camillas y desenfundaron sus pistolas.

»«¡Avanzad! ¡Seguid adelante, por Cadia!

»Nos lanzamos contra el enemigo. Los muertos cayeron ante nuestra furia y nuestra fe, viendo cómo el poder del mismísimo Dios Emperador les arrebataba las fuerzas, y acabamos masacrándolos. Intentaron responder, pero su manto protector de moscas se había desvanecido y sus ataques se habían debilitado. Fue entonces cuando vi a Othis por última vez. Aunque se había adelantado bastante, la senda que había abierto entre el enemigo no se había

cerrado, como si no pudieran cruzar el suelo por el que él había pasado. Lo vi sostener en alto su símbolo sagrado, una pesada letra «I» de oro con barras. Muchas veces había pensado en lo bonita que era, pero hasta ese día no comprendí el poder que encerraba ese símbolo.

»Hubo un destello cegador. Al levantar los brazos para protegerme los ojos, me di cuenta de que la luz no me había hecho daño y de que la onda expansiva que había venido después no había tocado a ninguno de mis guerreros, no les había movido ni un pelo. Pero al tocar a los muertos fue otra historia.

»Estallaron en una lluvia de cenizas, suaves y finas como la nieve, y quedaron reducidos a la nada en un kilómetro y medio a la redonda. La luz arrancó el corazón de la horda de los muertos. En ese momento, miré hacia arriba y, al contemplar el pilar de llamas sagradas que acariciaba el cielo, me pareció ver a un gigante de armadura dorada, nuestro dios, que había venido a salvarnos.

»Entonces desapareció y la luz desapareció con Él, dejando un cielo limpio de nubes tóxicas, azul y puro, veteado por las estelas grisáceas de las naves de asalto de los Space Marine. El Emperador nos había salvado. En aquel momento estábamos tan agotados que no pudimos hacer más que mirar las estelas de fuego de las naves de desembarco de los marines. Nadie vitoreó. No hubo ninguna celebración.

»De Frater Othis no había quedado más rastro que un círculo ennegrecido de unos treinta metros de diámetro en el corazón de la hora enemiga, rodeado por las cenizas de los muertos.

»Después de la batalla, informé al cuerpo de logistas de lord Guilliman de lo que había visto. No mostraron ningún interés por lo que había presenciado, pero luego oí rumores de sucesos similares y de lo que había ocurrido en las llanuras de Hecatone. Pensé que nunca volvería a ver la luz del Emperador, aun cuando me sentía privilegiado por haberlo hecho, y habría muerto siendo feliz solo por haberla visto, hasta que el hermano Mathieu me buscó y me pidió que le contara lo sucedido en la batalla. Vi la misma luz en sus ojos. Por eso juré adscribir mi regimiento al Adeptus Ministorum, antes de que pudieran incorporarnos a la Flota Primus. Y aquí estamos.

Odrameyer miró a Mathieu, que asintió. A estas alturas, las nubes se habían disipado por completo y el cielo estaba lleno de estrellas. El planeta se encontraba en el extremo más alejado del sol con respecto a la Gran Fisura. Le había dado la espalda al horror del Caos, por lo que se veía en el cielo nocturno era la incolumidad del vacío. Allá arriba, las grandes naves de la cruzada de Guilliman miraban con apacibilidad hacia abajo, como dioses de metal en su firmamento.

—No tengo nada más que añadir —dijo Odrameyer—. Este es mi testimonio. El Emperador protege.

CAPÍTULO VEINTIUNO

ESCUADRÓN DE LA MUERTE

Poco después de que la cruzada de Mathieu emprendiera su camino, las tormentas psíquicas empezaron a arreciar sobre el planeta. Primero afectaron a las órbitas superiores, donde los efectos de los hechizos de Mortarion se intensificaron, lo cual acabó con las últimas esperanzas que albergaban las fuerzas imperiales de localizar el artefacto desde la órbita; pero la oclusión funcionaba en ambos sentidos. Dos cañoneras portatanques Overlord atravesaron la atmósfera envenenada hacia la superficie sin ser vistos.

En las abrazaderas de carga, las Overlord transportaban vehículos blindados de los Novamarines, decorados con el hueso y el azul cuartelado del capítulo. La primera llevaba un tanque de batalla de primera línea Repulsor de clase Ejecutor. Detrás del imponente bloque que conformaba su casco colgaba un transporte gravítico Impulsor, de líneas igual de robustas, aunque un poco más pequeño. En las plataformas de la parte trasera del Impulsor, seis marines Primaris ataviados con armaduras clase Phobos estaban dispuestos unos frente a otros en la cubierta abierta, con los pies anclados a la superficie por los sistemas de sujeción magnética de las armaduras que les permitían mantenerse en posición.

La segunda Overlord transportaba otros dos Impulsor, ambos a plena capacidad, uno lleno de Intercesores de asalto y otro de

Intercesores tiradores. En el grupo de tiradores solo había cinco Space Marine, todos parte de la escuadra de Justinian Parris. Cuatro de ellos se encontraban en el compartimento de transporte, el quinto conducía. El sexto puesto lo ocupaba el magos Fe, miembro del Adeptus Mechanicus, que portaba insignias que proclamaban su lealtad a Marte y al Adeptus Astra Telepathica. Justinian tenía el honor y la responsabilidad de mantenerlo con vida.

Era evidente que el tecnosacerdote no estaba disfrutando del descenso atmosférico. A través de la placa facial de su equipo ambiental, sus facciones estaban contraídas en un rictus, con los dientes tan apretados que parecían estar a punto de romperse.

—Relájate —le dijo Maxentius-Drontio, el segundo de Parris—. Pronto alcanzaremos la superficie.

—Lo intentaré —respondió el sacerdote. Tenía una cabeza pequeña y delicada, un rasgo acentuado por sus enormes extremidades augméticas y el pesado casco y armadura que llevaba.

El comunicador emitió un sonido en el auricular del sargento Justinian cuando Maxentius-Drontio abrió un canal privado.

—*Seguro que habría preferido bajar en el Ejecutor, pero su equipo es más valioso que él. Tenemos que mantenerlos separados, en caso de que perdamos uno*. —Estaba de buen humor, por lo que la incomodidad del tecnosacerdote le pareció incluso divertida.

Maxentius-Drontio volvió a pasar a una frecuencia abierta.

—Todo irá bien, aguanta un poco —lo tranquilizó.

El tecnosacerdote se aferraba con todas sus fuerzas al asiento, ayudándose de las manos robóticas para apoyarse contra el respaldo.

—No existe ninguna disposición para semejante acción —dijo con la voz entrecortada por el miedo—. No hay nada a lo que agarrarse.

—Háblalo con Cawl —respondió Maxentius-Drontio—. Estos diseños son cosa suya. —Dio unas palmaditas en los asientos. —Eres un tecnosacerdote. Lo conoces, ¿no? —Fe no percibió la poca seriedad de sus palabras y sacudió la cabeza asustado.

—No, no. No tengo ninguna conexión personal con el Archimago Dominus. Pero, si por la voluntad del Dios Máquina algún día llego a

conocerlo, le trasladaré una respetuosa solicitud de alteración del diseño de los modelos de estas máquinas.

Las naves descendían en un ángulo poco pronunciado y a baja velocidad, restringiendo los niveles de emisión de energía para reducir las posibilidades de que las detectaran. Aunque Justinian tampoco esperaba que los vieran. La atmósfera era una sopa verdosa. El parpadeo de las runas de su pantalla retinal advertía de la presencia de elementos corrosivos. Al mismo tiempo, los relámpagos de la disformidad restallaban en el cielo y, allí donde caían los rayos, unos rostros fantasmales les sonreían.

—No me gustaría respirar este aire —le confesó Justinian a Maxentius-Drontio.

—Puede que no nos quede más remedio —comentó su segundo —. Esta cosa acabará filtrándose por los cierres herméticos.

Muchas cosas habían cambiado en muy poco tiempo. Habían pasado solo unos meses desde su batalla a bordo de Galatan. El Sexto Escuadrón Auxiliar había sido adscrita de manera permanente a la Tercera Compañía y rebautizada como Cuarta Línea de Batalla. Ahora servían en la segunda semicompañía a las órdenes del teniente Edermo, quien, pese a la frialdad de su primer encuentro con Justinian, había quedado impresionado con la escuadra Parris y había decidido reclutarlos.

Aunque poco quedaba ya de esa escuadra. Solo tres de sus miembros habían sobrevivido al ataque sobre Crucius Portis II: el propio Justinian, Maxentius-Drontio y Achilleos. Este último portaba el brazo izquierdo biónico como marca de honor, sin armadura y al descubierto para poder exhibir la cromita reluciente de la extremidad, cuyos dedos mecánicos se curvaban con soltura en torno a la empuñadura de su rifle bólter.

Los otros dos marines aún eran relativamente nuevos en la escuadra y no eran como Justinian y los otros, que habían nacido todos en Marte. Uno de ellos, Orpino, había sido un explorador que había experimentado la apoteosis del don de Cawl, en lugar de pasar por el antiguo proceso de transformación, y el otro había sido un primogénito que se había sometido al procedimiento de Calgar y al Rubicón Primaris. No era el único, ya que, aunque todos eran

hermanos Primaris en el grupo de veintiséis, nueve de ellos habían sido primogénitos, incluidos el apotecario Locko y el propio teniente, quien, ante la inminencia de su muerte durante el ataque, se había visto obligado a someterse al procedimiento.

Tras la muerte del Señor del Capítulo Dovaro, la reducción del número de primogénitos en Galatan y la llegada de nueva tecnología Primaris con las flotas de la cruzada, el capítulo había acogido con gran entusiasmo el proceso de conversión de la antigua clase de marine a la nueva. En cuestión de meses, habían pasado de ser uno de los capítulos primigenios de los Ultramarines con menos marines Primaris a uno de los que más. Además, el hecho de que todos compartieran exactamente la misma fisiología hacía que a Justinian le resultara un poco más fácil sentirse hermanado con ellos, pero solo un poco. El abismo cultural que separaba Ultramar de Honourum seguía estando muy presente.

El comunicador de su casco emitió un pitido. El piloto jefe de los Tecnomarines había abierto un canal de comunicación con todas las fuerzas de reconocimiento.

—Preparaos para el lanzamiento en tres minutos. Activad los motores gravíticos a mi señal.

Pasac, el quinto y último miembro de la escuadra de Justinian, respondió desde el compartimento del conductor:

—Instrucciones recibidas. Aguardando orden de activación.

Justinian no apreció ninguna diferencia, seguía viendo las mismas nubes espesas a su alrededor. Se imaginó cayendo entre ellas para siempre, sin nunca tocar el suelo. Pero el sonido de los motores estaba cambiando, las Overlord estaban reduciendo la velocidad. Los tanques que colgaban de las abrazaderas se estremecieron.

—Sondeos superficiales positivos. Noventa metros y aproximándonos. Treinta metros de altitud requerida para una inserción segura. Nos acercamos. Activadlos. —Los motores del Impulsor se encendieron. Una onda de sangrado de aire antigravítico atravesó el tanque desde los deflectores de protección y sacudió el transporte.

—*Motores activados* —anunció el conductor de Justinian. Los conductores de los otros tres tanques respondieron de forma idéntica.

De repente, la primera Overlord descendió de golpe.

—*Posición de inserción alcanzada. Tanque uno, fuera.* —Una pausa. —*Tanque dos, fuera*.

La aeronave que encabezaba el grupo inició un ascenso pronunciado y pasó por delante del transporte de Justinian a toda velocidad instantes antes de que su propia Overlord se lanzara en picado, como un pájaro que caza insectos sobre el agua.

—*Tanque tres, fuera* —dijo su piloto. Los brazos que sujetaban el Impulsor que colgaba frente al de Justinian se abrieron y el vehículo se perdió entre la niebla. Había llegado su turno.

—*Tanque cuatro, fuera*.

El tanque de Justinian cayó rápidamente. La Overlord desapareció y, por un segundo, estuvieron solos en la penumbra verdosa. Entonces alcanzaron una altura en la que los sistemas antigravíticos podían actuar, el sonido vibrante de los motores cambió y, un momento después, se detuvieron con suavidad. El agua se elevó en el aire y salió despedida.

Los sistemas de sujeción de las botas se desactivaron. Los Intercesores se levantaron y apuntaron los rifles bólter hacia la niebla. Unas gotas de grasa empezaron a arremolinarse a su alrededor. Su mundo se limitaba a una esfera de diez metros de diámetro. El magos Fe permaneció sentado, casi tan aterrorizado como antes.

—No veo nada con tanta niebla —dijo Maxentius-Drontio.

—Teniente Edermo, ¿puedes oírme? Envía una baliza de localización —dijo Justinian por el comunicador. El silencio fue su única respuesta—. Hermano Pasac, inicia un barrido de búsqueda lento —le ordenó a su conductor.

Los focos de la parte delantera del tanque se encendieron, pero lo único que hicieron fue proyectar dos conos de luz en la niebla. El agua fangosa se extendía en todas direcciones. El tanque se giró lentamente, golpeteando la superficie del agua con los sistemas antigravíticos como si fuera la piel de un tambor.

—Parece que las hidrovías se han desbordado —comentó Justinian—. Pero, ¿dónde estamos exactamente?

—Veo algo —dijo Achilleos mientras se apoyaba el rifle bólter en el muslo para poder apuntar con el brazo aumentado—. Allí.

Justinian siguió su gesto con la mirada, más allá de las antenas de la matriz de comunicación orbital que había encima del compartimento del conductor. A la izquierda se distinguían varias sombras de formas irregulares, pero podían ser cualquier cosa. En esos momentos, el sensorium de su armadura era tan inútil como sus propios ojos, pues tanto la pantalla retinal como la pantalla augur que llevaba integrada en el brazal del antebrazo estaban repletas de runas alfanuméricas sin sentido.

—Diez grados a la izquierda, Pasac, cuarenta y cinco metros al frente —ordenó Justinian—. A ver qué tenemos ahí. Tal vez podamos usarlo como punto de referencia para guiar a los demás. Hermano Orpino, sube a la tormenta de hierro.

—Enseguida, hermano sargento —respondió Orpino. Accedió al compartimento del conductor. Justinian vislumbró a Pasac en la oscuridad, rodeado de pantallas brillantes, antes de que la puerta volviera a cerrarse. Un momento después, Orpino emergió por la escotilla superior del compartimento y empuñó la ametralladora acoplada al afuste exterior.

Se deslizaron hacia delante, deslumbrados por las luces, aún perdidos.

Las formas fueron creciendo hasta que, de repente, se tornaron en un bosquecillo de árboles de especies que no eran mortales.

—Por el Trono, ¿qué…? —murmuró Maxentius-Drontio.

Los árboles eran altos, tenían una extraña forma piramidal y estaban recubiertos con una corteza resbaladiza de la que brotaban pequeños riachuelos de baba. Unas enormes flores globulares se agitaban sobre los troncos achaparrados mientras despedían pequeñas nubes de polen amarillo y pegajoso a intervalos irregulares. Pero eran sus bocas las que delataban su verdadera naturaleza: fauces similares a las de las bestias marinas, unas aberturas enormes bordeadas de dientes que discurrían a lo largo de casi todo el tronco. Suspiraban y susurraban. Una lengua gorda y

rosada asomó por una de ellas y cayó al agua, salpicando el tanque mientras pasaba de largo. Sus ramas se movían como dedos y se extendían para intentar tocarlos.

—Mantened la distancia —les advirtió Justinian.

—Por el primarca, ¿dónde estamos? —preguntó Achilleos—. Las imágenes del cartógrafo no tienen ningún sentido.

—Por eso lo necesitamos —dijo Maxentius-Drontio mientras le daba un golpecito con la bota al magos Fe—. ¿No es cierto?

—Sin mis máquinas no puedo hacer nada —respondió el tecnosacerdote con delicadeza—. ¿Dónde están los demás?

—No los tenemos localizados —admitió Maxentius-Drontio.

Siguieron avanzando a una velocidad mínima. Docenas de árboles emergieron de la niebla, seguidos de edificios que se encontraban sumergidos hasta lo alto de las puertas de las plantas bajas. Las edificaciones empezaban a proliferar.

—Una ciudad —señaló Achilleos.

—Sí, pero ¿cuál? —dijo Maxentius-Drontio.

—¿Alguna señal del teniente Edermo? —le preguntó Justinian a Pasac.

—*Negativo, hermano sargento. Ni señales ni comunicaciones. Nada*.

—Entonces dirígete al centro. Despacio y con precaución.

Los edificios se fueron haciendo más prominentes a medida que se acercaban al centro de la ciudad. De los costados colgaban plantas muertas. Poco a poco, fueron emergiendo los patrones de las carreteras y los canales, cada uno de ellos delineado por árboles demoníacos.

—Hiastamus —dijo Orpino—. Mirad, hermanos.

Señaló el lateral de un edificio de siete plantas decorado con estatuas sentenciosas, ahora cubiertas de musgo gris. Un letrero proclamaba que se trataba de la oficina local del Administratum en el subdistrito de Hiastamus.

—No tiene sentido. Según los datos planetarios y nuestro punto de aterrizaje, Hiastamus debería estar en la otra punta del planeta.

—Al menos ahora sabemos dónde estamos —apuntó Achilleos.

—¿Por cuánto tiempo? —dijo Justinian.

Una vez pasada la oficina, llegaron a la plaza principal de la ciudad, también anegada de aguas inmundas. En el centro, un árbol colosal se alzaba por encima de todo lo demás, rodeado de ramas repletas de frutos espantosos.

Del extremo de cada una de esas ramas colgaba un cadáver ahorcado, cubierto de una espesa mata de hongos de un color naranja sumamente llamativo, aunque identificable como humano.

—Recuérdame otra vez por qué nos ofrecimos como voluntarios para esta misión —dijo Maxentius-Drontio mientras se volvía hacia Justinian—. Tal vez deberíamos derribar esa cosa, es una abominación.

—No podemos permitirnos hacer demasiado ruido —respondió Justinian—. Si nos detectan, nuestra misión habrá fracasado. Así de simple. Pasac —continuó—, sigue avanzando.

Planearon sobre el agua y pasaron por delante de la cara del árbol, donde tres bocas expulsaban chorros de vómito mientras susurraban palabras tristes y reconfortantes.

—La cuestión es si podrá vernos —señaló Achilleos.

—Será consciente —declaró el magos Fe, alzando la voz por primera vez—. Estas plantas son una especie de demonio, pero dudo que sean lo bastante sensibles como para vernos como una amenaza, o que dispongan de los medios necesarios para comunicarlo.

—¿Estás seguro? —preguntó Maxentius-Drontio.

—Soy un magos del Technii Psykanum y un valioso servidor del Adeptus Astra Telepathica. Mi misión en la vida es saber ese tipo de cosas —puntualizó el magos.

—Pues no me hace ninguna gracia —dijo Maxentius-Drontio.

Terminaron de rodear el árbol y llegaron a otra de las salidas de la plaza principal. Justinian le pidió a Pasac que la tomara. La ciudad era pequeña, por lo que no tardaron en salir de sus límites y adentrarse en las tierras inundadas que se extendían más allá.

—No hay nada más que agua y barro —comentó Achilleos. Los restos flotantes de la ciudad pasaban de largo meciéndose con languidez, empujados por la fuerza gravítica del tanque.

—Hiastamus era una ciudad costera —apuntó Justinian.

La puerta de la cabina del conductor se abrió y Pasac se volvió hacia la plataforma de carga.

—Hermano sargento, tengo la ubicación del teniente Edermo.

—Ve hasta él, enseguida —le ordenó Justinian—. Cuanto antes activemos y calibremos las máquinas del magos, antes saldremos de aquí.

—Prepárate, magos —dijo Maxentius-Drontio—. Te toca.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

MONTAÑA DE CARNE

Mathieu guio a su congregación de guerra hacia el paso que atravesaba las montañas de Loann encaramado al púlpito principal situado a los pies del ángel protector que se erigía sobre el órgano. Las hordas de fieles marchaban alrededor del tren, una hermandad de personas que habían sido testigos de los mayores milagros iluminados por sus propias experiencias y personas que, sin haber presenciado nada semejante, se nutrían de la fe de quienes sí lo habían hecho.

El paso de Odricus se extendía ante ellos; la herida que había sufrido el planeta había sido tan profunda que la roca seguía desnuda y exudante cuatro milenios después de abrirse. Y esa misma herida ahora estaba infectada. Las sombras de las colinas se cernían sobre ellos, helándolos con su caricia febril. El aire era cálido y denso, pero no dejaban de tiritar bajo aquella penumbra. En lugar de agua, por los muros de piedra corría un líquido negro que obstruía los sistemas de drenaje con su espesor y hacía que unas horribles manchas de materia viscosa se acumularan en los desagües que descendían hacia la llanura por ambos lados del terraplén de la carretera y anegaran los canales de las hidrovías que discurrían en ambas direcciones. Desde su posición, Mathieu podía ver el cañón artificial en su totalidad. A lo lejos, las paredes se

estrechaban tanto que parecían tocarse bajo una delgada franja de cielo verduzco.

La columna humana se detuvo ante el paso. Mathieu escudriñó los acantilados y sus altas cimas en busca de algún indicio que apuntara a una posible emboscada. En las tierras circundantes reinaba un silencio sepulcral. El bullicio de los Testigos quedaba amortiguado por la devastación del terreno que atravesaban en aquellos momentos, y se veía atenuado todavía más por la altura que separaba a Mathieu de sus seguidores, por lo que existía en un mundo silencioso. El motor vibraba, expectante, bajo sus pies. Detrás de él se encontraban los oficiales de enlace de Odrameyer, sus propios presbíteros, los líderes de varias milicias y las Hermanas Palatinas de la Adepta Sororitas, todos pendientes de su palabra.

Entrecerró los ojos. Si él fuera el enemigo, atacaría aquí. Atestaría los márgenes de la brecha de demonios y lanzaría explosivos para masacrar a los fieles. Abriría fuego contra los Testigos desde esas posiciones de impunidad y saldría triunfante sin apenas sufrir bajas entre las filas de su ejército infernal.

—No soy un hombre de guerra —se dijo a sí mismo. Luego alzó la voz hasta gritar y dejó que sus palabras retumbaran a lo largo de la brecha—: ¡Soy un hombre de fe! Sigamos adelante.

—Padre santísimo —exclamó el teniente jefe de Odrameyer, que había estado esperando el momento oportuno para objetar—. Si nos adentramos ahí, el enemigo nos masacrará.

—Este es el camino que hemos elegido, el camino que me ha mostrado el Emperador —aseveró Mathieu—. Lo tomamos bajo su protección. —Se volvió para mirar a los líderes reunidos. —El Emperador protege —declaró.

—El Emperador protege —respondieron, aunque algunos fueron incapaces de mirarlo a los ojos.

—No temáis —dijo—. Adelante.

El tren se puso en marcha con un silbido de vapor titánico. Las paredes de piedra, altas y oscuras, del Paso de Odricus se cernieron sobre ellos.

La travesía por el paso fue difícil, pero breve. Recorrieron los once kilómetros que separaban ambos lados sin detectar el menor indicio de la presencia del enemigo. Sin embargo, al llegar al extremo opuesto se encontraron con una escena muy diferente a la del otro lado, donde las montañas habían formado un baluarte contra la corrupción de Iax y la habían mantenido alejada de las provincias más cercanas a Primer Desembarco. Aquí, el Caos campaba a sus anchas.

Las colinas descendían hasta unas tierras bajas que antaño habían albergado una mezcla de parcelas arbóreas y granjas perfectamente estructuradas. Estas tierras daban paso a las dehesas de Hythia y a las grandes marismas que predominaban en la provincia.

Contra toda lógica y dinámica de fluidos, todo esto había desaparecido. Una surgencia de aguas estigias había anegado la tierra y cubierto las planicies de lagos poco profundos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. No se veían seres vivos por ninguna parte, solo sus restos: árboles podridos, esqueletos de ganado reverdecidos tirados en charcos y vegetación ennegrecida por la muerte. Había cosas vivas, pero solo de naturaleza malévola. Había nubes de insectos que revoloteaban sobre el agua, algunos de ellos anormalmente grandes, y la superficie de los charcos ondeaba con ademanes ocultos. Donde el terreno se elevaba seguía habiendo pequeñas islas, extensiones húmedas y oscuras de las que sobresalían los edificios. La enorme carretera también se alzaba orgullosa sobre los lagos, acotada por el terraplén que la sustentaba, que ahora actuaba como dique. De resto, todo era agua: oscura, estancada y maloliente.

Una neblina fina y amarillenta se deslizaba sobre los lagos, impregnada de los olores de la putrefacción y la muerte, limitando la visibilidad a unos pocos kilómetros, menos aún en las áreas donde el humo se acumulaba con mayor densidad.

—A partir de aquí debemos ir con cuidado —advirtió Mathieu.

El reactor del tren temblaba como el corazón de una bestia asustada mientras se adentraba en la llanura. Detrás de ellos, las montañas fueron menguando hasta convertirse en pequeños

montículos en el horizonte, como el cadáver de un gigante que había sucumbido a la desesperanza y había muerto. Los pantanales parecían no tener fin. Las nubes eran de un verde espantoso. Una tormenta restallaba con apatía en la distancia, llenando el cielo encapotado de tracerías de relámpagos anémicos. Cuando la lluvia empezó a caer sobre la columna humana, apestaba a azufre y abrasaba la piel. Los Testigos cantaron con más ahínco para calmar su miedo y el cielo rugió en señal de advertencia.

Pasado un tiempo, el sonido espantoso de unas trompetas retumbó sobre las tierras de cultivo anegadas. Un centinela gritó y señaló hacia el suroeste, donde una figura pálida y colosal emergía de la niebla. La figura resultó ser una bestia descomunal que atravesaba el paisaje en diagonal y se dirigía hacia la carretera y los Testigos. Bramó con languidez y, de repente, una nube de seres voladores se arremolinó a su alrededor.

Los miembros delanteros aparecieron primero: una cabeza como una colina, con los rasgos de una criatura mamífera, aunque de apariencia juvenil, como una cría de roedor que ha crecido hasta alcanzar un tamaño descomunal. De la boca babeante asomaba una lengua de varias decenas de metros de largo llena de ojos amarillos parpadeantes. El rostro de la bestia, en comparación, parecía enceguecido; las dos depresiones que tenía a ambos lados de la cara, que parecían ser dos cuencas oculares, estaban cubiertas de piel flácida y pustulosa. Del labio superior sobresalían unos dientes de roedor negros y amarillos, con caries del tamaño de una caverna. En la encía inferior tenía dos alvéolos vacíos, ensangrentados y llenos de pus, cuya crudeza evidenciaba el labio caído de la criatura. Plañía mientras se movía, dejando escapar gritos de desesperación y dolor que se asemejaban al llanto de una mujer. El ruido de sus lamentos impregnó la llanura de una tristeza palpable, como un gas venenoso que, pese a ser invisible, posee la suficiente densidad como para sentirlo en la piel antes de que provoque la muerte. Entre los miembros del ejército que lo observaban, más de unos cuantos sucumbieron a su pena y empezaron a llorar.

De su boca manaban babas, cuyo hedor resultaba repugnante incluso desde aquella distancia, que caían a raudales por las

extremidades rechonchas y cancerosas que utilizaba para arrastrarse. Unos mechones de pelo ralo se agitaban sobre la piel pálida y desnuda, lo bastante fina como para permitir que el ejército enemigo viera los parásitos del tamaño de personas que acechaban entre las matas más densas.

Odrameyer subió un momento al púlpito de mando, le hizo una señal a su oficial de comunicación para que se acercara y empezó a susurrarle algo, temeroso de que la bestia pudiera oír lo que decían, aunque era muy poco probable, dado lo fuerte que gritaba y lo lejos que estaba.

—Pide a las unidades blindadas que se acerquen. Dame algunos pronósticos sobre el alcance de las armas, el número de rondas que podríamos disparar antes de que se nos eche encima y si sería viable matarlo.

—Sí, señor —respondió la mujer. En cuanto se fue a cumplir con su tarea, Mathieu le puso una mano en el hombro a Odrameyer. El coronel reprimió un pequeño escalofrío al sentir cómo la fuerza del Emperador permeaba en él.

—Yo lo dejaría estar —dijo el sacerdote sin moderar el tono de su voz —. No corremos ningún peligro.

La criatura se puso de costado. La barriga, que tenía apoyada en el suelo, se ondulaba al arrastrarse sobre la tierra. La columna vertebral era larga y estaba tan arqueada que formaba una cresta torcida en la espalda de la criatura. En las paredes de carne de esa cresta se agitaban unos pequeños orificios provistos de esfínteres que sufrían espasmos, se distendían y dejaban escapar torrentes de un líquido viscoso. De esas cascadas de baba surgían unos sacos que se retorcían al precipitarse hacia la superficie. Desde lejos, comparados con el enorme tamaño de la criatura, parecían pequeños, pero no lo eran. Al caer rodando sobre los parásitos de la bestia montesa, los derribaban y arrastraban consigo. Cuando los sacos impactaban contra el suelo, y a pesar de la gran altura desde la que caían, no se destruían, sino que estallaban en sacos más pequeños de inmundicia de los que nacían unos monstruos con gorgueras. En cuanto emergían, se sacudían la sustancia viscosa que los cubría y salían corriendo hacia su gigantesco progenitor. Lo

seguían dando gritos alegres y se agrupaban en grandes manadas que iban aumentando de tamaño bajo la atenta mirada de Odrameyer y Mathieu. El coronel sacó un par de magnoculares para observarlos mientras pasaban por delante de un domicilio en ruinas.

Varias runas de medición parpadearon en la vista ampliada.

—¡Emperador bendito! ¡Esas cosas miden más de cuatro metros de alto!

Se movían por el agua con facilidad y, cuando llegaban a zonas demasiado profundas, se ponían a nadar como cachorrillos hasta que volvían a hacer pie.

—No temas —le dijo Mathieu—. El Emperador nos protege.

—¿Estás seguro de que no nos ha visto? —le preguntó Odrameyer.

Dudaba que fuera así, porque los ojos de la lengua de la criatura miraban en todas las direcciones y el tren era perfectamente visible sobre la carretera elevada.

—Ten fe, coronel —respondió Mathieu, con una voz que era como un bálsamo—. Nos haya visto o no, no arremeterá contra nosotros —declaró—. Sigue su camino y ni él ni sus retoños miran en nuestra dirección.

Odrameyer tuvo que admitir que en eso tenía razón, aunque no por ello dejó de preocuparle. La bestia seguía acercándose y no tardaría en cruzar la carretera, pero se mantenía fiel a su camino y no hacía ademán de desviarse hacia ellos. Aun así, el coronel ordenó a sus cuatro escuadrones de tanques que se desplegaran a ambos lados del tren de guerra. Los vehículos tuvieron que apelotonarse en la carretera, pero la bestia era tan grande que podrían haber elevado los cañones, disparado a la vez y, así y todo, darle de lleno.

—Intenta llegar al final de la cordillera, donde doblará hacia el oeste y se dirigirá hacia Primer Desembarco. Allí se reunirá con todos los traidores apóstatas —explicó el sacerdote—. Lord Guilliman ha desafiado abiertamente al demonio caído Mortarion. Allí tendrá lugar la batalla final.

—Allí también se decidirá el futuro de Iax, si no el de todo Ultramar.

Mathieu sonrió.

—¿Crees que el primarca será quien salve este reino? Ese papel nos corresponde a nosotros, hermano. Ganemos o perdamos la batalla en Primer Desembarco, será la voluntad del Emperador, a través de nosotros, la que decida esta guerra. Nos tiene reservada una gran tarea.

La bestia llegó al terraplén. Se detuvo un momento cuando su cuerpo putrefacto se topó con el terreno moldeado y el hormigón rocoso, dejó escapar un aullido lastimero y empezó a subir por la pendiente, abriendo una profunda zanja a su paso. Las vallas de seguridad se doblaban bajo su peso, formando unas cintas alargadas de metal que se arrugaban como hierbas secas y se veían arrastradas bajo su masa conforme las arrancaba de los postes. Destrozó la divisoria de seguridad que separaba los dos grupos de cuatro carriles y destruyó unos abrevaderos que antaño habían albergado muestras florales y hermosos ejemplares de árboles y ahora solo contenían una apestosa sustancia negra.

Los esfuerzos de la criatura hacían que la carne se le retorciera y oprimiera los orificios, desatando una lluvia de monstruos que se vieron expelidos de los canales de parto en los que se alojaban. Muchos de los sacos explotaban al chocar contra el hormigón rocoso de la autopista y, los que no corrían con esa suerte, eran tan pequeños y prematuros que ni siquiera llegaban a eclosionar y morían retorciéndose débilmente dentro de sus sacos de mucosidad.

La bestia iba a horcajadas sobre la carretera, arrastrando los cuartos traseros cubiertos de heces por la orilla mientras expulsaba chorros de estiércol por el trasero, impregnando el aire de un olor tan nauseabundo que provocó arcadas entre los Testigos. Fue levantando crestas de tierra y piedra con las patas delanteras hasta que, con un último bramido lastimero, se deslizó por el terraplén más lejano. El resto de su cuerpo hizo lo propio, pero la piel de la barriga se estiró tanto por el esfuerzo que se desgarró y provocó una oleada de barro y agua asquerosa antes de seguir su camino con el ritmo doloroso y majestuoso de antes. Sus retoños se agolparon en la orilla y siguieron avanzando, deslizándose alegremente por los senderos de suciedad que su progenitor iba dejando a su paso. Saltaban y se retorcían mientras aullaban como

sabuesos. Sortearon el obstáculo a centenares y volvieron a adentrarse en los pantanos.

El flujo de retoños fue disminuyendo, pasando de una pequeña horda a grupos de unas pocas docenas, hasta quedar reducida a unos cuantos individuos. El último de ellos fue dando saltitos por el terraplén, se detuvo a medio camino, olfateó el aire y se volvió para mirar hacia la columna humana.

Odrameyer se tensó.

—Preparaos para abrir fuego —ordenó.

Con una sonrisa cenutria en la cara, la criatura agitó una mano hinchada y húmeda hacia los Testigos y corrió tras los suyos. La bestia gigante siguió avanzando, ya de espaldas a la carretera, dejó escapar otro grito lastimero y se perdió entre la niebla.

Odrameyer echó un vistazo a la carretera. La criatura había abierto un surco en el asfalto de cuarenta y cinco metros de largo y al menos seis metros de profundidad. Estaba lleno de una mezcla nociva de sustancias que se deslizaban lentamente hacia los pantanos.

—Esto nos retrasará —dijo el coronel.

—¿Tus unidades blindadas disponen de equipos de construcción de puentes?

—Sí, hermano, me aseguré de conseguir algunos, tal y como me pediste.

—El Emperador me guía a mí —le dijo el sacerdote con voz apacible— y yo os guio a vosotros. Te sugiero que ordenes traer los equipos desde la retaguardia y cubras la brecha. Llegará el momento en que tengamos que abandonar la carretera, pero ese momento aún no ha llegado.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

UN MOMENTO DE REFLEXIÓN

Felix patrullaba las murallas orientales del segundo nivel de Primer Desembarco cuando se topó con Donas Maxim.

No era improbable que fuera un encuentro fortuito. Había docenas de capítulos de Space Marine en la ciudad. Cada uno de ellos desempeñaba sus funciones y cumplía su itinerario. Solo Guilliman estaba al tanto de todo y Felix, que ostentaba una posición influyente, pero era ajeno a las estructuras organizativas de los capítulos, gozaba de libertad para hacer lo que quisiera. Así que recorría las murallas en soledad.

La bruma que envolvía el planeta se había espesado hasta convertirse en una niebla marrón. El cielo rugía con una fuerza apenas contenida. Según las marcas temporales, debía de estar a punto de amanecer, pero el sol había dejado de salir y ponerse, y una luz tenue y constante lo impregnaba todo. Ninguna nave podía aterrizar y ninguna podía despegar. También habían perdido el contacto con la flota, pero nada de eso preocupaba a Felix. Recorría su senda solitaria, pensando en el futuro y en las muchas tareas que debía llevar a cabo para asegurar su sector de Ultramar. La guerra era solo una parte de ello.

Las murallas del nivel intermedio se ceñían a los acantilados trazando ondas similares a las de las coladas subterráneas. Por

encima y por debajo de ellas se erigían las delicadas torres de la ciudad, cercadas por sus jardines moribundos. En el exterior, unas planicies agrícolas se intercalaban de manera incongruente entre las torres cársticas. Para protegerse del miasma que lo saturaba todo, se había dejado el casco puesto y había activado los protocolos de vacío más estrictos, de modo que podía oír el eco de su propia respiración. Tenía la máscara ceñida a la cara. Las alertas de información entrante o de incidencias en los sistemas que recibía de manera ocasional se superponían al zumbido del reactor y al murmullo cumulativo de cientos de haces de fibras al contraerse y estirarse. El diseño de las armaduras de Cawl era mucho más silencioso que el de las antiguas. Había conocido a marines cuyas placas de combate prácticamente gruñían a cada paso que daban, pero en parte se alegraba de que las del modelo Gravis no fueran insonoras, porque se había acostumbrado a los leves chasquidos y zumbidos que emitían y los encontraba reconfortantes —como, suponía, pasaba con los sonidos uterinos. La similitud del sonido con el de las máquinas que lo habían mantenido prisionero a bordo de la nave de Cawl no lo incomodaba demasiado. Su armadura era una máquina que controlaba. Era su protectora, su aliada. Él decidía si quería deshacerse de ella o conservarla. No estaba a merced de nadie, era libre de hacer lo que quisiera.

Sin embargo, se sentía un poco culpable. No debería haber venido hasta aquí, abandonar el reino que le había sido entregado para librar esta batalla. Se preguntó por qué lo había hecho. ¿Había sido solo por la necesidad de confrontar a su padre genético por el camino que estaba tomando, o simplemente había sido porque quería verlo, buscar consuelo en su presencia, inspiración, tal vez, o fortaleza para desempeñar la tarea imposible que le había encomendado?

«Por todas esas cosas —pensó—. Por todas esas cosas».

Se detuvo en un punto donde la curvatura sinuosa de la muralla abrazaba una plataforma de cañones. Un sistema de misiles portátil con los colores de los Silver Templars se desplazaba hacia delante y hacia atrás con diligencia mecánica, siempre a la misma velocidad y trazando el mismo arco. Se dirigió hacia el noroeste, donde emitió

un sonido metálico y dio una pequeña sacudida cuando sus servomotores lo hicieron retroceder y girar hacia el sureste, donde volvió a emitir el sonido metálico y a dar otra sacudida antes de emprender el camino de vuelta. Un único ojo de cristal curvo oteaba el horizonte desde el centro del lanzamisiles cuádruple. Cerca había cajas de munición blindadas llenas de misiles adicionales. Desde su posición, divisó las figuras corpulentas de dos servidores, ambos desconectados, equipados con túnicas protectoras adaptadas a sus componentes orgánicos. Estaban totalmente inmóviles, esperando a que la voz de su señor los llamara a la acción.

Felix se acercó a la muralla y se asomó, siguiendo el movimiento del sistema de misiles de manera inconsciente.

—Una vigilia interminable, tetrarca —dijo una voz que Felix conocía bien. Al girarse, se encontró de frente con la mirada de otro Space Marine.

—Codiciario Donas Maxim —lo saludó, dejando que el placer de verlo se reflejara en su voz—. Hacía tiempo que no coincidíamos. Me alegro de volver a verte.

Se estrecharon el antebrazo, como hacían los guerreros, muñeca con muñeca, dejando que sus brazales se tocaran.

—Yo también me alegro de veros, tetrarca. —Maxim se detuvo junto a Felix.

—Te has sometido al procedimiento de Calgar —advirtió el tetrarca—. ¿Cuándo?

—Hace dos semanas. Me pareció lo más adecuado —respondió Maxim—. Me pareció que aquí había una manera de capacitarme para servir mejor al Imperio. No tenía derecho a rechazar una oportunidad así. Los riesgos eran proporcionales a los beneficios.

—Siento curiosidad por saber qué efectos tiene en los primogénitos. ¿Cómo te sientes?

—Más grande —dijo Maxim.

Felix resopló.

—Lo digo en serio —aseveró el codiciario—. Es raro crecer de repente. Tuve la misma forma durante trescientos años y ahora soy diferente, aunque creo que lo que más me gusta es el equipamiento

—dijo. Abrió una mano enguantada y la examinó—. Superior en todos los sentidos. Debería estar disponible para todos.

—A veces pienso que Cawl se niega a fabricar sus armas a medida de los primogénitos para tentarlos a someterse al Rubicón —confesó el tetrarca.

Ahora fue Maxim quien dejó escapar una risita.

—Tal vez. Aunque estoy seguro de que la verdadera razón es mucho más práctica. Los primogénitos son una especie en extinción. ¿Para qué malgastar recursos en ellos? Sospecho que eso se acerca más a la verdad. Personalmente, aprecio mi nueva forma y la fuerza que me proporciona. —Hizo una pausa. —De cualquier modo, valió la pena sentir cómo se me derretían los huesos por dentro. Además, me han dicho que el dolor residual acabará pasando.

—Tengo entendido que has luchado mucho desde la última vez que te vi en Macragge.

—El primarca me ha mantenido ocupado —respondió Maxim—. Después de que Mortarion lo desafiara en Hecatone, me pidió que dejara a mi capítulo y me uniera a su Concilia Psykana. Tras varios meses allí, empecé a considerar la posibilidad de someterme al Rubicón. Las cosas que he visto y hecho…

Felix no creía que Maxim fuera una persona falta de emociones, pero su voz le sonó un tanto forzada.

—Te entiendo. No sé si recordarás que también estuve en el interrogatorio hace tres semanas.

—¿Cómo podría olvidarlo? Pero cosas como esas no son nada. A lo largo de mi vida me he enfrentado a numerosos peligros en la disformidad, pero lo de estos últimos años ha sido inaudito. Hay demonios por todas partes y cada vez hay más y más psíquicos. La maldad del Caos satura el universo, tetrarca. —Hizo una pausa. —Bueno, basta de hablar de mis penas. ¿Cómo van las cosas en el este?

—Ahí van —respondió Felix—. A veces pienso que la tarea que se me ha encomendado supera mis capacidades, pero persevero.

—En eso coincidimos —señaló el codiciario—. ¿Por eso recorréis las murallas sin vuestros Elegidos? Por eso deambulo yo esta noche.

—Así es —admitió Felix—. Por eso y porque los momentos previos a la batalla siempre son los peores. La anticipación de la masacre, la posibilidad de morir. Admito que he aprendido a disfrutar de la resolución de disputas en las que no hay un rifle bólter de por medio.

—Seguro que sí. Yo, en cambio, anhelo poder enfrentarme a problemas lo bastante sencillos como para poder resolverlos con un arma.

Guardaron silencio un momento, el tiempo suficiente para que el sistema de misiles completara su recorrido tres veces. *Ruido metálico, sacudida, giro*. Unos relámpagos mágicos surcaron el cielo. La disformidad asfixiaba cada vez más al planeta.

—He oído que descubriste a un espía, una especie de demonio —comentó Felix.

—Ya no sois el guardián del primarca —respondió el codiciario.

—Aun así, me gustaría enterarme —replicó el tetrarca—. ¿No vas a contármelo?

—Claro que sí. Solo os molesto para divertirme —admitió Maxim. Respiró hondo y carraspeó dentro del casco—. Era un diablillo de la plaga, una criatura menor, de una clase que no había visto nunca antes y ejercía una forma de control bastante inusual sobre su huésped. No era posesivo, sino parasítico. Tenía a un capitán de la Auxilia de Ultramar bajo su poder. Lo expulsé de él.

—Terrible —dijo Felix—. Encomiendo el alma de ese pobre hombre a la protección del Emperador.

Maxim lo miró.

—No, no está muerto —explicó el codiciario—. Aunque en tu lugar yo habría asumido lo mismo. No, me han dicho que ese pobre desgraciado sigue vivo. Nadie sabe qué pasará con él. Leí su alma y, en principio, los daños que sufrió al estar en contacto con esa cosa fueron mínimos y, aunque tiene el cuerpo lleno de distintos cánceres, todos son curables. Es un hombre devoto, un verdadero creyente del Culto Imperial. Quizá eso lo preservara de un daño mayor.

—Tal vez. O puede que fuera cosa del diablillo. Un cadáver putrefacto o un mutante chillón no habrían hecho un buen espía.

—Sin duda —convino Maxim—. Dudo que su relativa pureza le sea de gran ayuda. Ahora mismo debe de estar con los confesores de la Eclesiarquía, que no se caracterizan por su misericordia precisamente. No podemos permitirnos ser amables. Debemos plantearnos para qué han podido utilizarlo. Estaba presente en la sesión informativa inicial. Ya entonces percibí algo extraño en él, así que lo rastreé. Es muy probable que Mortarion esté al corriente de nuestros planes. Debería haber actuado antes.

—No dejaría que eso me perturbara —lo tranquilizó el tetrarca.

—¿No os preocupa?

—Lord Guilliman contaba con que hubiera algún espía. A los oficiales del planeta presentes en la asamblea les contó lo suficiente para que pudieran desempeñar su papel, pero no todo. Ha ideado un plan con el eldar que muy pocos conocen. Yo mismo solo estoy enterado de la mitad.

—No habría esperado menos —afirmó Maxim—. Aun así, el simple hecho de que sepa lo que nos proponemos hacer aquí otorga una ventaja a Mortarion.

—O lo empujara a caer en una trampa —apuntó Felix—. Poco a poco, el primarca va atrayendo a su hermano. Esta tormenta nos impide recibir apoyo orbital, pero también veda cualquier tipo de ayuda para él. Todas las fuerzas que puede desplegar están aquí, en el planeta. Podrá invocar a sus demonios, pero no podrá traer a más soldados de la Death Guard. Guilliman esperará hasta el último momento antes de convocar al primarca caído. Puede que parezcamos débiles, pero no lo somos. Para poder vencer, el artefacto que sustenta el afán de Mortarion por hacerse con el control de Ultramar debe sobrevivir, y no lo hará. Habrá anticipado un ataque al caldero y habrá destinado algunas fuerzas a protegerlo. Pero, ¿cuántas? ¿En qué medida serán suficientes? Estas cuestiones lo pondrán a prueba y, al hacerlo, dividirán a sus ejércitos. Llegado el momento, Mortarion deberá tener la vista puesta en este lugar.

—Entonces, ¿Guilliman ha conseguido localizar el artefacto?

—No lo sé —admitió Felix—. Hay varios elementos en juego, una fuerza de confianza, el comodín del militante apostólico. Natasé nos asegura la victoria si seguimos el camino correcto.

—El eldar —puntualizó Maxim—. Me enferma que confiemos tanto en sus habilidades de adivinación.

—¿Qué otra cosa debería hacer lord Guilliman? Lord Tigurius podría equipararse al vidente en capacidad profética, pero está muy lejos de aquí. No hay nadie con una habilidad de presciencia similar entre nuestras fuerzas aquí. Debemos usar todas las armas que tenemos a nuestra disposición. La trampa está tendida, hermano. Debemos mantener la calma.

—Ahora entiendo por qué Guilliman os escogió como uno de sus tetrarcas —dijo el codiciario—. Sin embargo, sigo teniendo mis dudas. ¿Qué hay de esta enfermedad? ¿Cómo podemos contrarrestarla?

—Como te he dicho, no estoy al tanto de todo. —Felix se irguió, alerta.

—Algo ha cambiado —dijo. Se volvió hacia el sistema de misiles. Había dejado de barrer el horizonte y tenía su único ojo fijo en las llanuras. La luz era cada vez más brillante, pero la niebla cada vez más densa, por lo que todo estaba impregnado de un resplandor enfermizo.

A lo lejos, desde la llanura, se oyó el tañido triste de una campana, luego otro y otro. Los truenos retumbaban en el cielo. Las nubes se habían teñido de púrpura y dorado, como trozos de carne en mal estado.

Maxim extendió una mano.

—Percibo demonios y marines traidores. Vienen hacia aquí.

Un petardeo distante anunció el inicio de un bombardeo.

—La batalla comienza —declaró Felix—. Pelea bien, hermano Maxim.

Ambos partieron rumbo a sus puestos.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

DAÑO COLATERAL

La Fuerza de Reconocimiento Edermo se detuvo de nuevo para calibrar la máquina de Fe y abrirse camino a través del paisaje disparatado del planeta corrompido. Encontraron un área de unas diez hectáreas de terreno fangoso que se alzaba sobre las llanuras anegadas y se instalaron allí. Las ramas retorcidas de los árboles de un olivar muerto se perdían entre la niebla, bordeadas por unos senderos primorosos que habían quedado cubiertos de hojas caídas y se habían convertido en veredas escarpadas.

Justinian vigilaba a Fe mientras jugueteaba con su máquina. Cuando se abría, era una cosa extraña, llena de tubos de cristal y bobinas de cobre. Tenía un aspecto similar al de un alambique, aunque no habría habido nada en el universo capaz de convencer a Justinian de beberse su contenido. Había nacido en tiempos menos supersticiosos, por lo que, para él, la tecnología no era nada mágico, como parecían creer muchos en el XLI milenio. No obstante, al echar un vistazo en el interior, tuvo que reconocer que aquella máquina era fruto de algún tipo de brujería.

—Entonces, ¿cómo funciona? —preguntó Maxentius-Drontio.

Fe hurgaba en el interior con una pequeña llave inglesa de plata. Le estaba costando trabajar con la visión limitada por el traje ambiental y dejó escapar un murmullo irritado.

—Tu acritud hacia mí sugiere que solo finges interés para burlarte de mí —dijo Fe—. Emplear la burla como medio de degradación emocional ha sido común entre los Adeptus Astartes desde la apoteosis de la estirpe del homo sapiens a fin de fomentar la cohesión de la unidad. Un consejo: si deseas conocer los secretos que guardan los demás, procura, si te place, ser más cordial con los que no son marines.

—Eres bastante hablador cuando no estás cayendo del cielo eres bastante hablador, ¿eh? —replicó Maxentius-Drontio—. Mi apoteosis tiene poco que ver en esto. Soy proclive a la hosquedad, eso es todo. Soy una de esas personas a las que la vida les parece tan triste que resulta abrumadora y, por tanto, protejo la fragilidad de mi alma siendo displicente con casi todo.

—¿Ves? —respondió Fe—. Aunque tus patrones vocales denotan sinceridad, muestran claros indicios de insinceridad. Conclusión: no voy a contarte nada relativo a mi oficio.

—Venga, en serio, cuéntame cómo funciona —le pidió el marine —. Me interesa, y no solo porque esté aburrido.

—Mmm… Calculando el potencial de vergüenza social inducida y selectiva. —El magos dejó lo que estaba haciendo y se quedó totalmente inmóvil. Algo le hizo clic en el pecho. —Riesgo aceptable. Crea un vínculo conmigo. Pásame el manipulador molecular de tamaño nueve, por favor, para iniciar el vínculo emocional —dijo.

Maxentius-Drontio sacó una herramienta de la caja. Era pequeñísima, pero se las arregló para cogerla.

—¿Esta?

Fe cogió el manipulador.

—Gracias por la diligencia con la que has localizado mi herramienta y por la rapidez con la que has respondido a mi petición. —Fe ajustó algo y cerró la cubierta. Sellada, la máquina parecía un cilindro ornamental de bronce. Un artilugio de casi un metro de algo, sin rasgos distinguibles, como una obra de arte abstracto. —¿Conoces algún dispositivo de búsqueda de brujos? —le preguntó Fe, con el pequeño rostro serio.

—No. Pero creo que puedo imaginar qué es —respondió el marine.

—Algunos ordos y adepta emplean dispositivos mecánicos de detección para complementar a sus psíquicos humanos. Son temperamentales, de ahí que suelan desplegarse junto con mecanismos de búsqueda orgánicos. Toda la tecnología disforme es temperamental. Operar un buscador de brujos de este tipo en un entorno como este es difícil en extremo. Sin embargo, traer a un psíquico aquí, a un lugar tan saturado y expuesto a la disformidad, supondría un riesgo con un potencial de detección cercano al cien por ciento. Equivaldría a anunciar nuestra presencia por una línea de comunicación abierta mientras cantamos una cancioncilla.

—¿Qué? —dijo Maxentius-Drontio.

Fe parpadeó de forma mecánica, aunque sus párpados eran totalmente orgánicos, por lo menos en apariencia.

—Como puedes ver, yo también tengo sentido del humor.

—Ya. Supongo que sí —musitó el marine.

—Nos vemos obligados a utilizarla sola por cuestiones de seguridad y discreción. Sin embargo, la fuente de energía disforme que buscamos es tan poderosa que es relativamente fácil de detectar. Además, nos proporciona una ubicación real a la que apuntar entre toda esta incertidumbre. —Bajó la mirada hacia la máquina con evidente orgullo.

—Todo eso lo sé. ¿Cómo funciona?

—No pretendo desacreditar tu gran inteligencia. Eres un Astartes y estás mejor dotado para la comprensión que la mayoría de los terranos, pero no lo entenderías —aseveró Fe—. Voy a seguirte un poco la corriente y explicarte todo lo que considere que puedes asimilar. En esencia, es un constructo fluídico. Partículas de piedranegra de polaridad positiva en suspensión, mezcladas con un poco de líquido cefalorraquídeo recolectado de distintos psíquicos. Es una brújula, en realidad. Esotérica, pero parte del mismo principio. —Le dio un golpecito a un dial situado en la parte superior del cilindro, que también era único elemento visible de la carcasa. Una mitad de la aguja era roja, la otra blanca. La esfera pintada a mano estaba dividida en cuadrantes. —Sigue el indicador rojo. Ese es el total de acciones necesarias. —Se detuvo de repente y fue a guardar sus herramientas en la caja.

—Un hombrecillo encantador, ¿verdad? El típico magos, del que nunca puedes obtener una respuesta clara —le dijo Maxentius-Drontio a Justinian.

—¿Lo habrías entendido, si te lo hubiera explicado? —le preguntó Justinian.

—Tal vez.

—La gente de esta época no tiene por costumbre cuestionar el funcionamiento de las cosas —argumentó Justinian.

—Tampoco era algo común en mi época —replicó Maxentius-Drontio—. Pero siempre lo he hecho.

—Entonces eso te hace alguien muy especial, hermano —respondió Justinian.

Maxentius-Drontio dejó escapar una risita.

—Me alegra que te hayas dado cuenta, hermano sargento.

Se alejaron de Fe y se dirigieron hacia donde estaban Edermo y Locko, de pie junto a sus tanques estacionados. Varios hombres operaban las armas acopladas a los Impulsor y, con el Ejecutor, custodiaban la isla mientras el sargento Vasilon, de la escuadra de infiltradores, se ocupaba de los repetidores orbitales que transportaban los tres Impulsor.

—¿Cómo va eso? —le preguntó Justinian.

Vasilon negó con la cabeza.

—Aun vinculándolos, no sé si podremos contactar con la flota. De todos modos, en cuanto entremos en combate será imposible conectarlos. No por cable. Este silencio antinatural que se cierne sobre el planeta lo ahoga todo. Es por la tormenta disforme. —Señaló hacia arriba. —Supongo que no hará más que empeorar.

—Sigue intentándolo —le pidió Edermo—. Nuestro único objetivo es obtener datos de localización para el bombardeo y un posible asalto por teleportación. Si no podemos transmitir ninguna señal, estamos perdiendo el tiempo.

—Haré lo que pueda —respondió Vasilon—. Estoy recibiendo algunas comunicaciones del mando central, pero no puedo estimar nuestra capacidad de transmisión sin revelar nuestra presencia. No podremos saber si el equipo servirá o no hasta última hora.

—Bueno —declaró Maxentius-Drontio—. Es eso, o una muerte gloriosa. Tengo claro cuál de las dos prefiero.

—Tu segundo se toma las cosas muy a la ligera —le dijo Vasilon a Justinian.

—Mis disculpas —intervino Maxentius-Drontio—. Haré todo lo posible por conciliar mis tendencias naturales para seguir el ejemplo de Honourum de la mejor de las maneras.

Vasilon gruñó de nuevo.

—Teniente —dijo Fe, reuniéndose con ellos—, he recalibrado la máquina para que nos ofrezca una direccionalidad óptima.

—¿Tienes una ubicación? —preguntó Locko.

—Con mucho pesar, he de responder negativamente a tu pregunta. Puedo aportarte datos no específicos y afirmar que es… —señaló en una dirección que podría haber sido cualquier dirección— por ahí.

—Muy bien. Fuerza de reconocimiento, a vuestros puestos. Partimos…

—Movimiento, en la cresta —lo interrumpió Maxentius-Drontio mientras empuñaba el rifle bólter. Una sombra se desvanecía entre la niebla. —Demasiado lento —dijo—. Solicito permiso para iniciar la persecución.

—Espera, hermano —le pidió Vasilon. Apoyó el dedo en el altavoz de comunicación que llevaba acoplado al casco—. Estoy recibiendo notificaciones sobre lecturas de energía y signos de vida en esta isla. Las estoy triangulando con otros miembros de mi escuadra. Un momento. —Dio órdenes sucintas a sus guerreros de que se dispersaran, consultó de nuevo sus instrumentos y miró a lo alto de la colina. —No estamos solos.

—Deberíamos investigar. Puede que nos hayan avistado —argumentó Edermo—. Escuadra Vasilon, escuadra Parris, conmigo.

—Y yo que pensaba que hoy iba a ser un día aburrido —musitó Maxentius-Drontio.

Dos miembros más de la escuadra de Vasilon aparecieron de entre la niebla y se unieron a ellos. Las armaduras clase Phobos que vestían eran tan silenciosas que el primer indicio que Justinian tuvo de su presencia fueron las líneas delgadas de los láseres de

calibración que llevaban acoplados a las carabinas bólter. Las armas tenían menor alcance que las de los miembros de su escuadra y usaban proyectiles más pequeños y menos penetrantes, pero eran sumamente precisas y fáciles de manejar.

—Allí —señaló uno de ellos—. Hay un templo. Galio y yo detectamos al menos siete dispositivos, todos de baja potencia.

Justinian miró ladera abajo. Por encima de las inquietantes formas de los olivos muertos, vislumbró lo que podría haber sido el contorno de un edificio.

—¿Civiles?

—Es una posibilidad —respondió Vasilon.

—Entonces deberíamos dejarlos en paz —dijo Justinian—. Salir de aquí antes de que nos vean.

—Es posible que ya nos hayan visto —afirmó Vasilon.

—Posible no —declaró Maxentius-Drontio con tristeza—. Sin duda nos han visto.

Una joven los señalaba mientras le hacía señas a un anciano que se apoyaba con pesadez en un bastón. Ambos estaban sucios, tenían un aspecto enfermizo y parecían demacrados por el hambre, pero sus rostros rebosaban alegría.

—Te lo dije. ¡Te lo dije! —decía la chica—. Te dije que había visto a los ángeles. ¡Han venido!

El anciano tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Alabado sea lord Guilliman. ¡Estamos salvados! —Avanzó con dificultad por el suelo embarrado. Cuando llegó a ellos, dejó el bastón a un lado y se postró ante ellos.

»Mis señores, oh, mis señores, habéis venido a por nosotros.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —le preguntó Vasilon.

—Cien días. Más. Hemos perdido la cuenta.

—Levántate —le dijo Vasilon mientras daba un paso adelante para ayudar al hombre a ponerse de pie. La joven se echó hacia atrás, asustada.

—No te asustes, pequeña, ¡son nuestros salvadores! —Volvió a mirarlos. —No sois Ultramarines.

—No. Pero pertenecemos al linaje de lord Guilliman. Somos Novamarines, miembros del Segundo Capítulo Fundador —explicó

Edermo—. Primogénitos honorables.

—He oído hablar de vosotros.

—¿Cuántos sois? —inquirió Vasilon.

—Sesenta y tres —respondió el hombre—. Hemos estado escondidos en el templo. Su santidad nos ha mantenido a salvo. Hemos sobrevivido a base de aceitunas envasadas. Algo terrible, yo…

Los marines conectaron la red de comunicación a una línea privada para impedir que sus palabras se oyeran por los altavoces externos.

—*Podemos llevarnos a estos dos, dejar a los demás* —propuso Edermo.

—*Preferiría que no* —dijo Maxentius-Drontio.

—…llamaré a los demás para que vengan a veros, se alegrarán mucho —decía el hombre.

—No lo hagas —le pidió Vasilon—. Tenéis que venir con nosotros. Tú y la chica.

—Sí, mis señores, pero debo decírselo a mi gente. Será solo un momento. —Se levantó y se dio la vuelta. —¡Hermanos! —gritó. Su voz retumbó con fuerza.

—Cállate. ¡Cállate ya! —lo instó Vasilon. Su voz fue agresiva y autoritaria, como lo eran las de todos los marines. Aunque la armadura no hizo más que acentuar estas cualidades, el anciano estaba demasiado confundido o asustado para prestarle atención y, lo que habría hecho llorar a cualquier humano normal, solo lo alentó a gritar más fuerte.

—¡Están aquí!

—Hazlo callar —dijo Edermo.

Vasilon obedeció de inmediato. Levantó la culata del arma de repente y golpeó al anciano bajo la barbilla. La cabeza del hombre se giró con violencia, demasiado deprisa, y el cuello se le rompió con un crujido.

La joven los miró aterrorizada, gritó y echó a correr colina abajo hacia el templo sin dejar de gritar.

—Maldita sea —murmuró Vasilon. Levantó la carabina bólter y apuntó a la chica. Fijó los dos puntos de la mira láser entre los

omóplatos de la joven.

Maxentius-Drontio le dio un golpe en el brazo y desvió su disparo. El proyectil pasó rozando la cabeza de la joven.

—¿Qué haces? —espetó Vasilon.

—No he venido aquí a matar niñas —respondió Maxentius-Drontio.

—Es demasiado tarde para andarnos con miramientos —dijo Edermo en voz baja—. Ya se ha dado la alarma.

La muchacha había entrado en el templo. La campana empezó a sonar.

—Emperador, no —musitó Maxentius-Drontio.

Edermo levantó su escudo del fango y miró a sus hombres.

—Lo que hemos de hacer ahora será difícil. Hay demonios ocultos entre la niebla. Basta con que uno de ellos encuentre a esta gente aquí para que nuestra misión se vaya al traste.

—Hasta ahora no los han encontrado —argumentó Justinian.

—Sargento, esta misión debería ser un secreto. Y lo seguirá siendo, aunque tenga que masacrar a medio planeta para asegurarme de que así sea. El destino de toda Ultramar depende de nuestras acciones aquí. Unos cuantos civiles son un pequeño precio que pagar a cambio.

—No pienso hacerlo —declaró Justinian.

—Yo tampoco —lo secundó Maxentius-Drontio.

—Lo haréis. Os lo ordeno. —Edermo dio un paso hacia Maxentius-Drontio.

El Intercesor se irguió ante él.

El teniente se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Lo haréis en nombre del primarca y del Emperador.

La campana seguía sonando mientras Maxentius-Drontio y el teniente Edermo se miraban fijamente. Justinian se preguntó qué debía hacer si llegaban a las manos. ¿A quién debía ayudar?

Al final, la decisión no recayó en Justinian. Maxentius-Drontio sacudió la cabeza, quitó el seguro del arma y echó a andar colina abajo.

—Sabes que tengo razón —dijo Edermo—. Están muertos de todos modos.

—Acabemos con esto de una vez —los apremió Justinian. Se alejó colina abajo y fue tras su segundo con la cabeza gacha. Los demás los siguieron.

Unos minutos después, el sonido estridente de las armas bólter restalló entre la niebla. Se oyeron algunos gritos y luego volvió a hacerse el silencio.

CAPÍTULO VEINTICINCO

ASALTO A PRIMER DESEMBARCO

Los proyectiles aporreaban sin piedad las murallas del segundo nivel. Felix observaba el devenir de la batalla desde el muelle de observación de una batería de plasma. Solo la mitad de los proyectiles enemigos eran de munición sólida, el resto portaba cargas mortales de agentes químicos y biológicos que, de haber permanecido allí, habrían masacrado a la población civil. Pero los Space Marine tampoco estaban a salvo, ya que los proyectiles detonaban en ráfagas de fuego contra los acantilados de roca, derribando edificios ornamentados que provocaban avalanchas de escombros al derrumbarse y dejaban los huecos interiores expuestos a peligrosos miasmas.

La Death Guard había desplegado armas tan peligrosas que luchaba únicamente como legión, sin sus hordas de ilusos seguidores mortales. Solo los acompañaban sus demonios y, de momento, eran bastante pocos. Felix se preguntó si esa misma imagen se habría repetido frente a las murallas del Palacio Imperial, cuando el Caos había alcanzado su mayor apogeo y el sueño del Imperio había estado a punto de morir.

Fuera, en el campo de batalla, las cohortes de Marines de la Plaga avanzaban en enormes escuadrones detrás de varias máquinas de asedio. Las armas imperiales parecían incapaces de

matarlos. Pese a recibir innumerables impactos de proyectiles bólter, misiles, obuses y rayos láser, ellos seguían adelante sin inmutarse, amparados tanto por su asombrosa resiliencia como por los vibrantes campos de energía de los manteletes con los que encabezaban sus formaciones. Aunque el ejército de Mortarion se componía principalmente de soldados de infantería, fiel a sus preferencias de antaño, contaba con cientos de vehículos de combate de apoyo. Varios grupos de tanques Predator disparaban a máxima potencia, agazapados a ras de suelo en la retaguardia del enemigo. A lo lejos, los Land Raider se mantenían a la espera de que se abriera una brecha en la muralla. Los Rhino rugían detrás de las líneas de infantería, listos para recoger a las escuadras y redistribuirlas en cualquier momento. Todos los vehículos estaban oxidados, cubiertos de suciedad y fetiches enmohecidos, pero seguían siendo funcionales. Unos ingenios demoníacos de diseños peculiares merodeaban por el campo de batalla. Varias escuadrillas de drones fétidos intentaron atacar los niveles superiores de la ciudad, pero se vieron obligadas a retroceder. Entretanto, los escuadrones de cargaplagas protegían a los bloques de soldados de a pie, envolviéndolos en una niebla cada vez más oscura. Había una preponderancia de unidades de artillería autopropulsadas de tamaño mediano que lanzaban proyectiles que describían amplias parábolas que aullaban al caer sobre las murallas.

Tras haber dedicado los últimos meses a librar las batallas más complicadas de la diplomacia planetaria, Felix empezaba a ver a los hijos de Mortarion con otros ojos. Para él, esta forma de guerra era una locura, una mezcla de lo mágico y lo mundano que incluso ahora seguía pareciendo imposible. Era una carnicería, un caos. Las pantallas de energía de ambos bandos zumbaban y estallaban. La artillería enemiga reducía a escombros los edificios antiguos mientras las armas imperiales abrían boquetes entre las filas de la Guardia de la Plaga. Varios enjambres de moscas sobrevolaban el campo de batalla, densos y repentinos, como un aguacero que lo oscurecía todo hasta que pasaban de largo. Era difícil discernir de dónde llegaban las fuerzas de Mortarion, ya que no tenía naves en

órbita. «Naves de la disformidad», pensó Felix, preguntándose si habría más esperando a que las arrojaran sobre la tierra moribunda.

La tormenta seguía arreciando. Los colores antinaturales que llenaban el cielo se extendían y consumían. Seguía siendo imposible establecer contacto con las flotas. No podían enviar mensajes ni recibir apoyo orbital. Era como si se hubiera creado el marco idóneo para una contienda entre deidades rivales en la que los primarcas campeones del Emperador y del Dios de la Plaga se enfrentarían para decidir el destino de los mundos.

Pero eso aún estaba por llegar. Seguía sin haber señales de Mortarion. Pese a lo encarnizado de la batalla, aún estaba en su fase inicial. Felix encabezaba un grupo compuesto por sus diez Elegidos de Vespator y una semicompañía de Silver Templars, condecorados por sus acciones en Talasa Secundus. Aunque estaba poco familiarizado con el capítulo, sus guerreros tenían fama de ser soldados aguerridos, duelistas todos ellos, y se mostraban tan impacientes como él por luchar.

En las inmediaciones de las murallas del nivel inferior, los cañones retumbaban y destellaban desde ambos lados mientras la Death Guard intentaba escalar los muros y los Space Marine los repelían. Cada vez que las carretas oxidadas sobre las que se erigían las escalerillas se acercaban y el enemigo accionaba las manivelas para asentarlas contra las murallas, las fuerzas imperiales disparaban proyectiles de fusión que las hacían desplomarse en montones de restos combados y fundidos. De pronto, un obús atravesó una de las pantallas de energía del parapeto que protegía las murallas y se estrelló contra las almenas. El impacto hizo que las enormes piedras salieran volando como si fueran de cartón. Por toda la muralla, los escudos se veían como anillos de luz. Brillaban con intensidad mientras la tensión hacía visible lo invisible. Un generador explotó y una columna de fuego brotó con violencia de la torre de plastiacero reforzado que lo alojaba. Una sección del escudo de la muralla se desactivó y enseguida se convirtió en blanco de los disparos, que empezaron a agujerear la mampostería desprotegida.

Los reguladores auditivos de Felix acrecentaron su efecto y acallaron los aullidos de los cañones de plasma entre los que se

encontraba. Recibió un aviso del sistema de comunicación. La runa de Cominus se iluminó en su pantalla retinal.

—Apostaría un litro de buen Ardium Rojo a que miráis tanto ahí abajo porque queréis tomar parte, mi señor —dijo. Aunque solo estaba a cuatro metros de él, si le hubiera hablado en voz alta no se habrían oído.

—Se nos ha ordenado mantener el segundo nivel, hermano sargento. La protección de esta batería es nuestra mayor prioridad.

—Así es, pero ¿a quién le gusta presenciar una batalla y participar?

Una tríada de drones fétidos intentó atacar la batería. Unas granadas cilíndricas de aspecto rudimentario rebotaron contra los escudos de armas imperiales. Los cañones de plasma siguieron disparando ráfagas de energía continuas y cegadoras mientras las ametralladoras pesadas y los cañones láser Icarus acribillaban a los atacantes. Todos sucumbieron en cuestión de segundos. Uno de ellos reventó, esparciendo pus por todas partes; el segundo perdió un motor y se estrelló contra el muro; el tercero salió despedido y perdió todos sus componentes demoníacos antes de que su armazón de metal ensangrentado se precipitara hacia el fragor de la batalla que se libraba en la muralla del nivel inferior.

Un gemido largo y lastimero resonó en las llanuras. La niebla, el humo y el gas reducían la visibilidad a solo un par de kilómetros, por lo que Felix tuvo dificultades para identificar el origen del sonido entre los picos del paisaje cárstico.

Los espíritus máquina de los cañones fueron los primeros en detectarlo y giraron al unísono para fijar su nuevo objetivo. Daelus, uno de los Tecnomarines de Felix, los controlaba desde una consola de mando acoplada a un lado de la plataforma giratoria del segundo cañón. Los disparó en serie. Las descargas pusieron a prueba la capacidad de protección ocular del casco de Felix y caldearon el aire hasta hacerlo alcanzar una temperatura peligrosa.

Los proyectiles incineraron los vapores al abrirse paso hasta su objetivo, exponiéndolo al mundo en el proceso.

—Por el Trono del Emperador —exclamó Cominus—. *Nunca pensé ver algo así*.

Un mastodonte putrefacto de más de sesenta metros de altura avanzaba pesadamente hacia la ciudad, gimiendo y aullando. Los rayos de plasma redujeron sus cuartos delanteros a una nube de vapor, haciéndolo gritar como un millar de personas muriendo en agonía. Siguió arrastrándose hacia delante, moviéndose con cierta determinación pese a tener un hombro calcinado hasta el hueso y la extremidad en forma de aleta doblada bajo el cuerpo, como una bestia acuática que se dirige a su criadero en la orilla.

A medida que se acercaba, era posible distinguir los orificios supurantes que le cubrían el cuerpo. De ellos brotaban unos capullos que se escurrían hasta el suelo y desataban a las bestias demoníacas de Nurgle. Una horda aparentemente interminable de esas mismas criaturas correteaba alrededor de la montaña de carne, tan ansiosos como un cachorro al jugar. Saltaban entre las líneas de la Death Guard, alterando su formación y arrollando a algunos de ellos en su entusiasmo. Los Marines de la Plaga, insensibles a los venenos que exudaban las bestias, se incorporaban refunfuñando en cuanto pasaban de largo.

Varias armas más se habían girado para apuntar al monstruo gigante, ya que, si lograba llegar a la primera muralla, sin duda la atravesaría. A lo largo del segundo nivel, los cañones revestidos de los macrocañones retrocedieron al disparar. Los proyectiles, del tamaño de un vehículo terrestre, detonaron con violencia y llenaron el cuerpo de la criatura de cráteres gigantes que se llenaron de sangre acuosa. Lanzó un mugido lastimero y se encabritó, dejando al descubierto un vientre moteado de costras y sarpullidos y la punta de un musculoso pie de molusco cubierto de una sustancia viscosa. Más armas abrieron fuego desde toda la fortaleza y le perforaron el pecho y la barriga. Una explosión de fluidos corporales salpicó todo lo que había delante. El monstruo se desplomó sin vida mientras sus hijos diminutos lo olisqueaban y lloriqueaban frente a su cadáver.

Un grito de júbilo resonó entre las murallas, audible incluso por encima del fragor de la batalla. Felix disfrutó de unos segundos sin el calor abrasador de las descargas de plasma mientras Daelus expulsaba refrigerante por las ranuras dorsales de los cañones, envolviéndolos a todos en un vapor blanco.

Cuando se disipó, Cominus habló de nuevo:
—*Una pequeña victoria. El enemigo sigue viniendo*.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

EL MOLINO DE LA PLAGA

La carretera se volvió intransitable el séptimo día de la cruzada. La calzada llevaba tiempo mostrando signos de deterioro: la superficie estaba agrietada, el terraplén combado por los desprendimientos, los paneles de plastiacero y las señalizaciones de tráfico eran montones de materia corroída y el terreno que la rodeaba era un páramo. Todos los seres vivos habían muerto y se habían convertido en una sustancia negra y viscosa que lo cubría todo. Unas extrañas criaturas mutantes habían usurpado el lugar de las especies locales. A cierta distancia, tenían una apariencia similar a la de un animal de verdad, pero, al examinarlas más de cerca, parecían de todo menos seres naturales. Una nube de mosquitos trinaba y entonaba unas canciones horribles desde rostros humanos marchitos. Unas manadas de bóvidos se movían con pesadez sin dejar de mugir, estorbadas por varias frondas de extremidades inútiles. Un rebaño caprino paso a toda velocidad, abocado a iniciar una estampida por los tentáculos que crecían de sus espinas dorsales. Donde el suelo no estaba anegado de agua, era una masa yerma y apestosa. Cada vez que la niebla se disipaba, se veía mucho más lejos de lo normal. Los restos de pequeñas ciudades, granjas y otras instalaciones se erguían entre la desolación, pelados como huesos, tan nítidos que

parecían estar al alcance de la mano antes de que la niebla los engullera de nuevo.

Los cruzados seguían cantando. Aunque sus voces se perdían en la perpetua penumbra, sus himnos hacían retroceder la plaga, por lo que los que sucumbieron a la enfermedad fueron menos de los que habían previsto hasta los más optimistas. Entretanto, se dedicaban a hablar con gran entusiasmo de la gracia del Emperador.

Los días se oscurecieron. Las noches se llenaron de gritos y hedores terribles que ascendían de infiernos ocultos. Los que respiraban los vapores se despertaban asfixiados, con los ojos enrojecidos y sangrando por la nariz. O no volvían a despertarse. El óxido empezó a carcomer la pintura de los tanques hasta que finalmente se desprendió, dejando al descubierto unas llagas rojas, naranjas y marrones que se extendían ante los ojos de quienes las observaban. Solo el tren de guerra se mantenía inalterado. Los equipos fallaban. Las baterías de los cañones láser perdían la carga. El gas propelente de los proyectiles se degradaba y solo generaban pequeñas llamaradas cuando los percutores de las armas impactaban sobre ellos.

Al llegar al final del camino, la situación empeoró. La carretera se disgregaba de repente en una serie de islas que no parecían haber estado unidas nunca, como la escultura de arena de un niño arrastrada por la subida de la marea. Estaban divididas por espacios totalmente llanos, salpicados de una espuma burbujeante similar a las huevas de las criaturas anfibias. Hacia el este se extendía una llanura de carne, donde una colina reconvertida en un rostro demoníaco gigantesco los observaba con avidez.

No se demoraron ni se dejaron amedrentar, sino que abandonaron la carretera bajo la atenta mirada del militante apostólico y se encaminaron hacia el noreste siguiendo sus indicaciones, bordeando la llanura de carne, donde su corazón les decía que se encontraba su objetivo.

La realidad empezaba a perder su influencia sobre Iax. Los días y las noches dejaron de tener una duración normal. A veces, la noche duraba una hora, o un solo momento, y el día llegaba en cuanto se ponía el sol. Otras veces, persistía durante horas durante

las que la cruzada se veía acosada por ruidos que nacían de la oscuridad. Pero no se detuvieron. Cuando el cielo estaba libre de relámpagos y colores dolorosos, cosa que ocurría raramente, solo veían estrellas alienígenas, sin el menor rastro de las numerosas flotas cruzadas que orbitaban el planeta ni de las lunas de Iax. La mayor parte del tiempo la niebla se aferraba al suelo, obligando a los cruzados a caminar en cadenas humanas, brazo con hombro. Aun así, algunos de ellos desaparecieron y nunca se les volvió a ver.

Cada vez fallaban más armas. Murió más gente. El aire se espesó hasta volverse tóxico. Los equipos de protección dejaron de ser seguros. Solo la fe parecía protegerlos. Iax no dejaba lugar a dudas.

Llegaron a otra área inundada. Las matas de juncos marchitos dejaban entrever que la zona siempre había estado anegada, pero ahora también estaba corrompida. Unos hongos extraños palpitaban y resplandecían entre los árboles muertos. Había brotes verdes asomando en el agua, pero todos eran caricaturas grotescas de plantas reales.

—El Dios de la Plaga parodia el ciclo de la vida y la muerte —les explicó Mathieu a sus fieles—. Hemos visto la muerte, ahora vemos su idea de la vida. Esto supone un mayor peligro para nosotros, pero tened fe y saldremos ilesos.

La tormenta aullaba y restallaba en lo alto mientras unas fauces llenas de colmillos descargaban una lluvia de saliva y unos ojos errantes llenaban el cielo de relámpagos. En ellos vieron ejércitos combatiendo y visiones de tiempos pasados y futuros. Por momentos, cuando la tormenta cesaba, unos rostros hostiles los observaban en completo silencio.

Los peregrinos siguieron avanzando con dificultad por el pantano. Cuando descansaban, las piernas se les llenaban de sanguijuelas negras. Muchos de ellos enfermaron. A medida que el agua se fue haciendo más profunda, empezaron a refugiarse en los vehículos, abarrotando las cubiertas de combate superiores del tren. Quienes se quedaban sin espacio se veían obligados a agarrarse a los laterales del tren de guerra o a encaramarse a los tanques. A cada kilómetro, Odrameyer perdía un nuevo vehículo por algún fallo

mecánico. El aceite se solidificaba en los motores. El prometio se desnaturalizaba. Pero el tren seguía adelante, absorbiendo el agua de los pantanos para propulsar los pistones sin dañarlos, emitiéndola después en columnas de vapor blanquecino purificado.

Para cuando Mathieu pidió a su columna humana que se detuviera, la mitad de sus seguidores habían perecido, por lo que la cruzada que contemplaba el objetivo que les señalaba era muy reducida.

Estaban en lo más profundo de los pantanos. La niebla se había disipado un poco en las zonas más altas y, aunque seguía aferrándose a la superficie del agua, era posible ver a cierta distancia. Más adelante, en una elevación de colinas podridas y ennegrecidas, se asentaban los muros derruidos de una gran institución. Miles de hogueras humeantes ardían a su alrededor y las laderas circundantes estaban atestadas de demonios.

Mathieu no logró adivinar qué tipo de institución había sido. No era en modo alguno excepcional. Habían visto otros lugares en ruinas de naturaleza similar, muchos de ellos deformes y estrafalarios. Pero, en lo más profundo de su ser, Mathieu sabía que era allí a donde debía ir. No era un saber interior, tampoco una revelación personal que hubiera surgido de pronto de su yo más íntimo. Siempre había desconfiado de tales impulsos. A veces el instinto era traicionero, se disfrazaba de guía divina. No había mejor embaucador que uno mismo y, precisamente por eso, en el pasado se había castigado con un autoflagelador y había rezado para que el Emperador lo guiara hacia la verdad cada vez que lo asaltaban sentimientos similares. Unas veces había tenido razón y sus instintos habían resultado ser falsos, envenenados por su propia arrogancia. Otras veces no lo habían sido.

Pero esto no era nada parecido. No necesitaba preguntárselo. Una columna de humo marrón ascendía desde la estructura destechada del edificio central, salpicada de relámpagos y repleta de rostros chillones. Ondeaba de un lado a otro, pero permanecía anclada a la parte inferior, entre las ruinas, y a la superior, donde alimentaba la tormenta. Cuando posó los ojos en ella, tuvo la certeza de que era algo ajeno, una convicción tan absoluta que fue

como si un ángel hubiera bajado del cielo para susurrarle al oído que aquello que veía era un hospital que era la fuente de todo el mal que se cernía sobre Iax y que debía ser destruido. No era ninguna intuición. No necesitaba rezar para clarificarlo. Era una orden divina.

Como en respuesta a esa certeza, unas enormes bestias voladoras y barrigudas aparecieron en el horizonte y se dirigieron hacia ellos zumbando en formaciones de tres y siete. No eran criaturas insectiles de verdad, sino una combinación espeluznante de gusano, mosca y bestia paquiderma, algunas de ellas provistas de grandes troncos que exudaban saliva humeante, otras de dientes puntiagudos en mandíbulas diminutas y ojos que brillaban con la luz húmeda de fiebres sobrenaturales. Sobre sus lomos cabalgaban demonios. El pantano empezó a eructar gas negro al tiempo que unas ondas agitaban la superficie.

—El enemigo se acerca —dijo Odrameyer. Agarró con fuerza la barandilla del púlpito del tren. Los guantes de cuero crujieron—. Debemos prepararnos para la batalla. ¿Dónde deberíamos tomar posición, santidad?

—No vamos a tomar posición. Debemos avanzar —afirmó Mathieu. Señaló hacia la institución—. Poned rumbo al edificio médico, a toda velocidad —dijo de repente, comprendiendo exactamente lo que había sido y en qué se había convertido.

—Pero las criaturas, santidad, sería mejor acometerlas aquí, donde podemos emplear todas nuestras armas.

Mathieu sacudió la cabeza lentamente, como alguien absorto en un sueño.

—Avanzad. Empuña la espada de la justicia, coronel. Ve con tus hombres, lidera tus tanques y mátalos a todos. El Emperador lo ordena.

CAPÍTULO VEINTISIETE

COMIENZA LA BATALLA

El paisaje cambió ante los tanques gravíticos. Las tierras de cultivo muertas dieron paso a un terreno de colinas bajas y sombrías. Los Space Marine siguieron avanzando, atentos a cualquier indicio de la presencia del enemigo. Cada vez que unas bestias extrañas surcaban el cielo, se escondían en los bosquecillos ennegrecidos, desterraban la vorágine de interferencias electromagnéticas y despejaban sus mentes de cualquier pensamiento, creando unos períodos de vacuidad que duraban tanto como la muerte. Cuando Justinian volvía en sí, recordaba con incomodidad sus milenios de letargo y el ardor glacial del metalón.

Las colinas culminaban en una serie de ciénagas apestosas: montones de fango negro salpicado de arbustos medio muertos. El cuerpo especial se detuvo en el borde con cautela y se apeó de los tanques unos segundos, con los rifles en ristre, mientras el magos Fe configuraba su buscador de brujos. Las armas de las torretas y los afustes barrían el terreno sin descanso.

—¿Tienes una notación posicional? —le preguntó Edermo a Fe por milésima vez.

El hombrecillo señaló hacia el sur con sus enormes extremidades.

—Manteneos en el vector de aproximación actual. La concentración psíquica sigue presente en nuestro cuadrante sur, sin desviaciones significativas del rumbo actual.

—¿Ninguna? —insistió Edermo.

—Dos coma cero cinco grados. Nada significativo. Me atrevería a decir que estamos cerca.

—Lo creeré cuando divisemos el objetivo —respondió Edermo—. Este mundo está asolado por los efectos de la disformidad.

Justinian estuvo de acuerdo.

—La ausencia de movimiento del objetivo apunta a una posible trampa.

—O alguna otra locura —apuntó Edermo—. Hermano sargento Vasilon, ¿tienes alguna lectura?

—No detecto emisiones en ningún espectro del sistema de comunicación. La actividad electromagnética va más allá de cualquier escala conocida y además es errática. No podría enviar una señal a otra compañía de nuestro capítulo, aunque se encontraran a un kilómetro y medio de distancia.

—¿Crees que podrás conseguir un punto de teleportación? —le preguntó Edermo.

—Negativo. Las interferencias entre augures y augures psíquicos son excepcionalmente altas. Lo más probable es que la información posicional no sea precisa —respondió Fe—. La inserción por teleportación fracasará.

—Coincido con él —dijo el sargento de los infiltradores—. No podremos recurrir a la teleportación ni al desembarco orbital para pedir refuerzos. Para lograrlo, necesitaremos poco menos que un milagro.

Vasilon hizo una pausa, consultó el cogitador que llevaba en la muñeca y alzó la vista mientras estudiaba el mapa de senos y picos de interferencia que se proyectaban en la pantalla de su casco.

—Estimo que podremos generar una ráfaga de datos lo bastante potente para solicitar un ataque orbital, pero tendremos que hacerlo prácticamente encima de nuestra posición y tendrán dificultades para apuntar a nada con precisión.

—Entonces —dijo Edermo—, encontramos el objetivo e invocamos la furia de la flota.

—El fuego orbital podría ser inadecuado —señaló Fe—. Lo que buscamos se define como una manifestación empírica de un poder excepcional. El armamento que funciona según las leyes del materium puede ser insuficiente para destruirla. Como ya he dicho, calculo con una certeza cercana al cien por ciento que necesitaremos a las Garras del Emperador para completar esta tarea.

—Entonces sigamos adelante —propuso Edermo. Recorrió el cenagal con la mirada. Estaba llena de burbujas perezosas que estallaban y siseaban al liberar gas mefítico—. No me gusta nada. Tiene mala pinta.

—Nos llevará demasiado tiempo bordearla —señaló Justinian.

—Por eso vamos a cruzarla directamente —declaró Edermo—. En marcha. Mantened los ojos bien abiertos.

En cuanto los tanques iniciaron su recorrido, las ciénagas se fueron ensanchando hasta volverse casi interminables, haciendo que el fango se entremezclara con la niebla en los límites de la visión de los Space Marine. Aunque las ondas de los auspex indicaban que el cieno era poco profundo, los Novamarines se mantuvieron vigilantes mientras se deslizaban sobre la superficie. Estaban seguros de que los observaban.

—Movimiento —informó Achilleos—. Cuadrante cuatro. Posición uno-tres, seis-dos.

—Entendido —respondió Maxentius-Drontio mientras se desplazaba a la parte trasera del Impulsor y apuntaba el arma hacia atrás. Orpino giró la tormenta de hierro. Los marines se apartaron para ofrecerle una línea de fuego más despejada sobre la plataforma del transporte. Fe se escabulló hacia la puerta de acceso a la cabina del conductor y se acuclilló para quitarse de en medio, lo que lo hizo parecer un niño entre las piernas acorazadas de los Novamarines.

Justinian ajustó el casco para que le proporcionara una vista optimizada y escudriñó el cuadrante que Achilleos había indicado. Varias masas de tierra se volteaban impulsadas por eructos de gas pantanoso. Los escáneres fueron examinando y descartando cada movimiento hasta que se posaron sobre un deslizamiento en la

ciénaga, donde algo atravesó la superficie y se escabulló hasta perderse de vista. El indicador de amenaza situado en la parte superior de su línea de visión fluctuó de manera incierta entre las distintas runas.

—Marcado —comunicó Justinian a la vez que transmitía la información a todo el grupo—. Teniente, algo nos sigue.

—Contacto confirmado —respondió Edermo.

La torreta pesada del Ejecutor se giró hacia atrás. Los marines a bordo de los otros tanques se prepararon. Los proyectiles se asentaron en las recámaras. Los hermanos se arrodillaron para que los que estaban detrás de ellos pudieran disparar por encima de sus cabezas. Las botas se fijaron a la cubierta. A la orden de Edermo, los vehículos aumentaron la velocidad. Los motores gravíticos empezaron a vibrar con violencia, esparciendo abanicos de barro negro tras ellos y salpicando las armaduras sucias de los Novamarines con más terrones pegajosos.

El borde de la ciénaga comenzaba a perfilarse más adelante: laderas revestidas de hierba en descomposición y árboles putrefactos que se habían convertido en un montón de serrín húmedo; crestas rocosas despojadas de su cobertura natural que se alzaban desnudas, tan espeluznantes como una columna vertebral expuesta en una espalda despellejada. La neblina empezaba a disiparse para dar paso a una luz verde. Una capa de niebla pasó rozando el suelo y, por un momento, Justinian pudo ver una columna de humo ondeante y relampagueante que ascendía hacia un vórtice que había entre las nubes, tan cruento como una úlcera abierta. Cuando la bruma volvió a cernirse sobre la visión, volvió a escudriñar la retaguardia, por lo que no se percató del movimiento que llegó desde el lateral, ni del impacto que volcó uno de los Impulsor, aunque lo oyó perfectamente: un gran estruendo seguido del ruido de los propulsores dañados. Se volvió a tiempo de ver cómo el vehículo volcado abría una zanja profunda y húmeda en el cenagal y cómo los sistemas antigravíticos levantaban una gran ola de cieno que medio inundó el transporte de la escuadra de Vasilon, obligándolo a apartarse de su camino.

El vehículo afectado era el de la escuadra Drucellus, los intercesores de asalto. Dos de ellos salieron despedidos y cayeron con violencia al fango. Los otros desaparecieron bajo la superficie cuando el Impulsor volcó y se hundió.

—¡Contacto enemigo! —gritó Maxentius-Drontio. Abrió fuego, pero sus proyectiles se estrellaron contra el cieno y detonaron de forma patética. Justinian esperó a encontrar lo que había golpeado el tanque antes de disparar.

Uno de los intercesores de asalto salió a la superficie como un corcho que se desprende del fondo de un estanque. Por debajo de él apareció una cosa oscura que parecía haber emergido de las grandes profundidades, aunque la modesta profundidad del barro era incapaz de contenerla. Era tan grande como el Repulsor, puede que más, y estaba cubierto de tentáculos ondeantes y tubos respiratorios que bombeaban agua sucia. Un torbellino frenético de extremidades atrapó al marine y lo levantó por las piernas. Al no conseguir activar la espada sierra, el guerrero arremetió contra los miembros que lo sujetaban con la hoja inmóvil, pero sus golpes resbalaban ineficazmente sobre la bestia.

Justinian abrió fuego y salpicó la carne de la criatura de cráteres rojos. La cosa chilló de manera espeluznante desde múltiples bocas que se abrieron por todo el cuerpo en forma de bola. Entre ellas había ojos esparcidos al azar: rojos, amarillos y azules y marrones humanos.

También vio brazos y piernas humanos que colgaban por los lados, como si en su interior hubiera gente embutida de cabeza que intentaba salir corriendo.

—Escuadra Parris, ¡apartaos! —ordenó Edermo. Pasac hizo girar el Impulsor con brusquedad, hundiendo el lado derecho en el barro como un velero azotado por el viento.

Al disparar, el destructor láser del Ejecutor emitió un haz de luz tan brillante que las lentes oculares de los Space Marine se oscurecieron. Una pared de vapor brotó de la ciénaga en la que impactó y, cuando el Repulsor de la escuadra Parris se niveló, el aleteo vibrante de sus hélices rompió en pedazos la superficie vitrificada.

El mutante rugió y, sujetando al marine entre los tentáculos, lo lanzó contra el tanque Repulsor. Se estrelló contra el lateral. El Repulsor volvió a disparar.

El rayo alcanzó al mutante de lleno, vaporizó un cilindro de carne y abrasó varios palmos más alrededor. De la herida empezó a salir pus amarillo brillante que se mezcló con el barro. El cañón Gatling coaxial del Repulsor lo acribilló, haciendo brotar más chorros de líquidos nauseabundos. Justinian pidió a Pasac que acercara su transporte. Vasilon se mantuvo al otro lado y, juntas, ambas escuadras descargaron varias ráfagas de proyectiles contra la criatura. Sus bocas se cerraron de golpe instantes antes de sumergirse bajo la turba, dejando una estela de icor por encima.

Las burbujas estallaron. El barro se combó hacia dentro.

—¡Despejado! —informó Justinian. No había señal alguna de la bestia en su sensorium. Vasilon se acercó al Impulsor siniestrado. Mientras sus infiltradores sacaban a los intercesores de asalto del pantano, la bestia regresó.

Salió disparada hacia el aire. Lo que habían asumido que era el cuerpo de la criatura no era más que la punta de un tallo largo y musculoso salpicado de rostros humanos jadeantes. Tenía la piel desgarrada, cubierta de forúnculos y cánceres. Permaneció sobre la superficie el tiempo suficiente para gritar antes de volver a caer con estrépito y perderse de vista, llevándose consigo el Impulsor destrozado. La señal del vehículo transmitió una lectura de profundidad de decenas de metros antes de apagarse en un punto que, en teoría, debería haber sido el lecho rocoso de Iax.

Recuperaron a los supervivientes. Dos habían desaparecido tras hundirse con el tanque. El marine al que la criatura había lanzado contra el vehículo, el hermano Mantello, estaba herido, aunque no de gravedad. Escudriñaron el cielo y el suelo al alcanzar el borde de la ciénaga.

—Deben de habernos oído —dijo Maxentius-Drontio, aunque no había indicios de que fuera así.

Al coronar las crestas pedregosas, un nuevo paisaje se abrió ante ellos. Kilómetros y kilómetros de marismas rebosantes de vegetación floreciente se extendían por la tierra. Las extrañas

frondas que sobresalían del agua se engrosaban hacia el este, más allá de las colinas, donde Justinian volvió a ver el humo y el vórtice, aunque, esta vez, también se divisaban varias carreteras destrozadas que conducían a las ruinas de unas instalaciones.

—El hospital —señaló.

—Objetivo localizado —informó el magos Fe con evidente satisfacción. Justo en ese momento se oyeron los estampidos de la artillería pesada. Al orientar sus sensores hacia el ruido, los Space Marine avistaron una columna de tanques que se enfrentaba a una horda de demonios. En el centro marchaba un tren de guerra de la Eclesiarquía.

—Esto no lo esperaba —admitió Edermo desde la torreta del Repulsor—. El militante apostólico está aquí.

—¿Será cosa del primarca? —preguntó Achilleos—. Creía que nuestra misión era única.

—El predicador tiene fama de rebelde. Probablemente ha venido por su cuenta —apuntó Justinian—. Ese grupo de guerra suyo pone en ridículo nuestra aproximación furtiva.

—Sin duda calificaría de providencia divina el que hayamos venido hasta él —comentó Maxentius-Drontio mientras observaba a los demonios—. Están en apuros. Ahora la cuestión es a qué debemos atribuir este encuentro y qué hacemos al respecto.

Edermo se quedó absorto en sus pensamientos y permaneció tanto tiempo callado que Justinian se vio obligado a preguntarle cuáles eran sus órdenes.

—Seguimos avanzando hacia el objetivo principal —declaró Edermo mientras sacaba su enorme escudo tormenta y desenfundaba la espada—. Vasilon, transmite nuestras coordenadas al tribuno, si es posible. Prepárate para solicitar un bombardeo orbital sobre nuestro objetivo. Estamos cerca.

Orientaron los tanques gravíticos hacia el sur, hacia la contienda.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

PTOLOMEO SE ABRE

Fabian despertó de sus sueños delirantes debilitado y al borde del desmayo. Sintió una presencia y, al levantar la cabeza y girar el cuello endeble, se topó con una figura imponente vestida de negro que se encontraba de pie a los pies de su cama. Tenía la visión nublada y, al principio, pensó que la mismísima muerte había venido a llevárselo, pero entonces Lucerne habló:

—Fabian, me dijeron que podías despertar hoy. Me alegra ser testigo de ello.

—Racej. —El historiador dejó caer la cabeza sobre la almohada cubierta de plastek. Aunque el tacto del material, resbaladizo y pegajoso a la vez, le resultaba desagradable contra la piel, pero tenía tan poca fuerza en el cuello que no habría podido volver a levantar la cabeza aunque hubiera querido. Tenía tubos en la nariz y agujas clavadas en el brazo.

—El mismo —dijo el marine. Al acercarse, sus rasgos se definieron y pasaron de una calavera imaginaria a un rostro preocupado. Salvo por la cabeza, que llevaba descubierta, iba totalmente blindado, enfundado en una armadura de combate cubierta de polvo y arañazos, con el casco sujeto bajo el brazo—. Me alegro de verte —admitió con una sonrisa—. Aunque tienes un aspecto horrible.

Fabian dejó escapar un gruñido.

—¿Por qué tuvieron que asignarme al único marine frívolo de toda la Flota Primus?

—Solo la alegría que la verdad del Emperador brinda a mi corazón me hace acogerlo todo con una sonrisa, amigo mío, pues conozco la gloria de la humanidad. —Pese a sus palabras, frunció el ceño. —Estaba preocupado por ti.

—Es culpa mía. No es buena idea acercarse demasiado a una criatura de la plaga como esa.

—No, no lo es.

—Fui estúpido.

—Yo diría que valiente.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Bueno, entonces presta atención a esta verdad: tu valentía volverá a ser necesaria —declaró Lucerne—. Hace días que nos atacan. Has estado inconsciente la mayor parte del tiempo. Los demonios han empezado a manifestarse entre la lluvia dentro de la fortaleza. Los mortales herejes por fin han iniciado su asalto y han mostrado cierta tenacidad. Los restos de los no nacidos han dejado de desvanecerse al morir. Lord Tigurius dice que la disformidad ha comenzado a filtrarse en este plano material y, aunque es interesante saberlo, la realidad es desalentadora, porque las enfermedades perduran aun cuando asesinamos a los demonios.

—¿Tan malo es?

La expresión de Lucerne fue ambigua.

—Lo es, pero ambos hemos visto cosas peores. Además, Macragge no es ajeno a las invasiones. Marneus Calgar es uno de los grandes héroes del Imperio. Prevaleceremos. —Se acomodó el casco bajo el brazo. —¿Cómo te sientes?

—Fatal —respondió Fabian. Apenas podía mantener los ojos abiertos—. Asqueroso. Como si me hubieran aplastado y dejado secar sobre una piedra antes de embalsamarme con estiércol.

—Una frase pintoresca.

—Las palabras son mi oficio. No quiero decepcionarte —dijo el historiador. Tenía la garganta seca como la arena—. Pero estoy vivo, gracias a ti.

—Deja tus elogios para el Emperador —replicó el marine—. Su papel en todo esto fue mayor que el mío.

—¿Puedes traerme un poco de agua? —le pidió Fabian. El breve intercambio lo había dejado exhausto. Estaba a punto de perder el conocimiento, pero tenía tanta sed que necesitaba beber antes de que la inconsciencia volviera a apoderarse de él.

—Será un honor. —Lucerne se sujetó el casco al muslo, vertió un vaso de agua de un aguamanil y se lo tendió a Fabian. Cuando el historiador intentó y no consiguió agarrarlo, el marine le levantó la cabeza con delicadeza. Los dedos acorazados, que podrían haberle aplastado el cráneo como un huevo, lo sostuvieron con la ternura de una madre. Acercó el vaso a los labios de Fabian con la otra mano y el hombre sorbió el agua con avidez.

—¿Suficiente? —le preguntó cuando el historiador apartó la cabeza. Fabian asintió con debilidad. Lucerne volvió a recostarse sobre la almohada. Perdió la consciencia antes de que el peso de su cuerpo se asentara por completo.

«Que descanses, amigo mío», le pareció oír decir al marine.

Entonces volvieron los sueños.

Cuando Fabian volvió a despertarse al día siguiente, se sintió lo bastante bien como para levantarse de la cama e iniciar el camino hacia su recuperación. Los médicos cuidaron bien de él, dándole cócteles de nutrientes y vitaminas, y él mismo se sorprendió por la rapidez con la que acabó recuperando las fuerzas. En cuestión de tres días, podía pasar el día despierto y, en cinco, pudo empezar a caminar. Al final de la semana, empezó a asistir al personal médico desempeñando pequeñas tareas, insistiendo en que se le diera algo útil que hacer, ya que las instalaciones estaban llenas de heridos y enfermos, la mayoría de ellos civiles, y el personal estaba saturado de trabajo. Así fue como se encontró llevando mensajes de un lado a otro de los pabellones. El complejo se había edificado en la cara de las montañas de Hera y se extendía sobre la antigua muralla que en otro tiempo había dividido el monasterio del capítulo en dos partes. Aunque las contraventanas de los ventanales estaban cerradas para

protegerlos de la guerra, a todas horas oía el estampido de los cañones, el estruendo de las explosiones lejanas y los crujidos del desplazamiento del vacío cuando la artillería impactaba contra las égidas de la fortaleza. Y, lo que no oía, lo sentía cada vez que la roca temblaba.

De vez en cuando oía batallas más cercanas, el golpeteo estrepitoso de las armas bólter y el recuento de voces inhumanas cada vez que los demonios conseguían burlar los escudos psíquicos de la ciudad y manifestarse dentro la fortaleza. Temió que el centro médico pudiera estar en peligro, pero le aseguraron que, por el momento, las criaturas no habían conseguido tomar forma material en el interior de los edificios de la fortaleza, solo en el exterior. La sensación estática generada por la tecnología arcana enterrada en las montañas hacía que le cosquillearan las encías y, cuando esa sensación se intensificaba, sabía que los no nacidos se acercaban. «Dentro no —decía para sus adentros—. Dentro no».

En ocasiones, al toparse con ventanas sin contraventanas o con alguna ballestera abierta, se detenía y echaba un vistazo al exterior, como solía hacer antaño con el Palacio de Terra. Estaba oscuro todo el tiempo. Los disparos de artillería hacían destellar el cielo. El fulgor de las armas de energía le grababa dolorosas imágenes residuales en las retinas. Magna Macragge Civitas ardía de punta a punta. Solo la fortaleza se mantenía inmune a las llamas. Era una situación inquietante, pero ya había ardido antes y había vuelto a erigirse, así que suponía que volvería a hacerlo.

Fabian había perdido musculatura, por lo que pasaba todo el tiempo que podía entrenando con sus armas. Al cabo de otra semana, pidió que le trajeran un traje ambiental blindado. Llegó enseguida, ya adornado con las insignias del Logisticarum y de la Logos Historica Verita. Lo guardó en su habitación, desprecintado y listo para ponérselo. No quería verse indefenso cuando surgiera la necesidad.

Ese momento no tardó en llegar: en mitad de la noche, como era de esperar. El clamor de las alarmas despertó a todo el edificio. La habitación de Fabian se llenó de fogonazos rojos y de los estampidos de los proyectiles al tocar tierra. Empezó a caerle arenilla

del techo. Las luces se habían apagado, el suministro de energía se había cortado y la contraventana de su ventana se había abierto. El desquiciante cosquilleo dental generado por la maquinaria de protección se hizo tan prominente que era como si tuviera una colonia entera de hormigas en la boca, desde la reina madre nodriza hasta la obrera más insignificante.

Los demonios se acercaban.

Salió de la cama y, cuando terminaba de ponerse el traje, los soldados de la Guardia Praecental llegaron corriendo por el pasillo, llamando a todas las puertas.

—¡Preparaos para evacuar! —gritaban—. ¡Preparaos para dirigiros a los refugios más profundos!

Fabian, limitado por el traje a medio poner, se acercó a la puerta y gritó:

—¿Qué está pasando?

Uno de los hombres se volvió. Cuando un hombre del rango del historiador hacía una pregunta, recibía una respuesta.

—Una escalada. Hay traidores mortales en el muro interior y demonios manifestándose en las plazas. Están derribando los escudos con un intenso bombardeo. Ya vienen —dijo mientras se alejaba corriendo y seguía golpeando más puertas—. Luego irán a por los cañones antiorbitales para intentar aterrizar en la ciudad, puede que dentro de la propia Fortaleza de Hera.

El hombre se perdió de vista mientras vociferaba y aporreaba puertas como un crío travieso durante la noche de Sanguinalia.

—Emperador —musitó Fabian. Le había caído arenilla en las botas, pero no tenía tiempo de sacarla. Un solo segundo de aire contaminado podía costarle la vida, tal vez el alma, así que ignoró la molestia y sacudió los cierres del traje, sobre los que también habían caído fragmentos de hormigón rocoso y debían estar limpios para poder sellarlo herméticamente.

Primero se puso el traje interior, luego ajustó el puño del pantalón a la bota y se colocó las polainas sobre los cubrebotas y el pantalón. Se subió la cremallera de la parte delantera y presionó la suave banda de sellado, rezando por haberse aislado de toda la porquería. Dejó los guantes a un lado mientras acoplaba las placas

rígidas de carbono laminado a los enganches magnéticos de los hombros, las espinillas y la parte inferior de los brazos. A continuación, cogió la pieza de la pechera y la espaldera, haciendo una pausa antes para soplar los residuos del techo y sacarlos de la anilla del casco, y se lo puso con dificultad. Era incómodo, y pesado, y debía asentarse bien para sellarse correctamente o no serviría de nada. Después vinieron la mochila, con su reciclador de aire y agua, los guantes, que aseguró con un giro de muñeca, y, por último, el casco, que se colocó sobre la cabeza algo desviado para luego girarlo y acoplarlo en su sitio con tanta fuerza que casi pareció que intentara romperse su propio cuello.

Recogió sus armas. Maldijo por lo bajo mientras se ajustaba el cinturón para adecuarlo a la mayor circunferencia del traje y se internó en el caos y el ruido que reinaba en las instalaciones médicas.

La gente gritaba. Los ciudadanos de Macragge estaban habituados a la guerra y se caracterizaban por su carácter recio, pero el hospital temblaba por los impactos de los proyectiles que atravesaban los escudos de vacío debilitados, y eso habría sido motivo suficiente para aterrorizar a cualquiera. El haz de luz de la linterna que llevaba al hombro se movía de un lado para otro, iluminando rostros sembrados de terror y caminos polvorientos entre los escombros. Había soldados de la Guardia Praecental y de la Auxilia de Magna Macragge Civitas. Hacían todo lo posible por guiar a los pacientes y al personal por los pasadizos que conducían hacia la montaña. Las pesadas puertas blindadas, hasta entonces cerradas a cal y canto, estaban abiertas de par en par. Unas líneas de bengalas carmesí marcaban el camino hacia el interior de la roca.

—¡Moveos, moveos, moveos! —gritaba un oficial de uniforme azul, con el rostro sudoroso bajo la máscara del casco. La gente descendió a toda prisa por el pasillo que se internaba en la montaña, lejos de la violencia, donde la silenciosa masa de piedra la mantendría a salvo.

Fabian se encontró en medio de una multitud de pacientes que lo arrastró consigo. No sabía hacia dónde iba, solo que iba. Tal vez quisiera unirse a la batalla, o encontrar a Lucerne. Se dio cuenta de

que iban hacia el oeste. ¿Estarían yendo hacia la biblioteca? Podría haberse abierto paso a la fuerza, pero refrenó el deseo de apartar a la gente a empujones y se puso a ayudar, sirviendo de apoyo a los más débiles, empujando las sillas de los inválidos y entregándolos a los camilleros que los trasladaban a los refugios a toda prisa.

Algo grande golpeó el exterior del edificio médico e hizo que se sacudiera. Cuando los temblores cesaron, un nuevo impacto tuvo éxito donde el primero había fracasado y perforó uno de los laterales. Fabian se volvió a tiempo para ver cómo el muro exterior se derrumbaba, como si la desgracia le hubiera dado un toquecito en el hombro para asegurarse de que viera lo que hacía. El muro se desplomó ante él, llevándose el suelo consigo y provocando una cascada de escombros que derruyeron el piso inferior y luego el de debajo, haciéndolos chocar unos contra otros como una torre de naipes destruida. Fue testigo de ello mientras caía hacia atrás envuelto en un remolino de polvo y centelleos. De algún modo, logró mantenerse en pie mientras todos a su alrededor salían despedidos o caían al suelo sin vida. Para cuando las nubes de polvo se disiparon por la brecha, el camino hacia el este había desaparecido.

A lo largo de casi un centenar de metros en esa dirección, el centro médico había quedado reducido a las paredes de roca desnuda de la montaña y sus habitaciones más remotas habían quedado expuestas como las cuevas excavadas de alguna tribu perdida. Una amplia pendiente de escombros ascendía desde la plaza, salpicada de motas blancas. Desde lo alto, parecían flores caídas y no lo que eran: los cadáveres de los enfermos.

Abajo se veían luces. Un combate. Destellos azules, rubíes y naranjas que centelleaban de un lado a otro creando un mortífero espectáculo de luces de proyectiles bólter, balas, rayos láser y chorros de plasma.

La égida centelleó y llenó el cielo de horribles patrones de color púrpura. A Fabian le habían dicho que la flotilla enemiga disponía de muy pocas naves de guerra propiamente dichas, entre las que solo había un puñado de armas de ataque terrestre directo. Era evidente que algo había cambiado, porque pudo ver cómo las explosiones se

dispersaban por la pantalla de energía y su furia se derramaba en la disformidad.

La gente gimoteaba. El polvo y la arenilla empapaban los charcos de sangre. Había extremidades desperdigadas por todas partes como basura. Se dispuso a ayudar a los demás, solo para descubrir que la mujer a la que se acercó primero ya estaba muerta. Estaba mareado, confuso —conmocionado por la explosión, seguramente—, pero las peripecias se sucedían y, al parecer, el destino no había acabado con él.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! —Un soldado venía corriendo desde el oeste, acosado por los disparos.

Las palabras del sargento Hetidor, el guardia catachano que lo había entrenado, vinieron a la mente del historiador.

—Cuando te enfrentas a una batalla tienes dos opciones —le había dicho Hetidor, seguramente escupiéndole en la cara después de hacerlo caer sobre la colchoneta del gimnasio por enésima vez—: puedes huir, o puedes luchar. Pero el desenlace siempre será el mismo. De todos modos, un día morirás. Puede que la cobardía te preserve durante una temporada, pero el tiempo no perdona y los viejos no le son de utilidad al Emperador en combate.

Dicho esto, se había agachado, lo había cogido de la mano y lo había ayudado a ponerse en pie. En el estado de aturdimiento de Fabian, era como si hubiera vuelto del pasado y ahora lo arrastrara hacia el enemigo. Reaccionó de forma automática. Con la pistola en una mano y la espada desenfundada en la otra, y mientras el campo de energía que la envolvía zumbaba en el aire cargado de hollín, pasó junto al soldado, que se había arrodillado y empezado a disparar haces de fuego láser azul brillante por el pasillo. Fabian enarboló la pistola y esperó a tener un blanco claro.

Emergieron del humo.

Eran hombres que se habían vuelto contra la razón. Ataviados con uniformes andrajosos y con símbolos de culto apenas visibles bajo la suciedad acumulada de la guerra, eran salvajes y lamentables a la vez, desnutridos y enfermos, un ejército de farsantes. Actuaban de manera despiadada, rematando a los heridos a bayonetazos mientras proferían alaridos triunfales. Fabian apuntó

al más cercano y disparó. Los dos tercios superiores del guerrero se evaporaros. La ráfaga láser no bastó para cauterizar la red de vasos sanguíneos que, hasta un microsegundo antes, habían estado abasteciendo el cerebro del hombre, por lo que se desplomó mientras bombeaba sangre por el cuello, como una exclamación o un espectáculo pirotécnico.

El guerrero que estaba detrás abrió fuego contra Fabian un instante después. El historiador se lanzó contra la lluvia de proyectiles de ametralladora, indiferente al hecho de que, si le perforaban el traje interior, probablemente se contagiaría y moriría de alguna enfermedad. Las balas rebotaban contra las placas de armadura. Una de ellas, caliente y acuciante, le rozó el cristal del casco. El segundo disparo de Fabian abatió al hombre. Luego se metió entre los demás y los atacó con la espada de energía.

Aunque el historiador había sido bien instruido en el manejo de la espada, en la estrechez del pasillo solo había lugar para una carnicería. En ese tipo de situaciones, el guerrero con la mejor arma solía salir vencedor y la hoja de Fabian era excelente. La espada de energía partía en dos los fusiles enemigos mientras intentaban alcanzar sus órganos vitales con las bayonetas. Sus siguientes estocadas acabaron con la vida de sus portadores. La espada estaba afilada, pero, como con todas las armas de este tipo, era el campo de energía el que infligía el mayor daño, ya que destruía los átomos y derramaba el contenido húmedo de los cuerpos por el suelo. Sus golpes no cortaban a los hombres a los que alcanzaba, sino que los hacían explotar, dejando amplios surcos en la carne, en lugar de cortes delicados.

Más de una década luchando y nunca se había acostumbrado al subidón de adrenalina que traía consigo la batalla. Sobre todo, el miedo, que siempre lo asombraba por su intensidad. Aunque también había exultación.

Cuando quiso darse cuenta, había atravesado el grupo y perseguía a los últimos mientras se desbandaban y huían. Salió corriendo tras ellos por una escalera, gritando, hasta llegar a la plaza más alta de la fortaleza. Los sectarios se dispersaron y volaron en

pedazos por el impacto de proyectiles bólter disparados desde lugares desconocidos.

De repente, se encontró solo en un mundo de fuego. Sentía una necesidad imperiosa de orinar, pero la sensación de incomodidad le parecía distante, como si fuera de otra persona. Estaba cerca de la puerta principal de la Biblioteca de Ptolomeo, cuya masa abovedada se alzaba desdeñosa sobre la violencia, como si, desde un punto de vista moral, se hallara por encima de todo lo demás.

Fue entonces cuando se percató de que la puerta estaba abierta. Derribada, de hecho, con trozos de madera chapada en oro colgando de las bisagras. Por alguna razón, sus múltiples defensas no se habían activado y la criatura que había causado los daños intentaba abrirse paso por el hueco sin que nada ni nadie la hostigara.

Fabian abrió un canal de comunicación y lo sintonizó con las frecuencias de mando del capítulo.

—Aquí el Historiador Majoris Fabian Guelphrain —dijo—. Necesito hablar con el Bibliotecario Jefe Tigurius de inmediato.

Fabian introdujo los códigos de orden de mayor y el mortal que se encontraba al otro lado del canal los acató sin objeción. Cuando lo conectaron con Tigurius, el bibliotecario estaba enfadado y enzarzado en combate. Se oían disparos de fondo.

—¿Qué haces en este canal, historiador?

—Escúchame. No voy a andarme con rodeos y fingir que no sé cómo es un demonio. Tú sabes cómo es, yo sé cómo es. Bueno, pues uno muy grande acaba de derribar la puerta principal de la Biblioteca de Ptolomeo y se dirige hacia el interior.

—¿Y qué? Están por todas partes.

—Se parece al diablillo que estaba en la fortaleza la otra noche. Dijiste que era una manifestación menor de Rotigus. —La sola mención del nombre le resultó desagradable. —Créeme, puede que esa fuera menor, pero esta es mayúscula.

Se oyó una ráfaga prolongada de fuego bólter. Luego Tigurius habló de nuevo:

—Voy en camino. No lo sigas y no te enfrentes a él. Solo los guerreros del Librarius pueden responder a esta amenaza. Si

puedes, no permitas que nadie se acerque. ¡Y no entres en la biblioteca!

Pero Fabian ya se había puesto en marcha. En años posteriores, nunca lograría decidir si había seguido al demonio porque deseaba detenerlo. Si había sido por eso, entonces no tenía toda la culpa de lo que había sucedido a continuación y se sentía un poco menos culpable. Pero, en su fuero interno, siempre sabría que había entrado porque la Biblioteca de Ptolomeo estaba abierta. Le habían negado la entrada durante demasiado tiempo. Deseaba verla, saber qué había en su interior y al diablo las consecuencias.

Sin embargo, fue él quien acabó pagando las consecuencias de sus actos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

APLASTADOR DE ALMAS

—Asalto a la muralla del segundo nivel en curso, Batería Nueve Theta. Ingenios demoníacos a la vista. Se solicitan refuerzos inmediatos —comunicó Felix al centro de mando de Primer Desembarco. No obtuvo respuesta. La tormenta se había intensificado, el sistema de comunicación era inservible y, en el cielo, cada relámpago amenazaba con revelar alguna visión horrible oculta a simple vista.

La muralla del primer nivel había caído perforada en media docena de lugares, y la Death Guard y sus ingenios habían irrumpido en la ciudad. Felix vio que su posición comenzaba a verse asediada por el fuego de artillería que avanzaba desde la retaguardia a medida que el frente enemigo se desplazaba. Los campos de energía del segundo nivel habían empezado a fallar y a su alrededor no dejaban de caer proyectiles que debilitaban las murallas y convertían los edificios en montones de escombros.

Divisó al grupo de demonios mientras se abría paso a través de la brecha del primer nivel. Supuso que se toparían con su batería incluso antes de que llegaran a los acantilados y clavaran las garras curvadas en la roca.

—Manada de aplastadores de almas ascendiendo. Tiempo estimado de contacto, cinco minutos —informó.

Eran criaturas enormes, con cuerpos robustos e imponentes que parecían de carne, pero que, en realidad, se componían de las energías nulas de la disformidad. Iban sentadas sobre carruajes móviles que parecían arácnidos de metal. Aunque tenían el cuerpo cubierto de lorzas que se bamboleaban sin parar y mostraban los síntomas habituales de las enfermedades de Nurgle, bajo su exterior putrefacto operaban unos músculos de hierro que los aupaban a toda velocidad por la pared rocosa.

—¡Reforzad el parapeto! —ordenó mientras su comunicador chirriaba a causa de las interferencias generadas por los disparos del cañón de plasma. Los Silver Templars y los Elegidos de Vespator tomaron posiciones, con las armas apuntadas hacia abajo.

»Concentrad el fuego en la vanguardia —les dijo a sus hombres.

Los proyectiles bólter salieron disparados certeramente hacia los gigantes de la plaga. El primero tenía un par de cabezas sonrientes medio fundidas la una con la otra. Una capa de materia orgánica las unía. Poseía un par de manos simiescas, ambas cubiertas de nudos de mutaciones queratinosas, que utilizaba para ayudarse a trepar. Llevaba un arma montada sobre el hombro que se movía sobre un cardán que era mitad acero y mitad hueso. Tras ella sobresalía la empuñadura enmohecida de una espada enfundada.

Los dos siguientes exhibían atributos físicos bastante particulares. Uno tenía una cabeza desproporcionada en comparación con el torso barrigudo y un trío de patas arácnidas peludas que se agitaban aleatoriamente en el aire desde el lado izquierdo. La otra extremidad era una gigantesca pinza mecánica. Felix solo vio al tercero de refilón un instante antes de que recibiera el impacto de uno de los cañones invertidos de las defensas inferiores, que le arrancó de cuajo una de las patas traseras e hizo que se despeñara por el acantilado. Se precipitó sobre la refriega envuelto en un mar de aceite y vísceras humeantes y aplastó a los combatientes de ambos bandos antes de alejarse dando tumbos y golpeando todo lo que se ponía al alcance de los tentáculos metálicos que brotaban de sus hombros, su vientre y su boca.

Los dos restantes hundieron las extremidades con garras en la piedra viva con la ayuda de sus pistones. Cuando llegaron al área

donde la mampostería y el acantilado se unían en la base de la muralla, arrancaron varios bloques en su afán por alcanzar la cima.

El fuego de las armas bólter no los ralentizó en absoluto. La parte delantera de la máquina que lideraba el grupo se había convertido en un amasijo de cráteres de los que había empezado a emanar un torbellino de moscas que se batían a muerte contra los cascos de los Space Marine para entorpecer su puntería.

—*Unos pasos más y todo habrá acabado* —informó Cominus.

—Retroceded —ordenó Felix—. Silver Templars, enviad a vuestros revientainfiernos al frente. Daelus, abandonad las armas. —La línea de marines que ocupaba el parapeto dejó de disparar y retrocedió por la amplia Vía Espiral que conducía al pináculo de la ciudad y se apostaron al pie del siguiente acandilado, donde varios edificios derrumbados y sótanos en ruinas proporcionaban amplia cobertura.

—*Si me concedéis un momento…* —dijo Daelus, que seguía inclinado sobre sus máquinas. Tres de los cuatro cañones seguían funcionando y disparando.

—Ahora, Daelus —le ordenó Felix.

El primero de los aplastadores de almas apareció por encima del parapeto, con los rostros gemelos crispados mientras sus enormes manos arrancaban un tramo de almenas al trepar por el borde. El bólter de forja de Daelus giró de forma automática sobre el servoarnés y acribilló al ingenio demoníaco con proyectiles de gran calibre. La criatura rugió y levantó el hombro para cubrirse las caras mientras los misiles detonaban por todo su cuerpo, se llevó la mano a la espalda y sacó la espada. El arma medía más de cuatro metros de largo y estaba oxidada y embotada que parecía más una maza que una espada.

—Revientainfiernos, ¡fuego! —gritó el tetrarca.

Desde detrás de una montaña de ladrillos y trozos de madera, una semiescuadra de Silver Templars abrió fuego a máxima potencia, abrasando el polvo del aire y convirtiéndolo en cristal mientras apuntaba a la pata delantera de la criatura con armas de plasma. En un instante, pasó del marrón oxidado al blanco incandescente y estalló en una lluvia de chispas metálicas.

El aplastador de almas rugió, se tambaleó sobre las tres patas que le quedaban y se apoyó en el puño para impulsarse hacia delante, esparciendo escombros a su paso. Embistió a los revientainfiernos y desbarató la barricada con un solo golpe de espada. El arma que le sobresalía del hombro escupió un líquido venenoso que alcanzó a uno de los Silver Templars y lo derritió vivo. El rifle de plasma que empuñaba explotó cuando la bilis entró en contacto con las células de energía y lo mató en el acto. Aunque el líquido salpicó a los demás, siguieron luchando, con las armaduras humeantes mientras el veneno corroía la ceramita. Tres de los revientainfiernos abrieron fuego. El cuarto desechó su rifle cuando empezó a chorrear plasma después de que una de las cámaras de contención reventara y procedió a desenfundar la pistola.

El segundo aplastador de almas apareció por el borde, arrancó el cañón de plasma de debajo de los pies de Daelus con la tenaza y se encaramó al parapeto. Daelus intentó saltar para liberarse, pero el servoarnés le hizo perder el equilibrio y cayó con estrépito sobre el pavimento. Se las arregló para ponerse de espaldas y descargó la mayor parte de su munición cuando el aplastador se abalanzó sobre él, volándole en pedazos las patas de araña y haciéndolo rugir de rabia. Las extremidades adicionales de su arnés se movieron con precisión mecánica, lo que le permitió ponerse en pie antes de que la máquina pudiera recuperarse y asestar un golpe a dos manos con su hacha omnissiana.

—Escuadras de duelistas dos y cuatro de los Silver Templars, ayudad al hermano tecnomarine Daelus —ordenó Felix antes de volverse para hacer frente a la otra máquina.

La batalla era confusa. Las señales de los transpondedores de sus Elegidos apenas le proporcionaban datos sobre la posición real de sus guardaespaldas. La contienda era un caos de pequeñas refriegas y acometidas desesperadas para tapar brechas en la línea de defensa. Los ingenios demoníacos voladores aprovecharon el asalto de los aplastadores de almas para descender desde lo alto y escupir ráfagas de líquido espeso por los cañones. Felix registró toda esta información en una secuencia de microobservaciones extraídas

de los informes estratégicos que recibía en el tiempo que tardó en cruzar la carretera.

Un Space Marine se debatía contra la espada de la criatura, que lo había empalado a la altura de las tripas, con las placas de la armadura resquebrajadas por el impacto. Empujaba el metal oxidado con las palmas de las manos para intentar zafarse. El demonio le propinó un revés a uno de sus hermanos de escuadra y lo estampó contra un muro, haciendo que se desplomara en una cascada de bloques y polvo. Su pulverizador de plagas lanzaba chorros de líquido aparentemente al azar. La sustancia se escurría por los edificios destrozados y, donde había fuego, chisporroteaba como si fuera grasa caliente que se vierte sobre el agua.

Felix se abalanzó sobre ella. Su altavoz no emitió ningún himno de guerra mientras la pesada armadura Gravis aplastaba los escombros y los convertía en polvo bajo sus pies. Descargó una ráfaga de proyectiles con el guantelete de asalto para llamar la atención de la cosa, apuntando al par de frascos burbujeantes que alimentaban al escupeplagas por la espalda. El cristal asqueroso se resquebrajó y uno de los frascos se rompió. Las toxinas ácidas empezaron a escurrirse por el torso del ingenio demoníaco, haciéndolo rugir de agonía. Felix echó el puño hacia atrás para golpearlo cuando se girara. La espada de energía serviría de poco contra el carro blindado; de hecho, corría el riesgo de partirla, así que la mantuvo enfundada. Pero el puño de energía del guantelete de asalto era otra cosa.

Golpeó la pata trasera izquierda del demonio en cuanto se giró para enfrentarlo, imprimiéndole toda la fuerza y todo el peso de su cuerpo al golpe. El impacto provocó una explosión de fragmentos que le melló la armadura y partió la pesada articulación. La otra pierna se desplomó bajo el peso de la criatura mientras intentaba erguirse y girarse, como un espeluznante centauro de carne y metal enfermos. Destruidas las dos piernas izquierdas, cayó pesadamente de lado, extendiendo los brazos para sujetarse. La espada salió volando con el revientainfiernos aún ensartado en ella.

El gigante cayó al suelo y quedó cara a cara con el tetrarca, pero aún no estaba muerto. Cuando Felix lo apuntó a las caras con

el arma bólter que llevaba colgado del guantelete, le dio un manotazo y desvió los proyectiles antes de agarrarlo por la cintura. Aunque sus manos parecían blandas a causa de la putrefacción, eran firmes y apretaban con fuerza. El casco de Felix emitió varios sonidos de advertencia. La ceramita empezó a crujir. Tenía las piernas aprisionadas y no podía moverlas. Unas runas rojas intermitentes lo advirtieron del fallo inminente de la armadura.

La cosa le gruñó con una boca llena de colmillos amarillos. Felix levantó el guantelete y le disparó a bocajarro en el pecho. La criatura dejó escapar un chillido y lo estampó contra el suelo. Aprovechó la oportunidad para desenfundar la espada, pero la bestia empezó a arrastrarlo por el suelo como si fuera un trapo y el arma se escurrió entre las piedras. El gigante se aupó sobre las extremidades partidas y lo apuntó con el arma que llevaba acoplada al hombro.

Felix sintió que le zumbaba la cabeza mientras una sustancia viscosa goteaba del cañón del arma. El tiempo pareció ralentizarse. Los detalles emergieron con una claridad confusa: las venas negras de los rostros fusionados, las pequeñas costras y pústulas, el patrón de óxido en las partes mecánicas.

Detrás había una luz ígnea como la de un sol naciente, que empezó a brillar cada vez con más intensidad hasta llenar el cielo.

Un muro de llamas descendió sobre ellos. El demonio dejó escapar un grito que no fue un rugido de ira, sino un alarido de auténtico pavor. Felix cayó al suelo y vio que algo había cortado el brazo de la criatura a la altura del codo. El primarca estaba frente a él, con la *Espada del Emperador* rugiendo a su lado. Guilliman reventó todos los ojos de la bestia con la Mano del Dominio y, mientras se arrastraba a ciegas intentando alejarse, el Hijo Vengador la decapitó de un solo golpe. Las gotas de grasa se incendiaron con el calor de la espada y, un instante después, el demonio cayó al suelo, muerto de verdad. Ningún espíritu emergería de su cadáver para regresar a la disformidad. Otra pizca de veneno espiritual había desaparecido para siempre de la realidad.

Felix consiguió separar los dedos inertes del monstruo. Guilliman extendió el brazo y le tendió el guantelete al tiempo que el

campo de disrupción se desactivaba. El tetrarca lo agarró con su propio puño de energía, un arma que, comparada con la que llevaba el primarca, parecía incluso delicada.

—Oí que se había enviado una petición de asistencia desde esta posición —dijo Guilliman mientras ayudaba a Felix a incorporarse—. Me alegra haber podido brindarla.

—Gracias, mi señor. —El tetrarca se vio obligado a gritar, ya que dos docenas de Space Marine de todo tipo habían cercado al segundo aplastador de almas y lo estaban haciendo pedazos de manera metódica. Daelus profirió un grito de guerra triunfal marciano al ver derrocado un constructo tan blasfemo y lo remató enterrándole el hacha en la cabeza.

Las armas rugían por todas partes. El fragor de la batalla remitió. Los informes no dejaban de llegar al casco de Felix.

—Felix, acompáñame, por favor. —Guilliman empezó a bajar por la Vía Espiral. Sus hombres lo siguieron sin dilación.

—¿Intentas hacer salir a Mortarion? —Felix lo siguió mientras enviaba una ráfaga de datos a sus Elegidos ordenándoles que permanecieran en la batería.

Guilliman asintió.

—Ha movilizado a todo su ejército. Es hora de salir de la ciudad y conducirlo a la batalla. Esta vez se encontrará conmigo porque, por lo que a él respecta, todo va de acuerdo a su plan. Disfrutaré sorprendiéndolo y, cuando le arrebate el favor de su dios, lo destruiré.

—¿Y si han detectado a la fuerza de reconocimiento y la han destruido? ¿Y si el artefacto sigue intacto? ¿Qué pasará entonces?

—Lo destruirán porque es necesario que así sea, Felix, o todo estará perdido. Ten fe en tus hermanos. Deja que yo me ocupe de los planes de Mortarion. Natasé me asegura que este es el mejor camino hacia la victoria.

—Pero, ¿cuán factible es?

Guilliman echó la vista atrás, pero no respondió a su pregunta.

—Me daré por satisfecho si evitas que te maten. Tener que elegir a otro tetrarca tan poco tiempo después de reinstaurar la institución me hará parecer estúpido.

Se volvió para contemplar la llanura. Descendían a toda velocidad por la Vía Espiral mientras los guerreros acudían a sus posiciones desde todos los puntos de la ciudad. En la barbacana, los tanque se preparaban para salir.

—Reunimos a nuestros hombres —dijo Guilliman—. Y salimos. La verdadera prueba se encuentra ahí fuera, no detrás de estos muros. Será allí donde se efectuarán los últimos movimientos.

CAPÍTULO TREINTA

LA ÚLTIMA CARGA DEL 4021º DE CADIA

—¡Tanques, escalón a la derecha, avanzad! —El coronel Odrameyer dio la orden para la carga final de su regimiento.

Más delante, las hordas de demonios se habían dispuesto en formaciones más aptas para un campo de batalla de lanzas, hachas y escudos que para una contienda de proyectiles y rayos láser, pero Odrameyer ya se había enfrentado a otros demonios antes y sabía que el menor grado de confianza que depositara en la tecnología supondría un error. Como era de esperar, cuando su Leman Russ abrió fuego, el proyectil se hundió en el pantano y no levantó más que un chorro de inmundicia irrisorio. Salvo por la onda expansiva que los sacudió levemente, los portadores de plaga apenas se vieron afectados por la explosión. Ninguno de ellos cayó. Los tres bólter pesados que el vehículo portaba junto a su armamento principal dispararon una andanada que habría aniquilado a un centenar de mortales dispuestos en filas como aquellas, pero solo un puñado de demonios sucumbieron al ataque. Los demás absorbieron los proyectiles, y las detonaciones posteriores, con miradas de ligera irritación.

A sus otros tanques no les fue mucho mejor. Aunque lograron abrir algunos agujeros en el ejército demoníaco, y pese a todos los proyectiles que habían disparado, Odrameyer apenas obtuvo ventaja. Los tanques siguieron avanzando de todos modos. Ahora, su único objetivo era vivir lo suficiente para mantener al enemigo alejado del tren de guerra.

Se volvió y miró hacia atrás a través de las lentes empañadas. El respirador que llevaba estaba sudado y el cierre hermético le irritaba la piel. Era tan difícil aspirar por el tubo que conectaba la máscara a la unidad de filtrado que siempre tenía la sensación de estar a punto de asfixiarse. Era una sensación aterradora que era incapaz de reprimir, aunque lo animó ver que el vehículo de Mathieu avanzaba por el pantano como un barco en un mar poco profundo. En contraste con los marrones y verdes virulentos de las marismas contaminadas, parecía de un blanco radiante. Era como una isla de pureza. En su avance, Odrameyer vio manifestada la voluntad del Emperador. Pues, ¿no era cierto que su formidable armamento estaba causando estragos entre los demonios mientras el suyo no les hacía nada? ¿No era cierto que sus armas y cañones láser benditos abrían sendas de aire limpio a través de las nubes de moscas que se arremolinaban en torno al enemigo? Estaba medio convencido de que veía ángeles cabalgando sobre los rayos que atravesaban los espacios vacíos, enarbolando sus escudos de oro para repeler las acometidas brujescas del enemigo.

Su tanque se sacudió con tanta violencia que le magulló el muslo contra el anillo de la escotilla. Volvió la vista al frente. Sus máquinas de guerra se abrían paso por el pantano, derribando árboles podridos mientras atravesaban bosquecillos de crecimientos blandos y antinaturales. El agua tenía una profundidad irregular. Donde estaba él, la inmundicia solo rozaba la parte inferior del blindaje lateral del tanque; sin embargo, a unos cien metros a su izquierda, los Leman Russ avanzaban por un lodazal que cubría las placas glacis y obstruía los cañones de sus armas de proa. Ninguno se había quedado atascado aún, pero solo era cuestión de tiempo.

Aquel panorama no hacía más que agravar el peligro que representaba la hueste demoníaca. Todos estaban sufriendo los

efectos de la putrefacción de las criaturas. El casco de su tanque había empezado a oxidarse ante sus ojos y el motor resollaba aquejado de algún mal mecánico.

Se oyó una tos seguida de un estallido. Uno de los Chimera de la retaguardia se detuvo de forma abrupta.

No aguantarían mucho más. Debían seguir adelante y hacer que cada segundo contara.

—¡Adelante, hermanos y hermanas de la desaparecida Cadia! ¡Ha llegado el momento de la redención! En el nombre del Emperador, ¡avanzad! Nos observa. No le falléis.

Odrameyer creía en lo que decía con tanto fervor como creía que estaba a punto de morir. Había visto al Emperador actuar en el mundo de los vivos, movilizando a sus siervos para defender a la humanidad. No sentía miedo, sino un éxtasis sagrado ante lo que debía hacer. Moriría gustosamente.

Por encima del rugido de los motores y el estruendo de los cañones, oyó un recuento lúgubre, conteos interminables y contradictorios hechos desde la más absoluta miseria. Sintió un deseo irrefrenable de detenerlo. No era un ruido que alguien como él pudiera silenciar para siempre, pero podía interrumpirlo un rato y por el Emperador que lo haría.

Dio un golpe en el techo del tanque. El vehículo aceleró. No necesitó dar ninguna orden a las otras máquinas de guerra. Las tripulaciones de los tanques parecieron intuir sus deseos, ya que aumentaron la velocidad no en respuesta a su aceleración, sino de manera simultánea, en una sincronía perfecta ordenada por el Dios Emperador.

Unos instantes después llegaron a las filas de los portadores de plaga. Su tanque embistió a las criaturas, que murieron aplastadas bajo las orugas o voladas en pedazos. Los bólter pesados disparaban tantos proyectiles que relucían al rojo vivo. Los rostros demoníacos ardían sobre ellas mientras giraban, arrasando con todo lo que se encontraba dentro de su zona de fuego. Los demonios quedaron reducidos a bocanadas de materia putrefacta que se elevaban y se dispersaban entre la niebla.

En el cielo, la tormenta arreciaba, enfurecida por el avance imperial.

Desde el edificio médico empezaron a salir relámpagos en todas las direcciones. Los truenos retumbaban en el aire.

La embestida del tanque atravesó las cinco primeras filas de portadores de plaga. Odrameyer tomó las empuñaduras del bólter tormenta del vehículo y descargó varias andanadas más sobre el enemigo. A los pies de los demonios empezó a formarse una alfombra de diablillos menores que explotaban de una forma sumamente satisfactoria. Los torrentes de energía saltaban entre los cadáveres de los no nacidos, con las almas enfurecidas y constreñidas por la tormenta que su señor había desatado sobre el planeta y les impedía escapar.

Odrameyer cantaba una y otra vez la primera estrofa de *Cadia In Eternum*, donde se encontraban los versos más exaltantes de la canción. Cuando el bólter tormenta se quedó sin munición y se dispuso a sacar nuevos tambores de proyectiles de las cajas atadas a la torreta, oyó que todo el regimiento entonaba esos mismos versos a través del sistema de comunicación. Recargó el arma y volvió a abrir fuego, con las lentes oculares totalmente empañadas mientras cantaba tan alto que le dolía la garganta. A estas alturas, el enemigo estaba tan hacinado que no podía fallar. El tanque giraba de un lado a otro mientras el conductor aporreaba las palancas de control arriba y abajo, utilizando las orugas como armas para aplastar a los demonios contra el suelo. Aun así, la ofensiva se estaba ralentizando. El enemigo empezaba a agolparse en torno a ellos, colgándose de los cañones montados en barbetas con los brazos leprosos para intentar frenar su avance. El tanque no dejaba de chocar contra cabezas seccionadas que reventaban como fruta podrida, pero ninguna de las criaturas logró acercarse a él y, aunque sus huestes de alimañas convertían el plastiacero en polvo, él se mantuvo incólume.

Una maraña de cuchillas de acero oxidado, huesos enfermos y cristales nocivos arañaban el tanque, hiriéndolo y contaminando su espíritu, pero era indomable, tan imbuida de la voluntad del Emperador como los hombres de su regimiento, y se rebeló contra

sus limitaciones. Otro tanque pasó a su lado y descargó el bólter pesado sobre el costado izquierdo del Leman Russ de Odrameyer, volando en pedazos a los atacantes. Momentáneamente liberado, el vehículo se precipitó hacia delante y lanzó por los aires a sus agresores.

El escalón siguió adelante, abriéndose paso entre la horda de demonios como una podadora sega un campo de cultivo. Los Chimeras seguían a los tanques de batalla, dibujando cruces de luz brillante por todo el campo de batalla con sus armas. Como era demasiado peligroso para la infantería luchar a pie, habían tripulado los cañones láser que sobresalían por los flancos de los vehículos de combate, contribuyendo a la siega.

Poco después, atravesaron los regimientos enemigos más avanzados y se internaron en la brecha que separaba a la primera línea de la segunda.

Allí aguardaban otros horrores. Más grupos de infantería zumbona. Bestias más grandes, más no nacidos horribles. Odrameyer se mantuvo firme. Ya se había enfrentado a todos ellos. Era posible matarlos.

—¡Adelante! —gritó—. ¡Avanzad! —Los tanques aceleraron de nuevo con las armas en ristre.

Varias bandadas de moscas del tamaño de un caballo sobrevolaban el área, envueltas en el zumbido fúnebre de sus alas. A su derecha, un Leman Russ explotó de manera espectacular mientras su torreta se elevaba en el aire impelida por una columna de llamas brillantes. A su izquierda, otro murió bajo las hojas putrefactas y afiladas de los demonios, que corroyeron todo el blindaje y oxidaron por completo el motor. Una de las bestias de mayor tamaño agitó su bastón en el aire y una niebla palpitante se cernió sobre uno de los Chimera y lo engulló al instante. Cuando la niebla se disipó, la silueta del vehículo era un esbozo borroso oculto bajo un manto de hongos, el mayor de los cuales mostraba los rostros chillones de la tripulación. Varios no nacidos de aspecto endeble inutilizaban los vehículos blindados con hojas romas, vomitando gusanos que atravesaban el plastiacero como si fuera queso enmohecido.

Aunque la ofensiva se extendió hasta la segunda línea, el número de cadianos disminuía a un ritmo vertiginoso, mientras que los demonios parecían no tener fin. Odrameyer echó la vista atrás y contempló el camino por donde habían venido. Parecía una distancia muy corta, ya que el tren de guerra seguía estando relativamente cerca, pero habían logrado que una parte de las fuerzas enemigas se alejara de Mathieu. El tren estaba a punto de remontar la colina y le consoló saber que había hecho un progreso significativo hacia las instalaciones. La muerte de sus hombres, su propia muerte, serviría de algo.

Llegados a este punto, enfrentados con los bloques de reserva del ejército enemigo, el progreso de los cadianos se vio ralentizado. Odrameyer hizo que sus tanques se agruparan y formaran una punta de lanza. Alcanzaron la base de las colinas a fuerza de cañonazos y salieron del cenagal. Para entonces eran solo una docena y los atacaban por todos lados.

Algo gigantesco vadeaba hacia ellos. Llevaba un gran mangual a la espalda y un cuchillo ganchudo en la mano. Una cabeza anfibia con tres ojos amarillos y un único cuerno verde lo miraba con el ceño fruncido tras una enorme papada. Varias tiras de piel enferma le colgaban de los hombros como charreteras. Estaba tan gordo que su descomunal barriga aplastaba a sus propias tropas cuando tardaban demasiado en moverse. Una réplica diminuta de su cabeza chasqueaba y se reía en la punta de una lengua larga y musculosa que ondeaba en el aire de modo amenazante.

—¡Abatidlo! —ordenó Odrameyer a gritos, incapaz de usar la red de datos del comunicador, con la esperanza de que entendieran lo que decía.

El haz de un cañón láser hirió al demonio en un costado. La criatura refunfuñó, se apartó y vomitó un chorro de bilis sobre su agresor. El líquido disolvió la parte delantera del tanque, perforó el blindaje y vertió un torrente de gusanos en el interior.

El vehículo se detuvo de golpe, convertido en un montón de chatarra humeante. El demonio gigante soltó una risita que hizo que le temblara la papada y volvió la mirada hacia Odrameyer.

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si es el coronel Odrameyer! Tu nombre se menciona entre susurros en el jardín por seres cantarines y mordaces. El cobarde de Kasr Balyn, murmuran, que huyó de su mundo natal. Ha llegado la hora de tu juicio, ¡el juicio de Torpus Bazoeructo! —Se abrió paso hacia adelante mientras aplastaba a los portadores de plaga con la barriga. Desenfundó el mangual y empezó a girarlo alrededor de la cabeza, haciendo que los ganchos que colgaban en los extremos de las cadenas gimieran en el aire conforme ganaba velocidad. —*Traidor. Cobarde. Desertor* —cacareó —. *Aprende lo que eres antes de morir*.

El tanque de Odrameyer se había quedado atascado en medio los portadores de plaga. Las instalaciones se encontraban a poco menos de quinientos metros de distancia. El tren de guerra de Mathieu seguía acercándose con una determinación asesina.

—Yo no soy ningún cobarde —replicó el coronel—. Luchamos hasta el final. Vimos morir nuestro mundo y deseamos haber podido luchar con más ahínco para salvarlo.

Dijo lo que tenía que decir con una convicción silenciosa, pero el demonio lo escuchó de todos modos.

—*Solo los cobardes huyen de sus responsabilidades*.

El gusanillo de la duda empezó a retorcerse en el fondo de la mente de Odrameyer, pero lo hizo papilla. Habían recibido la orden de evacuar y, aunque había sido como una puñalada en el corazón, había obedecido.

—Si de verdad soy un cobarde, el Emperador dejará que acabes conmigo.

La bestia se acercó. De algún modo, su hedor logró impregnar el equipo respiratorio, provocándole arcadas, pero extendió los brazos y miró al cielo.

—¡Emperador! ¡Mírame ahora! —gritó.

—*No le importas en absoluto. Disfruta de la siguiente etapa del gran ciclo, en el jardín*.

Con un gruñido cargado de satisfacción, el demonio lanzó el mangual hacia delante. Los ganchos silbaron en el aire.

Odrameyer se puso a rezar.

—Oh, Emperador, ¡protégeme! Oh, Emperador, ¡escúdame!

Sus plegarias fueron escuchadas. El aire centelleó. Un velo pareció descorrerse ante él, ofreciéndole la visión fugaz de un paisaje a la vez glorioso y terrible. En aquel lugar habitaban los dioses y uno de ellos le tendió la mano para envolverlo en su protección.

O eso le pareció.

Un destello de luz brillante rompió el mangual de pedazos de metal giratorios, pero ninguno alcanzó al coronel. Odrameyer se quedó parpadeando, extasiado, murmurando piedad mientras la Gran Inmundicia miraba con perplejidad el arma destrozada.

Los hombres del coronal no desaprovecharon la oportunidad.

Envuelto en el chirrido de los cojinetes oxidados, el cañón de batalla giró en redondo. Abrió fuego antes de terminar de moverse y el proyectil se hundió en las tripas del monstruo como una piedra que impacta contra el lodo. El demonio apartó la vista del mangual y se miró la herida con una expresión cómica y sorprendida en el rostro. Fue entonces cuando detonó el proyectil, haciéndolo estallar en pedazos y esparciéndolo a los cuatro vientos. Unos enormes colgajos de piel putrefacta cayeron sobre el tanque a la vez que varias guirnaldas de intestinos chisporroteaban sobre los cañones bólter.

Odrameyer estaba cubierto de fluidos repugnantes que le obstruían los filtros del equipo respiratorio. La sensación de asfixia se volvió tan insoportable que se arrancó la máscara, exponiéndose a los aires tóxicos. El dolor que sintió cuando empezó a devorarle los pulmones fue inmediato. Y, sin embargo, lo sobrellevó sin miedo.

Se irguió sobre el escalón interior de la torreta y desenfundó la espada de energía.

—¡El Emperador está con nosotros! ¡El Emperador nos acompaña! —gritó—. ¡Alabado sea Él, señor de Terra! ¡Alabado sea! ¡Avanzad!

Con las armas en ristre y las orugas agitándose, los últimos hombres y mujeres del Cuatromilésimo Vigésimo Primer Regimiento Acorazado de Cadia se dirigieron hacia su objetivo.

Edermo instó a los Novamarines a entablar combate sin vacilación, sin detenerse siquiera a averiguar qué hacía allí el militante apostólico.

—*Preparaos para actuar* —les ordenó a través del sistema de comunicación con voz entrecortada—. *Vasilon, establece contacto con la flota sea como sea*.

—¿Quiénes son estas personas? —le preguntó Maxentius-Drontio a Justinian.

—Son aliados, hermano, eso es todo lo que necesitamos saber.

—Me gustan las respuestas simples —dijo el marine con aprobación.

—*Fuerza de reconocimiento Edermo, dividíos* —ordenó el comandante—. *Escuadra Parris, abordad al enemigo, contactad con el militante apostólico y averiguad qué hace aquí. Las demás escuadras, preparaos para atacar las instalaciones*.

—El teniente no me ha pedido que confirme que el artefacto está aquí —señaló Fe algo contrariado.

—¿Lo está? —le preguntó Maxentius-Drontio.

—¡Claro que sí!

—Entonces guarda silencio, tecnosacerdote, y pídele a tu dios máquina que te permita sobrevivir a este día.

Los tanques gravíticos descendieron por las laderas y se dirigieron hacia las instalaciones médicas desde el norte. Este camino les permitió atravesar la retaguardia de la horda de la plaga en diagonal. Al pasar divisaron varios tanques del Astra Militarum atrapados entre enormes turbas de demonios.

—*Prestadles algo de ayuda* —ordenó Edermo—. *Blancos discretos*.

Sin aminorar la marcha, la tripulación del Repulsor hizo girar la torreta, ayudándose de los sofisticados espíritus máquina que albergaba para mantener el cañón nivelado, y apuntó al objetivo. Una lanza de luz reluciente atravesó la tierra asolada, impactó contra el arma de un demonio mayor y la hizo añicos. El arma pivotó unos pocos grados sobre el eje y perforó el cráneo de una bestia cubierta de pelo enmarañado y pequeñas ramas. El cañón Gatling rugió hasta alcanzar su máxima cadencia de disparo y acribilló a docenas de

demonios menores. Las criaturas pronto estuvieron al alcance de sus armas bólter y de la artillería de los Impulsor. Los tanques siguieron disparando mientras pasaban a toda velocidad, mutilando a la horda desde la retaguardia. La amenaza que se cernía sobre los cadianos fue disminuyendo a medida que la presión de las filas posteriores de los demonios se reducía, y los tanques del Astra Militarum no tardaron en reanudar la marcha. Edermo les envió algunas instrucciones a través del sistema de comunicación, indicándoles que se pusieran en contacto con los Space Marine de las instalaciones.

—*Con armas como estas, la humanidad dominará la galaxia para siempre* —apuntó Pasac.

Justinian miró a Maxentius-Drontio. El marine se encogió de hombros y recargó el rifle bólter.

—Los renacidos se entusiasman al ver tantas armas nuevas —dijo Maxentius-Drontio.

Conforme se acercaban a las instalaciones, el Repulsor de clase Ejecutor se desvió y descargó una escuadra de Erradicadores cerca del edificio médico destruido. La escuadra de Vasilon se apeó de un salto. Justinian hizo que su Impulsor se ralentizara lo suficiente para desembarcar a los Intercesores de asalto que seguían a bordo antes de acelerar de nuevo y descender hacia el tren de guerra, todo ello mientras los otros dos tanques volvían a abrir fuego sobre la horda.

—Conéctame al repetidor orbital, a ver si podemos aumentar el rango de nuestro sistema de comunicación lo suficiente para establecer contacto con el tren de guerra —ordenó Justinian.

—*Como ordenes, hermano sargento* —respondió Pasac desde el compartimento del conductor.

El chillido desagradable de algún componente electrónico sobrecargado estalló en los oídos de Justinian antes de estabilizarse en un murmullo continuado.

—Tren de guerra del Adeptus Ministorum, responded.

Ahora se movían a máxima velocidad. Las moscas se convertían en borrones al chocar el casco. El tren crecía a pasos agigantados. Una enorme multitud de demonios de todos los tamaños y clases lo asediaban, intentando impedir su avance colina arriba, pero sus panoplias de armas los reducían a cenizas mientras su gran masa

seguía adelante, irrefrenable. Continuó ascendiendo, con la lentitud e inevitabilidad propias de la retribución imperial, rumbo a las instalaciones corrompidas. Las cubiertas de combate estaban abarrotadas de gente, la mayoría equipada con armas sencillas, y casi nadie llevaba ninguna clase de equipo protector. Aun así, respiraban el aire tóxico y se defendían de los enjambres de moscas y demonios aéreos que atacaban por los huecos que había entre los escudos de vacío. Muchos hombres y mujeres avanzaban a pie a su lado, aunque su número se reducía rápidamente.

Achilleos también se percató de ello. Dejó de disparar un momento, atónito.

—Deberían estar todos muertos —aseveró.

—Pronto lo estarán —apuntó Maxentius-Drontio—. Mira, los escudos del tren empiezan a fallar. No resistirá mucho más.

Mientras lo observaban, el último escudo de vacío colapsó. Los demonios que lo sobrevolaban se precipitaron sobre los defensores, cobrándose un horrible tributo. El tren se movía tan despacio que los portadores de plaga que iban a pie empezaron a acercarse y abordarlo.

El retroceso de la tormenta de hierro hacía temblar a Orpino mientras acribillaba a los demonios. El tanque rebotaba sobre sus amortiguadores gravíticos, una sensación suave y extraña a la vez, conforme arrollaba al enemigo. Achilleos y Maxentius-Drontio estaban arrodillados sobre las banquetas de la plataforma de tránsito, con las armas apoyadas en los laterales elevados. Pasac disparaba los bólter tormenta montados en las barbetas delanteras. Para tratarse de un vehículo tan pequeño, un Impulsor dotado de una tripulación completa era capaz de descargar una cantidad de fuego tremenda. Esto les permitió abrir una brecha, ya que, aunque los demonios a los que se enfrentaban eran seres resilientes por naturaleza, había algo en el tren que los debilitaba más de lo que habría cabido esperar. Entretanto, Maxentius-Drontio gruñía con satisfacción con cada demonio abatido.

—Tren de guerra del Adeptus Ministorum, soy el hermano sargento Justinian de los Novamarines. Informad de vuestra situación y objetivos tácticos.

Hubo una serie de sonidos entrecortados, seguidos de palabras nítidas y serenas.

—*Bien hallado, por la luz del Emperador, hermano* —respondió el hermano Mathieu—. *Si estimas en algo a la humanidad, ayúdame a acceder al edificio médico*.

—Te advierto que el bombardeo orbital es inminente —replicó Justinian—. Te sugiero que mantengáis vuestra posición.

—*Aunque las llamas del mismísimo Emperador arrasen ese lugar hasta convertirlo en un montón de rocas sin vida, iré hasta allí* —declaró el sacerdote—. *El Emperador me llama. Vosotros sois sus ángeles y habéis venido a guiarme. Llevadme a mi destino*.

Maxentius-Drontio miró a Justinian. El sargento asintió.

—Haced lo que dice. Uníos al tren y escoltadlo colina arriba.

Ku'Gath contemplaba a los molestos mortales que se abrían paso hacia el molino. Estaban haciendo mella entre sus seguidores y, por un momento, vaciló. ¿Podía dejar el caldero desatendido?

—*Podría hervir hasta rebosarse* —murmuró—. *Entonces, ¿qué pasaría con la tormenta?*

El caldero burbujeaba con un entusiasmo vicioso que le sacudía el alma con la energía negativa que vertía en la atmósfera. Estaba orgulloso de sus habilidades alquímicas.

—*Lo que he hecho aquí no es nada fácil* —refunfuñó para sí— *¡Prepárame una tormenta! ¡Como si fuera tan sencillo! ¿Reunir todo este potencial y violencia, transformar la descomposición en energía? Nada. Sencillo.* —Sacudió la enorme cabeza con cansancio. —*¡No permitáis que entren, mi guardianes de la plaga!* —gritó, aunque no sonaba muy convencido. No tenía a ninguno de sus lugartenientes cerca. Las Grandes Inmundicias que había conjurado desde el jardín para reemplazar a sus antiguos generales no eran del mismo calibre y solo contaba con unos pocos, uno de los cuales, se percató cabizbajo, acababa de hacer que lo desterraran—. *Ni mortales. Ni Marines de la Plaga. Ni afligidos arrastrados. Solo demonios*.

«¿Será suficiente? Debería ser suficiente», se dijo a sí mismo. Dejó escapar un suspiro.

—*Pero no será suficiente, ¿verdad?*

Todo era tan predecible que resultaba cansino.

Estaba tan conectado al caldero que sintió el ataque orbital antes de que impactara. La tormenta tenía su origen en el caldero y el bombardeo la estaba atravesando. Había fragmentos de su alma esparcidos por la atmósfera. Las lanzas de fuego que se precipitaban hacia la superficie le hicieron sentir un inoportuno calambre en las tripas. Eructó y levantó la vista.

—*Ay, cielos* —dijo.

Una lluvia de rayos láser caía desde el cielo. Muchos de ellos se extinguían, afectados por la magia de Ku'Gath, que alteraba la metódica transferencia de energía que los propulsaba, y eso lo alegró. Las embarcaciones del Dios Cadáver descargaban la energía de las estrellas sobre el caldero, pero no sería tan fácil destruirlo. Lo que no le alegraba era que, más allá del escudo que protegía el caldero, una cantidad considerable de proyectiles estaba impactando contra la superficie, incinerando a su Guardia de la Plaga a montones.

—*Están siendo muy imprudentes* —dijo el demonio mientras una de las lanzas golpeaba el suelo cerca del tren de guerra y levantaba una nube de vapor hacia el cielo. El fuego de las armas bólter y el estruendo de las espadas sierra se acercaban cada vez más. Por regla general, no disfrutaba luchando.

—*Pero a veces no queda más remedio* —refunfuñó—. *Tú, tú y tú, subid aquí y revolved*.

Los portadores de plaga a los que había llamado subieron arrastrando los pies por el andamio de madera resbaladiza que rodeaba el caldero. Ku'Gath les cedió la cuchara. Era el doble de grande que todos ellos. Para remover el mejunje tendrían que utilizar un complejo aparejo de cuerdas y correas, por lo que empezaron a discutir de forma lastimera sobre quién debía ponerse el arnés.

—*Poneos a ello de una vez* —espetó el demonio. Fue andando como un pato hasta la pared donde estaba apoyada su gran espada

y la empuñó. Para entonces, sus esbirros habían empezado a remover con la cuchara.

—*¡Más despacio!* —gruñó—. *¡Más despacio! Es una tormenta, no un tornado*.

Luego se alejó en dirección al tiroteo sin dejar de negar con la cabeza.

Fue caminando tranquilamente por un largo pasillo, rozando los restos de yeso empapado del techo con la cornamenta mientras arrastraba la espada tras de sí y arrancaba las baldosas de plastek del suelo a su paso. Salió a uno de los imponentes vestíbulos de entrada del edificio médico. Aquel espacio tenía muy poca utilidad para él, por lo que no se había molestado en remodelarlo demasiado, pero su sola presencia bastaba para que estuviera húmedo y veteado de moho negro y que el suelo estuviera cubierto de carne tumoral y matas de hierbajos moribundos. El techo se había venido abajo en la mitad de la habitación, dejando al descubierto el cielo nauseabundo.

—*¿Holaaa?* —gritó llevándose una mano a la boca—. *Os oigo desde aquí abajo, hombrecillos. ¡Salid! ¡Salid en este instante!*

A modo de respuesta, un rayo de fusión brotó con estrépito de uno de los arcos laterales y le dio de lleno en el vientre. El demonio se miró la herida con el ceño fruncido. Su agresor se resguardaba tras un pilar de mármol opacado, ataviado con una especie de diseño cuartelado.

—*Estás en mi casa, ¿y me faltas al respeto de esta manera?* —bramó—. *¡Qué maleducado!*

Otro rayo de fusión le arrancó parte de las tripas. Otros dos de los guerreros se acercaban desde el lado opuesto de la sala, equipados con el mismo armamento.

—*Ay* —dijo. Blandió la espada—. *Una pequeña emboscada, ¿eh? No servirá de nada. ¿Sabéis quién soy?*

Avanzó a grandes zancadas y aplastó al primer Space Marine con la espada de la plaga. La armadura de color azul y hueso se tiñó de negro un instante antes de romperse en mil pedazos y reducir al hombre que había dentro en un montón de aceite apestoso, negro como la medianoche.

—*Soy Ku'Gath, Padre de la Plaga, el primero en recibir el favor de Nurgle* —declaró. Los otros Erradicadores volvieron a dispararle, esta vez por la espalda. El demonio sacó la enorme lengua anfibia, arrancó a uno de ellos del suelo y lo lanzó por los aires. Mientras volaba, el guerrero experimentó un rápido proceso de mutación. Para cuando su cuerpo putrefacto estalló al chocar contra la pared, no era más que una colección de miembros desparejados con las tripas colgando por fuera—. *No soy un simple portador de viruela, ¡soy un maestro de la enfermedad!* —los regañó Ku'Gath—. *Hay pocas cosas en este universo lo bastante fuertes para vencerme*.

Los proyectiles bólter lo alcanzaban desde todas partes. Estaban llegando más marines, estos equipados con carabinas cortas.

—*Ah, ¿más de vosotros? Ya basta* —dijo—. *Soy bastante cosquilloso y, cuando se me provoca, tiendo a devolver las cosquillas*.

Los Space Marine no dejaron de dispararle. Cuando se dio la vuelta, lo cercaron.

—*Esto no es justo, tantos contra uno. Equilibremos la balanza*.

En las áreas donde las paredes estaban cubiertas de exquisitos crecimientos, la superficie ondeaba y burbujeaba.

Ku'Gath sonrió. Sus portadores de plaga empezaron a surgir de las sombras detrás de los marines. El fuego de las armas bólter disminuyó de forma notable.

—*Ahora* —prosiguió el Padre de la Plaga, que, muy a su pesar, tuvo que admitir que todo esto le resultaba bastante divertido—. *¿Quién va a luchar contra mí?*

—Yo.

Uno de los vástagos de juguete del Anatema emergió de la oscuridad, andando con la misma pomposidad con la que se mueve un nurglete sobre una montaña de estiércol. Llevaba un escudo con un esqueleto atado al frente y una espada reluciente de tamaño considerable, aunque mucho más pequeña que la de Ku'Gath. Estaba tan limpio y tenía un aspecto tan saludable que daba asco. Sería un placer hacerlo pedacitos.

—*Tú servirás* —dijo el demonio con emoción—. *Seguro que servirás*.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

EL DEBER DE UN BIBLIOTECARIO

Fabian se adentró solo en la oscuridad. Las puertas principales se abrían directamente a una larga escalinata descendente que discurría bajo las plazas de la fortaleza. El edificio exterior de la Biblioteca de Ptolomeo era inmenso, pero su existencia se remontaba a varios milenios, por lo que la colección que albergaba había excedido la estructura original hacía ya mucho tiempo. Las excavaciones llevadas a cabo posteriormente en el lecho rocoso de las montañas habían multiplicado por diez el tamaño de la biblioteca, de modo que las estanterías se extendían tantos metros bajo tierra que Fabian se las imaginó interminables. Incluso en el vestíbulo de entrada, las paredes estaban repletas de libros. Había cinco plantas de balcones de latón provistos de cientos de escalerillas con ruedas abandonadas donde sus últimos usuarios las habían dejado antes de que Guilliman cerrara el lugar.

Todos los lúmenes estaban apagados. Todavía había varios montones de dispositivos de almacenamiento de datos sobre las mesas auxiliares, además de algunos efectos personales, cubiertos de polvo tras años de desatención. Fabian tuvo la impresión de que Guilliman había expulsado a los eruditos sin previo aviso.

Se respiraba tranquilidad y frescor, incluso con el traje acorazado. El fragor del asalto se veía amortiguado por algo más

que las gruesas paredes de la biblioteca; en cierto modo, era como si el peso del conocimiento suprimiera el sonido. Aquel lugar albergaba miles de años de historia. La violencia del momento no tenía nada que ver con ello y la biblioteca parecía tratarla con el desprecio que merecía.

Fabian recorrió los pasillos silenciosos mientras su respiración resonaba en los estrechos confines del casco.

—Por el Trono, ¿qué estoy haciendo? —murmuró para sí. El monstruo al que rastreaba lo superaba en todos los sentidos. Había un sinfín de razones por las que no debería estar allí. La prohibición de Guilliman era solo una de ellas. Casi con toda seguridad, el arma que blandía con tanta destreza no suscitaría más que una risita si disparaba a la criatura. El simple hecho de mirar a un gran demonio probablemente lo mataría y, aun así, siguió adelante. Lo cierto era que la tentación de recorrer aquellos pasillos prohibidos superaba con creces su miedo.

No le resultó complicado seguir el rastro del demonio. Por donde había pasado, el suelo estaba lleno de una sustancia viscosa infestada de parásitos, con vetas de sangre y pus que añadían pinceladas de color. El contorno de sus pisadas había quedado marcado sobre la piedra medio disuelta. Los herrajes de latón habían perdido su lustre y el acero y el hierro se habían oxidado. En las estanterías que había sobre la cabeza de Fabian, algunas filas de libros estaban cubiertas de mohos coloridos, como si el demonio hubiera pasado los dedos con descuido entre ellos y hubieran empezado a podrirse en cuanto los había tocado. Las cortinas que colgaban del techo estaban raídas y llenas de agujeros. De varios volúmenes recubiertos de mantillo crecían unas matas de plantas extrañas cuyas flores pastosas esparcían esporas que brillaban con luz tenue bajo el resplandor de la linterna del historiador.

La criatura se le había adelantado más y mucho más rápido de lo que esperaba y ahora no aparecía por ninguna parte, a pesar de que, al abrirse paso a empujones por la puerta, le había parecido tan grande y lenta que, en cierto modo, había imaginado que se la encontraría unos metros más adelante, con la respiración

entrecortada y las lorzas temblorosas. Tuvo que recordarse a sí mismo que no seguía a ninguna criatura mortal.

Al probar el comunicador, lo único que se oyó fue un silencio expectante, como si los libros estuvieran esperando a ver qué ocurría a continuación. Ni siquiera percibió el siseo de una conexión abierta. Su mundo se reducía al resplandor tenue de los instrumentos de su casco y al cono de luz alargado de su linterna. Supuso que debería tener miedo, pero, por alguna razón, no lo tenía.

El rastro viscoso se adentró cada vez más en la biblioteca, pasando por debajo de los arcos ciclópeos que databan de la época en la que se llevó a cabo la primera ampliación del edificio. Allí las estanterías eran tan altas que se habían transformado en pequeños edificios de varios pisos. En ellas se almacenaba todo tipo de datos, no solo libros, sino también pergaminos, cristales, capturas pictográficas, pinturas, discos holográficos y cintas. El demonio había cruzado el gran vestíbulo y había ido directamente hacia la montaña. Al seguir su rastro, Fabian descubrió que se había desviado hacia la izquierda por un estrecho pasillo lateral. Había estantes de libros apretujados a ambos lados, de manera que se encontró en una especie de desfiladero de conocimiento, aunque todos los volúmenes a los que el demonio se había acercado se habían podrido hasta convertirse en montones de basura ilegible. En cierto modo, era como si aquel espacio se hubiera utilizado para verter ideas desechadas que ya nadie quería.

Más giros y más vueltas. Siguió avanzando, pasando de atravesar imponentes arcadas a pasajes de menor altura, donde multitud de libros encerrados en jaulas de malla contemplaban con tristeza la libertad. El techo, cuya altura se había reducido de forma considerable, estaba lleno de colgajos de piel que su presa había ido dejando al raspar el yeso. Las jaulas de libros donde se había apoyado la bestia estaban hundidas y su contenido humedecido había quedado cubierto de hongos.

Poco después, los signos de destrucción y descomposición fueron disminuyendo. La estela de sustancia viscosa menguó. Los parásitos se convirtieron en líneas marrones e inertes en medio de

charcos cada vez más pequeños. Fabian tuvo que agacharse para poder seguir el rastro y casi acabó mirando al suelo.

Una figura pequeña y gorda lo esperaba en medio del pasillo. El diablillo que había visto entre la lluvia.

Estaba de pie con las piernas separadas, los puños en las caderas y las múltiples papadas apuntando hacia arriba, en una pose tan heroica como la de cualquier actor en un escenario.

Cuando la luz del historiador cayó sobre él, se mantuvo en esa misma posición el tiempo suficiente para que lo viera, luego le sacó la lengua ampollada, hizo una pedorreta y se alejó dando saltitos mientras se reía. Fabian lo apuntó con el arma, reflexionó un momento y salió corriendo detrás de la criatura.

Aquella noche había querido enseñarle algo. Necesitaba saber el qué.

Derrapó al doblar una esquina y se adentró en una habitación hexagonal baja, abovedada con bloques de piedra. La enorme puerta blindada estaba abierta de par en par. Seis estanterías cubrían las paredes. Cinco de ellas contenían libros; la sexta, una mezcla de lo que, a simple vista, parecían cachivaches y láminas finas de latón. Todo ello estaba sujeto con cadenas y protegido tras varias pantallas de plata calada.

El diablillo estaba trepando por una de ellas como si fuera un alpinista, jadeando y resoplando de manera exagerada. Allí donde la tocaba, la plata se ennegrecía y perdía todo su lustre. El plastiacero se cubría de moho y los libros se deshacían.

Cuando el nurglete llegó a su destino, se apoyó sobre una mano y con la otra señaló un volumen de aspecto inocuo anidado entre todos los demás. No tenía un aspecto menos ordinario que los otros: tenía una altura de dos palmos y varios centímetros de grosor. La cubierta de cuero estaba reseca, por lo que resultaba difícil juzgar su antigüedad. Podría contener detalles sobre cualquier cosa.

El nurglete se soltó con un gritito satisfecho, se dejó caer al suelo y se escabulló al otro lado de la habitación, donde se ocultó entre las sombras.

Al principio, los únicos presentes en aquel lugar había sido Fabian, los libros y el diablillo. Ahora, no cabía duda de que había

algo más, algo gigantesco y putrefacto. Una oleada de hedor lo abofeteó. La Gran Inmundicia que había visto entrar en la biblioteca, la criatura a la que había seguido hasta allí abajo, dio un paso adelante. El aire relucía a su alrededor, al igual que las paredes. Aunque el espacio de la habitación era insuficiente para contenerla, de algún modo cabía en ella. El diablillo trepó por los pliegues de carne del monstruo, utilizando varias fibras musculares sueltas como cuerdas, hasta encaramarse a la enorme mano. Se retorció en la palma y el gran demonio empezó a acariciarlo.

Aunque la bestia miraba a Fabian con un rostro que parecía salido de una pesadilla, tenía un aspecto extrañamente jovial, casi benévolo. Al igual que el diablillo, tenía dos bocas auxiliares, una en el vientre y otra en el brazo izquierdo. Las tres sonreían.

—*Hola, historiador* —dijo con una voz semejante al siseo de un nudo de serpientes. Tenía la boca llena de gusanos retorcidos que caían al suelo de dos en dos y tres en tres cuando hablaba—. *Soy Rotigus, Padre de la Lluvia, segundo en recibir el favor de Nurgle. Es un gran placer conocerte*.

Fabian levantó el arma y disparó. El rayo láser alcanzó al demonio justo entre los ojos. La criatura se miró el agujero humeante con los ojos bizcos.

—*Eso ha sido un poco descortés* —dijo y volvió a mirar a Fabian. Sonrió y más gusanos repiquetearon contra el suelo—*. No me lo tomaré a mal. No sabes nada de mí, además de las mentiras que cuentan tus congéneres. Solo te pido que me escuches.* —Apartó la mano derecha de la cabeza del diablillo y la agitó hacia arriba, como si hiciera una seña a alguna otra presencia. —*No pretendo hacerte daño*.

Fabian estaba aterrorizado. Intentó buscar una réplica heroica, el tipo de declamación que podría hacer el señor de un capítulo antes de atizar a esa cosa con su puño de energía, pero no se le ocurrió nada. Se tambaleó, a punto de perder el conocimiento.

—¿Qué quieres de mí? —graznó.

—*Quiero darte algo* —respondió—. *Mi dios es un dios dadivoso. Nos trae regalos, regalos de vida y de muerte. Es el señor del*

renacimiento y el fin del sufrimiento. Lo que tengo para ti no es tan dramático, pero estoy seguro de que te gustará.

Conforme la bestia hablaba, Fabian podía sentir cómo su traje se deterioraba. El tejido engomado se había endurecido y amenazaba con resquebrajarse. El carbón se había fracturado y las láminas se desprendían de las placas de blindaje. Los indicadores de energía de la pistola láser habían empezado a atenuarse uno tras otro. Debería huir, pero no podía.

—*Si yo fuera tú, mortal* —prosiguió Rotigus—*, leería ese libro de ahí*. —Extendió una uña larga y negra hacia el volumen que su esbirro le había señalado. —*Te lo alcanzaría, pero, si lo hiciera, ya no podrías leerlo* —dijo con una risita. Con cada sacudida de su pecho, un nuevo torrente de gusanos salía despedido de la boca como un montón de grano cayendo en una tolva.

—¿Por qué iba a hacer nada de lo que sugieres? —espetó Fabian—. He leído sobre los de tu clase. Tentáis y corrompéis. Eso es todo lo que hacéis.

—*¿Eso crees?*

—Todos tus dioses son malvados.

—*Todos los dioses son dioses. No son buenos ni malos*. —La boca alojada en el vientre de Rotigus se relamió los labios agrietados. —*Nueve de vuestros primarcas dieron las espaldas a tu dios en favor de los Cuatro. Eran hombres muy superiores a ti. Si ellos, en su gran sabiduría, lo hicieron, ¿no crees que los ofrecimientos del Caos deben de ser dignos de consideración?*

—No —respondió el historiador mientras daba un paso atrás. El aire se agitó y, de repente, Rotigus estaba detrás de él, bloqueando la puerta. No había escapatoria.

—*Todavía no he terminado contigo* —dijo—. *Persigues el conocimiento, ¿o no? Ese es tu propósito en la vida. Tu afán. Puedo ver lo que piensas, mortal. Sé que, por mucho que me injuries, estás tan sediento de conocimiento que sientes curiosidad por lo que digo. Piensas: ¿por qué este libro? ¿Por qué me lo enseña este monstruo? ¿Por qué me tienta? ¿Qué conocimiento es el que alberga?* —Rotigus encogió uno de los hombros. —*Tú mismo te lo justificas. Te preguntas qué podría estar intentando revelarte. Piensas en el poder*

que ese conocimiento podría otorgarte contra los míos y si merecería el sacrificio de tu alma. Una parte de ti piensa: «Fabian, el héroe», y se siente tentada. Otra parte está cansada de la guerra y se desespera. Piensas: «Esto podría proporcionarme una salida», pero ambos sabemos que esos pensamientos son solo una verdad a medias. La verdadera razón por la que quieres leer ese libro es, simplemente, porque ansías saber. Siempre has ansiado saber. Por eso te reclutó el hijo del Anatema y por eso te convertirás en su perdición.

—¡No traicionaré a Lord Guilliman! —gritó el historiador, ahogado por el miedo, mientras blandía sus armas con impotencia.

Rotigus se rio.

—¡Qué encantador! Bueno, pregúntate esto entonces: si tu señor es tan puro que es incapaz de una traición… —Se relamió los labios y le lanzó una mirada cómplice. *—¿Por qué guardaría este libro bajo llave? ¿Por qué impediría que tú y todos los demás eruditos accedierais a esta biblioteca, cuando te encomendó, a ti específicamente, la tarea de destapar nuevos conocimientos y revelar la verdad? Todo por un libro. Por ese libro de ahí*.

—Es simbólico.

—Pamplinas, y lo sabes. —El demonio levantó un dedo. *—Voy a decirte por qué. En ese libro hay una verdad que el primarca no quiere que se revele.* —Se inclinó hacia delante. Varias nubecillas de gas brotaron de los agujeros que tenía en las tripas. Tenía la cara a escasos centímetros de la de Fabian. *—Hipócrita* —susurró—. *Así que cógelo y descubre qué clase de ser es el que está llevando a tu raza a la extinción y empujando esta realidad a la disolución. Adelante*.

Fabian vaciló. Se quedó mirando fijamente a los ojos del demonio, sabedor de que, mientras viviera, jamás podría borrarse la imagen de la cara de esa cosa de la cabeza. Contaminaría su alma por un momento de rebeldía. Parecía valer la pena.

—No —respondió. Desenfundó y accionó la espada de energía. Contra todo pronóstico, las células de energía se activaron y el campo de disrupción se encendió.

Rotigus dejó escapar un suspiro.

—*Muy bien* —dijo. Trazó un amplio círculo con la mano y todos los libros de la habitación quedaron reducidos a montones de polvo empapado. Luego extendió el brazo derecho hacia Fabian mientras seguía acunando a su mascota con la mano izquierda.

»*Veamos cómo te desenvuelves en el jardín* —prosiguió, pero el historiador dio un paso atrás y le asestó un golpe con la espada que hizo un corte profundo en el pulgar del demonio.

El puño y los tentáculos de la mano izquierda de Rotigus se cerraron en un acto reflejo y aplastaron al nurglete que ronroneaba en su palma.

—*¡Ay!* —gritó. Retiró la mano y se lamió el icor oscuro que había empezado a manar de la herida. De su boca cayeron varios gusanos que se le introdujeron en la carne mientras se limpiaba los restos de su mascota en el costado.

—*Mira lo que me has hecho hacer* —dijo sin dejar de mirar el desastre que tenía en la palma de la mano. Una sombra se cernió sobre su mano derecha y dio forma a un báculo corto rematado con tres círculos de madera viva que brillaban con una luz peligrosa—. *Pagarás por ello. Quizá un pequeño cambio aquí y otro allá te haga un poco más maleable.* —Sonrió. —*¿Cuerpo de babosa? ¿Cara de gusano? ¿Intestinos chorreantes? Una combinación de todos, tal vez. Entonces harás caso*. —El demonio levantó el báculo. —*Algo que te embellezca ante los ojos del Abuelo*.

—Historiador, te advertí que no siguieras a esta criatura hasta aquí —resonó una voz.

Se oyó el sonido de unos pasos pesados acercándose. Rotigus se volvió para mirar. Al hacerlo, se movió lo suficiente para permitir que Fabian pudiera ver el final del pasillo. El Bibliotecario Jefe Tigurius se dirigía hacia ellos con el casco cargado de poder psíquico.

—Puedes huir si lo deseas, engendro de Nurgle, y ahorrarme la molestia de enviarte de vuelta a la disformidad. —El bibliotecario sonaba molesto.

—*No te has enfrentado a nadie como yo* —afirmó Rotigus—. *No voy a huir de ti, hechicero. Eres tú quien debería huir de mí*.

—Soy bibliotecario de los Ultramarines. No huyo de nada. Proteger este conocimiento es mi deber. Esta es mi biblioteca y, como tal, te ordeno que la abandones en este instante.

Tigurius enarboló su báculo. Rotigus lanzó el suyo hacia delante. De ambos brotaron dos torrentes de energía que chocaron entre sí a medio camino con una potencia que lanzó al historiador hacia el interior de la habitación e hizo temblar los pasillos.

El demonio y el psíquico irradiaban poder arcano mientras luchaban.

Fabian desvió la mirada hacia arriba. El diablillo había vuelto y observaba la contienda desde lo alto de la estantería. De todos los libros de la habitación, solo sobrevivía uno.

La criatura se llevó un dedo a los labios y empujó el volumen, que aterrizó en el suelo con un golpe seco, a unos pocos pasos de Fabian.

El historiador lo cogió con vacilación.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

DOS HERMANOS

Maldovar Colquan se encontraba en el puente de mando de la *Honor de Macragge*. Colquan sujetaba el casco con una sola mano a su lado. Un servidor esperaba detrás de él con su lanza guardiana en las manos. Cientos de personas trabajaban con crispada eficiencia a su alrededor.

Isaiah Khestrin se mantenía firme en el mando. Había pasado a ocupar el estrado de mando del primarca, en lugar de su modesto trono de mando. Varios corredores llevaban trozos de pergamino de una estación a otra; los servocráneos transportaban cargas de datos de un lado al otro de la cubierta; un coro de servidores susurraba palabras sin sentido intercaladas con información técnica; los tecnosacerdotes de todas las especialidades comunes trabajaban entre la tripulación humana; y los Ultramarines montaban guardia en la parte trasera.

Colquan era una presencia dorada entre todos ellos, inmóvil como un bloque de piedra, con el rostro impasible. La tripulación le prestaba la misma atención que podría haberle prestado a un simple peñasco.

La Flota Primus rodeaba Iax. Nada podía abandonar su superficie. La flota imperial no tenía oposición. Había pocas fuerzas que pudieran hacer frente a tres grupos de batalla completos de la

cruzada. Incluso la legión de Mortarion, reunida en pleno, habría tenido dificultades para imponerse a ellos.

Desde la superficie llegaban informes fragmentados que alertaban de la presencia de un gran contingente que se dirigía hacia Primer Desembarco, pero no disponían de cifras exactas. El Señor de la Muerte comandaba una de las amenazas más grandes y coherentes para el Imperio y, sin embargo, había querido enfrentarse a Guilliman prácticamente solo.

No tenía sentido. Colquan era consciente de que Guilliman y Mortarion operaban a un nivel que, incluso a él, le resultaría complicado procesar, pero, aun con eso, ninguna de las estrategias adoptadas por los bandos contendientes parecía apropiada.

En los grupos de batalla había cientos de miles de hombres, una cuarta parte de una legión de titanes, aeronaves, tanques, guerreros de todas las ramas de la humanidad. Guilliman no los había desplegado. Colquan admitía que era un terreno difícil. En los parajes cársticos que rodeaban Primer Desembarco, las máquinas de guerra de mayor tamaño podían verse flanqueadas con relativa facilidad. Era evidente que las plagas suponían una amenaza para las cepas menos resistentes de la humanidad, pero, ¿qué había del Adeptus Mechanicus? ¿O de los guerreros del capítulo de los Ten Thousand de Colquan? Sin duda debían jugar un papel importante desde el principio, en lugar de mantenerse a la espera para luego ejercer de verdugos. Pero Guilliman le había dicho que no.

«Estos primarcas juegan a un juego peligroso», se dijo a sí mismo.

Temía que Guilliman hubiera subestimado la amenaza que representaba la plaga de Mortarion. Temía que esto fuera el final. No estaba de acuerdo con su plan.

Estaba tenso y lo aparentaba. Khestrin lo quería fuera de su puente de mando. El señor de la flota habría preferido que el tribuno esperara en la sala de teleportación con sus hombres hasta que llegara su momento de tomar parte en la batalla. No tenía autoridad para ordenarle a Colquan que saliera, así que siguió allí. De momento, se ignoraban de forma deliberada.

—Informadme de la situación del bombardeo sobre el nexo de la plaga —dijo el tribuno de repente. Un grupo de asalto algo distanciado de las flotas lanzaba columnas de fuego de lanza a través de la atmósfera.

—No disponemos de datos sobre la efectividad del bombardeo, mi señor. Estamos disparando a ciegas —respondió un oficial.

—Continuad con el bombardeo sobre la marcación de los Novamarines. Preparad las baterías principales para disparar si la claridad llegara a imponerse. Quiero acabar con esto lo antes posible.

Khestrin levantó la vista del informe que estaba leyendo y se dirigió al tribuno.

—¿Estáis los Ten Thousand listos para la teleportación y el posterior asalto?

—Lo estamos.

—¿No te gustaría acompañarlos? —le sugirió con la voz algo crispada.

—Cuando tengamos un destino designado —respondió Colquan —. No tiene sentido que descendamos para atacar el artefacto sin antes determinar su ubicación. Además, el área de ataque secundaria solo puede activarse por orden expresa del primarca o del tetrarca —declaró, quedándose exactamente donde estaba.

No confiaba en la capacidad de este humano para ganar la batalla. Una docena de naves se mantenían en reserva, las armas más potentes que el Imperio tenía en su arsenal, listas para ponerse en marcha, todas orientadas hacia el planeta; la garantía de Guilliman para impedir la victoria de Mortarion. Colquan consideraba que un poder de esa magnitud no debía estar en manos de hombres mortales. Si Khestrin las lanzaba en el momento equivocado, las consecuencias serían impensables. Por mucho que deseara que el primarca desapareciera, si moría, el Imperio moriría con él.

Un mensaje estridente enviado desde la superficie retumbó por un altavoz. Los tecnoadeptos necesitaron completar varias pasadas con sus equipos de filtrado para poder entenderlo. Cuando terminaron, se oyó un clarín que anunciaba que era un mensaje prioritario.

—El primarca se dispone a salir. La batalla entra en la segunda fase.

—¿El blanco previo sigue siendo válido? —le preguntó Khestrin a su jefe de artillería.

—Sí, mi señor.

—Entonces dispara sobre el objetivo designado previamente de inmediato.

Colquan apretó con fuerza el casco.

—Mortarion moverá ficha pronto. Entramos en la fase más peligrosa de la batalla.

La puerta principal de la Barbacana de Puscinari se abrió. El enemigo tardó en reaccionar. Fue posible ver cómo una marea de comprensión los arrastraba y se propagaba entre ellos conforme los diez mil cascos putrefactos se volvían hacia la puerta.

Sonaron disparos desde todos los rincones de la barbacana. Las armas orientadas hacia el norte que seguían activas en los dos primeros niveles de la muralla se unieron a las baterías del tercer nivel y a las de los picos colindantes, apuntando al campo que se extendía frente a la puerta. Depuraron el terreno de enemigos, monstruos, hombres y marines mientras derretían el hormigón rocoso de la carretera que partía de Primer Desembarco hasta convertirlo en un montón de lava viscosa. Varios grupos de iniciadores irrumpieron en el campo de batalla desde posiciones ocultas y descendieron en picado. Tras dos minutos de intenso e implacable bombardeo, las armas de la muralla dejaron de disparar y las fuerzas de Guilliman se lanzaron al ataque.

Llegaron a bordo de tanques gravíticos Repulsor, Gladiator y Astraeus, muchas docenas de ellos decorados con los colores de una veintena de capítulos y atravesaron las puertas, disparando sus armas principales incluso antes de haber cruzado el arco. Se lanzaron hacia delante y se desplegaron, arrasando con todo lo que se les ponía por delante. Las escuadras de iniciadores y supresores se adelantaron y despejaron de enemigos los flancos de la avanzada

mientras los cañones de la muralla seguían disparando, acotando el campo de batalla y aniquilando al adversario cuadrante a cuadrante.

La ofensiva se encontró con una fuerte oposición y, tras unos instantes de confusión, la Death Guard se reorganizó y orientó sus armas de medio alcance hacia el avance. Los proyectiles se estrellaron contra los vehículos, volando en pedazos muchos de ellos, pero la ofensiva siguió adelante y se dirigió directamente hacia el enemigo. Los tanques Gladiator fijaron su objetivo en los manteletes de asalto y los atacaban desde atrás mientras se abrían paso a toda velocidad entre los espacios que había entre ellos, haciendo estallar los generadores de campo y dejando a los guerreros enemigos que se refugiaban tras ellos a merced de los cañones de las murallas. Los Repulsor formaron varias cabezas de lanza con las que embestían a los traidores antes de aplastarlos contra el suelo con sus potentes sistemas antigravíticos.

Para el enemigo, el gambito del primarca debió parecer una temeridad. Había muchos tanques, pero la legión de Mortarion los superaba ampliamente en número. Parecía una carga abocada al fracaso y lo habría sido, si la intención de Guilliman hubiera sido llevar a cabo una simple carga.

La formación de tanques se dividió y luego volvió a dividirse. Una gran flecha de tanques se desvió hacia la izquierda y empezó a rodear la base de las murallas, donde los Space Marine se apearon y atacaron a los Marines de la Plaga que ya se adentraban en la ciudad.

Otro grupo de tanques se dirigió hacia el este, desviando la atención del enemigo del flanco izquierdo, mientras la formación central se dividía en dos y rodeaba el núcleo del ejército de Mortarion. Varios vehículos volaron en pedazos o quedaron atascados y se vieron superados en el combate cruzado, pero bastantes de ellos cumplieron con su objetivo y, a base de fuego y pulsos gravíticos, lograron arrastrar a los Marines de la Plaga hasta formar una densa masa de un kilómetro y medio de diámetro.

El cielo rugió. Un punto de luz apareció en lo alto.

Un solo proyectil disparado desde la *Honor de Macragge* se precipitó hacia la superficie a través de la atmósfera. Era una

munición de extraña manufactura, protegida contra los efectos de la tormenta psíquica por los restos de parias humanos fundidas en el metal que la componía, provista de un sistema de guia fijado a una baliza psíquica enterrada bajo la llanura.

Roboute Guilliman observó su descenso acompañado por la cacofonía de voces que le informaba del éxito de las maniobras desde su casco. Los tanques se alejaron a toda velocidad sin dejar de disparar.

—Una muestra de debilidad puede ser una fortaleza —afirmó el primarca. Se volvió hacia Felix, que permanecía de pie a su lado. Detrás de él se encontraban todos los miembros de la Concilia Psykana—. Ya sabes qué hacer, tetrarca.

—Recordad —dijo Natasé—. La espada es la clave. Invocad el poder de vuestro padre, o moriréis.

El primarca asintió y, acto seguido, cruzó la puerta y se dirigió hacia el enemigo, solo, al tiempo que la estrella caía del cielo y estallaba.

Guilliman avanzó hacia su falso amanecer.

El torpedo que descendía hacia la superficie portaba una única ojiva de magma. El uso de armas como esta estaba destinado a acciones de grado Exterminatus. Eran destructoras de planetas, no dispositivos tácticos.

A ciento veinte metros sobre la superficie de Iax, al detectar la altura de explosión óptima, el cerebro del servidor de la ojiva la hizo detonar. Los explosivos de alto grado estallaron en una esfera en torno a un núcleo de potentes isótopos y los aplastó. Los átomos se fusionaron y liberaron una enorme cantidad de energía. Las soldaduras a gas condensadas alrededor del núcleo de la ojiva se vaporizaron al instante, creando una nube de plasma que se propagó a una velocidad muy superior a la del sonido. La onda expansiva impactó contra el suelo y se reflectó a sí misma, intensificando el efecto. Una tormenta de fuego compacto estalló en el corazón del ejército de Mortarion, aniquilando a traidores que habían asolado el Imperio durante siglos.

Guilliman fue directo hacia la destellante explosión nuclear, protegido del calor y la luz por su fisiología posthumana. El subsuelo

se levantó cuando la onda expansiva se propagó por la tierra en dirección a la ciudad. Muchas tropas salieron despedidas antes de verse arrolladas por un frente rugiente de gas sobrecalentado. Los tanques de Guilliman huyeron tan rápido como pudieron, aunque algunos quedaron atrapados en la vorágine. El ejército de Mortarion fue mucho menos sagaz y cientos de sus guerreros murieron en el acto.

El primarca se internó en el vendaval. Aunque el viento hizo palidecer los colores de la Armadura del Destino y decoloró las exquisitas aleaciones de sus filigranas, no se detuvo.

El frente de onda, que ya comenzaba a dispersarse, golpeó la ciudad. Los edificios debilitados por la batalla se derrumbaron y los jardines resecos se incendiaron.

Guilliman siguió caminando.

Atravesó un campo de cadáveres y hombres heridos sin detenerse. A pocos kilómetros de las murallas, una nube de materia vaporizada se elevaba hacia el cielo, con el vientre iluminado por el resplandor de la roca fundida. El nivel de destrucción era inmenso, pero no obedecía a ningún propósito militar, no realmente.

Guilliman solo pretendía usarlo como provocación.

—¡Mortarion! —gritó el primarca—. ¡Mortarion! Querías luchar conmigo, ¡pues aquí estoy! ¡Mortarion!

En aquellos momentos, se encontraba a casi cinco kilómetros de la ciudad, una buenas distancia para lo que se proponía. Aminoró la marcha y desenfundó la espada. Una llama surgió a lo largo de la hoja mientras la sostenía en alto.

—He venido a Iax como me pediste. Una vez más, aguardo en el campo de batalla y, una vez más, te insto a venir. Mi flota está preparada para destruir a tu ejército, como puedes ver. Hazme el favor de ser valiente y enfréntame. Es lo que quieres, lo que quiero yo. Pongamos fin a esta tediosa persecución y resolvamos esto de hermano a hermano.

El humo y los vapores que rodeaban al primarca se alejaron y despejaron un poco el aire. Mientras permanecía de pie con los brazos en alto en señal de desafío, consideró la posibilidad de que pudiera haber cometido un error. Nunca habría hecho nada similar

contra uno de sus hermanos más calculadores. Perturabo habría aprovechado la oportunidad para volarlo en pedazos desde lejos. Alpharius se habría valido de algún truco enrevesado para destruirlo. Lorgar habría intentado convertirlo. Pero Mortarion necesitaba demostrar su valía. Guilliman dependía de las inseguridades de su hermano.

Sonrió bajo el casco. Si se equivocaba, aquel duelo sería muy corto.

Pero Roboute Guilliman rara vez se equivocaba. El humo comenzó a agitarse bajo el batir de unas poderosas alas. Mortarion descendía de los cielos.

Guilliman envió una señal codificada. La Concilia Psykana partió a bordo de una flota de vehículos de transporte y circundó el terreno que ocupaba el primarca mientras sus columnas blindadas mantenían al enemigo a distancia.

Unos enormes pies acorazados crujieron al apoyarse sobre los escombros que salpicaban el campo de batalla. Mortarion sacudió las alas y clavó los ojos blancos y ciegos en Guilliman.

—*Hola, hermano* —dijo con una voz sepulcral que resonó con fuerza sobre la tierra en llamas—. *Has aceptado mi invitación*.

—Nunca rehúyo una pelea —respondió el primarca—. ¿Y tú?

Mortarion soltó una risita.

—*Sabes que esto es una trampa contra ti, como yo sé que tú me has tendido una trampa a mí. Nuestro juego continúa*. —Una nube de vapores emanó de su respirador. —*En realidad no tienes capacidad suficiente para combatir a mi legión, ¿me equivoco? La tormenta se encarga de que así sea. Has usado una baliza, ¿no? Eso que has usado aquí es un juguete muy caro. Dudo que dispongas de muchos de esos*.

—Ahora te tengo aquí, justo donde quería.

—*Qué gracioso, Roboute* —replicó Mortarion—. *Podría decir exactamente lo mismo de ti*.

Empuñó la guadaña y dio un par de golpes experimentales. *Silencio* silbó con anticipación al cortar el aire. Sus movimientos dejaron una estela de humos tóxicos.

—*¿Preparado?*

Guilliman adoptó una posición de guardia, con la espada en alto y los pies separados.

—Solo espero que no vuelvas a huir de mí —señaló el primarca —. Lamentaría mucho ver cómo demuestras tu cobardía una vez más.

—*Oh, no, no te preocupes* —respondió Mortarion—. *Fulgrim ya te mató una vez. Ahora es mi turno. Me propongo hacer un mejor trabajo*.

—¡Alto!

El Impulsor de Felix se detuvo. Varios vehículos más se dispusieron en torno al área donde se encontraban Mortarion y Guilliman. Veinte en total, todos ellos con bibliotecarios de los Space Marine a bordo.

El fragor y el clamor del combate seguían resonando por la tierra entre las montañas afiladas. Había marines y demonios luchando por todas partes, pero la naturaleza de la contienda se había visto alterada, fragmentada en batallas más pequeñas a raíz del ataque y la posterior detonación de la bomba de magma. Llegaban datos desde todos los frentes y, aunque estaban plagados de código corrupto e interferencias, Felix disponía de una imagen lo bastante clara como para sentirse preocupado.

—No tenemos mucho tiempo —les dijo a Donas Maxim e Illiyanne Natasé—. Las fuerzas de Mortarion no tardarán en reagruparse. En cuanto se den cuenta de lo que pretendemos hacer, atacarán nuestras posiciones.

—La madeja está donde debe estar —respondió Natasé—. Hemos hecho todo lo posible por crear las condiciones más favorables para la victoria.

—Todo esto ha sido obra tuya, desde el principio —replicó Felix —. Permitir que el espía accediera a la sesión informativa, localizar el artefacto…

—No sois tan obtuso como dais a entender —señaló el eldar—. Estabais al tanto de todas estas cosas. Siempre habéis sabido cuál era mi papel en todo esto, tetrarca. Una trampa contra otra trampa.

Con estas sutilezas, los eldar destacamos donde un humano cometería errores que lo llevarían a su perdición.

—Entonces sé a quién culpar si mi padre genético cae.

—Le he dicho a Lord Guilliman lo que deparan los hilos del futuro, pero este plan es suyo. Os lo juro. Debéis confiar en que pueda salvarse a sí mismo. He hecho lo que he podido. Sé que no confiáis en mí, pero debéis saber que no pretendo su muerte.

—Aun así, debemos salir victoriosos —replicó el tetrarca.

—Sí —dijo Natasé—. Vuestros marines deben encontrar el artefacto y destruirlo. El primarca deberá resistir la plaga de Mortarion. Muchas otras cosas podrían salir mal. La victoria es incierta.

Felix había aumentado al máximo la magnificación de su lente ocular. A través del aire reluciente, vio a Mortarion acercarse a su hermano. Guilliman era mucho más pequeño que su hermano retorcido. Resultaba imposible imaginar que una vez habían sido iguales, que habían luchado codo con codo y hablado de igual a igual.

—Podríamos perder. Podríamos perderlo.

—Así es —admitió el eldar—. El futuro no es amigo vuestro, ni mío. Lo único que podemos hacer es ajustarnos al mejor rumbo que puede depararnos el destino. No temáis, Decimus Felix. Mi pueblo tiene amplia experiencia en este arte.

—Haremos todo lo posible, tetrarca —aseveró Maxim.

—Entonces, adelante —accedió Felix—. No perdáis un segundo más.

Natasé extendió un paño de color negro brillante, estampado con diversos emblemas geométricos de su especie. Se sentó con las piernas cruzadas y, una a una, sacó varias runas de una bolsa de tela que tenía a su lado. Las runas empezaron a flotar a su alrededor mientras emitían una pálida luz azul. El eldar se dispuso a meditar.

—Podéis comenzar, Donas Maxim. Prestadme vuestro poder.

Maxim asintió. Dio la señal a sus hermanos de otros muchos capítulos y extendió las manos. Un poder brillante empezó a acumularse en torno a ellas.

Mortarion blandía la guadaña en el aire mientras Guilliman empuñaba con firmeza la espada de su padre. «¿Cómo puede vencer a eso?», pensó Felix, deseando poder estar junto al regente.

El príncipe demonio saludó a su hermano como lo había hecho en Parmenio, con el mango de la guadaña apoyado contra la frente.

—Daos prisa, están a punto de batirse en duelo —los instó el tetrarca.

—Todo será como ha de ser —murmuró Natasé. Una luminiscencia glacial se extendió por el cielo. —No podemos hacer más. El destino de Ultramar está en manos de Roboute Guilliman, como siempre lo ha estado.

Las runas del eldar resplandecieron con una luz brillante. Una cúpula de energía cercó el campo de batalla.

Los primarcas se lanzaron al ataque.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

EXTERMINATUS

Los hermanos se movieron al unísono.

Se miraron a los ojos durante una fracción de segundo. Una gran tensión los unía, lo bastante fuerte como para comprimir el tiempo. Cuando atacaban, lo hacían sin pensar. Las habilidades integradas en su código genético en los albores del Imperio se encargaban de que así fuera.

Mortarion tenía mayor alcance y golpeó primero. *Silencio* cortó el aire a su alrededor. Guilliman detuvo el golpe, en apariencia imparable, con el gavilán de la *Espada del Emperador*. El impacto provocó un trueno ensordecedor. El fuego se mezcló con el humo nocivo y empezó a consumir los venenos. El espíritu demoníaco de *Silencio* farfulló asustado al ver cómo las llamas lamían su jaula de bronce.

Mortarion ladeó la cabeza. Guilliman asintió en señal de reconocimiento. Mortarion dio un paso atrás para liberar la cabeza de la guadaña del bloqueo de su hermano y giró sobre sí mismo, aprovechando la ventaja que le otorgaba su altura para mantenerse alejado de la hoja ardiente. *Silencio* silbó en el aire hasta adquirir una velocidad vertiginosa. Guilliman se apartó y asestó un golpe al arma con una sola mano, haciéndola vibrar con vigor. Las llamas que cubrían la *Espada del Emperador* cobraron fuerza. Mortarion intentó

clavarle el perverso gancho trasero de *Silencio*, pero Guilliman desvió el ataque con un repique de aceros sobrenaturales. El príncipe demonio giró ligeramente su arma y tiró con fuerza hacia atrás para tratar de hacer tropezar a su hermano. El primarca saltó por encima de la cabeza de la guadaña y el extremo de la cadena pasó zumbando a pocos centímetros bajo sus pies. Dio un tajo que alcanzó la jaula de huesos que rodeaba la parte superior de *Silencio* y la hizo pedazos.

El espíritu demonio gritó; Mortarion siseó. El humo que emanaba del incensario integrado en la cabeza de *Silencio* envolvió a Guilliman, le corroyó las capas blandas de la armadura y se filtró por la rejilla de su respirador. El primarca empezó a toser y a notar el sabor de la sangre cada vez que exhalaba. Una pesadumbre lo afligía.

Se tambaleó hacia atrás. Los mecanismos de la Armadura del Destino vibraron al incrementar su actividad para purgar su cuerpo. La sensación de debilidad disminuyó.

Guilliman describió un ocho con la *Espada del Emperador*. Las llamas se avivaron.

—Confías demasiado en dones impuros, Mortarion. Nunca se te ha dado bien la espada.

—*Y a ti siempre se te ha dado mal presumir* —replicó—. *Un eterno dechado de pesadez*. —Sacó la *Linterna* de su funda, apuntó y disparó en un solo movimiento, pero Guilliman reaccionó con rapidez. La Mano del Dominio desató una lluvia de rayos que estalló alrededor del arma y la muñeca de Mortarion, arrancándosela de la mano. El rayo de energía abrió una zanja de cristal en el suelo.

—Continuemos luchando hoja contra hoja, ¿te parece? —propuso Guilliman.

El regente saltó hacia delante, impulsado por la fuerza que le había sido conferida por el Emperador y por la milagrosa armadura de Cawl, y se lanzó contra su hermano. La *Espada del Emperador* ardió con intensidad cuando la dejó caer sobre Mortarion y atravesó los eslabones de una cadena que sujetaba uno de los muchos incensarios que adornaban la armadura del príncipe demonio. El primarca caído saltó hacia atrás con las alas desplegadas y alzó el

vuelo. Guilliman aterrizó con la punta de la espada inclinada hacia abajo y abrió un cráter incandescente en la tierra al errar el blanco.

—*Controla ese genio, Roboute* —dijo Mortarion. Miró por encima de su cabeza, donde la fina capa de energía desplegada por la Concilia Psykana resplandecía sobre su mirada disforme—. *Veo que tienes a tus brujos ocupados. Bueno, entonces deja que te muestre mi poder*.

Extendió la mano. Un rayo amarillo salió disparado de la palma. Guilliman levantó la hoja para interceptarlo. El rayo se estrelló contra el arma, que lo absorbió. Mortarion se lanzó hacia delante mientras seguía descargando el poder de la disformidad a través de su mano, pero Guilliman se mantuvo firme, a pesar de que temblaba por el esfuerzo y de que las llamas de la espada empezaban a atenuarse. Gritó y retrocedió. La corriente de energía se curvó sobre sí misma y explotó. Mortarion salió despedido hacia atrás.

—¿Dónde está el guerrero que compareció ante la asamblea de Nikaea y denunció el uso de la disformidad? —dijo Guilliman—. Te has convertido en todo lo que decías despreciar.

—*Abrí los ojos, hermano* —declaró Mortarion mientras daba vueltas alrededor de Guilliman en el aire—. *Vi las mentiras de nuestro padre por lo que eran. Encontré un mejor maestro y me hice más fuerte que tú*.

—Eres un esclavo.

—*Igual que tú*.

Mortarion plegó las alas y se dejó caer de repente, cortando el aire con *Silencio*. Guilliman se giró hacia un lado y se dobló bajo la hoja sibilante. *Silencio* se enganchó en el halo decorativo montado sobre el generador de energía de la armadura del primarca y lo arrancó de cuajo. Al ver que Guilliman se tambaleaba, Mortarion intentó aprovechar su ventaja y describió un arco ascendente con la parte inferior del mango de *Silencio* para asestar un golpe bajo. La madera, dura como el hierro, impactó contra la pechera de la Armadura del Destino y dejó unas horribles marcas que rezumaban veneno. La fuerza del golpe lo hizo girar.

—*Necio* —se regodeó Mortarion—. *Mírame. Mira cuánto poder tengo. Soy mucho más de lo que tú podrás llegar a ser nunca, soy…*

Guilliman levantó la Mano del Dominio y disparó directamente a la cara de Mortarion. Los proyectiles bólter le estallaron por todo el rostro. Levantó una mano para protegerse los ojos y se dio la vuelta con un grito metálico cargado de dolor. El regente se lanzó hacia delante y atacó con la *Espada del Emperador*.

Mortarion empezó a parpadear para aclararse los ojos reumáticos mientras seguía bloqueando los golpes de Guilliman.

—*¿No querías nos limitáramos a las hojas, hermano? Veo que abandonas tu sentido del honor cuando te conviene*.

—Poco honor puede haber en una batalla entre nosotros, Mortarion.

—*Muy cierto* —admitió el primarca demonio. Asestó un golpe que, en principio, el regente esquivó con facilidad, pero luego convirtió el movimiento en una patada. Logró alcanzar a Guilliman con el talón, haciéndolo retroceder varios metros por el aire. El primarca aterrizó con violencia sobre la espalda. El impacto seccionó una línea de alimentación de la que empezaron a brotar chispas.

»*Esto es un aburrimiento, hermano. No representas el menor desafío*. —Extendió la mano y un vendaval de niebla venenosa envolvió a Guilliman. La espada llameó y lo consumió. —*Ni siquiera con el arma de nuestro padre podrás vencerme. Soy lo mejor del mundo material y del inmaterial. Un maestro en ambos. Tú eres una reliquia. La herramienta oxidada de un dios moribundo*. —Otro rayo destellante de energía psíquica describió un arco desde la palma de su mano y golpeó a Guilliman en el pecho cuando intentaba levantarse, haciéndolo caer de nuevo al suelo. —*Un hombre muerto, devuelto a la vida por medios que censurarías, de no ser porque salvaron tu miserable alma. Magia xenos y ciencia perversa. Las llevas dentro de ti. Están en tu sangre, ¿y tienes el descaro de decirme que soy yo quien está corrompido?*

Guilliman rodó sobre su costado y estiró el brazo en el que llevaba el guantelete para disparar de nuevo, pero Mortarion susurró unas palabras cargadas de poder que corroyeron los sistemas de alimentación del arma. El metal de los cañones se embotó. Varias runas de alarma se activaron en el casco del primarca.

—*No eres nada, hermano mío* —gruñó Mortarion—. *Uno de los últimos resquicios del sueño de nuestro padre, remanentes que se aferran a la realidad mientras se deshacen en nada. Ni siquiera eres un recuerdo, solo la reliquia de una mentira*.

—Nos traicionasteis —dijo Guilliman—. Tú y los otros.

—*Yo no traicioné a nadie* —replicó Mortarion, acercándose a su hermano—. *Porque, ¿cómo puede uno traicionar una mentira?*

—No tenía por qué ser así —insistió el primarca. Intentó levantarse de nuevo, pero Mortarion lo inmovilizó en el suelo con un pie enorme. Guilliman le dio un puñetazo con la Mano del Dominio, pero no sirvió de nada. Mortarion apoyó todo su peso sobre él.

—*Siempre ha sido así, hermano, porque nunca habría podido ser de otra manera*.

Guilliman forcejeó, pero no logró hacer que el gran peso de su hermano dejara de recaer sobre él. Mortarion se agachó y le arrancó el casco. La nariz y la garganta del primarca leal ardió con los gases que emanaban de la armadura de su hermano y el hedor que despedía su cuerpo hizo que se le revolviera el estómago.

—*Me decepciona lo fácil que ha sido derrotarte* —admitió Mortarion—. *Pese a todas tus intrigas y todos tus planes, a la hora de la verdad no has sido rival para mí. Ya no*.

El príncipe demonio levantó la mano y agarró uno de sus muchos colgantes, una ampolla pequeña y sucia, y lo arrancó.

—*Tengo un regalo para ti, un regalo de parte de Nurgle. Acéptalo de buena gana y sé testigo de su gloria*.

—Nunca lograrás convertirme.

—*Peor para ti*.

Mortarion introdujo una jeringuilla de latón enverdecido en la ampolla sucia. Se agachó y, procurando mantenerla lo más alejada posible de él, clavó la aguja en el cuello de su hermano con un suspiro cargado de satisfacción, justo encima de la cicatriz que le había dejado Fulgrim.

Guilliman empezó a jadear y escupir saliva al instante. Las venas se le ennegrecieron y los ojos se le enrojecieron conforme la marea de inmundicia le inundaba los vasos sanguíneos.

—*Así es, hermano* —dijo Mortarion entre risas. Dio un paso atrás y desechó la jeringuilla—. *Ahí tienes tu medicina*.

Las toxinas bulleron hasta convertirse en serpentinas de gas que empezaron a salir a borbotones por la boca del primarca. Cuando rozaban a alguno de los muertos desperdigados por el campo de batalla, los cuerpos se deshacían en coágulos de materia repugnante. Sus armaduras se corroían al instante y quedaban convertidas en restos inidentificables que parecían sacados de un enterramiento milenario.

Los nurgletes que rodeaban a Mortarion tosían y chillaban, se desplomaban y morían en el suelo, donde sus cuerpos se hinchaban, se hundían en sí mismos y se descomponían en cuestión de segundos. El primarca demonio tuvo cuidado de mantenerse alejado de las volutas de la toxina, utilizando su poder psíquico para desviarlas. No obstante, retrocedió varios pasos más para alejarse de su hermano afligido mientras la Plaga Divina hacía su trabajo.

—*Ku'Gath me dijo que esta enfermedad sería mortal para ambos* —confesó Mortarion. Su voz delataba lo mucho que le estaba costando mantener a raya la plaga—. *Viendo el efecto que está teniendo en ti, hermano, me lo creo*.

La piel de Guilliman se había tornado negra. En algunos lugares había empezado a disolverse, se había desprendido del cráneo y había dejado al descubierto huesos que relucían antes de teñirse de un marrón pútrido.

—*No te resistas* —le dijo Mortarion—. *Esto es solo el principio del sufrimiento que te espera. Yo en tu lugar ahorraría fuerza. De lo contrario, ¿cómo vas a saborearlo?*

Felix observaba impotente cómo Mortarion derribaba al primarca y lo pisaba para inmovilizarlo contra el suelo. Permaneció inmóvil, sin saber bien qué hacer, y luego se dispuso a acudir en su ayuda.

—¡No, tetrarca! —dijo Maxim con los dientes apretados por el esfuerzo—. Debéis dejar que los acontecimientos sigan su curso.

Una nube de gas de un color repulsivo emanó de los dos primarcas y bloqueó la visión de Felix. El escudo psíquico llameó

sobre el campo de batalla al entrar en contacto con el gas, luego se enrolló y se dobló sobre sí mismo, desatando una tormenta de rostros vociferantes e insustanciales. Maxim dejó escapar un gruñido. Las runas de Natasé brillaban con tanta intensidad que Felix no podía mirarlas.

El tetrarca dio un paso adelante. Escudriñó la niebla en busca de su padre genético. Los vapores se arremolinaban y acumulaban a su alrededor como seres vivos que intentan escapar de una jaula. Cuando se disiparon lo suficiente para permitirle ver momentáneamente lo que sucedía en el centro, no pudo evitar apretar los puños. Los dos primarcas aparecían y desaparecían de manera intermitente, como si ocuparan el espacio real solo en parte.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—La enfermedad proviene del otromar —explicó Natasé—. Si logra matar a vuestro señor, arrastrará su alma al reino de Nurgle. Si eso sucede, toda Ultramar se verá empujada a la disformidad. Es hora de pasar a la segunda fase. Si deseáis salvar a vuestros hombres, es el momento de iniciar la retirada.

Varias alarmas resonaron en el puente de la *Honor de Macragge*, seguidas del grito:

«¡El primarca ha caído!».

La noticia corrió como la pólvora por el puente de mando.

—Esperad —ordenó Colquan—. ¡Mantened la calma! —Recorrió la estancia con la mirada, silenciándolos a todos. —¿Es cierto?

Los operadores de comunicación escuchaban con suma atención los mensajes fragmentados por la ebullición de la realidad.

—Estado desconocido —dijo uno de ellos al cabo de un rato—. El tetrarca Felix afirma que Lord Guilliman y Mortarion están inmersos en un flujo de energía disforme.

Se impuso un silencio nervioso y sosegado a la vez. Todos los rostros se volvieron hacia el señor de la flota y el tribuno.

—Seguid desempeñando vuestras funciones. Manteneos firmes. —Colquan volvió a centrar su atención en el óculo. —Ya casi ha acabado.

—Lord Felix ha dado la orden de evacuación —dijo una mujer que ocupaba una de las terminales de logística—. Las comunicaciones se han interrumpido casi por completo.

—Los índices empíricos aumentan en todas las escalas —informó el augur psíquico.

Unas vastas redes de energía giraban alrededor de Iax. Había rostros asomando entre las nubes. Era como si el planeta titilara, como si ya no estuviera allí.

—La tormenta está empeorando —dijo Khestrin—. La interacción con la disformidad es inminente. ¿Sabemos algo del artefacto?

—Posición actual desconocida —respondió un oficial—. Estado de la misión de reconocimiento desconocido. Efecto del bombardeo desconocido.

—Deberías hacerle caso al tetrarca y desplegar las naves de evacuación —dijo Colquan.

—Si la tormenta no amaina, corremos el riesgo de perderlas a todas —explicó Khestrin.

—Es preferible poner en riesgo a las tripulaciones de unas cuantas naves si existe la posibilidad de salvar la vida de marines leales. —El tribuno miró directamente al señor de la flota—. No me gusta. Los Adeptus Astartes son armas imperfectas, pero son lo mejor que tenemos. Tráelos de vuelta, cueste lo que cueste.

Khestrin lo sopesó un momento.

—Muy bien. Lanzad todas las naves de evacuación. Iniciad la retirada de la flota del planeta. No pienso dejar que mis naves se vean arrastradas a la disformidad si el velo colapsa. —Khestrin respiró hondo. —Y comenzad los preparativos para el Exterminatus.

—¿Quieres destruir Iax? —espetó Colquan.

—No quiero, pero lo haré si es necesario —replicó el señor de la flota—. Debemos entender que nos encontramos ante la batalla final de esta campaña. Debemos derrotar a Mortarion y purgar su corrupción, o perderemos toda Ultramar y más. Esta es la dura elección a la que nos enfrentamos. No sometería a un planeta a los fuegos del Exterminatus a la ligera. Pero esas fueron las órdenes expresas del lord regente. Las circunstancias juegan en nuestra

contra. El artefacto sigue activo. El planeta se desvanece de la realidad y el primarca ha caído.

Una campana negra empezó a sonar. En la parte trasera de la cubierta, unas figuras encapuchadas se pusieron a trabajar. Una de ellas se acercó al estrado de Khestrin con paso lento y solemne para coger la vara de activación, que le fue entregada con la debida, si bien breve, ceremonia.

—¿Cómo deseas que se haga, mi señor? —inquirió el hombre—. Por Provisio Primus, esterilización mediante una bomba vírica; por Provisio Secundus, esterilización mediante fuego atómico; ¿o por Provisio Ultrus, aniquilación planetaria mediante la disrupción cortical?

—Todos —respondió Khestrin con sequedad—. Utilizad todos los métodos. Nada puede escapar de este planeta. Si las predicciones de ese maldito brujo eldar son correctas, no podemos permitir que esta enfermedad salga de Iax.

—No debes precipitarte —dijo el tribuno—. El brujo también hizo otras predicciones. Debemos confiar en que se cumplan.

—Ordeno que se haga —le dijo Khestrin al adepto encapuchado —. Hablo en nombre del primarca.

—Y yo hablo con la autoridad del mismísimo Emperador —replicó Colquan.

—Entonces, custodio, ¿ahora declaras seguir la religión que durante tanto tiempo has despreciado y afirmas que Él te habla?

—No —aseveró el tribuno—. Pero debemos esperar. Aún no hemos terminado.

—¿Por qué lo crees? Todo apunta en nuestra contra —aseveró el señor de la flota.

—Porque nada puede detener al Hijo Vengador —declaró Colquan, con los ojos fijos una vez más en el planeta—. Lo sé, porque lo he intentado.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

UN DIOS PARA COMBATIR A UN DIOS

—Maldita sea —exclamó Maxentius-Drontio—. El bombardeo no consigue llegar a las instalaciones.

Los rayos de lanza apuñalaban repetidamente el paisaje. La gran mayoría se desviaba y los pocos que caían sobre el objetivo se detenían a treinta metros sobre el hospital mientras los rayos se disipaban en una nube de chispas débiles.

—Están disparando a ciegas —dijo Achilleos.

—Aunque no fuera así, esa tormenta pondría en ridículo hasta el mejor de los disparos —señaló Justinian.

—*Sargento Parris*. —La voz de Edermo apenas era perceptible entre las interferencias atmosféricas y las descargas de energía. —*El bombardeo orbital está siendo ineficaz. Es imposible asegurar una baliza de teleportación. Debemos atacar el artefacto nosotros mismos. Solicitamos a todos los activos disponibles que refuercen nuestra posición. Hemos establecido contacto con el enemigo y lo mantendremos ocupado mientras vosotros avanzáis.* —Estaba luchando. Justinian podía oír la tensión en su voz y el ruido explosivo de las armas al chocar contra su escudo tormenta.

—Tenemos que entrar —informó Justinian.

—¿Qué hay del militante apostólico? —preguntó Achilleos mientras señalaba el tren de guerra—. Estaba empeñado en que lo lleváramos hasta el hospital. Además, parece haber algo en el sacerdote que, de algún modo, mantiene a raya a los demonios. Podría ser útil.

—Oh, sí —intervino el magos Fe—. ¡La fe religiosa! Un arma poderosa. La espada viviente del Emperador, según dicen algunos.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Maxentius-Drontio.

El magos se encogió de hombros.

—Se necesita a un dios para combatir a otro dios.

—No estoy muy seguro de que las oraciones sean más eficaces que los proyectiles bólter —apuntó Maxentius-Drontio—. El tren de guerra se está viendo afectado. Se está oxidando. Mira.

Una capa de corrosión había empezado a extenderse sobre el blindaje del tren y sus pistones habían empezado a renquear, a punto de bloquearse.

—Mejor tener todas las armas posibles a nuestra disposición. Edermo ha solicitado la ayuda de todos los activos, así que nos llevamos al militante apostólico —les dijo Justinian a los miembros de su escuadra—. Tal vez consiga socavar el control del demonio y facilitar el acceso de las armas de la flota al artefacto.

—¿Y si no lo consigue? —preguntó Maxentius-Drontio.

—Entonces lo haremos a tu manera, hermano, a fuerza de cuchillos y proyectiles bólter, pero de momento viene con nosotros. No creo que sea posible seguir escoltándolo, debemos ir a buscarlo. Hermano Pasac, acércanos. Deprisa.

El Impulsor retrocedió hacia el tren de guerra, impulsado por unos propulsores de maniobra que lo hicieron virar con brusquedad. Avanzó a toda velocidad, abriéndose paso entre los demonios que deambulaban por la ladera. Aún quedaban muchos, pero estaban totalmente desorganizados. El formidable armamento del tren de guerra había desterrado a miles de ellos y eliminado a sus líderes con rayos láser y de plasma bien dirigidos.

Mientras los hermanos Orpino y Pasac abatían a los soldados de a pie con el armamento del vehículo, Justinian pidió a sus hombres que identificaran y eliminaran a los últimos demonios especializados

que quedaban entre la horda. Cualquier criatura que portara pergaminos, estandartes o instrumentos, o que brincara de forma alocada para animar al resto. A sus heraldos y hechiceros, a cualquiera que fuera considerado un oficial entre ellos. Cuando les era posible, los ejecutaban a distancia, acribillándolos con ráfagas de fuego bólter sin acercarse demasiado, ya que las enfermedades de los más fuertes podían ser peligrosas incluso para los Adeptus Astartes.

El campo de batalla era uno de los más caóticos que Justinian había visto jamás. Desde lo alto caían ráfagas de fuego orbital al azar que calcinaban las nubes y sacudían el cielo con truenos artificiales provocados por el aire sobrecalentado, ionizando la atmósfera y desatando una lluvia de relámpagos espectaculares que se propagaban de horizonte a horizonte y parecían batirse en duelo con los de la tormenta. Todos los impactos registrados eran de rayos de lanza, lo cual, sumado a la naturaleza del patrón de dispersión, indicó a Justinian que la flota no disponía de datos precisos con los que fijar el objetivo, pese a las transmisiones de las fuerzas de reconocimiento. Tuvieron suerte de no recibir el impacto de uno de los proyectiles mientras bajaban por la colina a toda velocidad.

—Frater Mathieu, ¿me oyes? —dijo Justinian, gritando por encima del rugido de las ametralladoras y rifles bólter, casi sin poder oírse a sí mismo. Su comunicador chisporroteaba, como si los componentes estuvieran a punto de fallar—. Hermano, prepárate para evacuar.

—Dudo que pueda oírte, hermano sargento —señaló Achilleos. Probablemente tenía razón. Los marines tenían la impresión de que una inteligencia desconocida obraba contra el tren e influía en su estructura con algún tipo de magia maligna, ya que, aunque había resistido la descomposición acelerada que afectaba a todo lo que había en aquella zona, ahora sucumbía a ella más rápido que cualquier otra cosa. Además, una sensación de pesadumbre se había cernido sobre la Escuadra Parris en cuanto se habían adentrado en el arco de avance del tren, como si una mirada funesta hubiera recaído sobre ellos. Algo que emanaba de las instalaciones en ruinas parecía estar oprimiendo la realidad, aplanándola, amenazando con

alisar los pliegues de las vidas individuales hasta convertirlas en una entropía homogénea. Las pantallas de sus cascos empezaron a titilar y los niveles de energía de sus armaduras no dejaban de disminuir.

—Nunca había sentido nada tan perverso —dijo Maxentius-Drontio—. La disformidad aquí es fuerte.

—¡La disformidad! —exclamó el magos Fe con una risita demente. Sus colgantes y dispositivos de detección irradiaban luz—. No se trata solo de la disformidad. Somos testigos de la influencia de uno de los Grandes Poderes. ¡El Dios de la Plaga ha puesto su mirada en el sacerdote!

Parecía aterrorizado. Por primera vez en años, Justinian no pudo evitar sentir cierta inquietud.

—Bueno, si se está tomando tantas molestias, será porque representa una amenaza —apuntó Maxentius-Drontio.

Justinian aporreó la escotilla del conductor, desconfiando de la efectividad del sistema de comunicación. Se abrió con dificultad, esparciendo escamas de ceramita corroída al hacerlo.

—Sácanos de esta zona —le pidió a Pasac—. Acércate por uno de los costados, o acabará con nosotros también.

Los propulsores de maniobra se activaron y el Impulsor se deslizó hacia un lado. El tren crujió. Se oyó un ruido hueco y metálico y, en uno de los laterales, algo cedió. Un chorro de vapor salió disparado en un ángulo pronunciado hasta alcanzar casi cien metros de altura. Los cañones empezaron a detenerse entre chirridos. Los cojinetes de uno de los cañones de plasma se oxidaron mientras Justinian los miraba y, unos segundos después, el arma se soltó. El plasma se desperdigó por todas partes, salpicando las cubiertas de combate y abrasando a los peregrinos. Los gritos se unieron al coro de cánticos titubeantes y al recuento de los demonios.

El tren se detuvo con un gruñido, seguido de un profundo suspiro.

Atropellaron a media docena de demonios y se detuvieron junto al tren. Los motores del Impulsor emitían un ruido malsano. El tren se deterioraba tan rápido que no dejaba de temblar. Arriba, los

cantos de los últimos peregrinos empezaban a transformarse en gemidos angustiosos.

—Espera aquí —ordenó Justinian—. Da la vuelta. Mantén abierta una vía de escape. Voy a buscarlo.

Justinian saltó al costado del tren y trepó, palmo a palmo, por la pesada ornamentación. Incluso en las troneras de los primeros cañones, los adornos habían empezado a desintegrarse, los rostros de los ángeles se habían convertido en borrones deformes y las alas se les habían caído. Cuando llegó a una de las cubiertas de combate auxiliares, vio que los peregrinos morían en charcos malolientes de sus propios fluidos corporales, mientras que los cadáveres de los que ya habían muerto parecían llevar una semana al sol. Se abrió paso entre el caos y fue corriendo hacia una escalerilla que conducía al púlpito de mando. Había un par de demonios merodeando alrededor, murmurando números mientras manoseaban las cosas con curiosa incomprensión. Los abatió a tiros y, al empezar a subir por la escalera, notó que algo le tocaba la bota. Cuando miró hacia abajo, vio que los cruzados muertos se levantaban, con el rostro congelado en un rictus sonriente, e intentaban agarrarlo. Dio varias patadas hacia abajo, haciendo pedazos los cráneos podridos, y siguió trepando.

Su armadura se resentía cada vez más. Ahora las pantallas de estado de los sistemas no dejaban de emitir pitidos y chirridos quejumbrosos; el líquido refrigerante del generador de energía estaba perdiendo eficiencia; los fluidos que rodeaban sus músculos poliméricos se estaban secando; y los espíritus máquina de su coraza de guerra parecían librar su propia batalla mientras subía. El tren dio una sacudida, por lo que supuso que las uniones del reactor estaban fallando. Los fuegos que alimentaban el núcleo de fusión se estaban extinguiendo. El óxido había empezado a corroer el armazón de un metro de grosor en cuestión de segundos, tan rápido como un vídeo tomado a cámara rápida. De repente, uno de los peldaños se desprendió de la estructura entre sus dedos y a punto estuvo de hacerlo caer.

Llegó a la cima. Un demonio gritón montado sobre una mosca de tamaño descomunal se abalanzó sobre él. Disparó al vientre

blando de la montura con el rifle bólter, haciendo que se estrellara con fuerza contra la cubierta. Había cadáveres por todas partes, la mayoría víctimas no de la violencia, sino de la enfermedad. Unas pocas personas se movían débilmente, afectadas por una docena de dolencias a la vez. El ángel y su púlpito de mando estaban justo delante. El tren temblaba bajo sus pies mientras experimentaba siglos de putrefacción en unos instantes, derrumbándose sobre sí mismo. Su armadura, que empezaba a quedarse sin sistemas auxiliares por los que redirigir sus flujos de energía conforme fallaban los circuitos, ahora gemía sin parar.

Rodeó la túnica de bronce fundido del ángel, sin saber con qué se encontraría en el púlpito. Se sorprendió al descubrir al hermano Mathieu de pie, en perfecta calma, mientras los otros líderes de la cruzada se derretían a su alrededor. Su escolta de cruzados había quedado reducida a un montón de armaduras oxidadas y túnicas enmohecidas. Una amalgama de hongos y plantas pálidas que parecían los dedos de un hombre ahogado proliferaban en los restos. De las mandíbulas desarticuladas salían hilachas de gusanos retorcidos. Pero el hermano Mathieu seguía intacto. Estaba de pie, con una expresión extasiada en el rostro mientras se aferraba a su servocráneo, ahora inactivo, y acariciaba el hueso distraídamente.

—Él está conmigo. Él está conmigo —repetía una y otra vez.

—Militante apostólico —dijo Justinian—. Tienes que venir conmigo. Este vehículo ya no es viable.

Mathieu se volvió hacia él, como si pensara que Justinian había estado allí, a su lado, todo el tiempo.

—Sí, debo ir. Debo ir allí. —Señaló las instalaciones. Ya estaban muy cerca. —Llévame.

—Entonces, vamos.

El sacerdote no se movió. Una extraña luz danzaba alrededor de sus ojos. Al verlo, las dudas de Justinian en cuanto a la utilidad de Mathieu se acrecentaron.

—No tengo tiempo para esto —dijo. Soltó el rifle bólter, se acercó al sacerdote y lo cogió en brazos. Había una caída de doce metros desde el púlpito de mando hasta donde se encontraba el Impulsor, que se mantenía a la espera sin dejar de disparar. Achilleos

y Maxentius-Drontio habían desembarcado y disparaban en modo automático contra los demonios.

—Pasac, aléjate un poco del borde —le pidió a través del sistema de comunicación—. Voy a bajar directamente.

Confiando en que su compañero de escuadra lo hubiera oído, dio unos pasos hacia atrás y corrió hacia el parapeto que rodeaba el púlpito, haciendo temblar la estructura corroída con el peso de su coraza. Cuando llegó al borde, saltó y se elevó con facilidad, ayudado por los sistemas de la armadura. Tomó impulso contra el muro mientras lo sobrevolaba y describió un arco descendente en el aire.

El Impulsor salió a su encuentro a toda velocidad. Aterrizó en el centro de la cubierta de tránsito. El vehículo se hundió en el campo antigravítico que lo rodeaba y luego se estabilizó.

—Subid —les ordenó a sus hombres mientras dejaba a Mathieu en el suelo—. Hermano Pasac, llévanos a las instalaciones médicas.

Achilleos y Maxentius-Drontio subieron de nuevo a la cubierta de transporte, sin dejar de dispararles a los monstruos que intentaban seguirlos.

El Impulsor ascendió por la colina envuelto en el rugido de los motores gravíticos, masacrando a cuanto demonio se interponía en su camino.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

UNA LUZ EN EL JARDÍN

Por un momento, no hubo nada más que oscuridad.

—*¿La sientes, hermano?* —La voz de Mortarion era un susurro satisfecho que surgía de la nada—. *¿Sientes la disformidad?*

El dolor volvió y Guilliman gritó. Le ardía la piel. Tenía los huesos helados. Era como si le hubieran apuñalado los órganos un centenar de veces. Estaba cayendo, sumiéndose sin remedio en una oscuridad sin nombre.

—*No te resistas, hermano* —susurró Mortarion, y esta vez su voz pareció hablarle junto al oído—. *Acéptalo y el Abuelo te perdonará. Podrías unirte a mí. Juntos, podríamos derrocar al resto de nuestros hermanos, deponer a sus falsos dioses y traer a la galaxia la inagotable renovación de la muerte y el renacimiento*.

Guilliman no pudo responderle. El dolor lo atenazaba a todos los niveles, cada parte de su ser sufría.

—*Duele, ¿verdad?* —le preguntó la voz de Mortarion. Casi parecía lamentar no ser él el afligido.

Guilliman ahondó en su interior en busca de algún pequeño rincón que el dolor no hubiera encontrado todavía.

Halló una luz. Corrió hacia ella.

Su conciencia se alteró y, de repente, era dos personas, dos versiones de sí mismo en dos momentos distintos.

Estaba ante la puerta a la sala del trono.

—*Qué interesante* —dijo la voz de Mortarion—. *Te escondes en un recuerdo. ¿Fuiste a ver a padre? ¿Ahora buscas su protección? Qué conmovedor*.

Guilliman, aún sin habla, sin labios, sin palabras, no podía más que revivir lo que había visto. Trajann Valoris ordenó que se abrieran las grandes puertas. Sus palabras eran un batiburrillo fragmentado por el paso del tiempo, sus movimientos un abanico de imágenes superpuestas en terribles tonos dorados.

Pero cuando las puertas se abrieron y surgió la luz, lo que vio fue algo puro.

Mortarion dejó escapar un grito ahogado, incómodo, y Guilliman sintió un poco de esperanza.

Recordó. Revivió. Había entrado para ver en qué se había convertido su padre. Guilliman había estado muerto miles de años. Luego había pasado varios años subjetivos perdido en la disformidad hasta llegar a Terra, solo para descubrir un imperio en ruinas expuesto con crudeza ante sus ojos incrédulos.

Todo lo había conducido a este fatídico momento.

Había luz y furia, un resplandor que atravesaba los huesos y abrasaba el alma. Una melodía sin fin que colmaba la eternidad.

Había gritos silenciosos de los psíquicos que se consumían para nutrir a su terrible majestad.

Había visiones de dioses y de semidioses, de un hombre de piel morena y semblante sereno. Vestido con pieles. Vestido con una cota de malla. Vestido con ropas de todos los colores, de una variedad desconcertante. Vestido con una armadura de oro. Tenía muchas caras, todas orgullosas, todas engañadas. En él vio a Malcador, el primer regente. Vio a sus hermanos.

Un millón de ideas lo asaltaban, recuerdos de decenas de miles de años de existencia. Trenes de pensamiento circulares y aleatorios, obsesiones, predicciones y temores. Múltiples voces, todas iguales, todas diferentes, ninguna coherente.

Vio una sala polvorienta de escala titánica, atestada de máquinas con un propósito espantoso; vio a los vivos, muriendo unos tras otros para sustentar aquella cosa monstruosa. El centro

era una máquina de oro, envuelta en el polvo de los sueños rotos. Un cadáver de rostro calavérico, sin vida, recostado en su asiento. De repente, la visión parpadeó y vio a un rey de poder infinito que descansaba un rato en su trono y meditaba, que solo se alejaba de sus súbditos momentáneamente y que, cuando concluía sus reflexiones, se levantaba y gobernaba con justicia. Vio al hombre cansado en el que se convertiría su padre, dándole graves consejos que no podía oír, diciéndole lo que debía hacer. Su visión cambió de nuevo, y esta vez vio una fuerza maligna que rivalizaba con los grandes poderes del Caos. Vio dolor, triunfo, fracaso, pérdida y potencial. No había un solo rostro entre todos los rostros, ni una sola voz, sino un coro, una cacofonía. Sintió la presencia del Emperador como un martillazo en el alma, como un azote existencial. Aunque no pudo permanecer de pie ante ella y cayó de rodillas, Valoris se mantuvo en silencio a su lado, como si nada hubiera ocurrido.

Estaba entre el polvo de la corte de un rey cadáver. Estaba ante un emperador eternamente resplandeciente.

—Padre —dijo, y esa sería la última vez que pronunciaría esa palabra sinceramente—. Padre, he vuelto. —Guilliman se obligó a mirar al pilar de luz, al griterío de las almas, a la calavera de cuencas vacías, al dios impasible, al anciano, al salvador de antaño. —¿Qué debo hacer? Ayúdame, padre. Ayúdame a salvarlos.

En el presente, en el pasado, sintió la presencia silenciosa de Mortarion a su lado y sintió el horror de su hermano caído.

Miró al Emperador de la Humanidad, pero no podía ver. Era demasiado, demasiado brillante, demasiado poderoso. La irrealidad del ser que tenía ante sí lo sumió en un profundo estupor. Un centenar de impresiones diferentes, todas falsas, todas verdaderas, se agolparon en su mente.

Era incapaz de recordar el aspecto que había tenido su padre en el pasado, pero Roboute Guilliman no olvidaba nada.

Fue entonces cuando aquel ser, aquella cosa terrible y espantosa que ocupaba el Trono, lo vio.

—Hijo mío —dijo.

—Trece —dijo.

—Señor de Ultramar.

—Salvador.
—Esperanza.
—Fracaso.
—Decepción.
—Mentiroso.
—Ladrón.
—Traidor.
—Guilliman.

Lo oyó todo a la vez y no oyó nada en absoluto. El Emperador habló y no habló. El concepto mismo de las palabras parecía ridículo, un grave atentado contra el equilibrio del tiempo y el ser.

—Roboute Guilliman. —La tempestad furiosa pronunció su nombre con la violencia con la que un sol moribundo hace caer la lluvia sobre sus mundos. —Guilliman. Guilliman. Guilliman.

El nombre reverberó entre el viento de la eternidad, incesante, sin llegar a alcanzar nunca su objetivo. Guilliman sintió la proximidad de muchas mentes, consciencias que vulneraban sus sentidos intentando comunicarse, hasta que una pareció surgir entre todas las demás, un poder puro e ilimitado que, sin mediar palabra, le ordenó que saliera y salvara lo que habían construido juntos. Que destruyera lo que habían creado. Que salvara a sus hermanos, que los matara. Impulsos contradictorios, todos imposibles de desobedecer, todos iguales, todos diferentes.

Por su mente desfilaron numerosos y terribles futuros, los resultados de todas estas órdenes, si cumplía una, todas o ninguna de ellas.

—¡Padre! —gritó.

Los pensamientos lo atormentaban.

—Un hijo.
—Un hijo no.
—Una cosa.
—Un nombre.
—Un nombre no.
—Un número. Una herramienta. Un producto.

Un plan grandioso en ruinas. Una ambición frustrada. Información, demasiada información, fluyendo a través de Guilliman:

estrellas y galaxias, universos enteros, razas más antiguas que el tiempo, cosas demasiado espantosas para ser reales. Información que erosionaba su ser como una tormenta embravecida esculpe cárcavas afiladas en tierras baldías.

—¡Por favor, padre! —le suplicó.

—Padre. Un padre no. Cosa, cosa, cosa —dijeron las mentes.

—Apoteosis.

—Victoria.

—Derrota.

—Elige —dijo.

—Destino.

—Futuro.

—Pasado.

—Renovación. Desesperación. Decadencia.

Entonces pareció concentrarse, como si una gran voluntad ejerciera su poder, no por última vez, pero casi por última vez. La sensación de que le fallaban las fuerzas. Una sensación de finalidad. A lo lejos, oyó a las máquinas arcanas gemir y chirriar, a punto de venirse abajo, y el clamor ascendente de los gritos de los psíquicos moribundos que sustentaban todo lo que había en aquella sala.

—Guilliman. —Las voces se superpusieron y solaparon hasta casi convertirse en una sola. Lo asaltó el recuerdo fugaz de un rostro triste que había visto demasiadas veces, una carga casi intolerable. —Guilliman, escúchame.

»Mi último hijo leal, mi orgullo, mi mayor triunfo.

Cuánto le quemaron aquellas palabras. Más que los venenos de Mortarion, más que la amargura del fracaso. No eran mentira, no enteramente. Era peor que eso.

Eran condicionales.

—Mi última herramienta. Mi última esperanza.

Un último arrebato de poder, un pensamiento exhalado como un suspiro moribundo.

—Guilliman…

Para Guilliman, fue como si la mente le hubiera explotado. Hubo un destello cegador y el rey, el cadáver y el anciano se solaparon y superpusieron, muertos y vivos, divinos y mortales. Todos lo

juzgaron. Guilliman salió de la sala del trono tambaleándose. Valoris contempló, impávido, el corazón de la luz del Emperador un instante más, luego se dio la vuelta y lo siguió.

Emergieron días después, aunque solo habían pasado unos segundos. Guilliman no podía estar seguro de nada de lo que había sucedido. Posteriormente, al ser preguntado, Valoris había afirmado que solo había visto la luz, que no había oído nada y que nadie había oído al Emperador decir nada desde que había ocupado el Trono Dorado hacía ya miles de años. Pero también dijo que había visto hablar a Guilliman, como si estuviera sumido en una profunda discusión, y que, aunque no había podido oír lo que se decía, el primarca se había mantenido sereno y firme. No lo había visto caerse o suplicar.

Cada vez que lo recordaba, era diferente. ¿Había algo real en todo aquello? No lo sabía. Nunca lo sabría.

El momento regresó al pasado, a donde pertenecía. El cuerpo de Guilliman se estrelló contra la tierra húmeda. Estaba muriendo de nuevo. Su alma se aferraba a la vida, pero también estaba siendo devorada por la plaga de Mortarion.

Unos pasos se detuvieron junto a su cabeza. Sintió un pequeño golpe en la pechera de la Armadura del Destino. Guilliman oyó hablar a Mortarion, aunque no podía verlo. No sentía más que dolor.

—*¿Ves, Guilliman? Sigues al maestro equivocado* —dijo Mortarion—. *Es un quiste, una úlcera purulenta que envuelve una cosa muerta incrustada en el tejido de la realidad, como una espina o un trozo de metralla. Para que las cosas puedan sanar, debe extirparse. ¿Ahora entiendes que es esto lo que sigues?* —Mortarion soltó un gruñido burlón. —*Es verdad, no puedes responderme. De todos modos, dudo que lo entiendas*.

Oyó que Mortarion cambiaba de postura. Su voz se tornó melancólica.

—*Pronto estaremos en el Jardín de Nurgle, hermano mío. El velo se está rasgando. Ya puedo verlo. Cuando hayas muerto, este mundo caerá en él y se convertirá en una joya de decadencia. Has dañado mi red, pero no lo suficiente. Con tu muerte, uno a uno, tus*

mundos abandonarán este lugar de frío vacío y estrellas indiferentes y se entregarán al abrazo del Abuelo.

»Ojalá pudieras verlo. Es hermoso, un lugar lleno de vida y potencial. Hay árboles y plantas de una variedad asombrosa. No es estéril. No es como esa luz gélida que me mostraste. No es como Él. No se parece en nada al materium, con su inútil lucha contra la inevitabilidad. Aquí nada termina de verdad, sino que renace y muere, renace y muere, una y otra vez. Aquí todo goza de muchos dones. Nada, por pequeño que sea, se pasa por alto. Todos comparten las dádivas del Abuelo. No hay dolor y, porque no hay dolor, el sufrimiento se sobrelleva con alegría. Ahora dime, hermano, comparado con el infierno en que nuestro padre ha convertido la galaxia, ¿te sigue pareciendo tan horrible? —Respiró hondo, como un hombre que saborea el aire puro del campo en un día soleado. —*Ojalá pudieras verlo* —dijo de nuevo.

Aunque el dolor seguía haciendo estragos en Guilliman, estaba disminuyendo.

—Si accedieras a convertirte… Ya casi estás muerto. Pronto se acabará el dolor. —Mortarion se arrodilló junto a su hermano y le apoyó una mano sobre el pecho. *—¿No quieres que se acabe?* —Empezó a acariciarlo, como si calmara a un niño febril. *—Tranquilo, Roboute. Tranquilo. Acude al Abuelo y ya verás, él se encargará de todo. Te librará del dolor para siempre*.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

LA LLAMADA DE HONOURUM

—*Eres un mosquito de lo más molesto* —dijo Ku'Gath. Describió un círculo con la espada alrededor de su cabeza y atacó.

Edermo se echó hacia un lado. El arma pasó de largo y atravesó una pared. Los ladrillos, ya medio desmoronados, estallaron por todas partes. El demonio se le echó encima.

—*¿Cómo piensas que puedes ganar esta pelea?* —le preguntó. Arremetió contra Edermo con una pata enferma. El teniente le asestó un golpe en el momento en que se abalanzaba sobre él y le hizo un profundo corte en el muslo. Aunque el ataque lo expuso a la espada del demonio, valió la pena solo por ver lo mucho que se indignaba.

Edermo encajó el golpe con el escudo y una lluvia de relámpagos estalló a su alrededor. Un trueno resonó con fuerza en la interfaz de la magia y la tecnología. Una pequeña corriente cinética logró atravesarlo y el demonio aprovechó la oportunidad para obligarlo a retroceder, con la espada rebosante de energía donde el filo presionaba el campo de energía del escudo de Edermo. El marine esperó el momento oportuno, moviéndose a los lados mientras rechazaba los ataques de la espada. El arma pesaba tanto que se veía obligado a emplear todas sus fuerzas para apartarla, pero el demonio la blandía como si fuera un cuchillo de cocina.

—*Deja. De. ¡Moverte!* —gritó furioso el demonio.

Edermo echó un vistazo a su espalda. Su enfrentamiento había demolido buena parte de lo que quedaba de las instalaciones médicas, abriendo las habitaciones apestosas y mugrientas al cielo. Desde allí pudo ver el artefacto, un enorme caldero redondo salpicado de manchas de óxido del que emanaban vapores fétidos. A su alrededor había un caballete desvencijado que tres demonios menores utilizaban como pasarela para empujar una cuchara gigantesca. De este movimiento brotaba una trenza de relámpagos en constante movimiento que se elevaba en el aire y alimentaba el gran vórtice que se cernía sobre el cielo y la tormenta que arreciaba más allá. Su esencia era pura maldad. Su poder funesto lo envolvía, debilitando sus extremidades y disminuyendo la eficacia de su equipo de guerra.

—Sargento Parris, fijad el blanco en los demonios que se encuentran junto al caldero. Es una orden prioritaria —dijo a través del comunicador.

La respuesta de Justinian se vio neutralizada por otra poderosa estacada del demonio. Edermo levantó el escudo por encima de la cabeza, donde, una vez más, el campo de energía absorbió la peor parte del golpe. Esta vez, sin embargo, el estallido cinético lo estampó contra el suelo. Las rodillas le chocaron contra la pechera y la parte superior del escudo le rebotó contra el casco, haciendo que se mordiera la lengua. Tragó sangre.

«Vamos, Parris», pensó. Dio un salto torpe hacia atrás para evitar el siguiente golpe del demonio y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—*Estás perdiendo velocidad. Te estás volviendo descuidado* —se rio Ku'Gath—. *Intentaré preservar tu forma. Destruirte sería un desperdicio de buena carne. Un millón de fagos podrían darse un festín contigo y propagar sus dones desde tu cadáver. Qué bonito paquete de pestilencia harías*. —La espada se elevó de nuevo. Aunque tenía los brazos entumecidos por la reiteración de los golpes, Edermo levantó el escudo para cubrirse el cuerpo.

Varias ráfagas de proyectiles bólter disparadas desde el flanco derecho distrajeron a Ku'Gath.

—Teniente, retrocede. —Vasilon y dos de sus hombres se dirigían hacia el demonio mientras disparaban las carabinas bólter en modo automático. Un líquido negro y pegajoso manaba del cuerpo monstruoso de la criatura con cada impacto.

—*¡Esto es un asunto privado!* —gorgoteó el demonio. Tomó una bocanada de aire y luego exhaló, rociándolos con un torrente de inmundicia. Vasilon se vio obligado a retroceder. Uno de sus hombres se desplomó, devorado por unos gusanos que enloquecieron cuando la bilis empezó a perforarle la armadura. El otro se vio sorprendido por la lengua de Ku'Gath, que lo agarró y lo estampó con violencia contra el suelo. Las muertes de los marines activaron dos runas mortis en el registro de fuerzas de Edermo, pero, por un momento, Ku'Gath quedó de espaldas al teniente.

El marine aprovechó su oportunidad. Dejó caer el escudo, invirtió la posición de la espada y se abalanzó sobre el demonio con un gran salto. Orientó la espada hacia abajo y la clavó en el costado del demonio, justo debajo del omóplato, hundiendo la hoja en su cuerpo como si fuera un clavo antes de enterrarla en la carne amorfa hasta la empuñadura. Se quedó colgando de la criatura y utilizó su peso para tirar de ella hacia abajo mientras el campo de disrupción del arma se encargaba del resto y destrozaba el cuerpo falso de Ku'Gath. Los huesos se resquebrajaron y la carne rancia estalló en llamas.

El demonio rugió de rabia y agonía mientras levantaba los brazos intentando quitarse a su verdugo de encima. Edermo se deslizó hacia abajo. La carne, ya medio cocida, se desprendió de la espalda de Ku'Gath. En cuanto atravesó la caja torácica del demonio, la espada se deslizó a toda velocidad por las tripas blandas. Un enorme cordón de vísceras se derramó de la herida y lo engulló.

Sin dejar de proferir gritos furiosos, Ku'Gath buscó a tientas la fuente de su dolor, agarró a Edermo por la pierna y lo lanzó lejos de él. El Space Marine salió volando por los aires, atravesó una pared y después otra, luego se estrelló contra un pilar y lo partió en dos antes de caer con violencia al suelo.

Intentó levantarse, pero no pudo. No sentía las piernas. Su armadura se había quedado sin batería. La energía residual seguía

alimentando su pantalla retinal, donde se mostraban todos los daños que había sufrido su equipo. La carcasa de su generador de energía se había agrietado y había provocado un apagado de emergencia. Desplegó la ventana de su farmacopea y vio, indicado en un rojo intermitente y definitivo, que tenía la espalda rota.

Dejó caer la cabeza al suelo. El golpe hizo sonar la ceramita. Miró a su alrededor, de izquierda a derecha. Su espada no aparecía por ninguna parte, pero, desde donde estaba, podía ver el corazón del dominio del demonio, que en aquel momento descansaba junto a un arco que conducía a la cámara donde se encontraba el caldero. Aunque la cercanía del artefacto le abrasaba el alma, pudo comprobar, con cierto alivio, que Justinian y su escuadra avanzaban hacia el interior disparando a todo lo que se les ponía por delante. Vio caer el recién iniciado, Orpino, apuñalado por tres espadas de plaga oxidadas, pero dentro ya quedaban pocos demonios. Tenían una oportunidad.

Oyó el sonido de unas pisadas acercándose y del roce del acero sobre la piedra. Ku'Gath se abría paso a través de los muros que había atravesado Edermo, derribándolos a su paso. Él también estaba gravemente herido. El demonio tenía un brazo obeso extendido e intentaba, en vano, sujetarse la espalda bisecada. Sus intestinos se deslizaban por el suelo tras él. El hígado se salía y se volvía a introducir en su cuerpo a cada paso, como una lengua traviesa. Arrastraba la pierna izquierda. La mano derecha seguía sujetando la espada, pero lo hacía con torpeza, dejando que se deslizara por el lodo negro que cubría el pavimento, como si se hubiera vuelto demasiado pesada para levantarla. Uno de los ojos le colgaba de la cuenca sujeto por unos músculos grisáceos.

Edermo miró hacia Justinian y sus hombres, preguntándose por qué el poder del caldero no los mataba al instante. Fue entonces cuando se percató de que, detrás de la Escuadra Parris, estaba el sacerdote, moviéndose como si estuviera en un sueño. Al verlo, Edermo no tuvo la menor duda de que él también moriría asesinado; pero, cuando un demonio se abalanzó sobre él, levantó una mano y la criatura se desintegró al instante. No quedó nada, ni restos, ni sangre, ni cuerpo. Ni siquiera vapor. Entonces lo entendió todo.

Justinian se acercaba a los tres demonios que movían la cuchara alrededor del caldero, la mismísima fuente de la tormenta, protegido por la fe del sacerdote.

Edermo se echó a reír.

Ku'Gath se detuvo con torpeza junto al teniente. Jadeó con fuerza, arrastró la enorme espada hasta dejarla en posición horizontal y se apoyó en ella.

Edermo escupió sangre en el casco.

—Espero haberte hecho daño.

—*Lo has hecho* —admitió el Padre de la Plaga—. *¿Y qué? Yo soy eterno. Tú no. Me has herido, así que ahora devoraré tu alma*.

—La entrego con gusto en servicio del Emperador.

—*No, no. ¡Pedazo de idiota! No vas a entregársela a tu Emperador*. —Se inclinó hacia delante y lo miró con desdén. —*Vas a entregársela a Nurgle*.

—Ahora soy yo quien se pregunta quién es el idiota —replicó Edermo—. Llegas tarde. Has perdido.

Se oyó el rugido repentino de varios rifles bólter. Ku'Gath levantó la vista.

—*¡No!* —gritó.

Los hombres de Justinian llenaron de proyectiles a los portadores de plaga, que dieron una sacudida y empezaron a sufrir espasmos. Ni siquiera su vitalidad impía bastó para salvarlos de la lluvia de micromisiles que detonaban sobre sus cuerpos. Volaron en miles de pedazos que cayeron en el caldero.

La cuchara cayó, chasqueó contra el metal y se escurrió bajo la superficie.

—*¡Esto es inaceptable!* —gritó Ku'Gath—. *¡Quietos!*

Los relámpagos que danzaban sobre el mejunje restallaron, se reavivaron y luego se apagaron. En lo alto, las nubes dejaron de bullir y un viento fresco empezó a soplar desde el oeste.

—Hemos ganado, demonio —dijo Edermo.

—*¡Y tú morirás!* —rugió la Gran Inmundicia. Levantó la espada y la dejó caer con fuerza. Ensartó a Edermo con la punta, perforando el águila bicéfala y atravesándole los corazones. Luego le puso un

pie encima para liberar el arma. A pesar de todo, Edermo aguantó lo suficiente para degustar el sabor de la victoria.

Entonó el himno al sacrificio. Mientras susurraba las palabras sagradas con los labios ensangrentados, tuvo tiempo de ver cómo Ku'Gath se dirigía hacia el caldero, claramente consternado. También tuvo tiempo de ver cómo el sacerdote miraba al demonio con una luz aterradora en los ojos.

—*Mis preciosuras, ¡mis preciosuras! ¡Coged la cuchara! ¡Removed! ¡Removed! ¡O todo estará perdido!* —gritó el demonio.

En lo más profundo del cuerpo alterado de Edermo, el horno de Belisarius se activó, intentando salvarle la vida, aunque ya se estaba extinguiendo. La batalla se desvaneció de su conciencia. En algún lugar, no muy lejos de allí, oyó los vientos helados que soplaban sobre los páramos. Olió los arroyos que bañaban la roca joven en las montañas. Una luz grisácea se cernió sobre él y, como si mirara a través de un velo, vio titanes de piedra que empuñaban sus armas con actitud desafiante bajo un cielo frío y húmedo.

Honourum lo llamaba.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

EL CALDERO DE NURGLE

Los últimos miembros del Cuatromilésimo Vigésimo Primer Regimiento de Cadia se aproximaban al molino. Solo cinco tanques habían sobrevivido a su gloriosa acometida. Los demás habían quedado desperdigados por el camino hasta el lugar donde Odrameyer había dado la orden inicialmente. La mayoría ahora estaban tan deteriorados que parecían formar parte del paisaje, reliquias de guerras olvidadas oxidadas por el tiempo y la corrosión. Algunos estaban cubiertos de vegetación, convertidos en pequeñas islas rebosantes de vida en medio de aquel pantano inmundo. Otros habían sucumbido a la magia del Caos y se habían convertido en repugnantes amalgamas de maquinaria y tripulación que clamaban por la liberación que traería consigo la muerte.

—Todo por el Emperador —dijo Odrameyer—. Todo por el Imperio. He visto su obra. Sirvo a su propósito.

Los vehículos que quedaban gemían mientras las ruedas motrices crujían sobre cojinetes moribundos. Los cañones se habían quedado sin munición o estaban atascados, obstruidos por algas pegajosas, plaquetas de carne o cosas peores.

Pero aún conservaban su masa. Aún conservaban su peso.

—¡Adelante! —gritó el coronel. Tenía la garganta irritada. Le costaba respirar. Sus pulmones exhalaban aire impregnado de

sangre. El tren de guerra era una carraca moribunda. Los peregrinos habían caído. Su regimiento estaba destrozado. Pero el bombardeo orbital seguía volando en pedazos a los demonios y devolviéndolos al infierno del que habían salido. Dentro de las instalaciones médicas, podía ver los fogonazos de los disparos y oír el traqueteo de los rifles bólter. Un par de tanques de color hueso y azul contenían una marea de portadores de plaga en uno de los lados del hospital. Los Adeptus Astartes seguían luchando. Odrameyer sabía que se moría, pero serviría hasta el final. La victoria estaba a su alcance.

Los tanques siguieron avanzando, aplastando a los demonios bajo las orugas. Las fuerzas enemigas estaban muy mermadas y parecían haber perdido la coordinación. Sus imponentes bloques se habían dividido en grupos dispersos que iban de un lado a otro dando tumbos. Así y todo, seguían siendo peligrosos. Primero uno y luego otro de los tanque de Odrameyer se detuvieron y se hicieron pedazos, corroídos por el roce letal de los demonios.

—¡Avanzad! —gritó—. ¡Por el Emperador! ¡Por Cadia! ¡Por el Imperio!

El muro de las instalaciones médicas estaba justo delante. Odrameyer se agarró con fuerza a los bordes de la torreta mientras avanzaban directamente hacia él.

Los portadores de plaga emergieron de todas partes a la vez. Justinian y sus últimos hombres se unieron a los supervivientes del cuerpo especial y formaron un círculo alrededor del sacerdote mientras acribillaban a todo lo que se movía. La armadura de Justinian había dejado de deteriorarse. Su pistola bólter volvía a disparar sin dificultad. A su espalda había una luz que provenía del sacerdote, brotaba de los ojos del cráneo que llevaba consigo a todas partes y se proyectaba alrededor de su cabeza.

—Manteneos cerca del sacerdote —les ordenó Justinian—. Él nos protege de todo daño.

—El Emperador os protege —lo corrigió Mathieu con voz distante. Se aferró al servocráneo. —Llevadme hasta el caldero. El

Emperador lo ordena.

—Haced lo que dice —dijo el marine. Decidió creerlo, porque era su única opción.

El caldero estaba a solo unos metros de distancia, pero los portadores de plaga llegaban desde todos los lados, colándose por las paredes rotas y las puertas caídas con una actitud que se parecía mucho al pánico.

—Me he quedado sin proyectiles. —Maxentius-Drontio tiró el rifle bólter al suelo y desenfundó la pistola y el cuchillo de combate. Luego le voló el ojo saltón a un demonio, que se desplomó como un saco lleno de vísceras.

Unas manos suaves intentaban agarrarlos mientras unas espadas negras se abalanzaban sobre ellos lentamente. Aunque los ataques eran fáciles de esquivar, eran demasiados para poder detenerlos todos. Los demonios presionaban contra el círculo de marines. Poco después, uno de sus hermanos de batalla cayó.

Entretanto, Mathieu no dejaba de murmurar plegarias.

—¡Oh, Emperador! Me entrego a ti para que puedas usarme como instrumento, para romper este perverso receptáculo de pestilencia y liberar a Iax de su sufrimiento. Oh, Emperador, ¡llévame a donde mejor pueda servirte!

Aunque la avalancha era cada vez más densa, los demonios se veían obligados a retroceder ante Mathieu, debilitados por el poder psíquico que manifestaba el sacerdote, que a su vez protegía a los marines de sus diabólicos males.

Sin embargo, los portadores de plaga no eran la única amenaza a la que se enfrentaban los Space Marine.

De repente, los demonios dejaron de forcejear y se separaron. El caldero estaba cerca, pero no lo suficiente para que pudieran tocarlo.

Justinian dio por sentado que no lo alcanzarían.

La Gran Inmundicia que había matado a Edermo avanzaba pesadamente hacia ellos. Aunque estaba herido de gravedad, seguía siendo letal.

Levantó la espada. Jadeaba y de la boca le goteaba sangre negra, pero los miró con el ceño fruncido.

—*Me gustaría que os apartarais del caldero del Abuelo, mortales. Sed buenos chicos*.

Los marines respondieron con disparos. Los proyectiles bólter impactaron contra el cuerpo del demonio, que frunció aún más el ceño.

—*Mala elección* —dijo, y vomitó un torrente de baba, gusanos, bilis y huesos medio digeridos sobre ellos.

—Oh, Emperador, oh, Emperador, protégenos ahora —murmuró Mathieu.

El vómito del demonio chocó contra una fuerza invisible que rodeaba a los Novamarines y se desvaneció en columnas de vapor frío y libre de corrupción.

—*Está bien* —espetó Ku'Gath con tono irritado—. *Hagámoslo por la vía física*. —Levantó la espada.

—¡Dividíos! —gritó Justinian mientras agarraba al sacerdote y lo empujaba hacia delante antes de derribar a un demonio menor con la hombrera. La hoja del demonio zumbó en el aire y golpeó a Vasilon. El arma, más que cortarlo, lo aplastó y el marine cayó al suelo sin vida.

—*Uno menos, quedan siete. Qué apropiado* —dijo el demonio.

Justinian se volvió, obligando al sacerdote a quedarse detrás de él, y disparó hasta vaciar el cargador de su pistola bólter. Para su consternación, las heridas que Edermo le había infligido a Ku'Gath se estaban cerrando.

—*Tú eres el siguiente, pequeño engendro del Dios Cadáver* —declaró el demonio, señalando a Justinian con un dedo verrugoso—. *Eres demasiado pendenciero*.

—¡Atrás! —gritó Justinian, empujando al sacerdote hacia el caldero.

La espada se elevó en el aire. Justinian recargó y continuó disparando.

Los preparativos de su muerte se vieron interrumpidos de forma abrupta.

El muro exterior de la sala del caldero estalló en pedazos. Un tanque de batalla Leman Russ adornado con la heráldica personal del coronel Odrameyer atravesó la pared y fue directo hacia la Gran

Inmundicia. Antes de que Ku'Gath pudiera reaccionar, el cañón oxidado le atravesó el pecho. El impacto hizo que el tanque se encabritara, desequilibrando al demonio y arrastrándolo hacia atrás, arrancándole trozos de carne putrefacta antes de aplastarlos contra las losas de pavimento. Ku'Gath se quedó clavado en la pared, con la cabeza obesa abierta y bamboleándose de una manera que, en otras circunstancias, habría resultado cómica.

Un torrente de suciedad negra se derramó sobre el tanque de Odrameyer. El vehículo empezó a desintegrarse y mutar a la vez al entrar en contacto con la sangre del demonio. Algunas partes palpitaban a medida que el plastiacero se transmutaba en carne ulcerada. Debajo de la torreta se abrieron unos orificios arrugados que gemían y eructaban un gas apestoso. El poder de la disformidad se cernía sobre él. Un bólter pesado se desprendió y cayó sobre el soporte del suelo con un golpe suave, se reblandeció y empezó a alejarse a rastras. El motor escupió una nube de humo negro y murió. La superficie se llenó de vetas de óxido y tumores carnosos que se extendieron hasta el propio coronel.

Justinian y sus hombres seguían disparando. Los portadores de plaga estaban muriendo. Odrameyer se soltó la mano de un tirón, desgarrando la carne que empezaba a fundirse con el metal. La piel había empezado a derretírsele como la cera, pero siguió arrastrándose hacia delante con determinación, dejando una estela de sangre carmesí a su paso.

Consiguió ponerse de pie de algún modo y clavó la mirada en el único ojo que le quedaba a Ku'Gath.

—*Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?* —dijo Ku'Gath. Un icor viscoso le cayó por la barbilla.

—Un fiel servidor del Emperador —declaró Odrameyer. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, clavó la espada de energía en la cuenca vacía del demonio. Una última descarga de energía procedente del generador moribundo coció los sesos de Ku'Gath.

»Alabado sea —susurró Odrameyer justo antes de morir.

Con un suspiro apesadumbrado, el alma del Padre de la Plaga huyó de vuelta al jardín y a la reprobación del Abuelo.

Los portadores de plaga lloraron al ver desterrado a su señor, pero eso los hizo luchar con más ahínco. Maxentius-Drontio estaba acorralado y Achilleos a punto de verse arrollado.

Mathieu fue hasta el caldero a gatas. Incluso él, guiado como estaba por su fe en el Emperador, no pudo resistir su poder estando tan cerca. Aunque su magia diabólica hizo que piel se le llenara de ampollas, se atrevió a extender el brazo hacia uno de los grandes artefactos del Dios de la Plaga.

—Por ti, mi Emperador, presto mi último servicio —dijo.

Sus palabras trascendieron el tumulto de la guerra. Justinian se volvió a tiempo para ver cómo tocaba la superficie de hierro del caldero.

Mathieu dejó escapar un grito extasiado.

La luz lo envolvió. Su servocráneo se hizo añicos. Se oyeron gritos desgarradores procedentes de todos los rincones. Los portadores de plaga se evaporaron frente a la luz. Los marines salieron despedidos lejos del caldero, como si se hubieran visto arrastrados por la onda de sobrepresión del proyectil de un macrocañón.

Justinian se estrelló contra la pared.

Mientras caía al suelo, vio cómo Mathieu y el caldero desaparecían tras un muro de una luminosidad sobrecogedora. Por un momento, creyó ver a un gigante dorado que hacía caer una espada de fuego sobre el caldero, con los ojos llenos de tristeza, pero una expresión de determinación en el rostro.

Se oyó el tañido de una gran campana. Una sensación de liberación brotó del epicentro del torbellino psíquico. Fue una sensación casi mortal, pero pura, que se llevó consigo toda la corrupción. A partir de ese momento, la influencia de la disformidad cesó por completo.

Abrumada por lo que acababa de presenciar, la mente de Justinian se refugió en la seguridad de la inconsciencia.

En el puente de mando de la *Honor de Macragge*, un joven oficial se levantó de un salto de su puesto y, con voz excitada, anunció:

—Mis señores, el augur psíquico detecta un descenso en los niveles de interferencia de la disformidad en el marco del espacio real de Iax. La tormenta se ha interrumpido.

Colquan se inclinó un poco hacia delante.

—Activad las pantallas de los principales dispositivos tácticos, ahora —ordenó Khestrin.

Sobre el pozo hololítico central se proyectó una imagen del globo contaminado de Iax. Al principio se mostró inseguro, casi tímido, como si intentara esconderse. Luego se estremeció y los continentes, hasta entonces borrosos, se solidificaron. Un cúmulo de relámpagos estalló desde un punto central. La tormenta de rostros vociferantes se disolvió hasta convertirse en un manto de nubes inocuas. La agitación de la atmósfera se aquietó.

Desde el centro de comunicaciones y el núcleo de mando estratégico, desde el trono de mando de Khestrin y la sala de control de artillería, desde todos los sectores de la nada surgió una cacofonía de voces, timbres y alertas de adquisición de objetivos. Una avalancha de datos se diseminó por todo el planeta. Alrededor de Primer Desembarco, en Ephoris, Arteria y otros lugares, las señales de los transpondedores imperiales empezaron a acumularse.

—El artefacto ha sido destruido —afirmó el magos jefe de los augures psíquicos—. Repito, el artefacto ha sido destruido. Se ha registrado una reducción masiva en el nivel de solapamiento de la disformidad, y continúa decreciendo.

—¿Le hemos dado?

—Impacto negativo, mi señor —informó el comandante de artillería—. Han debido ser los Space Marine. Empiezan a llegar las señales del transpondedor.

—Fuera lo que fuera, se ha ido. Alabado sea el Trono Dorado —dijo el oficial de los augures psíquicos.

La cubierta se llenó de vítores. Khestrin le sonrió abiertamente a Colquan.

El tribuno asintió de manera casi imperceptible.

—Intensificad las maniobras de evacuación de todas las fuerzas imperiales. El camino está despejado —ordenó el señor de la flota.

Se irguió y relajó un poco los hombros—. Comando Exterminatus, deteneos.

—¿Qué hay del primarca? —preguntó Colquan.

—No tenemos noticias. Su señal es errática. La cúpula de energía se mantiene intacta —respondió un oficial estratega.

—Ya hemos conseguido asegurar las balizas de teleportación —informó Khestrin.

—Indirecta recibida y acatada —dijo el tribuno. Se puso el casco, lo selló y cogió la lanza guardiana que sujetaba el servidor que lo acompañaba—. Asistiré a las fuerzas de rescate para contener a la Death Guard y agilizar la retirada de nuestros hombres. Preparaos para un bombardeo planetario completo solo a mi señal. La batalla solo está ganada a medias. Intenta resistir la tentación de volar por los aires el mundo favorito del primarca en mi ausencia.

Colquan partió hacia el teleportarium, dejando atrás el frenético intercambio de coordenadas con el que la Flota Primus se preparaba para aniquilar al ejército de Mortarion.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

POR EL EMPERADOR

Percibió la destrucción del caldero como un tañido, como el repique de una campana que se siente, pero no se oye.

Un terremoto sacudió el jardín. Las extrañas criaturas demoníacas que lo habitaban entonaron una cacofonía de gritos y quejidos. En las zonas de Iax sobre las que se había superpuesto, la realidad tembló y se consolidó y el jardín comenzó a desvanecerse.

—*Imposible* —susurró Mortarion.

El cadáver de su hermano se contrajo. La Armadura del Destino no era más que un caparazón corroído, pero, de algún modo, su fuente de energía se había reiniciado y había luces parpadeando por todas partes.

El rostro ennegrecido de Guilliman se levantó y lo miró. Mortarion sintió que algo enorme y peligroso se movía en la disformidad. Algo que no había sentido en mucho tiempo.

La espalda de Guilliman se arqueó. La armadura había empezado a vibrar y a emitir una señal psíquica que cobraba fuerza a medida que los mecanismos arcanos de su interior se activaban.

La tierra volvió a temblar. El segundo tañido de la campana invisible sembró el pánico entre los habitantes del jardín. Los árboles se resquebrajaron al arrancar sus raíces del suelo en un intento por huir. Un millón de especies de moscas demoníacas salieron

zumbando de los campos de cadáveres y se alejaron en grandes enjambres. Los nurgletes gritaron y corrieron tan rápido como les permitían sus diminutas piernas.

Mortarion se incorporó a toda prisa, levantó a *Silencio* y se dispuso a dejarla caer sobre Guilliman, a destruirlo de una vez por todas y tomar su alma como sacrificio al gran dios Nurgle, aunque no pudiera llevarse sus mundos con él.

Pero fue incapaz de moverse.

Los ojos de Guilliman brillaban con un poder puro e incandescente. Los últimos restos de su carne putrefacta se consumieron y, en su lugar, se extendió una red de capilares plumosos de los que empezó a brotar sangre nueva, inmaculada por la Plaga Divina. El metal de la Armadura del Destino centelleó y, de forma inexplicable, comenzó a rehacerse. Las brillantes filigranas iban apareciendo a medida que el deslustre se agrietaba y se desprendía. Los cables de la coraza crecían y se reconectaban con la misma celeridad con la que se regeneraba la piel de Guilliman.

El no suelo del jardín se sacudió con violencia. Los demonios, grandes y pequeños, salían gritando de sus escondites y huían en una estampida caótica. A lo lejos, visible siempre desde cualquier parte del jardín, la Mansión Negra de Nurgle tembló y Mortarion sintió otra presencia, tan poderosa como la primera, mirándolo desde detrás de unas ventanas que siempre estaban tapiadas.

El suelo se resquebrajó y fracturó. Una blancura deslumbrante brotó de las grietas. El cuerpo de Guilliman se elevó y quedó suspendido en el aire, sostenido por un pilar de luz resplandeciente donde giró lentamente hasta quedar en posición vertical. Extendió la mano y la *Espada del Emperador* apareció en su mano, ardiendo con la intensidad de mil soles.

—Me habla, hermano —declaró Roboute Guilliman—. ¿A ti no?

La insufrible luminosidad envolvió a Guilliman, tan deslumbrante que Mortarion tuvo que levantar los brazos para protegerse de ella.

—*¿Padre?* —dijo Mortarion, con la voz temblorosa como la de un niño al que han descubierto cometiendo un delito pequeño pero imperdonable.

—Soy su mano derecha, hermano —prosiguió Guilliman—. Soy su general, su campeón. Soy el Hijo Vengador. Su poder me preserva.

El paisaje oscilaba entre el campo de batalla en Iax y el Jardín de Nurgle. El suelo del jardín se estaba ondulando.

—*¡Esto es imposible! Deberías estar muerto*.

Se oyó el crujido de una puerta, débil pero portentoso, procedente de la mansión. Las puertas de la casa de Nurgle nunca se abrían.

Mortarion se volvió muy, muy despacio y miró hacia la gran casa. En el centro de un hastial anodino se había abierto un postigo diminuto y solitario, un recuadro de una negrura aún más profunda que la de la madera.

—*Perdóname, Abuelo* —se lamentó.

Guilliman miró más allá de él y sintió que algo miraba a través de sus ojos, viendo todos los mundos a la vez. Unos ojos tan brillantes como el núcleo mismo de las galaxias contemplaban la imponente casa negra.

—Eres un traidor —dijo Guilliman, con una voz que no parecía del todo suya—. Has echado por tierra todo lo que podría haber sido, pero eres una víctima tanto como un monstruo, Mortarion. Quizá algún día puedas salvarte. Hasta entonces, debes volver junto al amo que elegiste.

—*¡No!* —gritó Mortarion, pero ya era demasiado tarde. Una fuerza invisible lo envolvió y tiró de él con fuerza. Salió despedido hacia atrás, dando tumbos en el aire a través del jardín, hacia la casa negra del Dios de la Plaga. Sintió un momento de auténtico terror justo antes de precipitarse a través del portal abierto, que se cerró de golpe tras él, atrapándolo junto a un dios aún más horrible.

Nurgle estaba disgustado.

Guilliman recorrió el Jardín de Nurgle con la mirada. Se hallaba entre dos mundos. La disformidad era algo cambiante, nunca constante.

El jardín era una colección de ideas. No tenía forma real y, a través de él, era posible ver un millón de otros mundos que lo

sustentaban, los sueños de las almas de los vivos y los muertos y, más allá, como si se vislumbrara a través de bancos de reluciente bruma marina que se evaporaban bajo el sol matutino, el campo de batalla de Iax.

—¡Escúchame! —La voz de Guilliman retumbó a través de las eternidades. Las llamas de la espada se avivaron, amenazando con consumir el tiempo mismo. —Mi nombre es Roboute Guilliman, último hijo leal del Emperador de Terra. No está en tu destino morir hoy, Dios de la Plaga, pero quiero que sepas que voy a por ti. Te encontraré y arderás.

Empuñó la *Espada del Emperador* con las dos manos y la sostuvo en alto. Una ola creciente de fuego empezó a propagarse por el jardín. Desde la gran mansión se oyó un grito cargado de rabia mientras un muro de llamas más ardientes que un millón de soles lo devoraba todo a su paso. La ola rompió y empezó a retroceder a pocos metros de las paredes negras de la casa de Nurgle. Sus salas infinitas se sacudieron con violencia. Varias tejas musgosas se precipitaron desde el tejado mientras los maderos empapados humeaban.

—Esto es una advertencia. La disformidad y el materium una vez estuvieron en equilibrio. Durante mucho tiempo, te has dedicado a inclinar la balanza. Entiende que la disformidad no es la única capaz de ejercer presión. Este reino no es real. Y ninguno de ellos podrá nunca doblegar mi voluntad. Puedes estar seguro, Señor de las Plagas, y asegúrate de transmitir este mensaje a tus hermanos, de que no hablo en mi nombre.

»Hablo en nombre del Emperador de la Humanidad.

Entonces empezó a caer, una y otra vez, precipitándose hacia el vacío hasta que su rodilla golpeó el suelo y despertó a la realidad una vez más.

Guilliman abrió los ojos. Estaba arrodillado en el suelo de Iax. La *Espada del Emperador* estaba enterrada en la tierra resquebrajada con la punta hacia abajo. Sus llamas habían convertido en cristal

todo lo que lo rodeaba. Había armaduras calcinadas desperdigadas a su alrededor. Solo él estaba intacto.

Mortarion no estaba por ninguna parte.

Se puso de pie. La presencia que lo había habitado había desaparecido. El aire estaba limpio. No había signos de corrupción en las proximidades y sabía que la *Espada del Emperador* había destruido la Plaga Divina. El escudo psíquico de Natasé seguía delimitando el campo de batalla, pero a través de él podía ver cielos despejados y nubes caldeadas por el fuego de lanza. Un bombardeo feroz asolaba al ejército de Mortarion mientras retrocedía, sin liderazgo y claramente superado, arropado por las nieblas venenosas.

El aire crepitó. Unos gigantes dorados se materializaron a su alrededor. Un poco más allá, otros picos de energía anunciaban la llegada de más Custodios a la retaguardia de las líneas de la Death Guard. Antes de acabar el día, habría una gran matanza de traidores.

Maldovar Colquan se acercó.

—¿Ha acabado?

—Ha acabado. Mortarion se ha ido. Su red ha sido destruida —afirmó Guilliman—. La Guerra de la Plaga ha terminado —declaró.

Y enfundó la *Espada del Emperador*.

La teleportación era un medio de transporte instantáneo, pero había un lapso infinito entre los momentos en el que se podía palpar la disformidad. A veces doraba una eternidad, pero esa eternidad siempre caía en el olvido.

Pontus Varsillian, el Glorificado, volvió a experimentar uno de esos momentos, como había hecho tantas veces antes. Pero esta vez fue diferente.

Los libros de su orden relataban que, antiguamente, el Emperador tocaba las mentes de todos los miembros de su Guardia Custodia. Que veía a través de sus ojos y que compartían sus pensamientos con Él. Durante diez milenios, se habían visto privados

de esta comunión. Habían estado solos, sin ser conscientes de su soledad.

Durante ese breve y eterno momento en el que Varsillian quedó suspendido entre el materium y el immaterium, ese vacío se llenó. Podría haber jurado que algo miraba a través de él, que había estado solo toda su vida sin darse siquiera cuenta, y que ahora ya no lo estaba.

La sensación pasó.

La baliza de teleportación lo condujo a un lugar devastado. Él y sus hombres llegaron a un campo donde se había librado y perdido una batalla. Las laderas cenagosas estaban sembradas de tanques destrozados. El cadáver de un tren de la Eclesiarquía asomaba a unos pocos cientos de metros de distancia. Había cuerpos desperdigados por todas partes, la mayoría de ellos convertidos en montones de huesos enverdecidos que parecían llevar décadas allí. También había manchas de una sustancia viscosa que marcaba los lugares donde habían caído los demonios. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido allí, ya había terminado. El humo se desplazaba a ras de suelo empujado por un viento cada vez más fuerte. La niebla que lo precedía ya se perdía en el horizonte. Aunque era de noche, en el este, sobre los pantanales, se intuía la llegada de un nuevo amanecer.

—Desplegaos en abanico —les ordenó a sus hermanos—. Localizad a los supervivientes. Gelistan, Hadrianus, conmigo.

Varsillian se dirigió a las instalaciones médicas. Se toparon con un par de tanques gravíticos del Adeptus Astartes en el camino. Ambos estaban apoyados en el suelo con los campos gravíticos desactivados. Dentro y alrededor de los vehículos había una docena de Novamarines. Varios de ellos seguían vivos, pero todos estaban inconscientes.

—Marcad sus posiciones —dijo Varsillian—. Pedid que envíen transportes de evacuación medicalizados.

Accedieron al recinto. Se encontraron con salas en ruinas, afectadas por siglos de decadencia, aunque solo había pasado una fracción de ese tiempo desde que el enemigo había invadido las instalaciones. Había matas de plantas carnosas marchitas y más

charcos nocivos donde habían muerto otros demonios. Pero no vieron ningún indicio que apuntara a la presencia activa de los no nacidos, ni a simple vista ni por medio de los sofisticados sensores integrados en sus armaduras.

Se adentraron más en el edificio. Todo estaba sumido en un silencio sepulcral. No había más señal de vida que la del viento. En lo alto, el manto de nubes empezaba a disiparse, dejando entrever algunos jirones de cielo.

—Detecto cinco Adeptus Astartes con vida en la cámara central —informó Hadrianus a través del sistema de comunicación. En la pantalla del casco de Varsillian aparecieron cinco indicadores de posición.

—Entonces, empecemos por ahí —dijo el guardián.

Atravesaron pasillos bloqueados por montañas de escombros. Se cruzaron con los cadáveres de varios Novamarines. Se aseguraron de registrar sus posiciones. Aunque sus cuerpos estaban demasiado afectados por la plaga y las mutaciones como para poder cosechar su semilla genética, tanto ellos como sus equipos de batalla serían tratados con honor. Los cinco signos vitales emitían pulsos débiles desde unas armaduras que seguían activas gracias a los sistemas de emergencia. Los Custodios accedieron a la cámara central y encontraron a los Adeptus Astartes tendidos alrededor del punto de origen de una explosión.

—La cámara del artefacto, sin duda —comentó Gelistan. No quedaba nada, solo una mancha negra en el suelo. Varsillian se acercó mientras sus compañeros comprobaban el estado de los Adeptus Astartes y allí encontró un sexto cuerpo, humano estándar, tan pequeño que al principio pensó que era un montón de trapos.

—Este también está vivo —informó Varsillian. Hadrianus se unió a él.

—¿Cómo es posible? —exclamó—. Los marines salieron despedidos por la explosión. ¿Cómo sigue él aquí?

—Está enfermo —respondió Varsillian mientras giraba el cuerpo con cuidado. Un rostro enfermizo y demacrado lo miró con ojos invidentes—. El militante apostólico —dijo.

Mathieu inhaló con dificultad. Las manos se le contrajeron.

—Ayudadme —dijo.

—Descansa, la ayuda ya está en camino —lo tranquilizó.

—Ayuda no —se quejó el sacerdote—. Debo… Debo llegar a él. Tengo un último mensaje que entregarle, por orden del Emperador. Debo hablar con el primarca.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

EL GAMBITO DEL PADRE DE LA LLUVIA

—*El problema de vosotros, los psíquicos* —dijo Rotigus, lanzando un torrente de agua apestosa contra Tigurius—, *es que os sobrestimáis*.

Un escudo azul de poder espiritual brilló frente a Tigurius y el diluvio de Rotigus se estrelló contra él. El agua se desperdigó alrededor del bibliotecario, repelida por su poder, salpicando valiosos tomos que se convirtieron en montones de basura empapada de los que empezaron a brotar zarzas.

El Padre de la Lluvia continuó lanzando hechizos contra el bibliotecario, obligándolo retroceder. Tigurius dispersó los rayos de energía corruptora con su báculo y, aunque evitó que lo alcanzaran, impactaron contra varios de los libros enjaulados que bordeaban el pasillo, haciendo que se pudrieran, que se transformaran o que estallaran en llamas. Una mezcla de humo y gases malolientes inundaron el estrecho pasaje.

—*Me habían dicho que eras un guerrero poderoso. Qué decepción. Cuando por fin me enfrento a ti, me encuentro con este… este… ejemplo*.

Rotigus movió su vara hacia delante. Unos bucles estridentes de energía carmesí salieron disparados hacia Tigurius, que apenas tuvo

tiempo de desviarlos. Estallaron entre las jaulas y las hicieron implosionar entre chirridos metálicos.

El bibliotecario no dijo nada, rehusando entrar en un debate con el Padre de la Lluvia, pero respondió exhibiendo su propio poder. Atrajo la disformidad hacia sí con tanta vehemencia que, por un momento, Fabian sintió que la realidad se deformaba. Un rayo surgió del extremo de su báculo. Rotigus intentó bloquearlo con un muro hirviente de inmundicia conjurado de la nada, pero la energía lo atravesó y se clavó en el centro del pecho de la Gran Inmundicia, donde dejó una telaraña de quemaduras sobre la piel putrefacta.

Rotigus tosió y un géiser de gusanos manó de su boca principal.

—*Con que sí muerdes* —dijo mientras se sacudía las alimañas de los labios. Extendió el brazo izquierdo y le arrojó una bola de moscas desde la boca que tenía debajo de la mano. La bola golpeó a Tigurius con la fuerza de una piedra lanzada por una catapulta, haciéndolo retroceder antes de abalanzarse sobre él y empezar a roer la ceramita de la armadura. —*Pero yo tengo más dientes que tú* —dijo.

Tigurius se envolvió en una corona de llamas y redujo a cenizas a las moscas.

—Esfuérzate más, demonio —lo instó.

Fabian rodó sobre sí mismo y se puso a cuatro patas. Al hacerlo, se mareó y tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio mientras tomaba grandes bocanadas de aire viciado y reciclado. Le dolía todo el cuerpo y tenía el estómago revuelto. La realidad se deformaba como el cristal fundido al verse sometida al castigo del duelo psíquico.

«La biblioteca sigue aquí —pensó—. Yo sigo aquí».

Comprobó uno a uno los sistemas de su traje, como le habían enseñado, para distraerse del caos desatado por Rotigus. Una risa sobrenatural hizo vibrar el aire. Unos gusanos del tamaño de sus dedos empezaron a abrirse paso a través de las paredes y el suelo. Al notar que uno de ellos le rozaba la mano, encogió el brazo aterrorizado, pero la criatura simplemente se retorció, sin hacerle daño.

Aquella imagen le dio las fuerzas que necesitaba para levantarse, aunque estuvo a punto de desmayarse y tuvo que apoyarse en la pared.

En la sala, el humo era cada vez más denso. Rotigus y Tigurius continuaban luchando, pero habían empezado a alejarse de él, de vuelta a las estanterías más altas.

Sus ojos se clavaron en el libro que yacía en el suelo. Todos los demás que había en la habitación eran un montón de papilla ilegible. ¿Qué horrible secreto ocultaban las páginas del superviviente?

No podía moverse. Debería marcharse. No debería cogerlo, pero, ¿qué daño podía hacerle? Había visto incontables grimorios prohibidos que albergaban secretos capaces de destruir la mente. Este no parecía ser uno de esos, ya que habían decidido mantenerlo en una habitación lateral que, pese a estar protegida por una pesada puerta, no contaba con los sellos de protección ni los circuitos psíquicos que solían emplearse para restringir el acceso a cosas como los tomos de los hechiceros. Solo era un libro. La cubierta estaba contra el suelo, con el título oculto.

Los sonidos de la lucha resonaban por el pasillo. Tigurius acababa de golpear a Rotigus con el báculo. Las matrices cristalinas del interior del asta ardieron como muros de luz que llenaron la piel del demonio de heridas en forma de cráter. Rotigus asestó un golpe con la vara, pero Tigurius la detuvo con la cabeza astada del báculo y la repelió. Golpeó el suelo con el extremo del asta, enviando una onda expansiva que hizo que las lorzas del demonio ondearan y las papadas se le agitaran. La boca que tenía en el vientre intentó morder al bibliotecario. Tigurius respondió al ataque destrozándole los dientes con una descarga concentrada de energía.

Fabian no podía salir. El combate bloqueaba el pasillo. Volvió a mirar el libro. ¿Debería cogerlo?

Rotigus se estampó contra las estanterías enjauladas y las destruyó por completo. Tigurius estrelló la cabeza del báculo contra la boca que el demonio tenía en el brazo y le partió los colmillos. La lengua se seccionó y cayó al suelo. Rotigus soltó un chillido, un sonido increíblemente agudo y afeminado, y se agarró la herida.

—Se acabó, demonio —dijo el bibliotecario, levantando el báculo para atacar de nuevo.

Un tañido resonó en la biblioteca, débil y poderoso a la vez. Tres repiques que hicieron que la realidad se deformara todavía más y que la biblioteca se sacudiera con violencia. Los libros se precipitaron de las estanterías en avalancha y quedaron suspendidos de sus cadenas como pajarillos muertos colgados por agricultores vengativos. Tigurius se tambaleó.

Rotigus volvió a ponerse en pie.

—*Así es, humano*. —Hizo caer la vara con fuerza sobre Tigurius. La capucha psíquica que rodeaba la cabeza del bibliotecario jefe explotó, dejándolo aturdido. Su enorme armadura se desplomó contra el suelo y las luces que brillaban en su capucha y en torno a su bastón se apagaron.

»*Nada impresionante* —dijo el demonio chasqueando la lengua. Se frotó la boca herida con una mueca de disgusto.

La Gran Inmundicia volvió a centrar su atención en Fabian.

—*Ay, sigues aquí. Muy bien*. —Fue arrastrándose por el pasillo hasta él, encorvado como un simio.

Fabian no tenía a donde ir. Se sentía entumecido, ajeno a toda sensación, incluso al miedo. Rotigus era una visión tan horrible que resultaba fácil creer que el demonio no era real y que todo aquello era una pesadilla. Pero estaba sucediendo. El historiador se quedó petrificado mientras el Padre de la Lluvia se acercaba.

—*No pretendo hacerte daño, buscador de la verdad. Mira, ¡mírame!*

Extendió una mano hacia Fabian, que vio cómo se desintegraba ante sus propios ojos. La piel se desprendió de los músculos reverdecidos por la putrefacción. Las venas se arrugaron. Los tendones se resecaron y quebraron. Los dedos se le cayeron y se derritieron en el suelo.

—*¿Ves? Ha acabado* —dijo el demonio mientras le enseñaba el muñón—. *Los planes de Mortarion han fracasado y, por tanto, debo irme. La red de corrupción que tanto le costó establecer se ha deshecho y la influencia de la disformidad desaparece de Ultramar. Con esto me despido. Disfruta de tu libro, lectorcillo*.

Rotigus se hundió sobre sí mismo mientras la piel se le desgarraba como seda vieja y un chorro de agua sucia se derramaba a su alrededor. Lo último en desaparecer fue la cabeza, que se plegó como una máscara desechada antes de disolverse en una columna de humo negro.

Después de sopesarlo un momento, Fabian cogió el libro del suelo, salvándolo del charco de inmundicia que rezumaba de los restos del demonio, y fue cojeando por el pasillo hasta donde estaba el bibliotecario jefe. En el pasillo, los libros que no se habían podrido se habían incendiado, y el fuego empezaba a propagarse por la estructura principal de la biblioteca. Oyó cómo los cristales de datos se rompían en la distancia. De no ser por el traje ambiental, habría muerto en cuestión de segundos, afectado por alguna enfermedad o asfixiado por el humo.

Activó el sistema de comunicación y vio que los canales estaban libres.

—Mando del capítulo, al habla Fabian Guelphrain, historiador majoris, solicitando ayuda. Lord Tigurius está herido y la Biblioteca de Ptolomeo está en llamas. Por favor, venid a buscarnos.

Hubo un breve retraso.

—Afirmativo. Posición registrada. Equipos de supresión de incendios y apotecarios en camino. Quedaos donde estáis.

—No sé si va a ser posible —murmuró Fabian.

El enlace de comunicación se cortó.

Una pila de libros se desplomó con estruendo al final del pasillo, enviando una tormenta de brasas en su dirección. Sintió una profunda tristeza al pensar en cuánto conocimiento estaba a punto de perderse y ofreció una pequeña plegaria al Emperador para que parte de ese conocimiento se salvara.

Movido por ese pensamiento, dio la vuelta al libro que sostenía. Tenía un aspecto de lo más corriente. No llevaba marca de autor, pero sí un título. Fabian lo leyó en voz alta:

—El reinado del Emperador Sanguinius, una historia.

Frunció el ceño al leerlo. No tenía ningún significado para él. Hasta donde él sabía, Sanguinius nunca había sido emperador de

nada. ¿Acaso le habían dedicado una obra fantástica? ¿Era aquello una especie de broma cósmica perpetrada a su costa?

La simple idea de que un dios deseara mofarse de él lo llenó de terror.

La mano de Tigurius se contrajo. Su casco se movió entre los restos humeantes de la capucha psíquica.

Fabian se apresuró a meter el libro en una bolsa de munición que llevaba en el muslo. Cupo por los pelos.

—El demonio —dijo Tigurius.

—Se ha ido —lo tranquilizó el historiador.

El bibliotecario se incorporó despacio. Fabian descartó la idea de ayudarlo. No había forma de que pudiera mover semejante masa de metal y carne. Solo sería un estorbo.

—Ya vienen a buscarnos —dijo—. Sugiero que esperemos ahí dentro, con la puerta cerrada. —Señaló hacia la habitación. —Tú seguro que podrías sobrevivir aquí fuera, pero yo no tengo ningún deseo de quemarme vivo.

Tigurius asintió, todavía un poco atontado.

CAPÍTULO CUARENTA

SAN MATHIEU

—¿Sigue vivo? —preguntó Guilliman.

El quiromante Bazhiri, capitán de la nave de aislamiento *Santuario*, asintió con solemnidad. Dada la magnitud de sus responsabilidades, Guilliman dudaba que el hombre pudiera adoptar alguna expresión que no fuera solemne. La embarcación que comandaba era una nave mortuoria de la que pocos de los que entraban salían con vida. Las enfermedades que Bazhiri trataba eran tanto del alma como del cuerpo. Había sido testigo de los peores males conjurados por la disformidad. Por necesidad, era también un psíquico de rango medio, un individuo inusual que poseía las habilidades propias de un cirujano y un hechicero.

«Qué tiempos estos —pensó Guilliman—, en los que individuos como este deben servir al Emperador».

—Sí, lord regente —aseveró el capitán quiromante—. Está vivo.

Guilliman exhaló, pensativo, y casi suspiró. Estaba agotado, pero aún le quedaba mucho por hacer. Reflexionó sobre si recibir a Mathieu sería más una indulgencia que una necesidad. Por un lado, la designación del sacerdote podría verse como uno de sus inusuales errores. Pero, por otro, no podía evitar preguntarse si esa designación había sido realmente elección suya y, si no lo había sido, hasta qué punto era nada su elección.

Pensó en el jardín.

Miró por la triple capa de cristal blindado que protegía la sala de tratamiento. En cada panel había símbolos sagrados grabados. En algún lugar cercano, varias máquinas esotéricas se esforzaban por contener la influencia de la disformidad.

Mathieu ocupaba la única cama que ocupaba el centro de la habitación. El espacio que lo rodeaba estaba atestado de equipos médicos. Él estaba envuelto en una bata blanca manchada por la supuración de sus numerosas úlceras. No estaba herido; todas las lesiones que le cubrían la piel eran fruto de la enfermedad que lo afligía. Más que un hombre, parecía un montón de palos cubiertos de piel, unidos de cualquier manera para darle forma humana. Había empezado a perder el pelo, una de las pocas cosas de las que siempre se había enorgullecido, y ahora cubría toda su almohada. Tenía las mejillas hundidas bajo la mascarilla de oxígeno. Tenía los ojos clavados en el techo, con la mirada perdida, mientras lloraba lágrimas purulentas.

—¿Cómo es posible que siga vivo? —Guilliman miró al médico. —Desde un punto de vista puramente físico, médico.

—¿Desde un punto de vista médico? —respondió Bazhiri—. No sé cómo. Debería ser imposible. Se adentró en la parte más contaminada de Iax sin protección. Por lo que me contó el Adeptus Astartes que lo trajo, se enfrentó a una de las grandes criaturas de la plaga del enemigo. Tocó un artefacto corrompido. Como podéis ver, ha estado expuesto a todo tipo de enfermedades y a las maldades de la disformidad. Pero vive.

—Eso veo —dijo el primarca.

—Aunque el elemento psíquico responsable de sus aflicciones ya no está activo, nos hemos asegurado de ello, las numerosas morbilidades que lo afligen deberían haberlo matado hace horas. Este hombre no debería estar vivo.

—Como ya habías dicho —comentó Guilliman en voz baja—. ¿Y cuál es tu opinión desde un punto de vista no médico?

—Esta su deseo de veros, mi señor. En otros casos, diría que es eso lo que lo mantiene con vida. He visto a soldados que deberían haber sucumbido a sus heridas aferrarse a la vida durante horas

hasta recibir la bendición final de los sacerdotes del regimiento. He visto a otros padecer lesiones que matarían incluso a un Space Marine para poder completar la tarea que se les había encomendado antes de permitirse morir.

—¿Pero no en este caso?

—No. De cualquier modo, debería estar muerto. Lo que sucede aquí es algo con lo que no estoy familiarizado. Estoy casi seguro de que lo que lo mantiene con vida es una influencia externa. Algo que bloquea cualquier tipo de energía psíquica. —Señaló los sellos grabados en el cristal. —Estamos protegidos por la mejor tecnología y resguardados por las habilidades de los mejores psíquicos de la flota, pero, aun así, algo sigue llegando a él desde el exterior.

Guilliman guardó silencio un momento.

—¿Es por su fe?

—¿Qué es la fe, mi señor? —respondió Bazhiri—. Es una expresión más de la disformidad. Ningún hombre mortal podría creer tan firmemente en algo como para mantenerse con vida en estas circunstancias. Es imposible. Estas protecciones obstaculizan las acciones de los dioses.

—El supuesto práctico más obvio es que sigue con vida —señaló Guilliman—. ¿Cuál es tu supuesto teórico?

Bazhiri había visto demasiados horrores a lo largo de su vida como para temerle a nada, ni siquiera al primarca, y en la mirada que le dirigió al gigantesco hijo del Emperador hubo un deje de reprensión.

—Somos testigos de la obra del Emperador. De un milagro. Esa es mi única teoría factible. ¿No os parece, mi señor?

Guilliman prefirió no responder.

—Voy a entrar a verlo. Quiero saber lo que tiene que decir. Entonces quizá pueda morir en paz. —Se volvió para mirar de frente al capitán quiromante. —No quedará constancia de esta reunión. Te marcharás y desactivarás todas las máquinas destinadas a la recopilación de información, ¿entendido?

—Sí, mi señor.

—Despeja el área doscientos metros a la redonda.

Otra miradita, otra dosis de reprensión.

—No estoy seguro de que sea estrictamente nece…

—Puede que esta sea tu nave, capitán quiromante, pero esta es mi orden como Lord Comandante y Regente del Imperio de la Humanidad. Haz lo que te digo.

—Con mucho gusto, mi señor. —Bazhiri hizo una reverencia. —Pero debo quedarme para abrir la cámara.

—En cuanto lo hagas, te irás —declaró Guilliman.

—Sí, sí, como ordenéis.

Bazhiri se acercó a una taquilla, donde aguardaba un traje de protección de plástico flexible. Estaba acostumbrado a usarlo, por lo que no tardó en ponérselo. Guilliman se colocó junto a la puerta.

Bazhiri ajustó los cierres del traje.

—Mi señor, os aconsejaría que os pusierais el casco. Alberga numerosas enfermedades y no sé si seréis inmune a ellas.

—No lo necesitaré —le aseguró el primarca mientras se situaba de cara a la entrada—. Abre la puerta.

El quiromante conectó los tubos de respiración para inflar el traje.

—Muy bien —dijo.

Lo primero que percibió Guilliman fue el olor. En la habitación se respiraba un dulzor enfermizo, el olor de los órganos debilitados y la carne en descomposición. A Guilliman se le aguaron los ojos. La frente se le empapó de sudor cuando su biología posthumana se activó para luchar contra la infección. Los sistemas de la Armadura de Destino empezaron a funcionar a pleno rendimiento.

Era posible que Bazhiri tuviera razón y que hubiera algo en aquella habitación que pudiera afectarle, un último gambito de Mortarion, tal vez. Su mente incisiva sopesó todas las posibilidades, pero no les dio importancia. No podía estar seguro de que estaría a salvo, ningún supuesto teórico podía asegurarlo, pero, de algún modo, lo estaba.

Se acercó a la cama y atravesó la cortina de plástico, sin temor a contaminarse.

El sacerdote miraba al techo, inmóvil salvo por el movimiento ascendente y descendente de su pecho, y ni siquiera eso era obra suya, dado que las máquinas respiraban por él. Cuando inhalaba y

exhalaba, lo hacía al son de los chasquidos de un estimulador pulmonar que llevaba conectado al pecho.

—¿Militante apostólico?

Mathieu no se movió.

—Mathieu —dijo Guilliman en voz baja. Analizó sus emociones. Había esperado sentir ira. Había anticipado una acogida renuente; después de todo, el sacerdote había prestado un gran servicio. En los últimos días, se había sentido ofuscado. No era una emoción que le agradara, pero, al ver al sacerdote así, atenazado por una docena de enfermedades distintas a la vez, lo que más sintió fue lástima.

Las costras de las comisuras de los ojos de Mathieu se levantaron. Su rostro se movió. Giró la cabeza hacia el primarca de manera casi imperceptible. Le llevó un momento despejarse y enfocar la mirada.

—Mi señor, ¿sois vos?

—Soy yo —respondió Guilliman, sin saber si Mathieu podía verlo.

—Sí, sí, el regente —dijo Mathieu, como si eso lo confirmara todo. Cerró y volvió a abrir los ojos y tragó saliva, todo ello con una lentitud casi glacial—. Habéis venido.

—Oí que querías hablar conmigo. No podía negarle a un moribundo su último deseo.

—Pero lo considerasteis —replicó el sacerdote con una sonrisa. La piel de los labios se le agrietó y empezó a sangrar.

—Solo me planteé…

—No necesitáis darme ninguna explicación, mi señor. A ambos nos guía el Emperador. Tenemos poca elección sobre nuestras acciones.

—Eso crees.

—¡Lo sé! —Por un momento, pareció recuperar las fuerzas y movió una mano cubierta de tubos. —Y vos también. Habéis sido testigo de su poder. Habéis visto la luz.

—Debo decepcionarte. No creo que mi creador sea un dios —aseveró Guilliman—. Es algo… —Hizo una pausa. —Es algo distinto, si es que es algo de verdad. Toda esta fe, este deseo de salvación es

una esperanza ciega. Él no nos ayudará. No puede hacerlo. Somos nosotros quienes debemos salvarnos a nosotros mismos.

—Una pena. Una verdadera pena —se lamentó Mathieu. Su voz era como el sonido espectral de un canal inestable, que iba y venía sin previo aviso—. Esto sería mucho más sencillo si creyerais. Quizá no podáis. En cualquier caso, no creo que sea culpa vuestra. —Suspiró y pareció retraerse en sí mismo, como si cada bocanada de aire lo agotara. —Debéis escucharme con atención. Vuestro padre me sustenta, pero su fuerza es necesaria en otra parte.

—Entonces habla, militante apostólico. Te escucho.

—Este es mi último evangelio y es la mejor noticia de todas. El Emperador está despertando, mi señor. —Esbozó una sonrisa. —Despierta de su letargo después de tantos milenios. Los ejércitos de fieles lo acompañan, lo ensalzan, lo fortalecen.

Guilliman tenía su propia opinión al respecto, pero no era el momento de manifestarlas.

—¿Cómo?

—Es la disformidad, mi señor —carraspeó el sacerdote—. El enemigo ha cometido su mayor error al abrir la Fisura. Puede condenar al Imperio, pero también puede salvarlo. La Fisura ha empoderado al Emperador. La energía del empíreo satura el universo, encumbrando a la humanidad y llenando de poder al más humilde de los psíquicos.

—El aumento de las incidencias psíquicas en todo el Imperio. ¿A eso te refieres?

Mathieu asintió ligeramente con la cabeza. El movimiento hizo que le reventaran varias pústulas en el cuello, de las que empezó a supurar un líquido claro.

—Sí. Vuestro padre es el mayor psíquico de todos. ¿Cómo no iba a verse afectado?

—Entonces, ¿por qué no baja del Trono? Si es capaz de actuar por sí mismo, ¿por qué debo hacer su trabajo por Él?

—Porque no está preparado —respondió Mathieu—. Todavía no. Debéis ayudarlo.

—¿Cómo? —preguntó el primarca con neutralidad.

—Eso no puedo responderlo. Es vuestra tarea. —Tragó saliva con dificultad y se tomó un momento antes de hablar de nuevo. Sus palabras eran una divisa muy preciada y empezaba a quedarse sin monedas. —Ha pasado milenios ajustando las piezas para que pudierais regresar, mi señor. Vos sois su única esperanza. La única esperanza de la humanidad. —En su rostro se dibujó una mueca de dolor. —Todos tenemos una función que cumplir. La vuestra está por llegar. La mía ha concluido.

Cerró los ojos. Sus siguientes palabras sonaron aún más débiles que las anteriores.

—Regocijaos, Roboute Guilliman, y rendid pleitesía. —La cabeza de Mathieu se hundió más en la almohada y llenó la funda de plástico de fluidos. —Alabado sea, el Emperador está despertando. Debéis guiar su regreso. Vos lo habéis hecho. Él puede hacerlo también.

—Tu optimismo roza la necedad.

Mathieu sonrió por última vez.

—Negáis la evidencia de vuestras propias experiencias. Sabéis que es verdad. Hallaréis la manera. Tened fe en vuestro padre… y todo… irá bien.

La cabeza del sacerdote cayó hacia un lado.

Guilliman volvió el rostro del militante apostólico hacia él. Aunque la sonrisa permanecía, su espíritu se había ido. Al verlo, el primarca no pudo evitar pensar que nunca había visto una expresión de paz tan profunda en ningún hombre.

Estuvo a punto de marcharse, pero se agachó para susurrarle al cadáver:

—Mi padre no es ningún dios. Son hombres los que hacen su trabajo por Él, como yo debo hacerlo ahora. Usa a la gente. Siempre lo ha hecho. —Se irguió y extendió una mano acorazada para cerrar los ojos sin vida del sacerdote.

»Gracias, Mathieu, por tu servicio al Imperio. Estoy seguro de que cuando le cuente a tu sucesor lo que hiciste, intentarán convertirte un santo. No los disuadiré.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

REMEMBRANZA

En la habitación había un sillón médico ajustable junto a una amplia gama de tintas en pequeños recipientes. En todos los rincones ardía incienso. La estancia estaba pavimentada con piedras de aspecto tosco. Las paredes estaban revestidas con paneles de la misma roca, toda ella extraída de las montañas de Honorum. Dentro, el capellán Vul Direz esperaba a Justinian. Aunque un servidor permanecía inactivo junto al sofá, un torso humano unido a un delicado carro con ruedas, y había elementos tecnológicos por todas partes, era tanto la cueva de un chamán como una habitación a bordo de una nave de vacío.

Justinian llegó escoltado por un par de siervos encapuchados que, como él, vestían túnicas de color azul oscuro y blanco hueso. Guardaban perfecto silencio, esforzándose por crear un ambiente misterioso que Justinian solo podía tomarse en serio a medias. Había nacido en tiempos menos supersticiosos y las pseudolegiones de la cohorte Primaris en las que comenzó su servicio eran ajenas a los siglos de ritos heredados a los que eran propensos todos los capítulos de los primogénitos.

—Hermano sargento Parris —dijo el capellán, invistiendo cierto vigor a su voz lúgubre en honor a la ocasión—. ¿Estás preparado para aceptar tu primera marca de honor?

—Lo estoy —respondió el marine.

—¿Aceptas someterte al ritual de remembranza?

—Lo acepto.

—Entonces, reclínate —le pidió Direz.

Justinian se sentó en el sillón, que se elevó hasta quedar a la altura del pecho humano para que el servidor pudiera hacer su trabajo con mayor facilidad.

—Dado que nuestras costumbres aún son algo nuevo para ti, me he tomado la libertad de sugerir un diseño. —Direz torció un dedo. Uno de los siervos humanos se acercó a una mesa de acero inoxidable y cogió un trozo de papel. Estaba doblado por la mitad para ocultar su contenido. El siervo lo alisó y se lo mostró a Justinian siguiendo la orden de Direz.

Sobre el papel había una imagen estilizada de Justinian rodeado por una serpiente que acababa de decapitar. Del cuello del animal brotaban tres gotas de sangre y la cabeza estaba aprisionada bajo uno de los pies del marine.

—Normalmente tomamos la imagen del enemigo al que hemos derrotado o algún otro elemento memorable de la acción que se desea conmemorar —le explicó Direz—. Una fortaleza, un arma… pero, en estas circunstancias, está prohibido. Lucir una representación del Gran Enemigo en la piel trae mala fortuna. Lo mismo sucede con la tierra asolada donde luchaste y con el artefacto que ayudaste a destruir. En este caso, debemos recurrir a la alegoría. ¿Lo apruebas?

Justinian echó un vistazo a la ilustración y luego clavó los ojos en las lentes rojas del casco del capellán.

—No puedo.

El casco del capellán se inclinó a modo de pregunta.

—Quiero esto. —El marine le tendió una copia impresa en una lámina semitransparente. Era una captura tomada de la cámara de su casco, que mostraba el rostro de la chica con la que se habían encontrado en la isla cercana a la ciudad de Hiastamus. Vul Direz cogió la copia y la miró.

—Quiero a esta niña en el cuello —dijo Justinian.

—No es un enemigo —replicó Direz.

—Y, sin embargo, la maté —respondió el marine.

Una profunda exhalación, amplificada por el altavoz del casco, resonó por el respirador del capellán.

—Estoy al tanto de lo que sucedió en el planeta —admitió Direz —. Debes saber que esas personas habrían muerto de todos modos y que el teniente de la Tercera Compañía Edermo hizo lo correcto al ordenaros hacer lo que hicisteis. Imagina lo que habría ocurrido si uno solo de ellos hubiera sobrevivido y, a través de ellos, el enemigo se hubiera enterado de la misión. Habría fracasado, el artefacto seguiría allí, el primarca podría estar muerto y Ultramar perdida en la disformidad.

—Fuimos nosotros los que tuvimos que apretar el gatillo —señaló Justinian—. Nos vieron como sus salvadores y los matamos.

—Fue un acto vil cometido por la mejor de las razones —argumentó Direz—. Vivimos tiempos terribles. El futuro de nuestra especie está en juego. Has entregado tu vida para asegurar nuestra supervivencia. A su manera, ellos también tuvieron que entregar la suya.

—Aun así, me tatuaré la imagen que te he mostrado. Ese es mi deseo. —Miró a Vul Direz desde el sillón. —Entiendo que, como nativo de Honourum, mi petición te resulte extraña. Pero también entiendo que, de acuerdo con vuestras costumbres, la naturaleza de cada marca es elección del guerrero que la recibe. No deseo recordar este evento a través de la imagen que me has mostrado.

—Ya veo —dijo el capellán en voz baja. En ese momento, Justinian fue consciente de que sopesaba el valor de su alma—. Entonces, permíteme que te pregunte por qué has elegido semejante deshonor para ti.

—No me has entendido, hermano capellán —respondió Justinian mientras volvía a acomodarse en el sillón—. No siento deshonor. No me estoy castigando a mí mismo. Lamenté tener que hacerlo, pero tenía que ser así.

—Entonces, ¿por qué elegir esta imagen?

—Los honores pueden convertirse en cadenas que nos alejan de nuestro propósito. El atractivo de la gloria corrompe. No elijo esta imagen como penitencia, sino para no olvidar nuestro deber como

guerreros del Emperador y protectores de la humanidad. La elijo porque me recordará que, en ocasiones, debemos matar aquello que intentamos proteger para poder protegerlo.

Vul Direz dejó escapar un gruñido cargado de aprobación. Justinian había sido juzgado y había superado la prueba a la que lo había sometido el capellán, fuera cual fuera.

—Muy bien. La niña entonces. —Se apartó con un ronroneo de motores y le hizo una seña al servidor. La criatura cobró vida con una horrible sacudida, como si un ruido nocturno la hubiera despertado de golpe.

—Esta niña, de dos centímetros y medio por cinco, en la zona del primer honor. —Direz le mostró la imagen. El ojo biónico del servidor chasqueó, seccionando la imagen para procesarla y transformarla en arte.

—*Conforme* —dijo antes de girar sobre las ruedas. Introdujo los dedos de agujas en los botes de tinta con una destreza que contrastaba sobremanera con la inestabilidad de sus demás movimientos. Se oyó el chasquido de unos pistones y el resuello de unas tuberías. Las botellitas atornilladas a los huesos de sus manos se llenaron de colores y una pequeña bomba se puso en marcha.

—El Emperador te eligió bien, hermano —afirmó Direz.

—¿Crees que se mueve entre nosotros? —le preguntó Justinian.

—Explícate, hermano.

—¿Lo piensas de verdad? ¿Me eligió? ¿Se mueve de verdad? El sacerdote murmuró algo entre el dolor cuando regresamos a la flota. Lo que vi allí me hizo pensar.

—Nunca confíes en las palabras del Adeptus Ministorum —declaró el capellán—. Hacen de un hombre un dios.

—Entonces, ¿lo que vi no era Él?

Direz eligió con cuidado sus palabras.

—Uno no necesita ser un dios para ejercer la influencia de uno. No necesito creer que el Emperador es un dios para creer en su poder. No cabe duda de que estuvo en Iax. Como te decía antes, vivimos tiempos terribles, pero también gloriosos.

Las ruedas del servidor chirriaron. La estructura al completo se sacudió al desplazarse por el suelo irregular. Se detuvo junto al sillón

con un leve temblor.

—*Presente el lugar elegido para recibir la marca*. —Aún conservaba sus cuerdas vocales originales, pero estaban tan debilitadas por la falta de uso que su voz sonaba áspera y espeluznante.

Con cierto temor, Justinian giró la cabeza para exponer el cuello al ruidoso androide. Aunque la criatura se agachó con vacilación, una vez estuvo en posición algo cambió y empezó a mover los dedos con destreza, seguros y rápidos, mientras le punzaba el cuello con las agujas a una profundidad y una velocidad uniformes.

Le habían contado que, a veces, un Novamarine podía visitar el Novum de las Sombras de manera involuntaria durante la remembranza —el extraño estado meditativo en el que se sumían ellos mismos—, pero Justinian no sintió nada más allá del pinchazo de las agujas. La única visión que tuvo fue la de la llamarada de fuego que se produjo cuando Guilliman ordenó a las naves asesinas que depuraran Iax para intentar salvar cuanto fuera posible. Había asistido al bombardeo junto a muchos de sus nuevos hermanos. Era inusual presenciar una depuración atómica ejecutada tan fríamente.

Su mente siguió vagando, aunque sin llegar a Honourum. Recordó sus años como miembro de los Hijos Innumerables, primero con otros de su estirpe y, hacia el final, mezclado con todas las líneas genéticas. Recordó a Felix, siempre serio. A Bjarni, desconsolado por no poder volver a Fenris. A muchos otros, hermanos temporales, separados al ser asignados a los Capítulos Sucesores como refuerzos de los primogénitos. Y a otros tantos, demasiados, a quienes se había llevado la muerte.

Todos eran parte del pasado, todos se habían ido. Una nueva vida aguardaba. Una hermandad eterna. Cada punzada de las agujas reemplazaba viejas lealtades por otras nuevas, pero se prometió que nunca olvidaría.

Y entonces se acabó. Los pinchazos que sentía en el cuello cesaron. Un brazo auxiliar se desplegó desde el pecho del servidor y le limpió la piel con un trapo húmedo que le hizo sentir el escozor de algún antiséptico. Hizo ademán de moverse, pero el servidor le dijo, con una contundencia sorprendente:

—*No te muevas*.

Uno de los siervos humanos se acercó y le colocó un apósito sobre el tatuaje.

—Ya está —declaró Vul Direz. Volvió al lado de Parris—. Te doy la bienvenida a los Novamarines, Justinian Parris, aunque siempre has sido bienvenido. Sé que ha sido difícil para ti renunciar a una hermandad para unirte a otra. Estabas dividido, pero ya no. Ahora eres uno de los nuestros en todos los sentidos.

El capellán extendió la mano para que Justinian la cogiera. Cuando lo hizo, Vul Direz lo levantó del sillón y lo acercó a su pecho para darle un medio abrazo.

—Gracias, hermano. Juro servir fielmente a los Novamarines hasta el día de mi muerte y, mediante sus buenos oficios, al Emperador de la Humanidad.

—Estoy seguro de que así será —aseveró el capellán—. Por Honourum y la memoria de Lucretius Corvo.

—Por Honourum y la memoria de Lucretius Corvo —respondió Justinian.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

OTRAS FORMAS

Rotigus buscó concienzudamente a su rival y le llevó mucho tiempo encontrarlo. Los bosques de árboles nudosos se extendían sobre una infinidad de podredumbre. De sus ramas brotaban unos escurridizos sacos placentarios, todos rebosantes de la promesa del renacimiento. Putrefacción y renovación, vida y muerte, los bosques nudosos eran el epítome el ciclo de Nurgle y, cada vez que estaba allí, Rotigus solía experimentar una emocionante sensación de pertenencia que le recargaba el alma. Ser partícipe de semejante propósito y ver las verdades de su señor presentadas de una forma metafísica tan sólida como él mismo lo colmaba de alegría, así que deambulaba por allí siempre que podía. Pero esta ocasión distaba mucho de ser ordinaria y eso restaba mucho a su victoria. Se sentía tan hueco como los árboles, podrido por dentro y sin un ápice de vida nueva para reemplazar lo perdido. Ni él ni los demás aspectos del Bisabuelo habían cambiado, ya que, de principio a fin, todos formaban parte de él.

Herido el jardín, herido el dios.

El no suelo tembló. Entre la jerarquía se oían rumores de que, tal vez, las quemaduras no llegaran a sanar nunca y de que Nurgle se revolvía en sueños a causa del dolor. Las perturbaciones en la tierra líquida perdurarían, como mínimo, durante varios eones, como

intestinos sueltos incapaces de descansar. Rotigus podía saborear en el aire el ardor limpio que impregnaba hedor sagrado de Nurgle. Podía sentirlo en el alma, como una cicatriz ardiente. Se removió las tripas para intentar mitigar el dolor, pero no funcionó. Las bocas que tenía en el vientre y el brazo se mantenían cerradas a cal y canto, visiblemente incómodas.

No servía de nada pensar en ello.

—*No soy Ku'Gath* —se dijo—, *no estoy plagado por la miseria y la desdicha*. —Sin embargo, se sentía inquieto, gaseoso, lleno de burbujas dolorosas. Dejó escapar un suspiro y acercó la oreja a otro tronco viscoso y le dio un golpecito. Las criaturas de los sacos placentarios que colgaban de las ramas se agitaron, pero el ruido que hicieron no fue satisfactorio, por lo que pasó al siguiente árbol.

»*Un revés no es una derrota y una derrota no conlleva la pérdida de una guerra. El Caos es eterno. A menudo, solo es cuestión de esperar, ¿verdad, amigos míos?* —Se dirigió a los demonios que descansaban en los sacos, pero solo respondían cuando daba golpecitos en el tronco de sus plantas nodrizas. Eran incapaces de escuchar sus palabras mientras dormían.

Dejó escapar otro suspiro y se deslizó a grandes zancadas por lodazales y ciénagas, abriéndose paso entre macizos de flores de labios rosados que proferían gemidos leprosos al tocarlas. Unas moscas amarillas y perezosas zumbaban de aquí para allá, sumidas en un letargo mortal. Como era habitual en el jardín, hacía calor, había mucha humedad y todo estaba en un estado de crecimiento frenético o de decadencia extravagante. Otra cosa que, normalmente, lo habría llenado de alegría, pero no aquel día.

Se detenía de vez en cuando para golpetear los troncos empapados de otros árboles de aspecto prometedor, pero, después de abrazarlos y escucharlos con atención, chasqueaba la lengua, negaba con la cabeza e iba arrastrando los pies hasta la siguiente arboleda, la siguiente espesura, el siguiente bosquecillo, hasta que hubo recorrido un millón de kilómetros y transcurrido un eón en el jardín.

Fuera, seguía siendo el mismo día en el que Rotigus había entrado. Un día en el jardín era equivalente a mil millones de

séptimos días húmedos y calurosos comprimidos. El alma se pudría en su monotonía.

Esto tampoco lo hacía feliz.

Finalmente, encontró un árbol de su agrado. Al golpear el tronco, enarcó las cejas y fue corriendo al siguiente, luego al siguiente, dando golpecitos y escuchando, escuchando y dando golpecitos, hasta llegar a un majestuoso árbol nudoso, tan inmenso y rebosante de putrefacción que se tambaleaba al borde del colapso. Aunque la mayoría de sus ramas estaban desprovistas de hojas, estaban llenas de sacos placentarios flácidos, endurecidos y ennegrecidos por el paso del tiempo, que contenían huesos a medio formar de demonios que habían regresado al jardín, pero nunca habían logrado recuperar la aprobación del Abuelo y habían acabado muriendo de verdad. Un saco solitario colgaba de la única rama viva del árbol, aferrándose a la promesa de un futuro chapuzón en el pequeño lago.

Rotigus no necesitó golpear el árbol. Había encontrado a su rival.

—*¡Ku'Gath!* —exclamó. El saco placentario hinchado reaccionó a su llamada y empezó a revolverse, haciendo temblar el árbol nudoso. Rotigus apoyó la vara en el tronco, se acercó al saco y colocó las manos regordetas y húmedas sobre el tejido resbaladizo, acariciándolo hasta que el movimiento en su interior se aquietó—. *Shh, shh, mi viejo enemigo. Estate tranquilo. Aún no ha llegado el momento de que emerjas de nuevo al mundo. Todos debemos esperar por el Abuelo cuando somos tan estúpidos como para dejar que nos maten, ¿o no?*

El contorno de una cabeza astada, prenatal e informe, se perfiló en la superficie gomosa y dio vueltas hasta perderse de vista.

—*No pasa nada* —dijo Rotigus mientras se sentaba junto al pequeño lago—. *Se me ocurrió que podía venir a verte para decirte que tal vez no salgas de ahí durante algún tiempo. De hecho* —dijo con una risita avergonzada—, *el Abuelo está un poco molesto contigo*. —Puso cara pensativa. Al hacerlo, un chorro de gusanos escapó de sus labios fruncidos. —*Bueno, en realidad, está muy molesto. Verás, no solo desobedeciste su orden de abandonar el*

reino del Anatema para luchar contra el Mutador, sino que fracasaste en la consecución de tus propios objetivos. —Se rio, vertiendo un torrente de gusanos por las fauces. —*Eso, de por sí, ya sería bastante malo, si no fuera porque ese mismo error permitió que el hijo del Anatema blandiera su espada en el jardín, lo chamuscara y, con él, al Abuelo, a mí y a ti. Digamos, por decirlo de alguna manera, que estás en serios problemas, amigo mío*.

El saco se sacudió con la miseria de Ku'Gath.

Rotigus se permitió un suspiro de satisfacción. Esto sí que era divertido.

—*Quizá estés pensando: ¿cómo ha evitado la censura? ¿Por qué sigue paseando alegremente como si nada? Bueno, te lo diré. De hecho, por eso he venido. ¿Estás preparado?* —El demonio miró al saco. No se movió, pero continuó de todos modos. —*Es sencillo, amigo mío. Mis planes son mejores. Mis planes* —susurró de forma teatral mientras se cubría la boca con una mano— *son más ambiciosos. Pretendías arrastrar Ultramar al jardín. ¡Demasiado modesto! Yo tengo los ojos puestos en un premio mucho, mucho más majestuoso. Intenta imaginar, si tu limitado intelecto te lo permite, cómo sería traer no solo este rincón repugnante y ordenado de la realidad al redil del Abuelo, sino todo el Imperio, ¡en toda su putrefacta gloria! Esta realidad se está desmoronando. Los poderes se pelean por los despojos. Ahora no es el momento de ser sumiso, sino audaz, porque será el carroñero más osado el que se lleve la mayor parte.* —Se inclinó hacia delante, de modo que su enorme cabeza se reflejó en el agua. —*Permíteme enseñarte cómo lo lograré*.

Agitó una mano sobre el lago. El agua destelló y una imagen tomó forma en la superficie, superpuesta a los rasgos enfermizos de Rotigus. Mostraba a un hombre en una habitación oscura leyendo un pequeño libro. A juzgar por su lenguaje corporal, parecía evidente que no le gustaba lo que aprendía.

El Padre de la Lluvia metió los dedos en el agua. Unas criaturas pálidas se refugiaron en la oscuridad turbia del lago. La imagen del hombre ondeó.

—Este es Fabian Guelphrain. Es uno de los principales rastreadores de verdades del primarca. Es un revuelve polvo. Un acaparador de fechas olvidadas. Se dedica a recopilar historias verdaderas. Recuerda ese detalle. Ese libro, al que yo lo guie, recoge el único relato de un imperio olvidado a conciencia. Me pareció que era hora de refrescar la memoria de todo el mundo, de recordarles la verdadera magnitud de las ambiciones del perfectísimo Roboute Guilliman. Lo que este Fabian leerá ahí lo infectará como una enfermedad, será incapaz de despojarse de ese conocimiento. A partir de este momento, siempre albergará la duda. Esa duda se infectará y hará temblar un imperio. —Soltó una risita y se acarició los tentáculos del brazo izquierdo con el derecho.

»*La corrupción se está asentando, como una grieta que deja pasar la humedad o el aire viciado y promueve el crecimiento de nueva vida. Una idea es tan peligrosa como el más potente de los virus.* —Rotigus levantó la mano y le dio unas palmaditas al saco. —*He venido a decírtelo para que puedas reflexionar sobre mi superioridad mientras esperas a renacer. Ahora que lo he hecho, me marcho. Tengo trabajo que hacer. No como tú.* —Soltó una risita burlona.

Se puso de pie, gruñendo por el esfuerzo que le suponía cargar con la enorme barriga.

—*Ah, y otra cosa* —dijo, fingiendo haberse olvidado, cosa que, por supuesto, no había pasado—. *La próxima vez que nos veamos, puedes dirigirte a mí como el primero en recibir el favor de Nurgle. Ese honor ya no te pertenece*. —Se sacudió los trozos de corteza de las piernas, llenándose la piel viscosa de liquen, y cogió la vara que había dejado apoyada en el tronco del árbol. —*Si me permites el atrevimiento de darte un consejo, Ku'Gath, creo que tu forma de pensar es demasiado limitada. Estás obsesionado con las plagas, aun cuando el universo ofrece muchos otros caminos hacia la entropía*.

Susurró con fuerza, justo contra la pared del saco.

—*Olvidas que la corrupción tiene más de una forma*.

Rotigus lo saludó alegremente con la mano y se marchó, dejando el solitario capullo de Ku'Gath colgando de su árbol. La

niebla lo envolvió y, en su interior, el Padre de la Plaga, aún a medio formar, se dispuso a esperar el perdón de Nurgle.

Tendría que esperar mucho tiempo.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

CUESTIONES PARA EL MAGOS

Poco antes de que Felix partiera, el primarca envió una mensaje al Tetrarca de Vespator ordenándole que acudiera a verlo. Felix lo dejó todo, como debe hacerse cuando el hombre más poderoso de la galaxia solicita tu presencia. Acudió a la llamada de Guilliman en una terraza apartada de su palacio. El lugar estaba libre del bullicio de diplomáticos y oficiales imperiales que le habían dado la bienvenida a su regreso, hacía ya varias semanas. Felix lo prefería. Y tenía la impresión de que Guilliman también.

Encontró al primarca sin armadura, vestido con un uniforme sencillo, con la mirada puesta en Iax. Las nubes tóxicas que habían envuelto el planeta estaban retrocediendo. Aunque era antinatural que se hubieran dispersado tan rápidamente, su origen no estaba en esta realidad, por lo que, en cuanto la influencia de la disformidad se había visto mermada, los ciclos naturales de Iax se habían reafirmado. Felix no se permitió sentir esperanza por ello, porque el planeta había quedado destrozado. Los continentes eran parches de terreno fangoso casi indistinguibles de los mares. Había unos pocos lugares que aún conservaban las tonalidades habituales del planeta: los océanos más profundos, los valles más remotos y los puntos más alejados de donde había estado el caldero. Algunos otros asomaban entre la devastación. Al verlos, Felix no pudo evitar preguntarse qué

los habría preservado, ya que solo una variante de la magia disforme habría sido capaz de mantenerlos intactos. Todos ellos eran áreas pequeñas y dispersas. Había parcelas de mayor tamaño con un nivel de contaminación menor, aunque lo de «menor», en este caso, era algo relativo. Alrededor del área donde había estado Primer Desembarco había una franja negruzca. En Hythia, en el lado más alejado de Iax, donde el caldero había contaminado el espacio y el tiempo, reinaba un paisaje de devastación similar. Pero esas dos heridas las había infligido la Flota Imperial.

—Has venido enseguida, Decimus —dijo el primarca—. Te lo agradezco. Tengo mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo. Cada segundo ganado es un regalo para mí.

—Tú ordenas y yo obedezco, mi señor Guilliman.

—Creo que ya es hora de que me llames Roboute, ¿no crees? —dijo el regente sin apartar los ojos del planeta, dejando que su brillo enfermizo lo iluminara—. Me has servido bien. Eres un hombre de cualidades muy poco comunes. Nadie puede valerse solo. Necesitamos camaradas. —Lo miró de reojo. —Necesitamos amigos.

—Me honra que me concedas este privilegio, mi señor…

Guilliman enarcó una ceja.

—Roboute —dijo Felix. Usar el nombre del primarca le pareció una transgresión y, por alguna razón, recordó fugazmente su infancia y los momentos de desobediencia a sus tutores.

—No es ningún privilegio contarse entre los amigos de un primarca, Decimus, créeme —aseveró Guilliman—. Pero, ¿no es verdad que no somos nosotros quienes elegimos a nuestros amigos, sino que son nuestros amigos los que nos eligen a nosotros?

—No lo sé. No tengo amigos, solo hermanos —señaló el tetrarca.

—Entonces, considera esto un acto de amistad —respondió Guilliman. Miró hacia Iax con pesar—. Te he llamado para despedirme de ti. Abandonaré Ultramar antes de que acabe el año y no podremos vernos antes de que lo haga. Puede incluso que no volvamos a vernos.

—Entonces, ¿sigues pensando hacer la travesía, a pesar de lo que está ocurriendo en el Nexo Paria y la Puerta de Cadia?

—Tengo que hacerlo —respondió el primarca—. Hemos logrado frenar a las fuerzas de Abaddon, a costa de mucha sangre. La amenaza necrona se ha contenido, pero solo de manera temporal. No han ganado terreno, pero tampoco lo han perdido. Aunque el Imperium Sanctus sigue corriendo peligro, la situación ha dejado de ser crítica. Ahora debemos salvar el Imperium Nihilus. Nos enfrentamos a dos grandes enemigos y no puedo vencer a ninguno de ellos con solo medio Imperio.

Antes de responder, Felix consideró con detenimiento si debía manifestar en voz alta lo que pensaba.

—No sé si mis palabras te sirvan de consuelo, pero veo la carga que pesa sobre ti y me entristece que debas soportarla. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte, lo haré.

—Ya lo haces, Decimus —admitió Guilliman—. Tú y muchos otros como tú. Sois héroes en una época de terror. Sin vosotros, no podría hacer nada. Me he sentido y sigo sintiendo solo. —Juntó las manos detrás de la espalda. —Desearía que mis hermanos regresaran. Pese a que se desconoce el paradero de varios de los otros primarcas, sé que no puedo aferrarme a esa esperanza. Es poco menos que una fantasía. El Logos Historica Verita ha indagado en muchas leyendas y, a juzgar por los resultados, solo puedo calificar las desapariciones de mis hermanos de mitos heroicos. Lo más probable es que estén todos muertos. El principal supuesto teórico sugiere que soy el último de los hijos del Emperador y lo seguiré siendo. Pero ahora sé que, mientras tenga a personas como tú, no estoy solo.

»Calgar se dirige de nuevo a Vigilus. La campaña allí se prolongará durante algún tiempo, pero el Guantelete de Nachmund debe permanecer bajo el control imperial cuando complete mi travesía del Nihilus. Mis señores de la flota continuarán y retomarán la cruzada a este lado de la Cicatrix Maledictum. Entretanto, dejo Ultramar en tus manos y en las de los demás tetrarcas. Las flotas y ejércitos de este reino están a vuestras órdenes, además de diez capítulos de Space Marine que acudirán a vuestra llamada cuando sea necesario. Prepárate, Decimus, porque se te exigirá más que consolidación. Cuando regrese a Macragge, proclamaré un decreto

dirigido a las casas de comerciantes independientes, instándolos a buscar nuevos mundos para Ultramar, lugares donde sea posible implantar el buen gobierno que ejercemos aquí y la cultura noble que lo sustenta. En estos momentos, es demasiado peligroso concentrar lo mejor de la humanidad en un solo lugar. El odio de Mortarion es muestra suficiente.

»En esta galaxia hay cien mil millones de estrellas, un número inconmensurable de planetas aptos para la vida humana, incluso más que podrían llegar a serlo, y nos seguimos aferrando al millón de planetas que conocemos. Visto así, no es de extrañar que estemos condenados. Hemos perdido la ambición. Hemos perdido lo que nos hacía humanos. Cuando esta cruzada llegue a su fin, vendrá una época de reconstrucción y luego un periodo de reconquista. El Imperio solo podrá sobrevivir si continúa su expansión.

—Si puedo serte franco, mi señor… Roboute, ahora veo Iax y temo que no tengamos éxito. ¿De qué sirve la victoria si el precio es la ruina?

Guilliman asintió.

—Hemos ganado una campaña. Hemos ganado esta guerra, pero ¿qué nos quedará? Iax tardará siglos en recuperarse e, incluso entonces, dudo que recupere la belleza por la que era conocido. No podemos sustentar esta lucha incesante contra el Caos. No podemos combatirlo. Debemos contenerlo o destruirlo.

—¿Cómo podríamos contenerlo, mi señor? —preguntó Felix, obviando la licencia que le había otorgado el primarca.

—Nos enfrentamos a un rompecabezas de escala cósmica y de una complejidad casi inabordable, pero no tengo la menor duda de que todas las piezas existen. Los necrones y los eldar saben cosas que nosotros desconocemos sobre la naturaleza de la disformidad y el Emperador. En algún lugar, en medio de todos sus desmanes, es posible hallar una solución. —Los ojos de Guilliman se desenfocaron. Escudriñó el vacío, con la mirada fija en horizontes que solo su mente de primarca era capaz de percibir.

—Cawl —dijo Felix—. Hablas de Cawl. ¿Es eso lo que ha estado haciendo, intentando encontrar una solución?

—Te elegí bien. Sí, Cawl. Cree que la clave reside en las obras de los necrones. He recibido un mensaje suyo, el primero en mucho tiempo. Voy a hablar con su representante cuando acabemos aquí. ¿Te gustaría decirle algo? Tengo entendido que te tiene un cariño especial.

—Nada —respondió el tetrarca, que consideraba repulsiva la idea de ser objeto del afecto de Cawl.

Guilliman asintió de nuevo, distante una vez más. A veces se comportaba así, se limitaba a aceptar lo que le decían sin inmutarse, con la mente demasiado ocupada en asuntos eternos como para prestar demasiada atención a las sutilezas humanas o a las arcaicas convenciones sociales que imperaban entre los Adeptus Astartes. El contraste con la calidez que había mostrado hacía solo unos instantes era asombroso.

—¿De qué vas a hablar con él? —le preguntó Felix.

—De muchas cosas. Pero lo primero que le pienso decirle es que ha estado ausente demasiado tiempo. Le diré que quiero verle antes de que partamos hacia el Imperium Nihilus. No será una petición, sino una orden. Si, por casualidad, acabas viéndolo antes que yo, comunícaselo, por favor.

—Lo intentaré. —Felix guardó silencio un momento. —¿Puedes ordenarle a Cawl que haga algo, Roboute?

El primarca hizo un ruido a medio camino entre el cansancio y la diversión.

—Ya lo veremos, ¿no?

Se volvió hacia él y le tendió la enorme mano. Felix se la estrechó.

—Adiós, tetrarca —se despidió Guilliman—. Lucha bien, gobierna mejor. Dejo a buena parte de mi pueblo en tus manos. Intenta salvarlos. Y, si es posible, recuerda esto: aunque el vidente eldar contribuyó a trazar el camino hacia la victoria, nuestro plan habría fracasado si yo no hubiera tenido un poco de fe. Tal vez todos deberíamos haber tenido un poco.

Felix asintió y la inquietud que había sentido en Iax a propósito de las creencias de Guilliman resurgió. Tuvo que hacer un esfuerzo por ocultarlo.

—Por el Emperador. Te deseo buena suerte al otro lado de la Fisura.

—La necesitaré, te lo agradezco. Marchamos por Macragge —dijo el primarca.

—No, mi señor —respondió Felix—. Yo no marcho por Macragge, sino por ti.

Guilliman cogió el elevador de seguridad para bajar del palacio a las entrañas de la nave, donde rondaba el Cawl Inferior. Se sometió a los múltiples protocolos de seguridad de forma automática, sumido por completo en sus pensamientos. Los requerimientos de la guerra en el espacio material parecían cada vez más insignificantes y, aunque era consciente de ello, se sentía poco preparado para formular una estrategia contra los poderes de la disformidad. Radicaban en los reinos de lo abstruso, en el ámbito de los psíquicos, los hechiceros y los hipertecnólogos, y él no era ninguna de esas cosas.

Al llegar, el primarca se encontró con las puertas blindadas que conducían al área donde se encontraba Cawl Inferior ya abiertas. Por una vez, Guidus Losenti se reunió con él en la antesala de la máquina. El astrópata parecía más viejo y frágil cada vez que Guilliman lo veía. Aunque su expediente indicaba que tenía algo más de cuarenta años terranos estándar, aparentaba el doble de esa edad. Poco a poco, había ido perdiendo la seguridad con la que solía moverse y tembló un poco al saludar al primarca.

—Maestro Astrópata Losenti —dijo Guilliman.

—Lord comandante —respondió Losenti—. Un gran peso se ha desprendido del empíreo. ¿Asumo que habéis tenido éxito?

—Mortarion ha abandonado Ultramar. Su red necrótica se ha dispersado —explicó el primarca—. Pero, para los enemigos que aún resisten, la Guerra de la Plaga ha terminado.

—Eso es bueno, muy bueno —dijo Losenti. Tenía los labios entreabiertos y un hilillo de saliva le cayó por la comisura de los labios. El astrópata se lo limpió apresuradamente con la manga—. Os pido disculpas, mi señor.

—¿Estás abrumado por el deber?

—Estos meses en Ultramar han sido difíciles —admitió Losenti.

—Ya han acabado —afirmó el primarca—. ¿Te encuentras bien, maestro astrópata?

—Persisto —respondió Losenti, esforzándose por erguirse un poco más e imprimir algo de fuerza a su voz—. Mi señor, activaré la máquina para vos. No será la última vez. Todavía no —señaló con una sonrisa. Los orbes de color azabache que ocupaban el lugar de sus ojos destellaron en sus cuencas—. No hace mucho me ofrecisteis vuestra misericordia. Comprendo vuestra preocupación, pero todavía no estoy preparado para aceptarla.

Guilliman asintió.

—Muy bien —dijo.

Una expresión de alivio se dibujó en el rostro del astrópata.

—Gracias. Si sois tan amable, mi señor. —Se hizo a un lado para que Guilliman pudiera acceder a la sala.

Iniciaron el ritual para despertar al Cawl Inferior. Aunque el procedimiento como tal estaba exento de toda la jerga y los rituales habituales del Adeptus Mechanicus, no dejaba de parecer una invocación. Cuando Losenti enunció la secuencia codificada que había recibido de Cawl y la máquina se activó, fue como si un ser milenario irrumpiera en la realidad mundana procedente de algún lugar desconocido para los humanos. El astrópata se alejó más rápido de lo habitual. La expresión de tensión en su rostro era mucho más marcada. Guilliman lamentó su sufrimiento. Otra vida humana consumida por el bien de la humanidad. No tenía el coraje de calcular cuántos sacrificios más serían necesarios.

La máquina concluyó el proceso de activación. Las cabezas cercenadas sumergidas en los tanques de contención iniciaron su danza macabra. Los circuitos alienígenas cobraron vida. La presión psíquica se acumuló y se extinguió. Un momento después, se oyó el traqueteo de varias máquinas bajo el suelo.

Finalmente, el Cawl Inferior estaba listo.

—*Roboute* —dijo—. *Cuánto me alegra veros*.

—Cawl Inferior, desde ya te hago saber que no tengo tiempo para tus insolencias.

—*Un hombre ocupado, como siempre* —respondió la máquina. Solía utilizar una de las muchas voces de Cawl y hoy parecía haberse decantado por una de personalidad socarrona e insinuante—. *Muy bien. Mi señor, el Archimago Dominus Belisarius Cawl os hace llegar este comunicado y confía en que gocéis de buena salud. Si este mensaje ha sido activado, significa que habéis tenido éxito y habéis salvado Ultramar de los designios de vuestro hermano. Por consiguiente, os extiende sus felicitaciones*.

—¿Y cuándo extenderá su presencia?

El Cawl Inferior se rio.

—*¡Qué impaciencia! ¿Siempre fuisteis así de cascarrabias o fue la muerte la que os hizo perder el humor?*

—Ya veo. Hoy toca insolencia. Muy bien. ¿Cuándo puedo esperar una visita de Cawl?

—*No durante un tiempo. No antes de que crucéis la Fisura*.

—Entonces debo insistir en que me siga hasta allí.

—*Debeis saber, lord regente, que la desconfianza que mostráis hacia el archimago Belisarius Cawl lo apena profundamente. No necesita estar a vuestro lado para llevar a cabo la misión que le habéis encomendado*.

—Qué él mismo se ha impuesto —lo corrigió Guilliman.

—*Una cuestión de semántica. Si él no se hubiera comprometido a hacerlo de manera unilateral, se lo habríais encomendado*.

—Es arrogante por su parte presuponer mi estado de ánimo o mis intenciones.

—*Pues sí, pero el caso es que lo ha hecho, así que quizá deberíamos aceptar su forma de ser y dejar que se ocupe de sus asuntos, ¿no os parece?*

—Limítate a informarme —dijo el primarca.

—*Qué irascible. Había asumido que estaríais complacido por la victoria. De acuerdo. El archimago Belisarius Cawl no puede regresar a Ultramar todavía, pero lo hará. Hay un artefacto en la Franja Este en el que está muy interesado. Pronto se dirigirá allí*.

—¿Qué artefacto? —inquirió el primarca.

—*El que se encuentra en Sotha*.

—El Pharos —dijo Guilliman.

—*Que alguien le dé un premio a este hombre* —dijo la máquina con picardía—. *El Pharos, efectivamente. El archimago Belisarius Cawl tiene la certeza de que este dispositivo es de origen necrón y está convencido de que revelará muchos conocimientos que le serán de utilidad para comprender la naturaleza de la noctilita. Para acceder al artefacto, lo único que necesita es una llave. Ahora mismo, está en vías de adquirir esa llave*.

—¿Con qué fin desea visitar el Pharos?

—*Con muchos fines* —respondió el Cawl Inferior—. *No intentéis detenerlo. Es consciente de que prohibisteis el acceso a ese lugar hace mucho tiempo*.

—No iba a intentar impedíselo —replicó el primarca—. Si desea sondear las profundidades de ese dispositivo, tengo plena confianza en que lo hará sin ocasionar daño alguno. Quiero que le transmitas este sentimiento. ¿Entendido?

—*Ha quedado registrado en el código del mensaje de retorno* —declaró la máquina tras una pausa.

—Dile que el tetrarca Felix ahora gobierna esa parte de Ultramar.

—*Mi señor se pondrá en contacto con él. Le agradará volver a verlo*.

—¿Cómo marchan las pesquisas de Cawl por desentrañar los secretos de los pilones de piedranegra?

—*Su trabajo progresa adecuadamente* —aseveró el Cawl Inferior—. *Acceder al Pharos le permitirá acelerar el proceso. Tendrá éxito. Es el archimago Belisarius Cawl y puede conseguir cualquier cosa. En breve, adquirirá el conocimiento que necesita*.

—Eso afirma —replicó el primarca.

—*Es más que una afirmación. El hecho de que estemos manteniendo esta conversación es prueba evidente de ello. Contempló todas las posibilidades, pero partió de una pauta de acontecimientos determinada y, de momento, sus cálculos iniciales han resultado en una desviación de menos del uno por ciento con respecto a sus predicciones. Su gran obra llegará a buen puerto, podéis confiar en él*.

—¿Cuál es el contenido de estos otros diálogos?

—*Desastres. Muertes. Perdición* —dijo la máquina—. *No puedo ser más específico. Os he entregado mi mensaje codificado. No tengo nada más que comunicaros. Por favor, dadme vuestra respuesta para codificarla y transmitirla a mi homólogo*.

Guilliman se quedó pensativo. La máquina aguardó su respuesta.

—Algunas cuestiones me resultan cada vez más complicadas— admitió el primarca.

—*Una confidencia poco común. Increíble* —respondió el Cawl Inferior—. *¿En qué sentido?*

—Tiene que ver, precisamente, con la creencia —dijo Guilliman —. Se ha asestado un duro golpe al Dios de la Plaga.

—*Entonces deberíais alegraros*.

—¿Y si no fui yo quién asestó ese golpe? —replicó el primarca.

—*Explicaos.*

—Temo que el Emperador pueda estar despertando. Temo que haya podido actuar a través de mí. Al principio me negué a creerlo, pero la evidencia que me ha sido presentada solo ofrece un supuesto práctico viable.

—*¿Que es…?*

—Que el Emperador vuelve a estar activo. Actúa a través del tarot, de las visiones, de los supuestos santos y de los actos de fe. Sé que hablé con Él, pero sigo sin estar seguro de lo que vi y oí en la sala del trono. Mi primer indicio sólido de que algo real estaba ocurriendo fue la naturaleza de la advertencia del Nexo Paria. Aunque en aquel momento rechacé la idea, no tardé demasiado en empezar a plantearme la posibilidad. Pero la evidencia sigue acumulándose. Ahora, ya no puedo descartar ese supuesto teórico sin más.

—*¿Por qué temer?*

—¿Qué?

—*Habéis usado la palabra «temer», en lugar de «pensar», «creer», «considerar», «calcular», «suponer», «hipotetizar» o cualquier otra palabra propia de los procesos psicológicos deductivos. ¿Por qué «temer»?*

—¿Crees que el Emperador es un dios? —le preguntó Guilliman.

—Ah, ya veo por qué «temer». ¿Preguntáis si lo creo yo, Cawl Inferior, o si lo cree el archimago Belisarius Cawl?

—Cualquiera de los dos. Los dos —contestó el primarca.

—El dogma de la mayoría de las sectas del Culto Mechanicus considera al Emperador el avatar viviente del Omnissiah, el tercio del Dios Máquina que cabalga por la galaxia con forma mortal.

—Eso lo sé —respondió Guilliman pacientemente—. Un credo que el Emperador calificó de falso en numerosas ocasiones, dicho sea de paso. Lo que quiero saber es lo que tú y Carl pensáis. No lo que creéis, sino lo que pensáis.

La máquina se quedó en silencio. Los mecanismos internos chasquearon con fuerza.

—No tengo una respuesta.

—¿Crees que puede volver? —insistió Guilliman—. ¿Puede volver a la vida, como lo hice yo?

—¿Quién?

—El Emperador. No juegues conmigo.

—Vuestra pregunta no tiene sentido. Yo no tengo creencias.

—Te he dicho que no juegues conmigo. Respóndeme. Te lo ordeno.

Más silencio. Más chasquidos. Las cabezas de los tanques se agitaron.

Guilliman se disponía a hablar de nuevo cuando la voz de la máquina inundó la sala.

—Si yo fuera el Archimago Dominus Belisarius Cawl, que no lo soy, os ofrecería una advertencia preventiva con respecto a esta línea de pensamiento.

—Adviérteme entonces, máquina.

—Si fuera posible restituir al Emperador y pudiera volver a la vida, entonces lo que en su día entró en la sala del trono del Palacio Imperial podría no ser lo que emergiera. Conlleva un gran peligro considerarlo, incluso como hipótesis, porque los pensamientos desembocan en acciones, sea esa nuestra intención o no. Antes de darnos cuenta, nos enfrentamos a un desastre, por muy buenas que fueran nuestras intenciones. —Hubo una pausa. *—Eso solían decir.*

Sobre los caminos que conducían a lugares malos. Pavimentados con buenas intenciones.

—¿Por qué conllevaría un gran peligro? Desarrolla.

—*Porque todos los dioses son una plaga para la existencia, Roboute Guilliman, se consideren dioses o no* —respondió el Cawl Inferior—. *Creo que vos lo sabéis mejor que nadie. No lo olvidéis*.

Se hizo el silencio.

—*Ahora, ¿deseabais algo más?* —le preguntó la máquina.

—No.

—*Entonces, dadme el resto de vuestro mensaje para codificarlo*.

Guilliman hizo lo que le pedía y reemprendió sus guerras.

El Imperium Nihilus aguardaba.

Imperio Oscuro nº 03 Plaga divina

Published by Black Library, 2021
2025 © Games Workshop Limited

Dark Imperium: Godblight, *Imperio Oscuro nº 03 Plaga divina*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Originally published as *Dark Imperium: Godblight*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Ariadna Cruz González, 2025
Ilustración de cubierta: Vladimir Krisetskiy
Revisado por: dtm+tagstudy

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-450-2075-3 (epub)

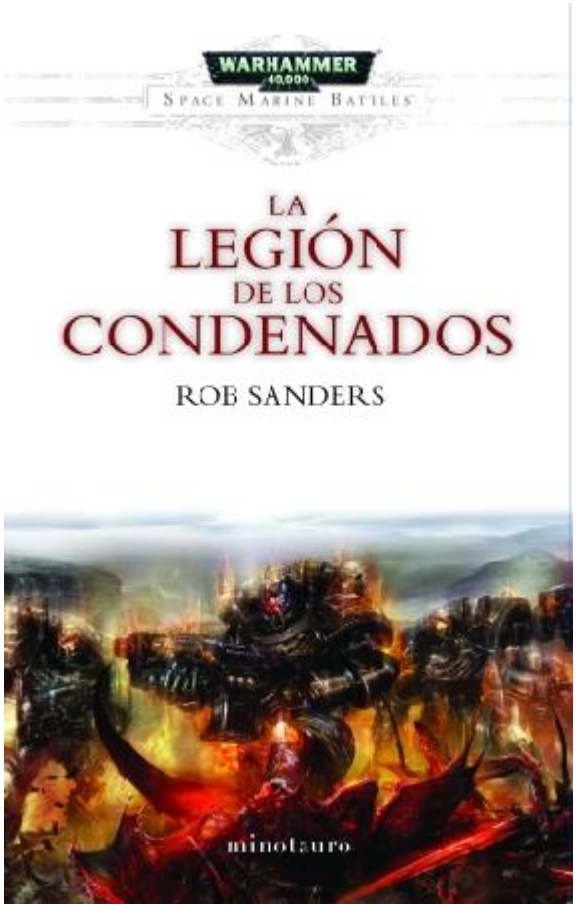
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



La Legión de los Condenados nº 4/4

Sanders, Rob

9788445004043

420

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los Excoriators parecen incapaces de proteger el mundo cementerio de Certus Menor de los World Eaters, pero su salvación no tardará en llegar desde el lugar más insospechado...

Los *World Eaters* viajan por la galaxia siguiendo la trayectoria de un cometa carmesí y dejando un rastro de destrucción a su paso. El pequeño mundo cementerio de Certus Menor suplica la protección del capítulo de *Space Marines de los Excoriators*, pero el destacamento enviado para luchar contra la siniestra amenaza no es suficiente y sufre enormes pérdidas ante los renegados. Justo cuando todo parece perdido, la salvación surge de la mismísima leyenda cuando un grupo de siniestros guerreros espectrales desciende sobre el planeta de los muertos, y los enemigos del Imperio se enfrentan a aquellos que ya han viajado más allá del reino de los vivos...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Los Fantasmas de Gaunt Omnibus nº 04 La Victoria: Primera Parte

Abnett, Dan

9788445012697

752

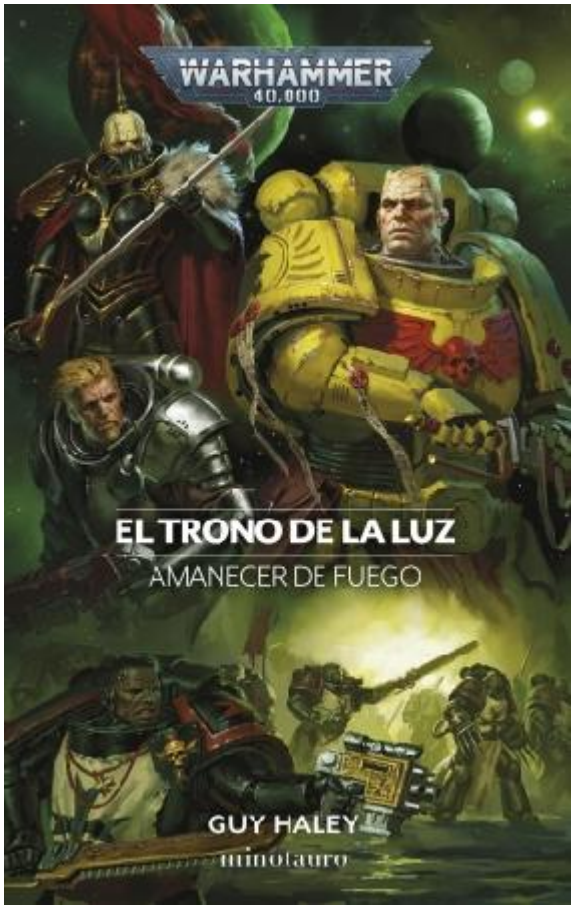
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Primera parte de un omnibus fantástico.

Después de veinticinco duros años de lucha empapados en sangre, la cruzada del señor de la guerra Macaroth para liberar a los Mundos de Sabbat de las garras del Caos ha perdido fuelle. Las fuerzas del señor de la guerra están divididas y estancadas en dos frentes separados, donde sufre una hemorragia de impulso, soldados y material.

El alto mando ha planificado una serie de ambiciosas operaciones encubiertas por todo el sector, con el objetivo de romper el estancamiento y que las fuerzas imperiales puedan avanzar de nuevo. Los elementos clave en esta guerra en las sombras son el comisario coronel Gaunt y el Primero y Único de Tanith. ¿Podrán la valentía y la astucia de este famoso regimiento inclinar la balanza en favor del Imperio?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amanecer de fuego nº 04 El trono de la luz

Haley, Guy

9788445018293

448

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

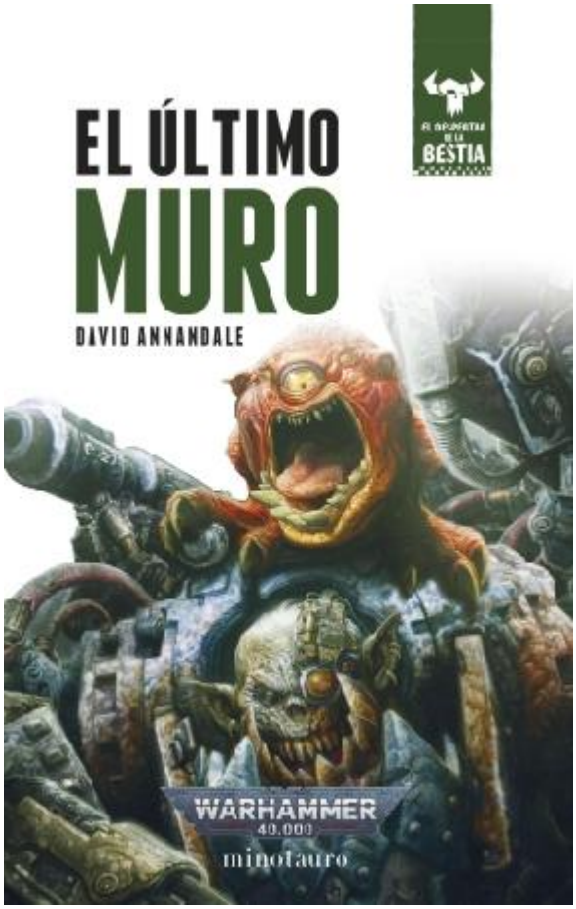
La Cruzada Indomitus continúa librando su guerra por las estrellas.

El Primarca Roboute Guilliman por fin ha acabado con la amenaza orka que atormentaba los sectores cercanos a Fenris y se prepara para seguir adelante en su misión para estabilizar el Imperium Sanctus. Sin embargo, unos viejos enemigos han vuelto.

Kor Phaeron, el Cardenal Oscuro, amenaza el núcleo otrora estable del Segmentum Solar. Unas oleadas de rebeldía instigadas por sus sacerdotes malignos indican una invasión inminente y a gran escala por parte de la legión de los Word Bearers. Y lo que es peor aún, los guerreros del Cardenal Oscuro atacan las Naves Negras, con lo que amenazan con privar a Terra de los psíquicos que el Emperador necesita para sobrevivir.

A través de esta zona de guerra turbulenta, el Inquisidor Rostov continúa con su búsqueda para dar con la Mano de Abaddon. Aun así, cuando sigue la pista de unas visiones milagrosas y extrañas hasta el transmisor astropático de Srinagar, su misión cambia de rumbo, pues las visiones predicen la llegada de la esperanza al Imperio, una esperanza que los devotos fanáticos del Caos harán cualquier cosa por atajar…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El despertar de la Bestia nº 04/12 El último muro

Annandale, David
9788445019115
224

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

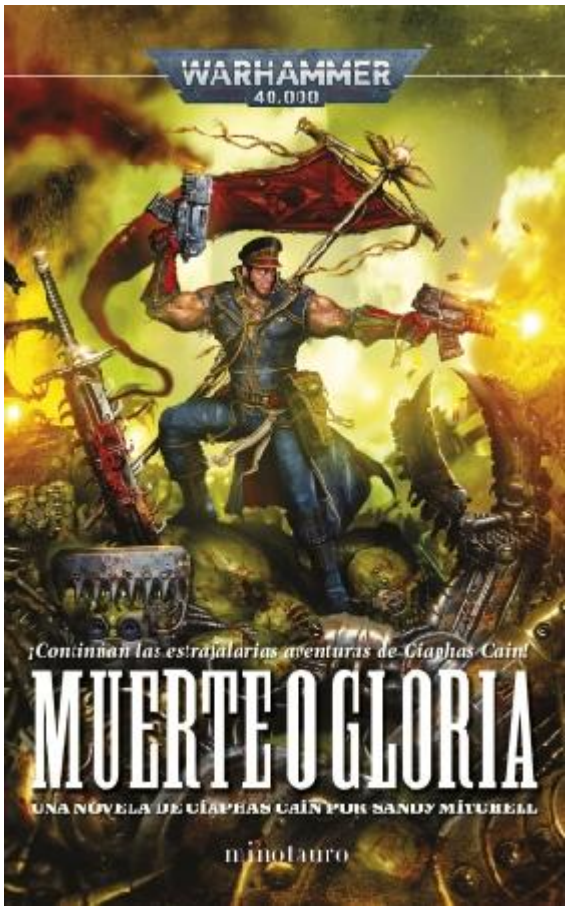
Una nueva entrega de la saga EL DESPERTAR DE LA BESTIA:

Pese a todos los esfuerzos del Imperio por frustrar la plaga orka que está asolando el espacio humano, una luna de ataque flota sobre

Terra. Bajo su mirada malévola, que observa el Palacio Imperial, los ciudadanos, aterrorizados, provocan disturbios en las calles.

En un momento en que los Space Marines están demasiado lejos para ayudar y las intrigas de los Altos Señores se están volviendo cada vez más peligrosas, se lanza un intento desesperado de destruir la luna: un glorioso contraataque en el que participan miles de naves y miles de millones de ciudadanos, derecho al rostro burlón del satélite. Pero, aunque consigan acercarse a los orkos, ¿podrá llegar a funcionar este descabellado plan?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ciaphas Cain nº 04 Muerte o gloria

Mitchell, Sandy
9788445020562
336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela de Warhammer 40.000.

El Imperio necesita un héroe, tanto si él quiere hacerlo como si no… El comisario Cain, héroe a regañadientes, vuelve a catapultarse a la gloria en la cuarta entrega de esta serie de éxito estratosférico. Después de escapar de una batalla espacial desastrosa, el comisario y su compañero maloliente, Jurgen, aterrizan de emergencia tras las líneas enemigas. Esta vez, ni siquiera el ladino Cain es capaz de evitar un combate directo, ya que la única forma de escapar es reunir las pocas tropas que encuentran y salvar su pellejo a puñetazos. ¡Por desgracia, cientos de miles de orcos alienígenas se interponen en su camino! Acción, ciencia ficción y humor vulgar se entrelazan en esta dinámica historia de batallas, victorias y heroísmo equivocado.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)